



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Dra. Doña Amparo Quiles Faz, profesora Titular de Literatura Española perteneciente al Departamento de Filología Española, Italiana, Románica y Teoría de la Literatura de la Universidad de Málaga,

HACE CONSTAR: que la tesis doctoral titulada *Imágenes y realidades de la maternidad en la obra de María Martínez Sierra* realizada por D^a Mireia Ramón Pérez-Chuecos reúne todos los requisitos exigidos para su lectura y defensa ante el Tribunal que habrá de evaluar este trabajo de investigación.

Por todo ello, emito el preceptivo Visto Bueno para la presentación de dicha Tesis Doctoral.

En Málaga, a 7 de octubre de 2015

Fdo: AMPARO QUILES FAZ

MIREIA RAMÓN PÉREZ-CHUECOS

IMÁGENES Y REALIDADES DE LA
MATERNIDAD EN LA OBRA DE
MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

Tesis doctoral dirigida por la Profa. Dra. D^a Amparo Quiles Faz


Universidad de Málaga
Departamento de Filología Española, Italiana, Románica y Teoría de la
Literatura y Literatura Comparada

2015



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

AUTOR: Mireia Ramón Pérez-Chuecos

 <http://orcid.org/0000-0001-7131-8313>

EDITA: Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode>

Cualquier parte de esta obra se puede reproducir sin autorización pero con el reconocimiento y atribución de los autores.

No se puede hacer uso comercial de la obra y no se puede alterar, transformar o hacer obras derivadas.

Esta Tesis Doctoral está depositada en el Repositorio Institucional de la Universidad de Málaga (RIUMA): riuma.uma.es



Índice

Introducción.....	8
I. El dictamen de la biología.....	12
1. Mujer=Naturaleza.....	12
1.1. Edicto de vinculación.....	12
1.2. El origen más terrenal.....	15
1.3. Nuestra debilidad biológica.....	18
1.4. El útero y su ciencia.....	20
1.5. La mujer salvaje.....	22
1.6. Leyendas/mitos y realidades.....	25
2. Instinto maternal.....	27
2.1. Desde el mismísimo nacimiento.....	28
2.2. Sobre leyes, libros y traducciones.....	31
2.3. Inconsciencia o reflejo.....	34
2.4. Lo innato, inservible.....	36
II. La maternidad en el ámbito literario.....	39
1. Maternidad literaria.....	39
1.1. Madre o escritora.....	39
1.2. Sin hombres.....	42
1.3. Sobre deseos y anhelos	44
1.4. Literatura femenina. Pistas acerca de su localización	45
2. Pilar de su obra.....	49
2.1. Maternidad propia.....	50
2.2. Las mujeres, protagonistas.....	51
III. Imágenes positivas de la maternidad.....	54
1. Madre ideal.....	54
1.1. Idealidad en apariencia	54
1.2. La idealidad a través de la felicidad.....	58
1.3. El amor ideal: la Virgen María.....	60
2. Actitudes maternas.....	64
2.1. Ternura ante los niños.....	64
2.2. Consejos maternas.....	66
2.3. Continua atención.....	67

2.4. Gestos esperados.....	69
3. Lactancia.....	76
3.1. En el lugar de la leche materna.....	76
3.2. Leche al fin y al cabo.....	78
3.3. Madre afectiva.....	80
4. Consuelo femenino.....	84
4.1. Pareja y/o madre.....	84
4.2. Por impulso propio.....	88
4.3. La protección más allá.....	91
5. Ausencia materna.....	92
5.1. Ausencia del hogar.....	93
5.2. Abandono para el bien.....	93
5.3. Madre sí, padre no tanto.....	94
5.4. Añoranza indescriptible.....	94
5.5. Abandono impuesto.....	96
6. Suplantación materna.....	97
6.1. El recuerdo reciente del querer.....	97
6.2. Una entrañable tutela.....	98
6.3. Por voluntad divina.....	98
7. La madre patria.....	100
7.1. Nación chiquilla.....	101
7.2. Dos veces madre.....	103
IV. Imágenes negativas de la maternidad.....	107
1. Madre mala.....	107
1.1. Por fanatismo.....	107
1.2. Por desgracias.....	108
1.3. Por inconsciencia.....	109
1.4. Por sierpe.....	110
2. Madre desnaturalizada.....	113
2.1. Definición.....	114
2.2. Inverosímil acto.....	115
3. Egoísmo maternal.....	117
3.1. Egoísmo comparte letras con heroísmo.....	117
3.2. La luz tras el oscuro "yo"	119

3.3. Consecuencias directas.....	120
4. Dependencia del hijo.....	124
4.1. Única satisfacción femenina.....	124
4.2. Un muñeco y una muñeca.....	125
4.3. Sacrificio por ambas partes.....	127
5. Pareja versus suegra.....	130
V. Esquema femenino vital por cumplir.....	134
1. Mujer=Madre.....	134
1.1. Grandeza igual no existe.....	134
1.2. Intangible, eterna, santa.....	136
1.3. Porque Dios lo ha querido.....	137
1.4. Hasta que son madres.....	138
1.5. Mirada falocéntrica.....	139
1.6. De mujer o madre, da lo mismo.....	141
2. Destino femenino.....	144
2.1. Conformismo.....	145
2.2. Pesimismo.....	147
2.3. Superación.....	148
3. Educación maternal.....	150
3.1. Consecuencias directas.....	151
3.2. Necesidad de madre.....	153
3.3. Curiosidad innata femenina.....	156
4. Nuevas oportunidades para la hija.....	159
4.1. Para que aprenda lo que da de sí la vida.....	161
4.2. Para que ella no sea lo que su madre es.....	161
4.3. Para que mi hija sea mujer honrada y además feliz.....	162
4.4. Para que viva por sí y para sí.....	165
5. Maternidad idealizada.....	167
5.1. Testimonio universal.....	168
5.2. Hacia el vacío.....	169
5.3. Un desafío.....	170
5.4. A la moda.....	171
6. Adopción.....	173
7. Senectud femenina.....	174

7.1. Nacer de nuevo.....	175
7.2. Lucha contra el reloj.....	177
7.3. A través de otra vida.....	178
VI. Más allá de la maternidad.....	181
1. Una mujer en el trabajo.....	181
1.1. Promoción femenina.....	181
1.2. Otros posibles oficios.....	183
1.3. Ejemplo a seguir.....	184
1.4. Base laboral.....	185
1.5. De nada sirve.....	187
1.6. Merecer el logro.....	188
2. Una mujer en la política.....	190
2.1. Hipótesis dentro de la lógica.....	190
2.2. Una paloma blanca.....	192
2.3. Reconstrucción materna.....	193
2.4. Basta ya de tanta pasividad.....	195
2.5. La maternidad social tras la personal.....	196
2.6. Partes de un todo.....	197
3. Otras madres.....	197
3.1. La Paca	198
3.2. Nelly.....	199
3.3. Sangre de su propio corazón.....	200
VII. Realidades de la maternidad hoy y siempre.....	204
1. Embarazo y parto.....	204
1.1. Idealidad de la bendición carnal.....	204
1.2. El cuerpo embarazado.....	206
1.3. Supuesta comodidad.....	208
1.4. El dolor: un dígito de control.....	213
2. Madre – Hogar.....	215
2.1. Animal doméstico.....	215
2.2. Le ha curado el exceso de imaginación.....	218
2.3. Extender el radio de sus amores.....	219
3. Control reproductivo.....	223
3.1. El instinto natural vigila.....	224

3.2. Quién les manda tener hijos.....	225
3.3. No la deja la urgencia maternal de sus entrañas.....	228
4. Aborto.....	232
4.1. Alternativas.....	233
4.2. Razones.....	235
4.3. Riesgos.....	237
4.4. Un aborto no deseado.....	238
5. Mujer sin hijos.....	239
5.1. Ni todas las mujeres son madres.....	239
5.2. Fecundidad relevante.....	241
5.3. Causas de la infertilidad.....	242
5.4. Las nuevas tecnologías de la reproducción.....	244
Conclusiones.....	247
Bibliografía.....	256
*Obra literaria de María Martínez Sierra.....	256
Bibliografía general.....	257

Introducción

Nuestro objetivo ante este Tribunal consiste en mostrar la relevancia de la maternidad en el conjunto de la obra literaria de la escritora riojana María Martínez Sierra. Para ello, hemos hecho hincapié en las ideas principales que volcó en sus novelas, obras teatrales y conferencias acerca de uno de los principales pilares de la sociedad: la maternidad, comprendiendo la totalidad de sus tres vértices, biológico, ideológico y social.

Nuestra toma de contacto con la autora se remonta al primer curso del Programa Interuniversitario Andaluz de Doctorado "Estudios de las mujeres y del género", en el año 2007. La profesora Amparo Quiles nos presentó una breve lista de nombres femeninos, tan desconocidos que la curiosidad por ellos fue creciendo exponencialmente. ¿Cómo era posible que esas mujeres hubieran pasado totalmente desapercibidas durante años? Y así, al concluir la asignatura de "Literatura y Creación de Mujeres" había tomado una decisión: María de la O Lejárraga sería la protagonista de mi trabajo final de doctorado para obtener el Diploma de Estudios Avanzados, bajo el título "María de la O Lejárraga: vida, temas e ideología". En aquel entonces, como aún hoy, uno de los elementos más discutidos sobre la escritora riojana sigue siendo una cuestión que puede parecer obvia: su nombre. Una parte importante de los estudiosos, incluida su biógrafa Antonina Rodrigo, defienden el empleo de su nombre de nacimiento, María de la O Lejárraga, con el fin de reconocer la autoría absoluta de todas sus obras. En cambio, otra parte, a la que nos adherimos en esta tesis, se decanta por el nombre que ella misma conservó, a pesar de la separación física y legal de su marido Gregorio Martínez Sierra, incluso tras la muerte de este; y que es además el mismo nombre con el que publicó, ya anciana, tras emigrar a Hispanoamérica: María Martínez Sierra.

En este siglo XXI, la figura de María Martínez Sierra ha abandonado las sombras, aquellas que le mantuvieron a buen recaudo tras el pequeño cuerpo de uno de los directores teatrales más pioneros de nuestro país: su esposo, Gregorio Martínez Sierra. Hemos de aclarar que, a principios del siglo pasado, María Martínez Sierra, mujer instruida, maestra y diputada socialista, tenía a su alrededor a otras mujeres que alzaron la voz y lucharon por mejorar el porvenir femenino, sin necesariamente declararse feministas. Por ello, la autora riojana no constituía una isla, sino que formaba parte de una geografía nacional e internacional de nombres que, afortunadamente hoy, no se pierden en el olvido: María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas, las escritoras Concha Méndez, Carmen Conde, Isabel Oyarzábal, María Teresa León y Elena Fortún que participaban en el Lyceum Club y que formaban parte

de las asociaciones en pro de la mujer, como la UME (Unión de Mujeres de España), entre otras figuras españolas.

La polémica más arraigada en relación a la escritora riojana nació en el año 1953 tras la publicación de su biografía *Gregorio y yo: medio siglo de colaboración*, en la que detallaba la cooperación profesional que se había prolongado hasta el fallecimiento de Gregorio Martínez Sierra. Ese movimiento, tras años de silencio, respondía a una cuestión práctica, puesto que la hija que tuvo Gregorio Martínez Sierra con la actriz Catalina Bárcenas reclamó sus derechos sobre las obras. Y en este punto, esta investigación corrobora nuestro posicionamiento en aquella parte de la crítica que aboga por la capacidad de María Martínez Sierra para escribir toda la producción literaria, publicada bajo la firma de Gregorio o la de María Martínez Sierra.

Más allá de esa discusión, en la actualidad registramos un buen número de estudios sobre la autora, que ha sido recuperada de forma activa desde finales de los años 90, tanto por el ímpetu del Ateneo Riojano como de la Universidad de La Rioja, y de los miembros que participan activamente en ambas instituciones.

Si enfocamos nuestra atención en la Tesis que presentamos, su estructura está formada por siete grandes bloques. La principal dificultad consistió en la separación de todas las vertientes de un tema tan vasto como la maternidad, sin perder de vista, a la vez, la interrelación entre sus partes. El bloque inicial contiene la base de la creación maternal, marcada por "El dictamen de la biología", a continuación colocamos "La maternidad en el ámbito literario" para no alejarnos de nuestra fuente primaria, la obra literaria de María Martínez Sierra; el tercer y el cuarto bloque centran el foco sobre las imágenes creadas por y para las mujeres: "Imágenes positivas de la maternidad" e "Imágenes negativas de la maternidad". Imágenes que tienen como consecuencia directa, un "Esquema femenino vital por cumplir", quinto bloque en el que analizamos las tareas que toda fémina debe alcanzar. Ese mismo esquema vital que se desestructura al contemplar las posibilidades, en un sexto bloque, "Más allá de la maternidad", y al ejemplificar, en el último bloque de contenidos, las "Realidades de la maternidad hoy y siempre". Hemos de insistir en la brújula que nos ha guiado a través de este hilo conductor, más allá del tema maternal, y esa brújula responde al nombre de María Martínez Sierra.

En cuanto al material empleado, nuestro punto de partida se situaba en la obra de la escritora riojana. No hemos puesto barreras a nuestro corpus literario, en cuanto a su tipología, por la principal motivación que nos inspiraba la maternidad: la riqueza de su variedad, de las facetas de un mismo espejo ante el que se posicionan las mujeres. De ahí que se fusionen referencias de piezas de teatro, comedia y drama, de menor o mayor extensión; novelas de

corte romántico o realista y conferencias de calado social, aún más si las colocamos en perspectiva, siendo pronunciadas por un hombre, Gregorio Martínez Sierra. La sutileza de cada una de sus palabras, desde dentro de ese juego de situaciones, resulta increíble. Además, se encuentra recogida una obra colectiva de encuestas a figuras de la época de nuestra autora por su capacidad para introducir los planteamientos tradicionales, y no tanto, de la España de entonces.

Dentro del amplio espectro de fuentes secundarias se distinguen entre los estudios sobre la escritora riojana, de su vida y producción, y el corpus centrado en la ideología maternal. Hay que tener en cuenta que, tras el desarrollo del trabajo de investigación del doctorado, las primeras fuentes habían sido trabajadas a priori, mientras las segundas fueron conocidas a posteriori. En cualquier caso, siempre hemos intentado conseguir un carácter exhaustivo, al máximo de nuestras posibilidades.

En lo relativo a los aspectos formales, el respeto por el estilo de María Martínez Sierra ha estado presente en todo momento, por lo que las variaciones en las tipografías, las erratas y los laísmos han sido mínimos. Solo nos hemos permitido la licencia de homogeneizar la tipografía en las citas de las obras teatrales. De igual modo, hemos guardado el mayor reparo al recoger las opiniones e ideas de los autores y las autoras que se recogen en la bibliografía. En esta bibliografía, hemos diferenciado la obra literaria de María Martínez Sierra, en su calidad de fuentes primarias, del resto de fuentes estudiadas. Todas se centrarán en la vida y obra de la escritora riojana o en el tema de la maternidad.

Este trabajo de investigación y análisis no hubiera sido posible sin la Universidad de Málaga, cuyo depósito bibliotecario nos acercó a las obras de la autora y a los estudios acerca de ella. Por igual, hay que valorar el sustento del Departamento de Filología Española, en especial, el apoyo incondicional de Francisco José García Luque. Sin palabras permanecemos por la cooperación paciente y activa de la Dra. Amparo Quiles Faz que nos ha conducido, con su fe inquebrantable, en la realización formal e intelectual de esta tesis. No puedo dejar de citar a todos mis maestros y compañeros en la labor bibliotecaria durante mi estancia en la Universidad Pablo de Olavide, fuente de todas mis lecturas acerca de la maternidad. Aquí y ahora, agradecer a quienes me acompañan a diario para demostrar las palabras de Borges: *siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca*; me siento afortunada de trabajar en nuestro paraíso, la Biblioteca Pública Arroyo de la Miel. Un punto y aparte merecen las personas más cercanas por el cariño que me dan, por las alegrías que compartimos y las tristezas que superamos, estén aquí o allí. Gracias a mi familia por creer tanto en mí, sobre todo a ese abuelo que tuve y perdí, siendo lo suficientemente mayor para valorarlo y, por supuesto, a

aquel hombre que hace ciertas las palabras de María Martínez Sierra acerca de la posibilidad de alcanzar la felicidad si tenemos una pareja a nuestro lado que nos acompaña en este viaje.

Muchas gracias.

I. El dictamen de la biología

1. Mujer=Naturaleza

“Los discursos médicos, científicos, religiosos sobre la maternidad, se encuentran impregnados de una base instintivista, naturalista que reduce la maternidad a una función de la naturaleza.”¹

1.1. Edicto de vinculación

Una función, una tarea, un objetivo. Cada mujer cumplirá con su cometido. Por un elemento inherente a sí misma del que no podrá evadirse: su propio cuerpo, aquel que le otorga la Naturaleza.

Así, la Naturaleza aparece en primer término como jueza que dictamina el fato de cada sexo. *Sursum corda*, una de las piezas que conforman la obra de María Martínez Sierra titulada *Diálogos fantásticos*, contiene la conversación entre el poeta y las plantas, el lago, el sol y la naturaleza, que se dibuja como figura materna posible y toma la voz para atraernos hacia sus dominios: “¡Ven conmigo! Entra en mi reino... Siempre he sido tu amiga, ¿no lo sabes? ¿No recuerdas las horas que pasaste reclinado en mis brazos?”² Deja atrás la toga que impone para envolvernos en la promesa de un abrazo amistoso que nos recuerda aquellos tiempos mejores que deberíamos anhelar. Pues, de acuerdo con la literata Carme Riera, “volver a la tierra, volver a la madre-materia es volver a la esencia de aquello que es uterino, primigenio.”³

María Martínez Sierra plantea dos extremos cuyo centro ocupa la madre Tierra. La llamada al retorno a esa primigenia cuna con la ayuda de la mujer ocupa el punto más lejano hacia el este, mientras al oeste hallamos la responsabilidad de la Naturaleza por la separación de la población en dos grandes bloques. Nos referimos, obviamente, a la división de sexos, con la supremacía masculina.

La sorpresa que evidencia M^a Antonia Bel Bravo acerca del origen de la sumisión femenina a manos de los ilustrados y su explicación aparentemente lógica no nos es satisfactoria: “la causa puede encontrarse quizá en su naturalismo, en un biologismo que lleva a extrapolar la relevancia cultural de la diferencia natural.”⁴ Pues si, ante desproporcionadas

1 Valladares Mendoza, Blanca, "La maternidad y los medios masivos de comunicación. Un análisis de artículos periodísticos y de propaganda comercial en Costa Rica", *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, vol. 5, nº 1-2 (2004), pág. 32.

2 Martínez Sierra, Gregorio, *Diálogos fantásticos*, Saturnino Calleja, Madrid, 1921, pág. 104.

3 Riera, Carme, *Tiempo de espera*, Debolsillo, Barcelona, 1998, pág. 176.

4 Bel Bravo, M^a Antonia, *La mujer en la historia*, Encuentro, Madrid, 1998, pág. 23.

situaciones históricas en las que la mujer queda en clara desventaja, nos quedáramos contemplando mientras encogemos los hombros, no hubiera sido posible lograr la aparente igualdad de la que disfrutamos en nuestro siglo XXI.

No obstante, hay que comprender el contexto histórico en el que las primeras feministas no discutieron la maternidad por su carácter natural: “El papel de madres que se les otorga está tan interiorizado que resulta muy difícil montar distancias y reflexionar sobre él.”⁵ A la luz de hoy, oteamos las sombras que rodeaban ese acto reflejo hasta convertirlo en intocable. Pues como señala Luigi Ferrajoli en el prólogo de la obra de Tamar Pitch, *Un derecho para dos*, “la libertad de ser uno mismo [...] está mucho más condicionada para las mujeres que para los varones por el no pleno dominio de su cuerpo.”⁶ Hasta cierto punto, las mujeres podemos evadirnos de la realidad más cruel, aquella que dictamina nuestro porvenir, pero el conflicto social en torno al uso de nuestra corporeidad no desaparecerá por arte de magia o por más que queramos cegarnos, pues nuestro físico es “objeto de derecho y de derechos de otros, como cuerpo no autónomo, sometido a poderes heterónomos: maritales, jurídicos, morales, religiosos, sanitarios,”⁷ sin olvidar el poder natural.

Esas primeras feministas dieron el testigo a otras que sí concentraron sus esfuerzos para desligar la interrelación de la mujer con la Naturaleza puesto que “el tiempo de la mujer dedicado a la procreación decrece con el progreso de las sociedades.”⁸ Es decir, los avances traen consigo nuevas posibilidades de realización femenina, pero para que puedan ejercitarse antes ha de realizarse una “limpieza” ideológica. O de lo contrario, nunca se alcanzará ese futuro proyectado. La sociedad ha de admitir que las mujeres tienen otras vidas más allá de la materna, para que ellas puedan desarrollar esas vertientes ajenas al hogar. Con esta convicción, aparecerá el tercer feminismo que defiende que “la mujer es mucho más que su capacidad procreadora.”⁹ Se vuelve imprescindible “el conocimiento que la mujer construye de su propia naturaleza tratando de descifrar lo que le es natural y lo que le es postizo.”¹⁰ Con ese saber, alcanzará a dilucidar la actitud de la Naturaleza.

Dictadora o acogedora. La Tierra o la Naturaleza. Utilizaremos de forma indiscriminada ambos términos, ya que juegan un papel esencial en la obra de nuestra escritora riojana como

5 Aguinaga, Josune, *El precio de un hijo. Los dilemas de la maternidad en una sociedad desigual*, Debate, Madrid, 2004, pág. 76.

6 Pitch, Tamar, *Un derecho para dos. La construcción jurídica de género, sexo y sexualidad*, Trotta, Madrid, 2003, pág. 11.

7 *Ibidem*, pág. 11.

8 Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *La maternidad hoy: claves y encrucijada*, Minerva, Madrid, 2005, pág. 35.

9 *Ibidem*, pág. 102.

10 Prado Mas, María, “La presencia de la madre muerta en el drama romántico español”, *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica*, 21 (2003), pág. 279.

referente, pues suponen tanto la razón última de la sumisión femenina como ese manto de protección con el que cubre a sus retoños cada madre, pero queriendo siempre que nunca se separen de ella, que vuelvan a su seno para no escapar de esa magia que envuelve a lo natural y según Gilbert K. Chesterton: “es la misma Naturaleza quien rodea a la mujer de niños muy pequeños que requieren que se les enseñe, no cualquier cosa, sino todas las cosas.”¹¹

En contraste con la visión conservadora del británico, Victoria Sau no deja lugar a dudas acerca de cómo la sociedad se confabula para fusionar a la naturaleza con la mujer: “la maternidad quedó arrumbada, secuestrada, en el espacio de lo biofisiológico, y es desde este estadio que hay que desobstaculizar el proceso trascendente a otros planos superiores.”¹² Sau deja atrás la teoría para proponer un plan de acción con el propósito de erradicar la insana vinculación.

La mujer corresponde a un cuerpo, al igual que el hombre. Si esto es cierto, no entendemos la bifurcación de sus presencias físicas para arrastrar a la fémina hacia la fauna y la flora, mientras el varón permanece cómodamente ubicado en la cumbre del urbanismo. Más aún cuando Sau evidencia la tesis acerca de que la biología no tiene continuación en el plano social: “la maternidad biológica [...] así como por extensión la crianza, no puede ser considerada 'maternidad' desde una perspectiva de rango humano si no va seguida de su correspondiente trascendencia.”¹³

Por su parte, Silvia Tubert se muestra rotunda al negar la posibilidad actual de una función femenina marcada por la Madre Naturaleza:

“[...] actualmente no es posible sostener la existencia de una función natural que se ejerce de manera universal y ahistórica, de acuerdo con un instinto o esencia de la mujer. La maternidad no es puramente natural ni exclusivamente cultural; compromete tanto lo corporal como lo psíquico, consciente e inconsciente; participa de los registros real, imaginario y simbólico.”¹⁴

Concebible resultaría esa maternidad admitida por la gracia natural en la Prehistoria o en épocas anteriores al desarrollo intelectual, incluso la religión cristiana transmite la idea del envío divino de descendencia que se debe aceptar sin vacilación. Pero, si salimos de la parte occidental de este planeta para adentrarnos en otros sistemas de organización cultural, política

11 Chesterton, Gilbert K., *La mujer y la familia*, Styria, Barcelona, 2006, pág. 34.

12 Sau, Victoria, *El vacío de la maternidad: madre no hay más que ninguna*, Icaria, Barcelona, 1995, pág. 14.

13 *Ibidem*, pág. 21.

14 Tubert, Silvia, *Figuras de la madre*, Cátedra, Madrid, 1996, pág. 13.

y social nos sorprenderemos ante los rastros de esa maternidad originaria, donde la mujer se erigía como intermediaria entre la naturaleza y la reproducción. En cambio, a la vuelta de ese viaje hacia otros territorios desconocidos y claramente "vírgenes" en tanto al desarrollo social, desde un punto de vista claramente egocéntrico, la clave actual tiene a la mujer implicada en el mundo real, laboral y políticamente hablando, quedando muy lejos el impulso de la naturaleza. La misma conclusión alcanza Josune Aguinaga: "la dicotomía naturaleza (mujer)/ cultura (varón) debe ser superada porque, en la actualidad, carece de cualquier fundamento."¹⁵

Nuestra disertación queda reducida a una frase gracias a Silvia Vegetti-Finzi: "La subjetividad femenina se piensa ahora como liberada del destino biológico, de sus condicionamientos silenciosos."¹⁶ La biología pierde ese yunque opresor, esa aplastante incertidumbre marcada por el devenir natural de la edad, a no ser que supongamos que seguimos atadas a esas esposas a las que nosotras mismas vamos al encuentro.

1.2. El origen más terrenal

Irónica resulta la amenaza de revelar al hombre su origen que recoge María Martínez Sierra en otro de los *Diálogos fantásticos*. Quizá se explica en tanto que memorándum de su mortalidad, de su incapacidad para procrear por sí solo, de su dependencia por la figura femenina. Los fuegos fatuos que intervienen en *Noche* no dudan en perseguir al hombre para decirle "severos, el fin de sus mentidas ilusiones, contándole la historia de aquel cuerpo que duerme devuelto a las entrañas de su madre, de su madre la Tierra."¹⁷ Todos nacemos de mujer, quien, a su vez, procede de la madre Naturaleza, por lo que, en consecuencia, toda persona tiene su núcleo en esa Tierra: "la madre es la raíz hundida en las profundidades del cosmos, que absorbe sus jugos, es la fuente de la que brota el agua viva."¹⁸ La inquietud humana por no dominar su propio destino salta a la palestra.

En rebelión contra la idea tradicional de la madre Tierra que muestran los trabajos de Luce Irigaray está Teresa Garbí: "El hecho de considerar a la mujer tierra, naturaleza, cuerpo, ¿no es una forma de hacerse cómplice de la idea tradicional sobre la mujer?"¹⁹ En nuestra opinión, hemos de poner sobre la mesa todos los planteamientos realizados en torno a la maternidad para luego desmontarlos cual castillo de naipes o matizarlos con pinceladas suaves o transformarlos al igual que los gusanos de seda. Así, se expresa Luz Mar González Arias

¹⁵ Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 315.

¹⁶ Vegetti-Finzi, Silvia, "El mito de los orígenes", en *Figuras...*, *op. cit.*, pág. 153.

¹⁷ Martínez Sierra, Gregorio, *Diálogos...*, *op. cit.*, pág. 165.

¹⁸ Beauvoir, Simone, *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005, pág. 231.

¹⁹ Garbí, Teresa, *Mujer y literatura*, Episteme, Valencia, 1997, pág. 60.

sobre la literatura irlandesa reciente, una tendencia que podría aplicarse a nuestra autora riojana:

“[...] la de volver a relacionar a la mujer con la naturaleza para denunciar los abusos que la civilización y el crecimiento económico suponen para el entorno natural. De este modo, el maltrato al ecosistema se traduce en una denuncia al maltrato físico, psicológico o artístico a las mujeres dentro del patriarcado nacional.”²⁰

En esta línea, María Martínez Sierra siempre revela de forma sutil sus opiniones, como apunta el crítico Pérez-Rasilla en la interesante introducción del *Teatro escogido*: “no es una mera constatación del criterio social dominante, sino también la expresión de una protesta ante un estado injusto de las cosas.”²¹ De nuevo, nos hallamos ante el medio e instrumento de acción más convenientemente atribuido al género femenino: la plasmación de los hechos para sacar a relucir su insostenibilidad.

Empezaremos nuestro estudio acerca de las dos caras de la Naturaleza en la obra de María Martínez Sierra con el regreso a ese hogar natural, el más acogedor que jamás avistaremos. Antes de nada, sobresalientes resultan los argumentos que utiliza la riojana para convencer, por activa y por pasiva, acerca de la necesidad de ese espacio que describe con términos ligeros: sano, sencillo y pausado. Sus virtudes deslumbran ante los defectos de la ciudad, la enemiga que gana adeptos a pasos agigantados. Varias obras recogen esta convicción que nos llama la atención especialmente al considerar cuántos años vivió María en la capital madrileña, lejos de esa natural postal que nos dibuja en sus escritos, si bien es cierto que fue en su casa de Niza donde encontró el paraíso terrenal junto al mar.

El reproche por esa desviación terrenal de las personas hacia la urbanidad, con sus avances y promesas de futuro no pasa desapercibido en *Beata primavera*, pequeña obra teatral que trata sobre un intento de asesinato al Rey: “Libertad, sencillez, vuelta a la vida sana, dentro del maternal amor de la Naturaleza, ¿cuánta sangre nos costará logrártela?, ¡oh, Humanidad, que torciste el camino!”²²

En una de las conferencias que recoge en *Feminismo, feminidad, españolismo*, con un título peculiar por su tono irónico “Consejos a una linda lectora”, María Martínez Sierra da a la

20 González Arias, Luz Mar, “Madres que no envejecen: mitos de soberanía y recuperación de Deméter/Ceres en la literatura irlandesa reciente”, en *Maternidades. (De)construcciones feministas*, Carmen Suárez Suárez (ed.), KRK, Oviedo, 2009, pág. 51.

21 Martínez Sierra, María, *Teatro escogido*, Eduardo Pérez-Rasilla (ed.), Asociación de Directores de Escena de España, Madrid, 1996, pág. 29.

22 Martínez Sierra, Gregorio, *Abril melancólico*, Saturnino Calleja, Madrid, 1921, pág. 298.

mujer el mando de capitana de ese navío con billete de vuelta a la Tierra, apareciendo en la lista de la tripulación toda la Humanidad: “tu misión [femenina] es hacer volver a ella al hombre que la olvida, deslumbrado por ideales de artificialidad que no pueden ni deben darle sino cosecha de amargura.”²³ Como contenedora de la semilla, la mujer se asemeja a la tierra, a la que le debe recompensar con el regreso de los hombres, que dejarán atrás ese mundo artificial que les atrae y engaña.²⁴ Rousseau compartía esa querrela entre la casta e idílica naturaleza a la que regresar y la *civitas* plena de corrupción.²⁵

El mismísimo Heródoto señalaba que, a pesar de sus ventajas sociales, la procreación conllevaba un peligroso acercamiento de la mujer al mundo más incivilizado, el animal.²⁶ Usaremos la opinión del griego como punto de partida para cuestionar esa interrelación Tierra-Mujer que apenas deja recovecos para filtrar dudas, sobre todo:

“[...] si tenemos en cuenta que las mujeres no solo eran de por sí fuente de alimento en sus propios cuerpos, sino que además eran ellas mismas las que lo cultivaban y preparaban. Ellas labraban la tierra, y además se vinculaban a la tierra misma, puesto que la siembra se asociaba a las relaciones sexuales, y la cosecha, lógicamente, al parto.”²⁷

Siguiendo a Yvonne Knibiehler, “la sabiduría rústica confundió durante mucho tiempo la fecundidad de la mujer con la de la tierra, matriz y crisol de todos los seres.”²⁸ Ante esta reducción histórica de las funciones agrícolas de las mujeres con su reflejo corporal, un inciso lingüístico en torno a esa vinculación fértil de la tierra y la reproducción femenina: “en toda la Europa agrícola ha existido siempre una mistificación [...] Prueba de ello es que en todas las lenguas europeas, el término tierra es del género femenino.”²⁹ Para enfrentarnos a la lingüística, empleemos la realidad, pues el hecho biológico comprende un período temporal limitado a unos meses, mientras la maternidad abarca un proceso que se extiende a la totalidad de la vida

23 Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo, feminidad, españolismo*, Saturnino Calleja, Madrid, 1920, pág. 38.

24 Vid. Guevara, Antonio de, *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, Asunción Rallo (ed.), Cátedra, Madrid, 1984.

25 Lozano Estivalis, María, *La construcción del imaginario de la maternidad en Occidente. Manifestaciones del imaginario sobre la maternidad en los discursos sobre las nuevas tecnologías de reproducción*, Universidad Autónoma, Barcelona, 2002, pág. 204.

26 González Almenara, Guillermina, *La presencia femenina en el ámbito privado. Estudio sobre textos griegos de época clásica (Heródoto, Tucídides, Jenofonte)*, Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 2003, pág. 341.

27 VV. AA., *Madre, sólo una. Conceptualizaciones sobre la maternidad*, Ayuntamiento, Málaga, 2009, págs. 25-26.

28 Knibiehler, Yvonne, *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, pág. 34.

29 VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 26.

de esa mujer que decide asumirla. Y aunque la Madre Tierra alimente a sus hijos por siempre, no les da educación y valores como apuntan las doctoras Sara Berbel y María Teresa Pi-Sunyer:

“Si se impide que la maternidad abarque todo el proceso que significa concebir un hijo, darle la vida, educarlo y enseñarle un sistema de valores con el que enfrentarse al mundo, la estamos circunscribiendo al ámbito puramente biológico. Estos aspectos culturales, fundamentales para el desarrollo de la vida, son los que en nuestra sociedad realiza la figura del padre.”³⁰

En relación a esa aparición paterna rescatamos la opinión de la antropóloga Margaret Mead gracias a Carme Riera en su sugestivo diario de embarazo: “el padre es una necesidad biológica antes del nacimiento y un accidente social después.”³¹ Por primera vez, constatamos la presencia física del sujeto masculino en la reproducción, ese mismo que luego impondrá su autoridad hasta convertirse en un contratiempo para la vivencia femenina.

1.3. Nuestra debilidad biológica

Irene Palacios destaca el disfraz o la ocultación perpetrados por la sociedad ante el caso natural de la mujer, por la necesidad inexistente de “una educación, en fin, que apuntara más allá del problema específico de la maternidad, aunque abarcándolo, que no disfrazara u ocultara la verdad acerca de la naturaleza.”³² Si una niña nace con un cuerpo marcado por la reproducción, cabe preguntarse sobre las causas que imputan los responsables de su educación para no proporcionarle datos sobre qué acontecerá en su futuro de acuerdo con la naturaleza corporal que posee. Probemos de nuevo cuestionando las razones por las cuales dejamos que las niñas desconozcan su interior. Más allá de la psicología infantil, de la edad adecuada para la transmisión de esta carga, los adultos descargamos esta responsabilidad al ámbito que nos rodea, a otros círculos en los que las niñas se mueven, en lugar de encarar, tomando su mano, la verdad sobre su naturaleza. Tabú, prejuicio o vergüenza determinan este impedimento que conduce a la ignorancia femenina hasta que ya es demasiado tarde para no sentir culpa por la consecuencia.

30 Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *El cuerpo silenciado. Una aproximación a la identidad femenina*, Viena, Barcelona, 2001, pág. 29.

31 Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 152.

32 Palacio Lis, Irene, *Mujeres ignorantes: madres culpables. Adoctrinamiento y divulgación materno-infantil en la primera mitad del siglo XX*, Universidad, Valencia, 2003, pág. 76.

Retomando posibles versiones que nos hagan entender las razones de la desigualdad femenina ante el poder varonil, topamos una vez más con un motivo que escapa a nuestro entendimiento porque nacimos así, con cuerpos de mujer:

“En los escritos teológicos y místicos de los padres de la Iglesia también, en parte, los argumentos biológicos son los esgrimidos para justificar la desigualdad. [...] Es superior [la mujer], por ejemplo, en humildad, capacidad de sufrimiento y caridad e inferior por varias razones: su pasividad, es más débil biológicamente.”³³

Esos padres, que se elevaron a sí mismos hasta encontrarse con la paternidad en mayúsculas, argumentan que el punto flaco de la mujer es su biología, esa misma biología que nos concede la ventaja de traer al mundo hijos, acaso por la envidia que les suscita tal poder por su pertenencia al género masculino. Si nos atenemos a la supuesta superioridad que nos adjudican en relación a los demás, habrá que buscar más atributos que definan a la mujer. Atributos que parecen desaparecer a primera vista, puesto que “las alusiones a la naturaleza y a una concepción esencialista del sexo servían para explicar la función social de la mujer.”³⁴

La mujer, socia minoritaria de la Tierra, en su necesidad de ser madre regresará al campo, a la tranquilidad y el sosiego que permiten mecer a un niño en su cuna, y el hombre le seguirá. La mujer presenta la opción del salvamento para el hombre, en tanto en cuanto guarda en su seno la posibilidad de reproducirse que le fusiona con la raíz creadora. Esa alianza indiscutible parece tambalearse ante el perfil de la mujer que no desea regresar al campo, a la salvaje naturaleza, para decantarse por la modernidad, la tecnología o, sin avanzar demasiado en el tiempo, las comodidades de la gran ciudad. Resulta complicado, cuanto menos, alejarnos de esas características anatómicas que protagonizan un mes tras otro nuestra existencia, con “una interrelación constante entre procesos biológicos y psicológicos”³⁵ que crean nuestra identidad tendente a la maternidad. “Efectivamente, se le repite a la mujer desde su infancia que ha nacido para engendrar y le cantan los esplendores de la maternidad”³⁶ Busquemos otros cantos enaltecedores para otras actividades vitales.

33 Ballester, Rosa, “Edades de las mujeres/Edades de la vida del hombre. Tópicos y lugares comunes en la ciencia médica antigua y tradicional”, en *Las edades de las mujeres*, Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), Universidad, Madrid, 2002, pág. 18.

34 Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, “Maternidades y madres: un enfoque historiográfico”, en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Silvia Caporales Bizzini (coord.), Entinema, Madrid, 2005, pág. 24.

35 Langer, Marie, *Maternidad y sexo. Estudio psicoanalítico y psicosomático*, Paidós, Buenos Aires, 1976, pág. 31.

36 Beauvoir, Simone, *op. cit.*, pág. 642.

Como mujeres debemos huir de toda generalización, abogando por una singularidad que nos permita alcanzar nuestra identidad, lejos de ese “estereotipo congelado.”³⁷ Término que nos da escalofríos por la pasividad que presupone, en contraposición con la expresión tan común “son así por naturaleza.”³⁸ Ambas frases impulsan el mantenimiento de un sistema social que nos impide avanzar hacia nuestro propio desarrollo por el corsé maternal. Beauvoir toma la palabra para aseverar de forma contundente: “Asimilarla [a la mujer] a la Naturaleza es un simple prejuicio.”³⁹ Cualquier abuso queda excusado, sin tener que mostrar apenas miramientos pues todo se perdona por su lado natural.

Compartimos absolutamente en este estudio el interés de Consuelo Paterna y Carmen Martínez en “mostrar la construcción subjetiva de una realidad que durante mucho tiempo ha sido percibida como objetiva en el sentido de 'ser natural'.”⁴⁰ Mucho tendría que aprender la publicidad del patriarcado acerca de transformar a su antojo la realidad.

Al nacer, cada ser humano contiene en sí mismo las características para llegar a ser y para limitarse, para desarrollarse y someterse, para crecer y contenerse. Oposiciones en torno al futuro de hombres y mujeres saltan en nuestro texto sin detenerse un instante. Difícil subyugarlas a la hora de excusarlas, gracias a esa cuestión tan natural como el sexo, tan social como el género, tan divisora como la biología. Si la ciencia es objetiva, más subjetiva resulta su consecuencia.

1.4. El útero y su ciencia

Hablemos acerca del útero, ese gran desconocido hasta hace escasos siglos. En la inmensa radiografía antropológica que elaboró Robert Briffault en los años 20 del siglo XX encontramos información acerca del pensamiento griego sobre la actividad procreadora y el espacio uterino en su papel de vasija, presentando así la escena: “la madre, se decía, era poco más que una nodriza; el padre era, estrictamente hablando, el único progenitor.”⁴¹ Lozano Estivalis recoge el reconocimiento de la intervención femenina en la reproducción en los documentos médicos del siglo XV,⁴² luz que acaba sofocada por la reducción de las mujeres a su útero, con su consecuente vulnerabilidad y la terrible enfermedad de la histeria.⁴³

37 Simón Rodríguez, María Elena, *Hijas de la igualdad, herederas de injusticias*, Narcea, Madrid, 2008, pág. 23.

38 *Ibidem*, pág. 23.

39 Beauvoir, Simone, *op. cit.*, pág. 354.

40 Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 24.

41 Briffault, Robert, *Las madres*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1974, pág. 86.

42 Estivalis, María Lozano, *La maternidad en escena. Mujeres, reproducción y representación cultural*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 2006, págs. 171-172.

43 Un apunte etimológico: histeria procede del griego ὑστέρα, útero.

Adétremonos en los avances médicos españoles del siglo XVIII que, al tiempo que acaban con viejas creencias, sirven para fundamentar la desigualdad por naturaleza:

“El útero, a su vez, perderá toda la carga peyorativa que se la adjudicó en siglos anteriores, siendo considerado como el órgano sexual más importante. Sin embargo, los nuevos datos 'científicos' no serán interpretados de forma neutra sino que constituirán el fundamento que permitirá, de nuevo, la reorganización de la sociedad patriarcal dieciochesca.”⁴⁴

Por fin, en la historia científica de nuestro país, se manifiesta la relevancia del útero, ese gran desconocido en la magia de la naturaleza. Citamos a la magia en este tema tan científico para evadir la ironía de ese reposicionamiento de la ciencia en las garras de hombres que excusan la distribución social para su don y gracia. Es decir, tergiversan la realidad natural en su conveniencia absoluta, manteniendo a las mujeres en su círculo maternal, pues si salen de él la proyección moral y social recaerá sobre sus cabezas.

“Aristóteles recupera a partir de los archivos del mito la imagen de la tierra como metáfora de la maternidad.”⁴⁵ El útero y su rol dominante de seleccionador del semen más adecuado ni siquiera aparece en esa preconcepción de la madre tierra, que necesita del riego, agua sin la cual no materializará ninguna semilla. Afortunadamente, y pese a mentes estrechas de miras, las mujeres no permanecen quietas cual “Bella Durmiente” esperando a su príncipe agricultor. Aunque este venga cantando las maravillas de la fecundidad.

La pionera revolucionaria del feminismo, Simone de Beauvoir, denuncia la insistencia masculina en darse importancia dentro del proceso reproductor: "incluso una vez reconocido el óvulo como principio activo, los hombres intentaron contraponer su inercia y la agilidad del espermatozoide"⁴⁶ para seguir abanderando el rol activo en la procreación, manteniendo la mujer la pasividad sempiterna.

Nos transportamos hasta nuestros días para hallar voces masculinas que se alzan desde la Medicina y apuntan a una corriente biologicista, inculcada en la enseñanza desde sus inicios, para dejarnos arrastrar por la riada que nos hace ver nuestro cuerpo construido cual máquina de fabricación, como acertadamente señala M^a Jesús Montes Muñoz en su tesis. Unas instrucciones son depositadas en nuestros subconscientes para que, llegado el momento, actúen

44 Nogal Fernández, Rocio de la, “Mujer y maternidad: asociación perfecta de la Ilustración”, en *Las edades...*, *op. cit.*, págs. 300-301.

45 Vegetti Finzi, Silvia, *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*, Cátedra, Madrid, 1992, pág. 140.

46 Beauvoir, Simone, *op. cit.*, pág. 73.

de forma natural.⁴⁷ O como una computadora con memoria interna disponible para su lectura inmediata cuando las condiciones lo procuren.⁴⁸

El reconocimiento de la actividad femenina con motivo de la guerra sirve de excusa para la realización de una encuesta por María Martínez Sierra a los intelectuales españoles, en abril de 1917, bajo el título colectivo de *La mujer moderna*. La incógnita a responder no era otra que "¿qué piensan ustedes acerca del problema feminista?" El elogio es el motivo que impulsa a la escritora riojana a recoger el conjunto de estas opiniones puesto que "como el problema, aunque plenamente resuelto ya en otras naciones, sigue siendo el mismo en España, y como los que respondieron tampoco han cambiado, ofrezco hoy a ustedes sus respuestas como tema de meditación y motivo de aliento y esperanza."⁴⁹ En su intervención, el periodista y escritor Alberto Insúa razona acerca de la imposibilidad de negar la biología: "no hay modo de llenar el abismo que la Naturaleza interpuso entre los dos sexos: abismo que es abrazo cuando llega la hora de la maternidad."⁵⁰ El sino natural se eleva como poder supremo para diferenciar al hombre de la mujer y distanciarlos hasta interponer un precipicio de carne y sentimientos, distancia que se acorta por la reproducción. Desde nuestro punto de vista, tiene lugar un acercamiento durante el acto del coito, punto en el que empiezan a desmembrarse los lazos de esa unión hasta arribar a la máxima enajenación entre sexos, debido al embarazo y el parto, únicamente protagonizados por la mujer. ¿Exageramos? Los hombres cumplen algún ejercicio durante ese período, más allá del apoyo moral al cáliz sagrado, a ese recipiente que idolatran por su capacidad milagrosa de conversión, al que envidian por esa misma causa o temen por su poder, aunque luego las tachen de contaminadas e impuras.⁵¹ Cualquiera dudaría de la competencia femenina con ese estorbo en su barriga inmensa, esos pies hinchados, ese cansancio crónico que produce el estado de buena esperanza tras ejercer "el poder de decisión sobre el propio cuerpo."⁵²

1.5. La mujer salvaje

Aludiremos por vez primera, sin atrevernos a pronosticar cuántas veces recurriremos a esta división, a la sempiterna separación de bienes dentro de una pareja. Lejos de metáforas, un

47 Montes Muñoz, María Jesús, *Las culturas del nacimiento. Representaciones y prácticas de las mujeres gestantes, comadronas y médicos*, Universidad Rovira i Virgili, Tarragona, 2007, pág. 176.

48 *Ibidem*, pág. 264.

49 Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer moderna*, Renacimiento, Madrid, 1930, pág. 9.

50 *Ibidem*, pág. 134.

51 Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 21.

52 Establier Pérez, Helena, "La teoría de la maternidad en el contexto crítico español", en *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 189.

hombre y una mujer nunca compartirán más que el lecho, en teoría. Y este asunto está cerrado. O al menos esto les gustaría a los arquitectos de nuestra sociedad que impusieron la ruptura entre naturaleza y cultura, quedando arrinconados cada sexo. Ante la cuestión inevitable de si hubo algún vencedor, ateniendo nuestro examen a las preguntas más acertadas diríamos que los hombres obtuvieron la cultura, mientras las mujeres no supieron ni tomar el lápiz para marcar las respuestas por su pertenencia a la salvaje naturaleza. Esta dicotomía “no sólo es una construcción social falaz, sino un instrumento para perpetuar de una forma torticera una desigualdad.”⁵³ Aunque, paradójicamente, el propio hombre convierta el hecho natural en algo cultural: “la capacidad de dar a luz es algo biológico, la necesidad de convertirlo en un papel primordial para la mujer es algo cultural.”⁵⁴

Ambos sexos se perpetúan. Ambos géneros desarrollan sus tareas para alcanzar la eternidad. Las mujeres a través de la creación humana, los hombres mediante la cultura. Durante la Ilustración, la racionalidad de esta dualidad era explicada por la radiografía psicológica que se aplicaba a toda fémica: inestables, movidas por los sentimientos, volátiles.⁵⁵ Imposible oponerse a la separación de funciones ante tal argumento clarividente.

La escisión viene determinada por Occidente, entidad con plenos poderes a la luz de este texto: “desde hace muchos siglos, la civilización occidental ha contemplado el mundo y a sí misma desde la clásica visión escindida que opone naturaleza y cultura.”⁵⁶ Dicho de este modo, nos imaginamos la viñeta tradicional de cualquier periódico con una inmensa caricatura de nuestra civilización, siempre todopoderosa, que mira a su alrededor, jactándose de su supremacía, y parte en dos el mundo para proporcionar las luces del conocimiento a todo varón, dejando a las hembras solo las sombras de la porción animal.

Sigamos con metáforas que pueden visualizarse en imágenes inolvidables por su peso en la construcción de la identidad femenina. Lozano Estivalis nos procura la siguiente en su gran estudio acerca de la escenografía que posee la maternidad: “naturaleza, inmanencia, pasividad, destino o biología son puertas por las que se accede al interior de los discursos heredados sobre la maternidad.”⁵⁷ Nos agrada esta cita porque a pesar de la imposición que trae consigo toda herencia, deja abierta la elección para entrar en esas enraizadas ideas patriarcales. Quizá seamos demasiado optimistas, o quizá solo queramos poder dejar cerradas algunas de

53 Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 109.

54 Carporales Bizzini, Silvia, “La teoría crítica feminista anglosajona contemporánea en torno a la maternidad: una historia de luces y sombras”, en *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 201.

55 Lacalzada de Mateo, María José, “Mujeres ¿madres y también ciudadanas? (Una perspectiva a partir de la Ilustración)”, *Medicina Naturista*, 10 (2006), pág. 95.

56 Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 88.

57 Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 25.

esas salidas o entradas. Una puerta delante de cada una de nosotras. Una habitación con varios portales. Toca decidir si se abren.

En otro extremo, el asombro aún nos perdura tras leer la verdadera e incuestionable motivación de la desigualdad entre sexos. Solo y exclusivamente los miembros de una pareja permanecerán unidos si corresponden a distintos grados de poder. De lo contrario, el mantenimiento de esta unión será inconcebible.⁵⁸ Paradoja ante la que nos quedamos sin palabras, aunque prometemos que por un breve lapsus.

Volviendo al protagonismo de la Naturaleza, ahora advertiremos su cariz más dominante. Aquel que entronca directamente con la imposición a la mujer de la reproducción, quiera o no. El destino femenino del que escapar, al que aferrarse ante el vacío o ante el que postrarse. Actitudes que ejemplifican una amplia gama de tonalidades que intentaremos colorear en este estudio.

En la novela *Tú eres la paz*, los nietos de una anciana escenifican que aún se siguen amando y van a casarse para que ella pueda morir tranquila. El protagonista masculino, Agustín, expone a través de una misiva a un amigo un plan de evasión maternal que no tuvo fruto, así como la carencia de sentimientos amorosos hacia su prima Ana María y los momentos felices que vive en casa de su abuela aparentando una dulce comedia de amor con ella. También recogemos más información de su relación con la bailarina Carmelina y cómo se convirtió en un muro ese hijo, fruto del azar:

“Carmelina no pudo perdonarle al amor el don de la maternidad; según ella, que quiere saber tanto de filosofía como de piruetas, esta que las hembras burguesas se empeñan en llamar bendición de Dios no es más que una artimaña de la Naturaleza, una mala trampa para cazar bobos, una píldora dorada en falso.”⁵⁹

En la vertiente opuesta a la idea soñada por la prima Ana M^a, la voz indirecta de Carmelina da una versión negativa de la oportunidad de tener un hijo que, lejos de ser resultado del deseo, llegó sin aviso ni reclamo. Pero aún más lejos llega la opinión feminista de la bailarina que considera tal oportunidad una traición de la Madre Naturaleza, a la que las mujeres quedan supeditadas y en la que la sociedad se recrea como arma apaciguadora de las mentes pensantes para convertirlas en ignorantes. Espejismo de un milagro que luego se transformará en pesadilla cuando la pátina se caiga y a pesar del:

⁵⁸ Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, op. cit., pág. 200.

⁵⁹ Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres la paz*, Espasa-Calpe, Madrid, 1965, págs. 62-63.

“[...] esfuerzo por interpretar los sentimientos maternos como necesidades orgánicas [que] desvela un intento de disfrazar la maternidad como una práctica opcional. Cuando la mujer opta por la maternidad no hace sino responder a la carga de la elección que supone vivir como una mujer.”⁶⁰

Despojémonos de la máscara de carnaval y consideremos una alternativa como la que plantea la novela de María Martínez Sierra, en la que la bailarina Carmelina con su distancia materno-filial ejemplifica que “la realidad biológica de la maternidad no produce una relación.”⁶¹ En otras palabras, la teoría ideal de la atenta madre queda apartada en el camino por la mujer supuestamente desnaturalizada, sujeta a juicio por falta de actitudes típicamente maternas. Ejemplo real de ese personaje literario fue Carmen Arriagada, mujer sudamericana del siglo XIX cuyas cartas revelan su rechazo a la biología determinante.⁶²

La no gratuidad de esa identificación entre la mujer y la naturaleza⁶³ indica el salvajismo primitivo de la hembra, la necesidad de dominar sus deseos, de aplacar el escaso ingenio que posee. Habrá que domesticarla, en definitiva, dándole una motivación que no podrá rehusar: los hijos, aunque ni siquiera se le reconozca el peso de este deber. “El valor de la maternidad 'biológica' permanece oculto, anulado por su presunta naturalidad, por la necesidad de sus fines y por el espacio privado en el que se desarrolla.”⁶⁴ Lo que no se ve, no puede ser apreciado. Ya que la Naturaleza marca el proceso, este se menosprecia por su patente universalidad. Sin embargo, debemos reivindicar sus méritos, alejando su marco biológico para concebir la maternidad desde otra perspectiva.⁶⁵

1.6. Leyendas/mitos y realidades

Los logros de muchas personas carecen de valor ante el éxito de una sola. En el capitalismo, hay un triunfador y no tiene género femenino: se llama patriarcado, pues este sistema vence ante la tendencia femenina a dejarse dominar por su biología, en la que “sigue descansando el discurso del destino maternal ineludible, reforzado por el mandato divino y

60 Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 90.

61 Monreal Requena, Pilar, “Las madres se hacen, no nacen. Perspectivas desde la antropología social”, en *Las representaciones de la maternidad. Debates teóricos y repercusiones sociales*, Carmen Fernández-Montraveta et al. (ed.), Universidad Autónoma, Madrid, 2000, pág. 52.

62 Chambers, Shara C. , "Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX", *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 13 (2005), s. pág.

63 Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 91.

64 Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 258.

65 Valladares Mendoza, Blanca, *op. cit.*, pág. 34.

como deber social.”⁶⁶

“La capacidad creadora, el ser MADRE, se asocia más a la naturaleza, a lo DADO.”⁶⁷ ¿Quién da por hecho algo así? Nueve meses de embarazo y toda una vida de preocupación, según el dicho. El verbo dar queda asociado al regalo inminente, que llega por sorpresa, que nada requiere del receptor que solo tiene que sonreír ante su emisario. Esperad un momento, ¿no esperan los hombres esta actitud de las madres?

Más aún porque ese comportamiento responde a los mitos acerca de los orígenes biológicos que recoge Carmen Fernández-Montraveta en su artículo “Mitos, realidades y la biología de la maternidad.”⁶⁸ La comparación con otros animales para la mayor comprensión de nuestra naturaleza humana se suma a la entrega absoluta de las hembras por tener progenie, con la revisión histórica que aduce la carga del cuidado infantil a la mujer. Tres creencias legitimadas por la leyenda.

De los mitos saltamos a la programación genética; de un escándalo provocado por la convicción ideológica a la supuesta certeza científica de la Sociobiología: “en lo que se refiere a las mujeres, según esta corriente teórica, estaríamos genéticamente programadas para mantener relaciones monógamas heterosexuales y para la maternidad.”⁶⁹ No queda opción más allá de la heterosexualidad que conduce a la sexualidad reproductora.⁷⁰

Estamos ante un ardid planeado por la propia Naturaleza a favor de los hombres, en contra de las mujeres, sumando habitantes a su espacio. Hace ya tiempo, aunque no demasiado, que “la función biológica pasó a ser el fruto de una decisión: ya no se trataba de una *reproducción pasiva*, sino de una *procreación* humana en la que intervenían la razón y la afectividad.”⁷¹ Aunque sigamos responsabilizando a la Naturaleza al igual que haríamos con un tribunal supremo por nuestra desmedida inconsciencia en torno a la reproducción, sobre todo conociendo el resultado de nuestros actos en el lecho. Esta obviedad plantea la ceguera de adultos y no tan adultos ante el hecho reproductor, pues, al fin y al cabo, más allá del placer, sin control, hay consecuencias.

Hombre más mujer da igual a una nueva persona. Cierto que hay parejas que no responden a ese esquema tradicional, situaciones que cada día dejan de ser extraordinarias por el aumento de su aparición, a las que en Francia, por ejemplo, “el Código Civil no les hace

66 Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 65.

67 González de Chávez Fernández, María Asunción, *Familia: maternidad, paternidad*, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Madrid, 1996, pág. 7. La mayúscula es de la autora.

68 Fernández-Montraveta, Carmen, “Mitos, realidades y la biología de la maternidad”, en *Las representaciones...*, *op. cit.*, pág. 27.

69 Monreal Requena, Pilar, *op. cit.*, pág. 50.

70 Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 85.

71 Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, 2001, pág. 97. La cursiva es de la autora.

caso porque el derecho, amante de lo 'natural', considera que la 'verdadera' filiación se fundamenta en el cuerpo.⁷² Además, con el transcurso de los siglos, “se ha separado la sexualidad de la reproducción hasta el punto en que puede haber reproducción sin sexualidad.”⁷³ He ahí las controvertidas y nuevas tecnologías de reproducción.

En resumen, apuntamos a la necesidad de ampliar el espectro de la maternidad, más allá de la parte natural de la concepción que relaciona a la mujer con la tierra a sembrar y/o con la naturaleza en las fases de la luna. Para lograr ese objetivo, se hace imprescindible diferenciar dentro del término “maternidad” sus dos vertientes: la primera de carácter biológico y la segunda inscrita en el mapa sociológico.

2. Instinto maternal

Desde el principio de los tiempos, la maternidad se "apoyaba en la construcción del instinto maternal, la llamada de la naturaleza, que se ofrecía como un componente universal y eterno de la feminidad."⁷⁴ La universalidad del instinto transforma su inviolabilidad, denota su imposición, al tiempo que plasma su carácter eterno. Siempre existirá, en la misma medida que el instinto de supervivencia, pero es una afirmación que debatiremos en estas páginas.

En conexión con el anterior tema, nos adentramos en la *Torre de marfil*, novela breve cuyo argumento se centra en la relación de una pareja, Mariana y Gabriel, y la intromisión de la madre posesiva de él. La protagonista acude al palacio de Gabriel donde se halla este y el hijo de ambos, arrebatados de su lado, al estar Mariana enferma tras el parto. Tras curarse, Mariana ha decidido ir allí para llevarlos consigo a Madrid y empezar de nuevo. De camino al palacio: "le canta en el pecho la ternura nueva de la maternidad, que [...] bien le dice que es madre la carne y el alma; y todo ello se exalta y se vivifica en el sortilegio para ella desconocido de la mañana campesina."⁷⁵ Mariana es una chica de ciudad, alejada de la naturaleza. Al internarse en ella su propia naturaleza femenina le es revelada en su sangre, su pecho, su carne y su alma, a pesar del escaso contacto con su retoño. En ese detalle, María Martínez Sierra destaca la no necesidad de una relación íntima y continua con los hijos para que una mujer sienta su maternidad en lo más profundo de su ser.

En oposición a la certeza del instinto, Silvia Tubert nos hace dudar de esa llamada salvaje a la reproducción sin dominación lógica posible: "el deseo de un hijo no es natural, sino

⁷² Maire, Corinne, *No kid. Cuarenta buenas razones para no tener hijos*, Península, Barcelona, 2008, pág. 19.

⁷³ Velasco Arias, Sara, “La maternidad en el psicoanálisis: encuentros y desencuentros”, en *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 161.

⁷⁴ VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 85.

⁷⁵ Martínez Sierra, Gregorio, *Abril melancólico*, Saturnino Calleja, Madrid, 1921, pág. 227.

histórico, [...], resultado de una operación de simbolización, por la cual el futuro niño representa aquello que podría hacernos felices o completas."⁷⁶ La historia llega pisando fuerte para desestabilizar esa base de seguridad infalible que ronda el pensamiento de cada mujer cuando llega a una determinada edad. Es ese impulso que mueve hacia la creación de una vida, y que, sin embargo, adolece de la figura de un símbolo, similar a aquellas esculturas que se adoran en las iglesias, pero esta reside en cada hogar, en un altar invisible, que vislumbramos en nuestra imaginación y durante esos sueños de futuro con risas de personas pequeñas, a nuestra imagen y semejanza. Como irónicamente señala Corinne Maier, "el niño, absolutamente sacralizado, representa para muchos necios o ingenuos el eslabón perdido entre la humanidad y el infinito."⁷⁷ De ahí que muchos embarazos vengan motivados por el deseo de perpetuidad.

Escuchemos a tres mujeres reales hablando sobre el instinto, gracias a la investigación de M^a Jesús Montes: "tú ya tienes el instinto de protección. En el momento que sabes que estás embarazada, le estás protegiendo." Entre las mujeres a las que entrevistó para la realización de su tesis, Cristina alude a la inmediatez del escudo materno, nada más quedar encinta, mientras Laura espera su aparición tras el nacimiento: "yo no tengo instinto de maternidad ni cosas raras de esas, ¡pues ya me saldrá! ¿no?". En cambio, Montse asegura no sentirlo: "el instinto maternal yo no le encuentro por ningún sitio; yo no tengo instinto maternal."⁷⁸ Tres posturas sobre ese mito que define el cuidado y la protección del feto antes de su visión o la escucha del latido de ese diminuto corazón. Voces dubitativas por el peso que soportan, carga que acometen en libertad y, curiosamente, no llamadas por ese instinto. "Pero el amor aparecerá, por supuesto; demorará quizá unas horas, o unos días. Y no es gratuito."⁷⁹

2.1. Desde el mismísimo nacimiento

"Érase una vez... al menos así comienzan los cuentos... ma-má, una simple sílaba al cuadrado."⁸⁰ En su certero análisis de los libros ilustrados, Adela Turin pone de manifiesto la evocación en su interior de esa felicidad completa por parte de aquellas mujeres que se reflejan en el rol asignado desde el inicio de sus vidas, "que lleva del nacimiento de una niña al

⁷⁶ Tubert, Silvia, introd., *Figuras...*, *op. cit.*, pág. 10.

⁷⁷ Maire, Corinne, *op. cit.*, pág. 17.

⁷⁸ Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 312.

⁷⁹ Torres Vilar, Natalia, "Reflexiones acerca del desarrollo emocional de la madre, a partir de la obra de Winnicott", *Persona: Revista de la Facultad de Psicología*, 9 (2006), pág. 212.

⁸⁰ Futoransky, Luisa, "Mi madre, mi espejo", <http://unesdoc.unesco.org/images/0012/001219/121920s.pdf>. (Consultado: 25/03/2009)

nacimiento de su hija."⁸¹ Increíble inicio vital al amparo de la maternidad insuflada desde el nacimiento de una bebé, una niña, un ser femenino, que dibuja María Martínez Sierra en la conferencia titulada "Consejos a una linda lectora":

"Has nacido con ansia de crear. Desde que abres los ojos a la luz de la vida, tu instinto te dice que la continuación de esa misma vida, en la tierra, está en tí, y ha de realizarse por tí. [...] Y eso lo sabes desde que naces, sin que nadie se cuide de enseñártelo: te lo dice el latido mismo del corazón que te hace vivir. Tienes hambre y sed de amparar, de velar, de cuidar, de adoctrinar, de curar, de perdonar... Madre posible de hombres, en todo hombre que pasa por tu vida pones una chispa de maternidad esencial, tantas veces perdida o fracasada."⁸²

Analizaremos paso a paso este fragmento con tanta enjundia: si bien al inicio se refiere a la necesidad de creación inherente a toda mujer, valga considerar que también lo está en los hombres como forma de perpetuación. De hecho, la autora creó con su obra una maternidad simbólica. Por tanto, la maternidad no queda reducida al aspecto físico, aunque sea este el que se destaca a través del mismo corazón y del cerebro que, con ímpetu, tiene la necesidad indiscutible de actuar por el bien de esa creación. Esa maternidad simbólica se expande hasta en sus relaciones con el sexo masculino gracias a ese instinto de cuidar que comparten las mujeres. Su mayor virtud y defecto es por igual. En este punto, nos referimos a una piedad, no un instinto agarrado a las entrañas de cualquier mujer puesto que "solo en los mitos sobre el origen del mundo se conserva memoria de un deseo femenino de procreación espontánea, inmediatamente normalizado por el poder masculino."⁸³ Tan inmediata creatividad femenina conllevó la paralela resolución masculina de regular esa voluntad, pues todo deseo ha de vincularse a unas normas, más aún cuando procede de la parte sometida de la humanidad, y sobre todo "el deseo de maternidad, intermedio entre lo animal y lo vegetal, lo bestial y lo divino, [que] resulta inquietante e imposible de ubicar."⁸⁴ El poder de la capacidad reproductora de la mujer permanece latente, teniendo que apagarse cual fuego amenazante para evitar la concienciación global ante ese "no instinto" real. "La mayoría de las mujeres sueñan con ser madres desde la infancia"⁸⁵ ensoñación que luego se quebrará ante el choque con la realidad,

81 Turin, Adela, *Los cuentos siguen contando... Algunas reflexiones sobre los estereotipos*, Horas y horas, Madrid, 1995, pág. 68.

82 Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo, feminidad, españolismo*, Saturnino Calleja, Madrid, 1920, págs. 35-36.

83 Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 9.

84 *Ibidem*, pág. 140.

85 Hunt Anton, Linda, *La decisión de ser madre para la mujer de hoy. ¿Realización y libertad personal o dolor y*

con esa lucha diaria de los pormenores de la crianza.

Durante el intermedio de la comedia *Canción de cuna*, en la que las monjas de un convento se convierten en madres por la aparición en el torno de una pequeña abandonada por su madre biológica, el Poeta nos recita su explicación de la conversión natural de las monjas en madres:

"Habéis de saber, castas esposas del Señor, / que lo que habéis creído clemencia y caridad, / el gesto de adopción que hizo vuestra piedad, / la caricia invencible y la canción de cuna / para la hija de nadie que os trajo la fortuna, / no fueron sino llama del amor, de esa divina / pasión que está en la entraña del alma femenina."⁸⁶

La divina pasión aparece y Dios es el responsable del alma femenina, como no podía ser de otro modo en el ámbito religioso de las hermanas, que se engañan a sí mismas al no reconocerse como madres. Desde la Antigüedad clásica, las divinidades otorgaron ese don innato e imperecedero que conduce a actos irracionales.⁸⁷ Robert Briffault, sin embargo, nos da tres detalles en cuanto al tiempo del instinto que desmantelan por completo el argumento de la novela de nuestra autora. El primer dato descubre que el instinto maternal no prende como una llama, sino que necesita de un tiempo para alcanzar su plenitud; el segundo habla sobre su duración limitada y el tercero nos sorprende hablando del fin del instinto maternal al alcanzar la madurez.⁸⁸ Tres apuntes, tres controversias. Aunque asintamos ante el primero, negamos repetidamente los dos últimos. Si el instinto maternal es, ha de comprender no solo el embarazo y el parto, sino la relación con esa vida creada. Si el instinto maternal existe, no puede limitarse la edad de su emisora.

Por otro lado, sinónimos del instinto se suceden: piedad y pasión. Distintos términos para "ese curioso fenómeno de la 'intuición femenina', de ese ver sin necesidad de discurso."⁸⁹ Ante esa ligazón de este hecho sobrenatural al género femenino, lanzamos la cuestión inevitable acerca de la carencia total y absoluta entre todos y cada uno de los hombres. Gemma Cánovas recoge el testigo para certificar que "ser padre es una experiencia subjetiva, distinta a la de ser madre. Cada hombre vive de forma particular su deseo de paternidad o su ausencia de ésta."⁹⁰ Desconocemos los motivos por los que la ilusión masculina ante la concepción de su

frustración?, Gedisa, Barcelona, 1993, pág. 31.

86 Martínez Sierra, Gregorio, *Canción de cuna*, Espasa-Calpe, Barcelona, 1954, págs. 74-75.

87 González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 406.

88 Briffault, Robert, *op. cit.*, pág. 35.

89 Bel Bravo, M^a Antonia, *op. cit.*, pág. 79.

90 Cánovas Sau, Gemma, *El oficio de ser madre. La construcción de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 2010,

prole no se corresponde con un instinto paternal establecido socialmente, comprendiéndose como parte de su rol y no como una necesidad efectiva. Por desgracia, no disponemos de espacio en este trabajo para sumergirnos en el vasto territorio de la paternidad.

Pero, antes de continuar nuestra búsqueda de conceptos relacionados con el instinto, lo definiremos *per se*. Según la Real Academia Española de la Lengua, responde a un "conjunto de pautas de reacción que, en los animales, contribuyen a la conservación de la vida del individuo y de la especie."⁹¹ A continuación, se menciona el instinto reproductor, permaneciendo la referencia dentro del mundo animal, nunca aplicado al humano. "La justificación estriba en que la mayoría de los animales de sexo hembra cuidan y protegen de sus cachorros."⁹² Retornamos a la generalización, de esa que ya planteamos que debíamos escapar porque la consciencia y la voluntariedad han de gobernarnos, con el abandono de instintos que se crean por pura conveniencia. En nuestro vocabulario aparece un nuevo término que no corresponde al instinto, mas conduce hacia él, nos proyecta a él, nos induce a darle vida, por lo que resulta pertinente: sexismo sutil o benévolo. María Elena Simón ubica este sexismo no discriminatorio en el regazo de la cotidianeidad, de la costumbre en la que la fémica concibe a su descendencia con alegría y gozo,⁹³ enlazando con esa inercia de la mujer a ser madre porque así le dicta la biología para avanzar más en ese recorrido.

"Ese 'instinto maternal' definido antaño todavía se conserva como sinónimo de amor-maternal, atribuyéndosele un intenso valor moral y social transferido a la mujer en el momento de la procreación."⁹⁴ Terminamos este repaso terminológico con la confirmación de nuestras divagaciones, el instinto maternal aún pulula por nuestro mundo, modificado por un matiz de realidad: valida la nota de cada mujer que se examina del carnet de la maternidad.

2.2. Sobre leyes, libros y traducciones

En *Canción de cuna* la llegada de una pequeña transformará la tranquilidad del convento para poner de manifiesto la contradicción entre el instinto natural y la ley regida por la racionalidad. Cuando el médico aparece, la duda sobre cómo proceder se va mitigando por la renuncia de las monjas a todos sus derechos. Al entrar en el convento, las hermanas abandonan la vida terrenal para centrarse en la adoración del espíritu, de Dios, de la religión en definitiva. El médico no hace más que pronunciar en voz alta el temor de la Priora: "es verdad.

pág. 123.

91 <http://lema.rae.es/drae/?val=instinto> (Consultado: 13/09/2015)

92 Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 92.

93 Simón Rodríguez, María Elena, *op. cit.*, págs. 96-97.

94 Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 75.

Legalmente, no tienen ustedes derecho a la maternidad."⁹⁵ La crueldad legal queda expuesta por la voz racional del sujeto externo al convento. Cabe destacar cómo la Priora mantiene la lógica ante la posibilidad real de quedarse con la niña y se cuestiona acerca de un asunto tan terrenal como la ley, lejos del sentimentalismo que impera en el resto de las novicias. Acaso sucede lo mismo, en una escala doméstica, cuando una madre ha de dejarse llevar por el instinto o por los dictámenes de la Medicina. La parte natural lucha contra la racional para actuar sobre la persona.

Continuamos con oposiciones evidentes en torno a ese aparente naturalismo que se manifiesta en la mujer por su unión con la Naturaleza, uniéndonos a la incredulidad de Luciana Percovich ante la existencia del "pensamiento materno":

"Lo materno se encuentra en las antípodas del pensamiento, porque se lo considera hecho de sentimientos, emociones, contigüidad física, inmediatez en la acción, en tanto el pensamiento está connotado como algo abstracto, racional y repetible, separado del cuerpo, de las emociones, de las situaciones contingentes."⁹⁶

Si toda madre cuenta con un pensamiento propio, asalta la duda de si las mujeres antes de reproducirse carecen de él, o es que se trata de un don a sumar al milagro de la maternidad, o es que es preferible dar envoltura innata a unos conocimientos que han de aprenderse paulatinamente con la experiencia, provocando por esa envoltura de instinto una inseguridad femenina con la consecuente sumisión ante la opinión médica.

Nos hemos enredado en un torbellino de hipótesis para plantear la trampa ideológica en la que caen, cual ratones en busca de queso, las mujeres que quieren utilizar su cuerpo para la función que les dicta su corazón, ya sea bajo coacción, en libertad absoluta o en un múltiplo de estos extremos.

Para atestiguar nuestra sospecha, rescatamos las palabras de Rocío de la Nogal: "ya que si se consideraba que las madres poseían un saber intuitivo, ¿por qué se publicaron durante la centuria tantos manuales y tratados de puericultura [...]?"⁹⁷ Esta realidad de libros dirigidos a la educación y crianza de la prole apunta a ciertas restricciones impuestas desde el exterior a ese dulce hogar. Es decir, el poder de la educación constituía un escalón demasiado elevado para esas mujeres cuyas vidas se desarrollaban entre cuatro paredes, teniendo que acudir en busca de ayuda a los entendidos en la materia. Aquella asignatura a aprobar por las mujeres que,

95 Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 57.

96 Percovich, Luciana, "Posiciones amorales y relaciones éticas", en *Figuras...*, *op. cit.*, pág. 232.

97 Nogal Fernández, Rocío de la, art. cit., pág. 305.

curiosamente, carecían de ese infalible instinto maternal que la sociedad vendía ensalzado como tónico de rejuvenecimiento para toda mujer. "Eso sí, siempre bajo la tutela de los profesionales de la medicina, que podían modelar con la razón y templar con el saber el instinto maternal, incontrolable por las mujeres solas."⁹⁸ Arrastrando el salvajismo consigo, la mujer ha de ser observada bajo lupa, para su propio beneficio, pues, entre sus defectos, destacaba el descontrol de su biología, de ese impulso que le conducía a buscar desesperadamente un espécimen masculino para alcanzar la plenitud. El método ideal de evasión de esa naturaleza salvaje consistía en convertirse en sumisas matronas, obedientes seguidoras de los consejos de médicos sabios que aprendían por sí mismos a concebir, alimentar y educar a los niños. Un momento, ¿conseguían los hombres convertirse en mujeres para enseñarles a ellas cómo vivir su maternidad? Me hallo confusa ante esta escena. Lozano Estivalis arroja claridad explicando las connotaciones políticas del instinto materno:

"Al garantizar la idea de permanencia, de inmutabilidad de unas conductas normativizadas culturalmente desde su consideración de naturaleza inalterable, se consigue una seguridad y una estabilidad que una distribución asimétrica de poder pondrá en manos masculinas."⁹⁹

Localizamos en este análisis una razón más para perpetuar la diferenciación de géneros, la discriminación del sexo femenino en su capacidad reproductora, proporcionando toques de naturalidad a un edificio provechoso para los hombres que atesoran el poder, singularizados en la figura del médico experto. Amparo Moreno nos trae una alternativa sin ningún hombre entrometido: "[las madres] recurriríamos a nuestras aptitudes 'naturales', nuestro instinto o una hormona pituitaria, que [...] se encarga de regular el comportamiento maternal."¹⁰⁰ La biología acude a nuestra llamada de socorro, si creemos en su capacidad de gestión. El peligro de contaminarnos del convencimiento patriarcal sobre la corriente basada en lo físico se esconde tras el rincón: la naturalidad de la maternidad, sin valorar el esfuerzo implícito. En otro estadio, Christine Everingham indica el enriquecimiento del aprendizaje materno con el instinto, a través de un procedimiento de translación, en el que la madre queda convertida en traductora oficial del lenguaje del niño, transmisora de sus necesidades, marcadas por naturaleza, pero esa mujer encontrará a otros miembros traductores en su entorno que le ayudarán a disfrutar de la

⁹⁸ Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 196.

⁹⁹ *Ibidem*, pág. 272.

¹⁰⁰ Moreno Hernández, Amparo, "Los debates sobre la maternidad", en *Las representaciones...*, *op. cit.*, págs. 6-7.

maternidad, sin perder su autonomía.¹⁰¹ O tal vez no, de acuerdo con la psicoanalítica radiografía que expone Cecilia Muñoz:

"Es ella la que intuye las incomodidades del bebé, la que capta sus necesidades a través de los sentidos y sus cualidades psíquicas a través de la conciencia y la que, con su capacidad de ensoñación, consigue imaginar los complejos sentimientos de su bebé y darles significado."¹⁰²

Nadie duda de la relevancia del trasvase de los requerimientos del bebé bajo garantía, ante el que solo queda ampliar la capacidad de otros receptores de ese mensaje, infantil a la par que básico, pero siempre con un aura de cariño y atención.

2.3. Inconsciencia o reflejo

Ante la obligatoriedad de creer en ese instinto que promueve la magia de la experiencia maternal, podemos vislumbrar su otra cara gracias a la actitud de Ana María, protagonista de la novela *Tú eres la paz*. Con su otra cara nos referimos a ese otro rostro, cual moneda reflejada en un espejo. Si la Alicia de Lewis Carroll podía traspasarlo, quizás haya más mujeres que lo consigan. Mientras, nos queda vislumbrar cómo nada es tan irracional como nos quiere dar a entender la teoría del instinto maternal. Elucubramos la visión de este instinto como una confabulación para la repetición eterna de comportamientos femeninos, como mil espejos en sucesión ininterrumpida, dado que "el amor maternal no es universal e innato, como se pretende desde la retórica ilustrada, sino construido por nuestro pasado histórico, nuestra sociedad y nuestra cultura."¹⁰³

Recuperemos el extracto de la novela de María Martínez Sierra para ejemplificar nuestra reflexión. Ana María va al pueblo para ver al hijo de su primo y la bailarina, aquel que debió ser suyo. Una vez a solas con el chiquillo en brazos, actúa como una madre y su inconsciente le hace dirigirse al pequeño en tales términos: "¿qué ves, tú, corazón, vida, chiquillo mío? - dice. Al oírse, sonríe sorprendida, de haber pronunciado, [...] las mismas palabras con que tantas veces ha oído a tantas madres acariciar a los hijos."¹⁰⁴

101Everingham, Christine, *Maternidad: autonomía y dependencia. Un estudio desde la psicología*, Narcea, Madrid, 1997, pág 19.

102Muñoz Vila, Cecilia, "La complejidad de lo femenino (Una mirada neo-kleiniana)", *Desde el jardín de Freud: Revista de Psicoanálisis*, 6 (2006), pág. 148.

103Establier Pérez, Helena, art. cit., pág. 187.

104Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, op. cit., pág. 108.

La protagonista femenina se convierte de nuevo en esa niña que observaba que "el cuidado de los hijos es propio de la madre, así se lo enseñan [...] Su vocación se le dicta imperiosamente."¹⁰⁵ La lección emerge del subconsciente ante el contacto físico de un niño pequeño con una futura y posible madre. En esta situación, se comprenden dos opciones extremas: la biológica e instintiva en oposición a la social, el rol asignado y el comportamiento asimilado por la visualización en la sociedad, o su posible unión intrínseca.

Como muestra de la parte biológica e instintiva de la maternidad, los autores clásicos griegos recogen "los cuidados de los recién nacidos [...] como si fueran impulsos incontrolables que llevaban las mujeres en su interior."¹⁰⁶ Descargas de amor electrifican las existencias cotidianas de esas féminas, sean o no madres. Tendemos un hilo desde Grecia al psicoanalista Lacan para recuperar una imagen del deseo maternal que produce escalofríos. Un cocodrilo a la zaga, una boca inmensa abierta que en un segundo puede devorarte, sin racionalidad alguna.¹⁰⁷

Contrarrestando esa naturaleza insofocable, recuperamos esta sentencia que dicta que "el amor de las madres por sus hijas e hijos ha sido pre/definido y estereotipado desde el comienzo de los textos escritos."¹⁰⁸ Todo ha sido medido, estudiado, analizado para que encaje en el molde materno desde la más tierna infancia de la pequeña mujer. "Y así, el amor maternal, construido como un signo de civilización y un código de buena conducta, se definió como la entrega total al hijo."¹⁰⁹ Destaca la parte civilizada de ese amor, inicialmente instintivo, con su carga de sociabilidad y la demostración externa de un cariño que debiera permanecer en la intimidad de las relaciones familiares.

Echando un vistazo a la historia española durante la República y la Guerra Civil, nos enorgullece la posición de las anarquistas españolas que "luchan porque la maternidad sea un acto no reflejo sino reflexionado y deseado."¹¹⁰ Del reflejo a la reflexión, de la obligatoriedad a la elección. Así deseaban las españolas dar un salto cualitativo para forjar su identidad femenina, en la que se entiende que "engendrar es asumir un compromiso."¹¹¹

Esas mujeres dieron la cara por el objetivo que hoy disfrutamos las demás. "Ahora existe la ilusión de la elección, es decir, cada persona puede tener los hijos que quiera y cuando quiera."¹¹² La ilusión mantiene a salvo a esa mujer actual que se halla dividida entre "la llamada

¹⁰⁵ Beauvoir, Simone, *op. cit.*, pág. 386.

¹⁰⁶ González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 405.

¹⁰⁷ León, Patricia, "El vuelo entre feminidad y maternidad", *Desde el jardín de Freud: Revista de Psicoanálisis*, 6 (2006), pág. 112.

¹⁰⁸ Suárez Lafuente, Socorro, "Maternidades ex/céntricas en la literatura de lengua inglesa", en *Maternidades...*, *op. cit.*, pág. 31.

¹⁰⁹ VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 82.

¹¹⁰ Aguinaga, Josune, *op. cit.*, págs. 84-85.

¹¹¹ Beauvoir, Simone, *op. cit.*, pág. 678.

¹¹² Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 146.

del instinto y la del cerebro, y para no perderse ninguna faceta, o no querer cerrar ninguna puerta, intentar ser una supermujer y dar la talla."¹¹³

No obstante, esa misma ilusión se frustra ante la imposibilidad de la concepción, con el empeño de muchas mujeres en luchar contra su propio cuerpo para materializar ese instinto. Esta fortaleza mental femenina, al enfrentarse con la oposición directa de su biología, es empleada por muchos para criticar la lucha del feminismo por enterrar el mito del instinto maternal. Desde nuestra perspectiva, esa tenacidad, sin embargo, responde más a la aplastante ideología de la maternidad y su prometida felicidad.¹¹⁴

2.4. Lo innato, inservible

En el caleidoscopio de la intuición de las matronas aparece un reflejo discordante. Ante nuestros ojos sorprendidos, casi dañados por la ruptura de esas imágenes idílicamente compuestas, aparece Felicia, la desdichada madre de la obra de teatro *La sombra del padre*, que evidencia su incapacidad ante los conocimientos superficiales que aprendieron sus hijos, sin alcanzar entendimiento alguno con ellos. Tres hijas y un hijo ven con desagrado el regreso al hogar de un padre indiano que hizo fortuna en América, dinero con el que ellos han podido subir de nivel social. Las burlas y la vergüenza por ese padre que un día fue pobre se ciernen sobre ellos, revelándose su elitismo y superficialidad. La conexión materno-filial languidece frente a la hipocresía del estatus monetario: "¡No veo nada! ¡De qué sirven los ojos a una madre si no entiende con ellos si es mentira o es verdad lo que le dice la boca de un su hijo!"¹¹⁵ Cuerpo y alma maternos aparecen sin vida.

Felicia constituiría el sujeto perfecto para la investigación de la antropóloga estadounidense, Sarah Blaffer Hardy, que recogen las doctoras Berbel y Pi-Sunyer. Los resultados mostraron que "el amor maternal no es un irrefrenable instinto biológico, sino una decisión racional dependiente más de las circunstancias que de las hormonas."¹¹⁶ En otros términos, el amor de la madre, tan natural hasta ahora, respondería a las condiciones para su desarrollo. Ningún afecto crece sin motivo, ni siquiera de la mujer que trajo al mundo a su propia descendencia. "El mito del instinto maternal es falso, pero lo más grave es el perjuicio que ha causado a las mujeres."¹¹⁷ En su condición de mito produce obligatoriedad, imposición,

113Cortijo Talavera, Adela, "La escritura de la maternidad en la novela contemporánea", <http://www.yumpu.com/es/document/view/14664485/la-escritura-de-la-maternidad-en-la-novela-site-marie-darrieusseca> (Consultado: 13/09/2015), pág. 1.

114Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, op. cit., pág. 348.

115Martínez Sierra, Gregorio, *La sombra del padre*, Renacimiento, Madrid, 1911, pág. 84.

116Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, op. cit., pág. 211.

117Cuenca Aguilar, Inés, "Buenas noches, Madre": la imagen teatral de la responsabilidad materna", en *El vínculo*

deber y aún más frustración ante su no alcance, desasosiego ante su fracaso, desesperación ante ese hijo o esa hija que carece de la figura materna que debiera ser esa mujer. Las palabras de Felicia vislumbran esos sentimientos, resultado de las dificultades en su relación materno-filial, con una carga negativa.

Cada fémica debe oponerse a ese olfato casi divino que las convierte en adivinas de los deseos de su prole. Ha de enaltecer su propia experiencia, esa pelea diaria por conocer más y más a su descendencia, transmitir a su entorno ese esfuerzo diario con orgullo, sin reprimirse ante los juicios que le aseguran que debería dejarse llevar por el instinto mágico de la imagen popular de la maternidad. "La revisión de la historia nos muestra cómo las actitudes maternas no son reflejo de ningún instinto maternal; las conductas de las madres no son universales ni todas sus experiencias necesarias."¹¹⁸ Las corazonadas de cada madre ante sus retoños responden a la individualidad de sus actos, la inclinación de su amor a favor de un hijo en lugar del otro no casa con ese instinto que responde por impulsos, cuasi eléctricos; las propensiones a buscar cierta independencia de la prole, en breves instantes, ilustran que hay una persona tras la maternal ama de cría. En cada casa, ciudad, provincia, país, continente, encontraremos cantidad de imágenes protagonizadas por una mujer, al cuidado de sus hijos, quizás incluso con un padre a la cabeza, sin nada en común.

En el caso de que arrancáramos de nuestras mentes ese instinto, asumiríamos el infanticidio, ese crimen sin parangón en la sociedad civilizada y que, heroicamente, tratan de hacernos entender María Eugenia Suárez y Cristina Palomar, mediante una aclaración sencilla:

"[...] atribuirles a las mujeres un inmanente deseo materno, nos deja sin poder comprender situaciones como el filicidio, ya que sacamos del juego la pieza clave para dicha comprensión: pensar acerca de lo que cada mujer realmente desea y de la responsabilidad social en estos crímenes."¹¹⁹

Varios de los estudios que hemos revisado para respaldar nuestras reflexiones hacen hincapié en la postergación de la maternidad hasta los treinta años o más. Sin entrar en estudios demográficos o índices de natalidad, la reducción de la procreación está a la orden del día. Más allá de los treinta, el abismo de la mitad de una vida, se cierne sobre muchas mujeres, con el miedo a lo denominado como "infertilidad". La maternidad deja de considerarse un proyecto

poderoso: madres e hijas en la literatura norteamericana, Bárbara Ozieblo (ed.), Universidad, Granada, 1998, pág. 51.

¹¹⁸Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 137.

¹¹⁹Suárez de Garay, María Eugenia y Palomar Vereá, Cristina, "Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas", *Estudios Sociológicos*, 25, 2 (2007), pág. 338.

más en el futuro, acercándose, rodeándonos, incluso encerrándonos por el ambiente que reina a nuestro alrededor. El turno te espera, la presión aumenta y la rendición se acerca. La resistencia ante ese empuje nos merma, mientras desconocemos si nos guía el instinto de la naturaleza o solo el discurso social.

Para terminar, plasmamos en el papel una incógnita más, aparentemente razonable. Si el instinto maternal radica en el interior de toda mujer, si la Biología convierte a toda fémina en productora de hijos, si la afiliación de ese innato impulso con esa Biología conlleva la descendencia asegurada, no concebimos lógica de esa naturaleza que se vuelve en contra de las mujeres que desean consagrarse mediante la maternidad y permite que reine, entonces, la infertilidad. Oímos el quiebre de los cimientos tradicionales del patriarcado, resquebrajándose cuanto más avanzamos.

Cuanto más avancemos, daremos a conocer la virtud que más nos encandila de la autora riojana que intentamos presentar: su tolerancia. Aunque, de acuerdo con Pérez-Rasilla, "el trasfondo moral de sus textos es de carácter tradicional y en ese aspecto María es hija de su época. Las costumbres [...] encuentran en ella un portavoz amable y riguroso a la vez."¹²⁰ Bajo nuestro microscopio, ante la maternidad, María Martínez Sierra se acoge a la tradición del instinto femenino, pero también contempla las circunstancias, sin juicios de valor peyorativos ni indignados. La medida justa sería su lema, planteando posibilidades que enriquecen las obras, divergencias que las hacen brillar, peculiaridades que las convierten en únicas.

II. La maternidad en el ámbito literario

1. Maternidad literaria

“Concebir, generar, producir, gestar, dar a luz, parir. Palabras que se aplican también a la creación literaria considerada como un parto.”¹²¹ El esfuerzo, la constancia y el cariño son tres elementos que dan a luz una idea, tres factores que crean una obra, al tiempo que tres virtudes de nuestra autora riojana que, sin descendencia humana, tuvo en sus obras el mayor legado que hubiera podido dejarnos. Concebiremos en las siguientes páginas la figura materna productora de literatura, asumiendo la responsabilidad y el porvenir de esos frutos literarios procedentes de su interior, fecundados durante mucho más que nueve meses y anhelados para siempre.

1.1. Madre o escritora

Margarita Saona plantea la postura del psicoanálisis tradicional acerca de la inviabilidad de una mujer realizada en ambos planos de creación: hijos y obras. Cada fémica tendrá que elegir para centrar su creatividad en un resultado, sin posibles mezclas ni interludios, o, de lo contrario, nunca alcanzará la normalidad.¹²² La presencia de madres en la literatura como firmantes de sus creaciones se opone a la teoría psicoanalítica. Y, no obstante, sin ir más lejos, entre nuestra bibliografía, hallamos el diario de embarazo de Carme Riera o el análisis de la escritora francesa Marie Darrieussecq dentro de su novela “Le Bébé” acerca de la posible conciliación de la maternidad con su actividad intelectual, exponiendo la presión externa por centrarse en una de esas tareas.¹²³

Tras la sombra de la corriente psicoanalítica se oculta el poder patriarcal que ha encadenado a cada fémica al don de la generación de vida, “prohibiéndoles o haciéndoles imposible toda otra forma de crear.”¹²⁴ A pesar de que la maternidad:

“[...] es siempre un hacer creativo. Cuando la madre mira al recién nacido tiene una visión metafórica, pues ve en un genérico cachorro humano el sujeto de una historia que aún no se ha escrito, pero que ya tiene a su protagonista. La mirada materna descubre un 'alguien' en lo que era 'algo' y, así, lo crea y lo convierte en una presencia en el mundo.”¹²⁵

¹²¹Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 184.

¹²²Saona, Margarita, "Como una buena-o suficientemente buena-madre: la maternidad entre la vigilancia y el deseo en dos textos de Ana María Shua", *Destiempos.com*, 19 (2009), págs. 585-586.

¹²³Cortijo Talavera, Adela, *art. cit.*, pág. 1.

¹²⁴Irigaray, Luce, *Yo, tú, nosotras*, Cátedra, Madrid, 1992, págs. 104-105.

¹²⁵Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 233.

Ahora bien, qué sucedería si la madre tras concebir a su hijo y conocer las mieles de la creación humana quiere reiterar esa satisfacción a través de la literatura o a la inversa. Acaso escriban para relatar “su visión de la maternidad: tanto de la física, como de la psicológica y de la práctica, y, al hacerlo, ponen en tela de juicio la consideración tradicional de la maternidad,”¹²⁶ acaso “la dimensión autobiográfica del relato de la madre se puede enmarcar en esa necesidad de trasladar la dimensión privada [...] a la arena pública.”¹²⁷ En cualquier caso, una concepción lleva a otra, una elección modifica sus vidas para gozar de su propia elección, poniendo a un sujeto frente al hecho físico, a un paciente frente a los problemas, a una cara tras la maternidad, tan universal como impersonal. Al fin y al cabo, corroborando a Hélène Cixous, la mujer es la única que, por su maternidad, “escribe con tinta blanca.”¹²⁸

Libres de esa elección, las mujeres que ingresaban en los conventos para dedicar su vida a Dios optaban por ciertas “labores de mano”, como se conocía a la escritura. Aunque los resultados, a veces, carecían de relevancia a nivel público, ellas contaban con esa vía de escape, en la que incluso esquivaban el análisis de su confesor. La escritura se posicionaba al mismo nivel que la repostería o la costura, medios de entretenimiento y ocupación para evitar males mayores en la casa del Señor,¹²⁹ sin esa carga trascendental que conlleva la creación literaria.

Simone de Beauvoir plantea un impedimento de mayor nivel: “mientras que tenga que luchar para convertirse en ser humano, no podrá ser una creadora.”¹³⁰ Y, de acuerdo con Mercedes Arriaga, “las mujeres no podrán definirse como sujetos/personas hasta que esos textos [...] no sean patrimonio de todos.”¹³¹ Resuena la voz de Virginia Woolf en su defensa del derecho femenino por tener una habitación propia, la suficiente “libertad” para concentrarse en la página en blanco, el sepulcral silencio que le inspirará, el vacío a su alrededor, quedando en una ansiada soledad ella con su lápiz, pluma, bolígrafo, máquina de escribir u ordenador.

Natural resulta el vértigo ante el abismo, aquel al que se expone la mujer que toma cualquier útil de escritura. El recogimiento educacional del sexo femenino se opone a su exhibición pública. “La palabra tomada en público, único vehículo legitimado de la razón, ha

126Súarez Lafuente, Socorro, *op. cit.*, pág. 32.

127Caporale Bizzini, Silvia, art. cit., pág. 215.

128Cixous, Hélène, *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*, Anthropos, Barcelona, 2001, pág. 57.

129Ferrús Antón, Beatriz, "Máscaras de cera: vida, autobiografía y retrato en el mundo conventual", *Extravío: Revista Electrónica de Literatura Comparada*, 2, (2007), pág. 105.

130Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 884.

131Arriaga Flórez, Mercedes, “Teorías feministas 'ante literam': las mujeres que escriben tratados en los siglos XV y XVI en Italia”, en *Feminismos, cuerpos, escrituras*, Iris M. Zavala (ed.), La Página, Santa Cruz de Tenerife, 2000, pág. 87.

hecho del silencio femenino el lugar de la pérdida, de la degradación misma del sujeto.”¹³² El retrato simplista de la mujer que los textos publicados por hombres han difundido se ubica a años luz de la realidad. Por lo que la valentía de cada mente femenina que se plantea, sin más, escribir resulta inmensa, “porque su ser social, su imagen como mujer, no coincide con su proyecto y su actividad: el deseo de pensar y escribir desde sí misma.”¹³³ Insistimos en esa escritura desde sí misma, sin focos que la cieguen, sin manipulaciones externas, ni tergiversaciones sociales. Una voz interior que evoca y sueña con su imaginación femenina, a través de su experiencia, de su sensibilidad, de su óptica de mujer, distante de la del canon masculino emponderado y sellado por la historia. “Sabemos mucho menos sobre lo que las mujeres pensaban, porque sus escritos fueron menos públicos que sus acciones y han sido ampliamente excluidas de los cánones literarios nacionales.”¹³⁴ Sin entrar en profundidad, apuntamos hacia las estadísticas: en cualquier curso de educación escolar, infantil, primaria, secundaria, universitaria, ¿qué proporción de escritoras hay?

“Se pudiera afirmar con toda seguridad que la invisibilidad de las mujeres en la historia se ha debido más a una marginación canónica que a una auténtica ausencia femenina.”¹³⁵ Es tiempo de cambio, de ampliar las miras, tanto desde el campo editorial como del académico, de abarcar de una vez la totalidad de la creación literaria. Y todo ello con un objetivo: incluir la escritura de las mujeres, reescribiendo la historia literaria. Siempre cabe la posibilidad de borrar para mejorar, olvidando las tachaduras sobre los nombres femeninos excluidos en el registro de la “Gran Literatura”.¹³⁶ Entonces, con el inicio de la recuperación del tesoro oculto, “cada pieza rescatada tiene un valor arqueológico incalculable.”¹³⁷ Cada asignatura de colegio, cada tema de instituto, cada proyecto de carrera o tesis que visibilice a una autora convertirá a sus firmantes en partícipes de la arqueología de la Literatura, de la Atlántida mítica que fue hundida intencionalmente para esconder su valor de carácter femenino. El único riesgo que se toma consiste en exaltar las virtudes de algunas escritoras y los defectos de otras. Lejos de garantizar la calidad de todas, presumimos de la variedad de su perspectiva conjunta.

“La verdadera creación humana, la del espíritu, es la que tradicionalmente se ha considerado masculina y a la que la mujer debe acceder por pleno derecho como ser

132Cabanilles Sanchís, Antonia, "Crítica literaria feminista", *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 6-7 (1988), pág. 83.

133Martínez Mellado, Asunción, "Filosofía y género", *Revista de Filosofía*, 14 (1997), pág. 138.

134Chambers, Shara C., *op. cit.*, pág. 77.

135Dupláa, Christina, “El recuerdo de los inicios. Una breve reflexión sobre hispanismo y feminismo en Estados Unidos y España”, en *Feminismos...*, *op. cit.*, pág. 135.

136Suárez Briones, Beatriz, “Feminismos: Qué son y para qué sirven”, en *Feminismos...*, *op. cit.*, págs. 41-42.

137Suárez Suárez, Carmen, “Las maternidades de ficción y de realidad en las escritoras latinas”, en *Maternidades...*, *op. cit.*, pág. 86.

humano.”¹³⁸ Y, sin embargo, la ocultación de esos escritos, el disimulo de esa tarea, el engaño ante su ejercicio se suceden en las historias de mujeres que, en un siglo u otro, en este o aquel continente, ejercieron este derecho. “Es importante observar que la escritura de la mujer es también una actividad que se realiza embozadamente, aunque en un gesto audaz y estratégico.”¹³⁹ María Martínez Sierra planteó la estrategia discursiva de publicar bajo el nombre de su marido, como un pseudónimo que poseía una persona real detrás. Y lo hizo para publicar, para que sus obras vieran la luz, para que fueran llevadas al escenario y para que existieran.

1.2. Sin hombres

Nuestra autora nos sitúa en una encrucijada cuando destaca en apenas unas líneas dos puntos acerca de la creación cuyo interés abordaría la totalidad de este estudio: su componente onírico y la exclusión masculina en ese proceso:

"Mi cariño a esta olímpida tragedia puede compararse al que sentiría una madre que hubiese concebido y dado a luz un hijo... en sueños [...] un hijo que no le ha costado un dolor, un hijo suyo, suyo, suyo exclusivamente, ¡hossana tres veces!, puesto que no tiene padre conocido... ni desconocido. ¡Oh, sabrosa indolora partenogénesis! ¡Oh, triunfo supremo de su femineidad!"¹⁴⁰

Hemos de anotar que María Martínez Sierra nos narra el origen de su obra *Tragedia de la perra vida* en una especie de prólogo "Hablando con el lector", donde revela la opción de una maternidad distinta, sin dolor físico, sin intervención de hombre, únicamente fruto de su intelecto femenino y su talento de escritora. La insistencia en la exclusividad femenina, el logro que supone para el alma de una mujer y la desaparecida maldición del dolor indican las tres grandes pruebas ante las que se enfrenta la mujer creadora de vida, ya sea humana o literaria.

Recurrimos a una nueva cita para fundamentar la explicación de un término biológico: la partenogénesis o “un desdoblamiento en dos mitades o en otra copia idéntica de sí misma para perpetuar indefinidamente su esencia.”¹⁴¹ O el procedimiento literario de quienes crean

¹³⁸Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 226.

¹³⁹Guerra Cunningham, Lucía, "Estrategias discursivas en la narrativa de la mujer latinoamericana", en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Antonio Vilanova (ed.), PPU, Barcelona, 1992, 3, pág. 683.

¹⁴⁰Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 65.

¹⁴¹Altisent, Marta E., "Unamuno y la metáfora organicista de la creación literaria", en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Doelphin Books, Birmingham, 1998, pág. 31.

para impregnar a sus obras de sí mismos, escoger una pieza de su alma para insuflar vida a las páginas, a unos personajes que hablarán, caminarán y amarán.

Las dificultades aumentan para igualar más esa condición de madre de la autora riojana, en relación a la mencionada obra teatral. Esa virtud con la pluma le iguala a las madres que alcanzaron tal condición mediante la reproducción y el parto a un nivel metafórico:

"[...] otro motivo, también de orden material, me mueve a tener afecto a esta obra... Sabido es que las madres acostumbran a sentir más cariño por el hijo que no logra en la vida grandes éxitos [...] Y esta es una obra muy difícil de poner en escena [...] Si el autor fuera un hombre joven [...] más yo, madre infeliz, soy mujer."¹⁴²

El cariño aumenta cuanto mayores problemas para su desarrollo tiene la prole. La infelicidad reina sobre la cabeza de esa madre atada en ayudar a sus pequeños, ayuda que obtendría con facilidad si su sexo fuera el opuesto. La ironía de la condición femenina se cierne sobre la autora incapaz de impulsar el desarrollo y crecimiento de uno de sus hijos.

La interpretación de sus palabras en forma de queja extrañará a los más entendidos, pues ella siempre dió muestras de cautela. A pesar de esta certeza aparente, no podemos dejar de presentir cierto resentimiento en su tono, tal vez, siguiendo la vía de las escritoras del siglo XIX que nunca expresaron abiertamente ninguna reclamación, a pesar de las trabas que nacían en su camino.¹⁴³ Solo Emilia Pardo Bazán, la condesa que supo mantener una doble vida, como perfecta ama de casa y defensora a ultranza de cierto feminismo conservador, llegó a alcanzar un logro inimitable, pues “ocupa hoy en día un lugar seguro en la historia de las letras españolas.”¹⁴⁴ Una pequeña minoría femenina logró un espacio mínimo en el cuadro literario, inclinándose, de rodillas, aplastando su propio orgullo en fórmulas de humillación, para lograr la venia de un público, marcadamente patriarcal. Así apareció la autora, apretando los dientes, desgarrada por dentro por sus hijos escritos que convierten a su madre en víctima del sistema.¹⁴⁵

La principal adversidad a encarar por cada escritora será la leyenda de su incapacidad natural para el ejercicio literario. Al igual que en el tema acerca de la vinculación de la mujer

¹⁴²Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, 1996, pág. 67.

¹⁴³Simón Palmer, María del Carmen, "Escritoras españolas del siglo XIX o el miedo a la marginación", *Anales de Literatura Española*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2 (1983), págs. 488-489.

¹⁴⁴Bieder, Maryellen, "Emilia Pardo Bazán y las literatas: las escritoras españolas del XIX y su literatura", en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, *op. cit.*, pág. 1203.

¹⁴⁵VV. AA., *En el espejo de la cultura: mujeres e iconos femeninos*, Mercedes Arriaga Flórez *et al.* (ed.), Arcibel, Sevilla, 2004, págs. 22-23.

con la naturaleza, la costumbre rodea la vida doméstica, la crioginiza, la envuelve con forma de capullo, sin posibilidad de que la sabiduría acceda a su interior, manteniendo en una etapa infantil de desarrollo la mente femenina, más su don literario: “el dogma de la mujer como ser intelectualmente inferior fue una barrera casi infranqueable durante muchos siglos.”¹⁴⁶ De acuerdo con Paloma del Socorro Madrid, en su artículo sobre las escritoras mexicanas, “huelga decir que esta «deficiencia» literaria se debe a la situación socio-histórica que las mujeres han atravesado durante largos años de postración y silenciamiento.”¹⁴⁷ Por su parte, Antonio Arroyo expone la visión nacional de esa misma crítica: “contrario al tópico de que no ha habido mujeres en la tradición española de las letras, ya que lo que ha ocurrido fue una falta de consideración social.”¹⁴⁸

Ya sea en España, Europa o al otro lado del Atlántico, la escasa producción literaria signada por mujeres ha sido ejecutada, vilipendiada y desterrada. Todo ello sin juzgarse su composición, estilo o argumento, únicamente por esa portada en la que una fémica arrojaba su nombre a los leones.

1.3. Sobre deseos y anhelos

Las escritoras inglesas que versaron sobre la Guerra Civil conocían “la necesidad de experimentar nuevas formas de canalizar la ansiedad del deseo reciente e ineludible de autoexpresión y autoconstrucción verbal.”¹⁴⁹ Traemos a colación esta consciencia por su ineludibilidad y así, semejante al misterio de la vida, el duende de la creación, ese halo que envuelve de forma invisible a los elegidos y las elegidas les mueve hacia la página en blanco, naciendo un impulso, inherente e innato. Adjetivos que usamos más arriba para referirnos al inexistente instinto maternal y que en este punto toman vida.

Ese deseo tuvo en muchas escritoras el apoyo masculino de sus maridos. Esencial en la aparición entre sus apellidos de ese “de” que convertía sus publicaciones en dignas, que les resguardaba para continuar con la hipocresía de cumplir con los fines femeninos: casamiento y descendencia.¹⁵⁰ Variados recursos sirvieron a las literatas para ocultar su género,¹⁵¹ si bien

146Amícola, José, "Otras voces, otros cánones", *Orbis Tertius: Revista de Teoría y Crítica Literaria*, 12 (2006), pág. 1.

147Madrid Moctezuma, Paola del Socorro, "Una aproximación a la ficción narrativa de escritoras mexicanas contemporáneas: de los ecos del pasado a las voces del presente", *Anales de Literatura Española*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 16 (2003), pág. 8.

148Arroyo Almaraz, Antonio, "Literatura y libros: editoras en el siglo XVIII", *Tonos Digital: Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 16 (2008), pág. 1.

149Usandizaga Sáinz, María Aránzazu, "Escritoras extranjeras en la guerra civil", *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, 3 (1997), pág. 159.

150Simón Palmer, María del Carmen, "Escritoras...", art. cit., págs. 478-479.

151Criptogramas, anagramas, títulos nobles, lemas, plantas...*Vid.* Simón Palmer, María del Carmen, "La

todas estas estrategias evitaron su renuncia a expresarse no solo de viva voz, sino a través de la tinta.

En otro estadio, tan extremo como cercano, aparece el anhelo del escritor Miguel de Unamuno, “a la vez paternal y maternal, de crear y recrearse en sus personajes, de impregnarlos con su impronta personal e individualizadora o legitimidad paternal y de dotarlos de verosimilitud o carnalidad maternal.”¹⁵² Unamuno fusiona en su creatividad la labranza masculina de la ley con el cuidado femenino durante la recolección y acerca el reconocimiento del “pater familias” al cuidado de la matrona. Aunque camina por la vía tradicional de la distribución de sexos dentro del hogar, entendemos su intención de hacer partícipes a las cualidades femeninas dentro de sus escritos, mediante su debida valoración.

Rosa Montero, desde la reflexión inspiradora que domina todas sus publicaciones, ríe ante “el ansia de posteridad que muestran muchos escritores. Para ser exactos, es un defecto eminentemente varonil.”¹⁵³ La envidia masculina por el milagro de la reproducción en el vientre materno ha estado solventada por la fama literaria. Así se entiende la desconfianza de los hombres hacia la invasión por parte de las féminas de la historia literaria, del mundo editorial. En clave de ciencia-ficción, si ellos hubieran encontrado el método de concepción en sus entrañas, la igualdad, a nivel creativo, estaría garantizada. Esta hipótesis mira hacia un futuro donde las intromisiones entre hombres y mujeres desaparecerían compartiendo las parcelas de la gestación, reproductiva y/o literaria.

1.4. Literatura femenina. Pistas acerca de su localización

“Una de las metáforas más conocidas en la literatura escrita por mujeres es la de un tapiz, donde los hilos multicolores se interrelacionan de forma que cada hilo representa una voz individual pero, a la vez, crea una homogeneidad con otras voces fragmentadas y silenciadas del pasado y del presente.”¹⁵⁴

Elizabeth Russell recupera esta metáfora visual que introduce el enigma, interesante a la par que complejo, sobre la existencia de una literatura femenina al uso.

ocultación de la propia personalidad en las escritoras del siglo XI”, en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Sebastian Neumeister (ed.), Vervuert, Frankfurt am Main, 1989, 2, págs. 91-100.

152 Altisent, Marta E., *op. cit.*, pág. 26.

153 Montero, Rosa, *La loca de la casa*, Punto de lectura, Madrid, 2006, pág. 150.

154 Russell, Elisabeth, “María Belén Martín Lucas 1999: Género literario/ género femenino: veinte años del ciclo de cuentos en Canadá”, *BELLS: Barcelona English Language and Literature Studies*, 13 (2004), s. pág.

Abordemos la posible distinción de la autoría femenina en el texto firmado por un hombre. Si desconociéramos por completo la polémica suscitada por el testimonio personal de María Martínez Sierra acerca de la participación “conjunta” de ambos cónyuges en la obra, cabría preguntarse si consideraríamos sus textos tradicionalmente masculinos o percibiríamos el halo femenino que disminuye *ipso facto* el valor de esos libros.

“Pocos son los que defienden a la mujer escritora y en general prefieren eludir el asunto.”¹⁵⁵ Tristemente vigente continúa esta aseveración acerca de la situación decimonónica, desde la que han transcurrido dos siglos, mas:

“[...]parece evidente que los libros escritos por mujeres paralizaron las dotes y el ingenio de excelentes autores, que a la hora de enjuiciar textos femeninos se consideraron incapaces de olvidar el sexo de quien guiaba la pluma.”¹⁵⁶

Estamos en pleno siglo XXI, ese cuyos dictámenes sociales vienen dados por pruebas de investigación, cuestionarios o pruebas con los ojos vendados. Pensemos en ciencia, inteligencia o publicidad, para, a continuación, suponer un hipotético examen en cuyo interior queden expuestos dos textos literarios sin firma. Tomando como punto de partida que “no todos leemos un texto de la misma manera”¹⁵⁷ y aceptando que “es inevitable que el sexo del autor o de la autora también influya – consciente o inconscientemente— en la obra literaria”¹⁵⁸ nos asalta la duda de cuántas personas dictaminarían el sexo, cuáles características argumentarían para tal juicio y si acertarían.

Compartimos el planteamiento de Teresa Garbí acerca de la asexualidad del arte, en un plano abstracto, sin implicaciones sexuales. Y agachamos la cabeza ante la verdad que le asola cuando reconoce que “no vivimos en un mundo ideal, sino de seres humanos que se educan en un ambiente determinado y con unos condicionamientos sociales y económicos concretos.”¹⁵⁹ Por más que pese, estamos dentro de una circunvalación social, de orden patriarcal, con apenas giros radicales.

Un hombre fundó el lenguaje, lo moldeó, lo volcó a su imagen en el papel, lo convirtió en producto de reconocimiento y fama. “Históricamente las mujeres no tenían acceso a esa voz

155Simón Palmer, María del Carmen, "Prólogos masculinos en libros de escritoras del siglo XI", en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, op. cit., 2, pág. 1478.

156Ibidem, pág. 1483.

157Keefe Ugalde, Sharon, "Poesía española en castellano escrita por mujeres (1970-2000): bosquejo a grandes pinceladas", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 721 (2006), pág. 651.

158Zecchi, Barbara, "Inconsciente genérico, feminismo y *Nubosidad variable* de Carmen Martín Gaité", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 720 (2006), pág. 528.

159Garbí, Teresa, op. cit., pág. 75.

pública que hablaba en nombre de todos y autorizaba los relatos y valores del grupo.”¹⁶⁰ Un hombre intentó desalentar a la mujer, excusándose en la lógica: ese lenguaje no era para ella, por sus rasgos, sus peculiaridades, sus construcciones. Entonces, de forma sorprendente, esa mujer decide crear un nuevo lenguaje para aplicarlo en las páginas, donde plasmar su propia existencia, en primera persona, lejos de esa “otredad” que siempre había ocupado, lejos de “un discurso crítico masculinista que la obstruye, borra y tacha.”¹⁶¹ La incertidumbre ante tal osadía tuvo respuesta: una mirada despectiva, peyorativa, que tildaba ese acto literario de menor, secundario, con temas de ínfima relevancia para la mayoría del público. Esa ilusoria y equivocada opinión masculina fue derrocada por el aumento gradual de unas lectoras que buscaban su reflejo en los libros, especialmente, en las novelas, pues las escritoras “si antes no tenían voz, ahora pueden hablar y hablan de lo que más les afecta, hablan de sí mismas.”¹⁶² A través de un largo y arduo proceso, acaba el mundo editorial “pintándose de rosa”.¹⁶³

Citaremos dos ejemplos del siglo XX acerca de la búsqueda incansable femenina de su propio espacio literario como hacedora de literatura. En una conferencia radiotelefónica de 1936, Victoria Ocampo subrayaba la ausencia de un cauce de expresión adecuada para lo que necesitaba decir la mujer.¹⁶⁴ Algunos años más tarde, en 1954, Carmen Conde opinaba que la impostura adjudicada a la voz de las poetisas se había evaporado, reivindicando una palabra propia, diferente a la masculina.¹⁶⁵ Ambas pioneras luchaban por sí mismas, al tiempo que ejercían su influencia en las mujeres que las veían, leían y admiraban. Ahora bien, durante esa odisea para hallar el tesoro de la entonación literaria propia, queda en suspenso si las mujeres emplearon “ventrílocuamente el lenguaje de los hombres.”¹⁶⁶ La respuesta viene de Luce Irigaray que lanza el interrogante definitivo: “¿Cómo podría yo ser mujer por una parte y por otra escribir?”¹⁶⁷

De otra busca nos habla Carmen Martín Gaité: “es la búsqueda apasionada de este 'tú' el hilo conductor del discurso femenino, el móvil primordial para quebrar la sensación de arrinconamiento.”¹⁶⁸ Ese 'tú' correspondería a una hija, una hermana, una madre, una amiga o

160Keefe Ugalde, Sharon, *op. cit.*, pág. 653.

161Luongo, Gilda y Salomone, Alicia, "Crítica literaria y discurso social: feminidad y escritura de mujeres", *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 28 (2007), pág. 65.

162Regazzoni, Susanna, "La pasión americana de Nuria Amat", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 720 (2006), pág. 556.

163Gagnani, Cristina, "El ser narrado (y leído) por las mujeres: escritoras (y lectoras) en la Italia Postunitaria", *Intramuros: Biografías, Autobiografías y Memorias*, 20 (2004), pág. 26.

164Viñuela, María Cristina, "Delfina Bunge. Victoria Ocampo hacedoras de un espacio literario 1920-1940", *Revista de Literaturas Modernas*, 34 (2004), pág. 197.

165Balcels, José María, "Del género de las antologías 'de género'", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, n.º 721 (2006), pág. 637.

166Suárez Briones, Beatriz, *op. cit.*, pág. 45.

167Irigaray, Luce, *op. cit.*, pág. 51.

168Martín Gaité, Carmen, *Desde la ventana*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, pág. 59.

todas las lectoras que se acerquen a esos libros que escribe la narradora que encarcela su soledad, su sumisión, su situación de inferioridad.

La legitimidad de la reclamación de cada autora a ser oída y leída a nivel individual, no bajo el colectivo de las mujeres, ni bajo la sombra de una supuesta literatura femenina, nos asalta desde la literatura australiana de principios del siglo XX,¹⁶⁹ para ampliar, bajo nuestra abogacía, el ámbito de aplicación a cada escritora que publique en nuestra planeta: “de forma que, si las mujeres escritoras quieren que alguien conozca su existencia, desgraciadamente tienen que autosegregarse.”¹⁷⁰ Habría que olvidar la luchada sororidad y adentrarse en la selva editorial en busca de su propio cocotero, cabaña en lo alto del árbol o recóndita cueva.

Pilar Cabanes sintetiza la divergencia que nos ha conducido en este tema: “la actividad femenina consistía en recibir y aceptar. Hechos estos muy distintos a la decisión personal de ponerse a escribir, escoger el tema, el género, decidir y elegir.”¹⁷¹ La pasividad y la generosidad que caracterizan supuestamente a la biología femenina rivalizan con la intelectualidad que requiere la escritura: el tiempo que necesita, la capacidad de imaginación, el don para transmitir mediante la pluma.

A pesar de la precariedad o artificialidad que el creador de *Niebla* auspiciaba a las mujeres que utilizaran su derecho a participar en la esfera de las letras,¹⁷² ellas estuvieron, están y estarán aquí para quedarse, para bautizar a sus vástagos literarios y presentarlos a los lectores porque:

“[...] es, a través del texto, siendo este la unidad mínima de comunicación, que podemos transmitir nuestras impresiones, opiniones, sentimientos, quejas, alegrías, denuncias; en fin, todo lo que se nos pueda ocurrir; todas nuestras vivencias y experiencias, tanto positivas como negativas.”¹⁷³

Nos cuesta asimilar esa aceptación, duradera en la historia de la literatura, de la figura femenina en palabras masculinas, ese reflejo fantasmal de la mujer a través de una mirada androcéntrica. Al mismo tiempo, resistimos ante la lectura “con un paradigma feminista [que]

169Suárez Lafuente, María Socorro, "La literatura australiana de principios de siglo: "so far an Tho' so close ", *Cuadernos de Filología Inglesa*, 6, 1 (1997), pág. 141.

170Lienas, Gemma, *Ni putas ni sumisas*, Península, Barcelona, 2005, pág. 59.

171Cabanes Jiménez, Pilar, "Escritoras en la Edad Media", <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero33/escriimed.html> (Consultado: 13/09/2015)

172Altisent, Marta E., *op. cit.*, pág. 34.

173Belaachi, Abderrahmane, "Didáctica del análisis semiótico del texto literario", *Espiral. Cuadernos del Profesorado*, 1, 2 (2008), pág. 1.

fija la mirada en todo lo que concierne a las mujeres como colectividad”¹⁷⁴ por su carácter reduccionista. Y rechazamos de pleno esa supuesta amortiguación del lenguaje utilizado por las mujeres en su modalidad de emisoras que da la sociolingüística,¹⁷⁵ pues responde este análisis a un nuevo encasillamiento de actividad femenina en un contexto suave, sin aspavientos, domesticado y sumiso. Las literatas han podido mantenerse ajenas a este sinsentido, “ocupadas por las tareas más urgentes: describir el mundo y reflejarlo desde su óptica.”¹⁷⁶ Un enigma propone Mara Negrón. Su núcleo: la biología. Su razón: la escritura.

“Recordemos que la biología no determina nada seguro, sino que es desde 'ya' una impronta, una marca de escritura que toda una vida no bastará para descifrar... la biología 'ya' es escritura, por lo tanto ya experiencia del cuerpo y de la sexualidad como texto.”¹⁷⁷

Cada persona nace con su cuerpo biológico, escribe con él su destino, firma con su sexo, mientras elabora el texto de su vida. Si esa persona responde a la condición de mujer que se prepare contra “el peligro de biologicismo que puede adherirse a la escritura/lectura (supuestamente) 'femenina'.”¹⁷⁸

2. Pilar de su obra

"Y precisamente el Sr. Martínez Sierra lleva escritas no sé cuantas comedias enalteciendo la más pura esencia de la 'feminidad', que es la maternidad. Afirmando que la mujer es madre hasta cuando no tiene hijos (*El ama de la casa, Canción de cuna, Reino de Dios*); predicando que cuando no sabe ser madre de los hijos que tiene fracasó por completo su vida (*Mamá*), poniendo como última entraña hasta de su amor egoísta de enamorada el amor de madre perdonador, amparador y comprensivo (*Madrigal, La mujer del héroe, Amanecer*)."¹⁷⁹

Con estas palabras, María Martínez Sierra respondía a la acusación contra "el señor

174Keefe Ugalde, Sharon, *op. cit.*, pág. 652.

175Cabanilles Sanchís, Antonia, *op. cit.*, pág. 84.

176Regazzoni, Susanna, *op. cit.*, pág. 556.

177Negrón, Mara, "Otros géneros en ensayo", *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 16 (2006), pág. 216.

178Suárez Briones, Beatriz, *op. cit.*, pág. 46.

179Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 97.

Martínez Sierra" el cual supuestamente deseaba que las mujeres se parecieran a los hombres en una de las conferencias recogidas en *Feminismo, feminidad, españolismo*, bajo el título "Para alusiones". Esta enumeración del protagonismo de la maternidad en sus más diversas obras, desde distintos enfoques, nos sirve para fundamentar la relevancia de nuestro estudio.

Con anterioridad hacíamos referencia a la multitud de rostros maternos que presentaban sus libros. En este fragmento, la propia autora subraya la maternidad sin hijos, el fallo por ignorancia o la vinculación entre el amor de pareja y de madre. Desde ahora pretendemos justificar la raíz maternal en la trayectoria literaria de María Martínez Sierra.

2.1. Maternidad propia

La muerte de Gregorio en 1947 libera a la autora y la convierte en sujeto de su discurso; la impulsa a tomar la primera persona y escribir en femenino, a resucitar como firma y dar la cara por sus escritos, tal y como hace en el prólogo de la novela *Tú eres la paz*: "al revisar el texto para esta edición, como le tenía casi olvidado, he podido examinarle y escudriñarle con indiferencia y frialdad críticas, ajena a todo embrujo de ilusión maternal."¹⁸⁰ La emoción de la escritura pasada se sustituye por la objetividad crítica para confesar, sin embargo, el halo de maternidad que la envolvía durante la composición del texto, ese hechizo que durante su redacción concibió otro retoño. Porque *Tú eres la paz* fue una más entre la prole numerosa que la escritora riojana fecundó, hasta asemejarse a esas madres andaluzas que dudan acerca de cuántos hijos echaron al mundo cuando le cuestionan sobre el número de obras que su pluma o su máquina de escribir produjeron.¹⁸¹

La realidad personal toma el primer plano por la rememoranza de Eduardo Pérez-Rasilla:

"[...] tal vez el despecho o, simplemente, el dolor por la circunstancia de que Catalina Bárcena, la amante de Gregorio, hubiese tenido una hija de él, condujeran a María a una cierta frustración. O, más probablemente aún, su propio carácter inclinase a María hacia el deseo de una maternidad que nunca llegó a ver realizada."¹⁸²

En este punto subrayamos la imposición de Gregorio sobre su esposa para que se

¹⁸⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, *op. cit.*, pág. 8.

¹⁸¹Martínez Sierra, María, *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, Edición de Alda Blanco, Pre-Textos, Valencia, 2000, pág. 125.

¹⁸²Martínez Sierra, María, *Teatro*, *op. cit.*, págs. 29-30.

centrara en la producción literaria, de acuerdo con la versión novelada de su vida común y, en concreto, esta discusión entre ambos:

“[María]-Ahora que estamos casados todos esperarán que tengamos un hijo. La mayoría de las mujeres dan a luz nueve meses después de su casamiento. [...] [Gregorio]-Ya nos preocuparemos de ese asunto en su momento. Si tienes un hijo, bueno, tendremos un heredero. Pero si no es así, no importará, estaremos demasiado ocupados. El tenerlo no te permitiría trabajar como lo haces ahora, y sería complicado para nosotros introducirnos en el mundo del teatro.”¹⁸³

La autora se limitaba en esta conversación a confirmar que sabía lo que conllevaría ser madre, resignándose a continuar con el ritmo de trabajo que su marido le imponía para alcanzar un claro objetivo: la escena española. Su sueño de la maternidad, si alguna vez lo tuvo, quedó relegado a un rol secundario frente a la escritura que le exigía demasiado tiempo.

O tal vez, como apunta Pérez-Rasilla, se viera sustituida esa realización tan puramente femenina por la infidelidad de su marido con Catalina Bárcena. Sea cual sea la razón, todas desvelan el motivo de peso que transforma a la maternidad en un tronco temático de la literatura originada por la escritora riojana. Para cerrar este asunto recurrimos a la conclusión de Rosa Montero: "son los abismos del alma humana, en fin, enigmas de la tradicional y enfermiza entrega femenina."¹⁸⁴

2.2. Las mujeres, protagonistas

Si visualizamos las obras completas de María Martínez Sierra en busca del género predominante en las novelas, la voz que sobresale entre las piezas teatrales o el público al que se dirige en las conferencias encontraremos al género femenino, el tono de una mujer o a atentas oyentes. Sin duda, la mujer se alza como protagonista de su obra.

Pese a ello, "María Martínez Sierra no es una escritora feminista en el sentido estricto de la palabra."¹⁸⁵ El feminismo de la riojana hay que buscarlo entre líneas, entre sutiles anotaciones, entre aspectos de la personalidad de sus personajes. Al igual que Santa Teresa "sacaba siempre fuerzas de flaqueza para seguir buscando aquel sutil modo de trasladar al

¹⁸³Hynes, Laura Ann, *Llevaré tu nombre*, Zócalo Editorial, Zaragoza, 2002, pág. 31.

¹⁸⁴Montero, Rosa, *El amor de mi vida*, Santillana, Madrid, 2012, pág. 21.

¹⁸⁵Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, 1996, pág. 27.

papel las contradicciones, el arrojo y el temblor de su alma femenina."¹⁸⁶

Desde una óptica actual, las mujeres que pueblan sus libros se caracterizan por el comedimiento ante los hechos que viven. Precisamente, el mérito de esas mujeres radica en la fortaleza para afrontar su situación, lejos del victimismo, típicamente considerado propio de las mujeres, y tan negativamente juzgado. Siguiendo esa estela, Pérez-Rasilla se refiere a este punto con:

"[...] una última reflexión: las reivindicaciones feministas de María Martínez Sierra hay que buscarlas más bien en otros aspectos del modelo de mujer que presentan sus obras. Sus mujeres, por lo general, son cultas, sensibles, moralmente irreprochables, inteligentes, sensatas y razonables. Cuando esto no ocurre [...] es porque encarnan lo contrario del modelo que la autora tiene de la mujer."¹⁸⁷

El diseño de las féminas que campan a su antojo por las obras de María Martínez Sierra pueden incluirse en dos extremos: aquellas propias de admiración o las otras que no merecen atención, salvo por representar lo opuesto a lo que debieran, mediante el recurso de la antítesis, a fin de poner de relieve la ridiculez, desfachatez o ilógica de sus actos.

Para ejemplo, un botón, o, en nuestro caso, una protagonista femenina, merecedora de nuestra atención por su caracter intachable. La simetría de Ana María con la escritora riojana aumenta a medida que avanzamos en la lectura de *Tú eres la paz* y recogemos dos detalles de su personalidad: la risa y la costura, esta última pese a que la riojana siempre renegó de la aguja típicamente femenina.¹⁸⁸ La creatividad puede surgir ante la blancura del lienzo, sea de papel o de tela, fundiendo la figura de Ana María costurera con nuestra autora:

"Una mujer me ha hecho inesperadas revelaciones sobre el placer de la costura; parece que hay para algunas de ellas, en la tela blanca, un poder de atracción solo comparable a la de las blancas cuartillas para las que nacimos con la sabrosa comezón de escribir."¹⁸⁹

La importancia de las protagonistas de *Mamá*, *El ama de la casa*, *Canción de cuna* o *Tú eres la paz* radica en "el sujeto 'mujer' [que] habla desde la primera persona del singular y, por

¹⁸⁶Martín Gaité, Carmen, *op. cit.*, pág. 74.

¹⁸⁷Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, 1996, pág. 29.

¹⁸⁸"Aprended a coser, a bordar, a enredar las sutiles marañas del encaje: pero no os dejéis dominar por el que ya otro día hemos llamado fetichismo de la aguja." Blanco, Alda, *María Martínez Sierra (1874-1974)*, Ediciones del Orto, Madrid, 1999, pág. 30.

¹⁸⁹Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, *op. cit.*, pág. 118.

tanto, desde su propia experiencia"¹⁹⁰ otorgando una visibilidad al objeto silenciado por la tradición literaria. En este factor reside el feminismo de María, en la interpretación de la realidad de la mujer, cambiante, múltiple, rica. "Si hoy el feminismo del teatro de nuestra autora puede parecerse un tanto pusilánime, importaría recontextualizarlo ubicándolo en el teatro de la época."¹⁹¹

190Dupláa, Christina, art. cit., pág. 135.

191Blanco, Alda, "María Martínez Sierra: hacia una lectura de su vida y obra", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 719 (2006), pág. 343.

III. Imágenes positivas de la maternidad

1. Madre ideal

"El deber de una madre es bien claro: ser perfecta."¹⁹² Y hasta ahí podemos leer. Nuestro planteamiento consistirá en poner en tela de juicio si realmente una mujer que se convierta en madre ha de ser perfecta para obtener "el carnet de acreditación de validez de la condición femenina."¹⁹³

Tras derrocar el mito del instinto maternal, en este nuevo tema plantearemos ideas que traigan consigo un huracán, porque "el mito de la madre perfecta y la 'buena hija' suelen desmoronarse como lo que son, castillos de naipes a merced de cualquier viento."¹⁹⁴

1.1. Idealidad en apariencia

A veces, los refranes, los dichos, los proverbios y las expresiones populares capturan en apenas unas palabras verdades que llevaría una vida probar. Aunque la burla asoma en el siguiente dicho, la realidad triunfa sobre la ironía: "detrás de un gran hombre, siempre hay una mujer." El foco del enunciado se posiciona delante del hombre, vislumbrándose la sombra femenina o un resquicio de la mujer por debajo del brazo masculino. Sea como fuere, para que una persona alcance el sobresaliente, otra tiene que afrontar los aprobados. La metáfora de examen deja que desear. Para que sus hijos y su pareja triunfen, la madre y esposa ha de posponer su propia realización, a favor de los demás. La mujer podrá erigirse como "ejemplo y fuente de inspiración"¹⁹⁵ si lucha, atraviesa los prejuicios, funde las expectativas y rompe el techo de cristal:

"[...] la mujer no habría de ser un mero apéndice de la familia, no debería estar esclavizada por esta, sino que tendría derecho a un espacio y un tiempo propios, a unos gustos e inquietudes propios; más aún, tendría derecho a cuidarse, a quererse, a mirar por sí misma y no solo por el marido y los hijos. La buena madre del nuevo modelo legítimo de ama de casa no solo es madre: es mujer con derechos propios."¹⁹⁶

¹⁹²Purves, Libby, *Cómo no ser una madre perfecta*, Paidós, Barcelona, 2000, pág. 13.

¹⁹³Carmenate, Margarita y Prado, Consuelo, "Las edades biológicas de la mujer", en *Las edades...*, op. cit., pág. 448.

¹⁹⁴Futoransky, Luisa, art. cit., s. pág.

¹⁹⁵Amritanandamayi Devi, Sri Mata, "El despertar de la maternidad universal", *Polis: Revista Académica de la Universidad Bolivariana*, 14 (2006), pág. 7.

¹⁹⁶Martín Criado, Enrique, "El valor de la buena madre. Oficio de ama de casa, alimentación y salud entre las

En claro contraste con este actual modelo, la idealidad que alcanzan las protagonistas de las obras de María Martínez Sierra lleva incrustada una máscara de apariencia, de espejo irreal que puede dañarse en un instante, en cuestión de segundos, por una simple escena. En la narración de *El agua dormida* conocemos desde la visión infantil de una niña la adoración que siente por su madre, pese a las contradicciones del comportamiento materno. La intimidad entre madre e hija se concentra en los episodios en los que ciertos hoteles no permiten entrar al perro y a la cotorra que tienen por mascotas. Entonces, su niñera Paca se marcha a la fonda y la cantante se centra en el cuidado de su pequeña, encantada:

"Eso sí que me gusta a mí, quedarme sola con mamá, porque entonces ella me viste, y me lava, y me peina, y me acuesta, y me levanta como si fuese su muñeca -así dice ella-, y me da todos los gustos que quiero, y me deja que me ponga todos sus collares, y me cuenta cosas de cuando ella era pequeña y vivía con su padre y su madre en una casa que tenía un huerto, vacas y gallinas."¹⁹⁷

La madre viste de cuento de hadas, con toque campesino, el recuerdo de su propia infancia que relata a la hija. Esa niña que se dibuja más como fruto de un entretenimiento pasajero que como objeto de un cuidado maternal. Como si de un juego se tratara, la hija nos describe esa atención especial, no diaria, entendiéndose la buena relación que tienen, como una maravilla que percibe la pequeña. Desde luego, este no es un vínculo cotidiano ni mucho menos normal debido a la profesión materna de artista que deja a la señora Paca al cuidado mínimo de la niña, que cumple la función de una muñeca para su madre. La no aparición del nombre de la madre de *El agua dormida* en nuestro comentario responde a su irrelevancia. Este personaje responde a una ilusión infantil, al menos hasta la mitad de la obra, con ese marcado carácter fantástico, sin falta, ni pena.

De igual forma, al inicio de la obra teatral *Mamá*, se esboza la figura materna sin su presencia. Desde su primera aparición, se dibuja una esposa egocéntrica, despistada, que confunde con sus ideas desde a los criados a sus familiares más próximos. Y, sobre todo, preocupada por la edad que lentamente se va viendo reflejada en el hecho de tener dos hijos mayores. Una madre, desde luego, fuera de lo común, que huye del orgullo de la maduración de sus retoños ante la acechante vejez real, pero más que nada social, de cara a los que le

mujeres de clases populares", *RES. Revista Española de Sociología*, 4 (2004), pág. 100.
197Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, op. cit., pág. 261.

rodean. Maniqué que se viste y maquilla para mostrarse en el escaparate social, con un vidrio entre los lectores y ella que impide contemplar su falsa idealidad, hasta que la autora decide hacer trizas esa ilusión para presentar la realidad. María Martínez Sierra transmite sobre el papel esa sospecha que ha ido creciendo en las mujeres ante la idealización del papel materno.¹⁹⁸

El padre (Santiago) y los hijos (José María y Cecilia) esperan en el salón a una madre ausente que aún tardará en bajar, al estar arreglándose para la fiesta. En esta primera escena se produce un ensalzamiento maternal, o quizás el primer síntoma de que Mercedes no responde al rol de madre tradicional, incongruencia que agrada a sus vástagos y entristece al marido:

"Cecilia.- Mamá se viste como nadie en el mundo.

José María.- Se viste, y habla, y anda, y se ríe...

Cecilia.- ¡Qué alegre es! No parece una madre.

José María.- (Cada vez con más entusiasmo) Es verdad, no parece una madre. Parece una hermana mayor... y, al mismo tiempo, más pequeña.

Cecilia.- Una reina.

José María.- Una niña, ¿verdad, padre?

Santiago.- (Con un poco de tristeza) Verdad."¹⁹⁹

Analicemos cada supuesta virtud de Mercedes. En primer lugar, aluden a su superficial capacidad para vestir con elegancia, a costa del alto precio de su vestuario; en segundo lugar destacan su forma de hablar y andar, que responde más a una juvenil dama que a una mujer casada y con hijos de cierta edad; para finalmente brillar por su sonrisa, alegría que no responde a las actitudes propias de una madre.

Mercedes entra dentro del gremio de las casadas mantenidas por su marido y "disfruta de una dignidad social muy superior a la de la soltera,"²⁰⁰ aunque tenga que utilizar la risa de escudo para enmascarar la tristeza que angustia su día a día. La risa se convierte en un instrumento para endulzar el rostro de las matronas a las que sus hijos miran, buscan, contemplan, incluso espían en busca de sus expresiones. Desde los recién nacidos hasta los adolescentes, cada persona busca en la figura maternal su propio yo. La presión externa por coincidir con el molde de buena madre crece exponencialmente con esos ojos infantiles sobre ella. La prole queda embelesada al hallar en esa fémica una ejemplaridad autoimpuesta por sí

198Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 200.

199Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, Prensa Moderna, Madrid, 1927, pág. 6.

200Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 220.

misma cada mañana, nada más abrir los ojos, para cumplir con las tareas de educar y formar las mentes de esas futuras mujeres y esos futuros hombres que tomarán ejemplo de sus expresiones. Debemos encarecidamente aplaudir "el valor y la fuerza del ejemplo."²⁰¹

Cabe contemplar la risa como característica esencial de los personajes femeninos de la autora riojana, e incluso casi se puede considerar como una seña de identidad que aúna obras tan diferentes como *Tú eres la paz*, *Juventud*, *divino tesoro*, *El amor catedrático*, *Canción de cuna*, *Eva curiosa* y *La abuela vuelve en sí*, entre otras.

Nuestra autora nos concede la clave para desentrañar este secreto femenino con el personaje que constituye su *alter ego* más obvio, Teresa Alcatraz, la protagonista femenina de *El amor catedrático*, novela dividida en tres partes. En la primera, Teresa relatará de forma epistolar a una amiga cómo llegó a convertirse en la esposa de un catedrático veintiséis años mayor que ella, mientras en un segundo bloque conoceremos los pensamientos de Teófilo, sobrino de Ramona, el ama de la casa del doctor don Raimundo, que es, a su vez, el marido de Teresa, cuya perspectiva recogerá la tercera parte de este triángulo amoroso. En esas epístolas femeninas que suponen el punto de partida nos confiesa la protagonista que su madre "no tiene ya el heroísmo de reír sin causa, para que en la casa 'no se ponga el sol', virtud femenina que aprendí en un ejemplo."²⁰² Teresa nos habla de la risa en su simbolismo como pilar de un hogar y cuyo trabajo recae sobre la mujer. He ahí el profundo mensaje que nos transmite la risa de María Martínez Sierra.

Sobre los hombros de cada madre la sociedad posa la responsabilidad de criar a su prole y esa crianza comprende la educación y la transmisión de valores. Estos varían, se modifican y se transforman continuamente. Por ello, surge la dificultad de definir sin fallos a la buena madre. Mil intentos realiza cada sociedad, mil afirmaciones surgen de cada forma de gobierno, mil discursos se vierten en el Primer Mundo, sin considerar a las mujeres y madres del Tercer Mundo. "Naturalmente, además de falsear la situación de las mujeres que se encuentran a las afueras del discurso occidental, este tipo de estereotipos también produce una imagen idealizada."²⁰³ La temporalidad juega en su contra, el círculo reiterativo de la historia complica las definiciones. "El discurso de género franquista [...] implicaba también la eliminación de la experiencia de esas 'otras' mujeres que habían perdido la Guerra Civil."²⁰⁴ En ocasiones, como en las dictaduras, los discursos perecen por su parcialidad, subjetividad y

201 Viñuela, María Cristina, *op. cit.*, pág. 198.

202 Martínez Sierra, Gregorio, *El amor catedrático*, Eduardo Domenech, Barcelona, 1910, pág. 234.

203 Fernández Menicucci, Amaya, "La maternidad como frontera: el concepto de maternidad en el marco teórico poscolonial anglófono", en *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 227.

204 Ramblado Minero, María de la Cinta, "Madres de España / Madres de la anti-España: la mujer republicana y la transmisión de la memoria republicana", *Entelequia: Revista Interdisciplinar*, 7 (2008), pág. 130.

egocentrismo hasta convertirse en fósiles de la ignorancia. Hoy, cierta distorsión opaca la condición maternal, pues "la civilización industrial, científica y cambiante, y la sociedad de consumo están transformando continuamente los elementos que en otras épocas [la] encuadraban."²⁰⁵

La perfección, no obstante, o su condena, sigue estando en boga actualmente. La manía persecutoria de las personas parece multiplicarse cuando una madre actúa fuera de la idea preconcebida. El imaginario que rodea la maternidad tiene tantas ramas, tantas especificaciones, tantas letras pequeñas de contrato que requiere licenciaturas de todas las especialidades existentes. Cuán curioso supone descubrir que el "conjunto de preceptos exigidos a la madre, generalmente han sido dictados por varones."²⁰⁶ Con su propia voz, María Elena Simón denuncia la perfección a alcanzar, acariciar, arañar:

"No basta con vigilar y alimentar, dar pautas de conducta, consejos y cariño (que no es poco). Ahora se nos exige que lo hagamos todo perfecto y si no es así se nos suele decir que 'que nadie nos obligó a tener hijos!'"²⁰⁷

La opcionalidad, la elección, la oportunidad de la maternidad o su declinación queda convertida así en un arma de doble filo. En cualquier caso, las mujeres siempre serán las víctimas, las culpables de su propio delito y las responsables de su vida. Desde luego, parece un sinsentido "asumir voluntariamente un rol de dependencia que implica además de subordinación."²⁰⁸ Y, pese a esta locura, cada mujer opta por "la grandeza de ser madre porque es una trampa mortal en la hemos caído las mujeres durante siglos, como la mosca en la miel."²⁰⁹ Conjeturamos que se deba a que nos gusta demasiado el dulzor de ese sabor.

1.2. La idealidad a través de la felicidad

Afortunadamente, y como subraya Socorro Suárez, "en cuanto las mujeres tuvieron acceso a la palabra escrita, [...] esta maternidad ideal, entregada y silenciosa, se deshizo como humo"²¹⁰ y María Martínez Sierra participó en esa hoguera.

Alcanzar la cumbre que promete el diploma a la mejor madre del mundo solo será

²⁰⁵Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, art. cit., pág. 50.

²⁰⁶Cuenca Aguilar, Inés, art. cit., pág. 122.

²⁰⁷Simón Rodríguez, María Elena, *op. cit.*, pág. 102.

²⁰⁸Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 72.

²⁰⁹Rahola, Pilar, *Mujer liberada, hombre cabreado*, Planeta, Barcelona, 2000, pág. 154.

²¹⁰Suárez Lafuente, Socorro, art. cit., pág. 34.

posible si una mujer logra la felicidad hogareña. Aunque suene a anuncio promocional, la autora riojana nos transmite esta creencia con un convencimiento absoluto: "la mujer ha nacido para la familia, el hogar, para la maternidad, y esto no hay quien lo niegue, ni feminista ni antifeminista. La suma felicidad de una mujer está en un hogar feliz..."²¹¹ María Martínez Sierra toma como legado las ideas tradicionales de distinción de género para matizarlas a su agrado. De acuerdo que la mujer está condicionada para su permanencia en el lar, pero en uno dichoso donde no esté supeditada al hombre, puesto que juntos harán que sus hijos sean superiores en el futuro, siendo imprescindible un buen nido seguro donde se podrá realizar la mujer como madre, sin necesidad de edulcorar su misión.²¹²

Tal idea se refuerza en este comentario: "no hay libertad donde no hay igualdad, y no hay felicidad donde el deber no ata por igual a los dos que soportan su yugo."²¹³ La maternidad viene predeterminada en la mujer, pero ella no será libre si no está en igualdad con el hombre para su elección y tampoco será dichosa esa madre si no comparte la responsabilidad de sus hijos. Hemos de tener muy en cuenta que estas convicciones fueron vertidas en los años 20 del siglo pasado.

Lozano Estivalis reafirma la postura de nuestra autora y va más allá, admitiendo la posible autonomía femenina, "únicamente si la crianza no se privatiza, sino que se la considera una tarea conjunta de la pareja, cuando la haya, y como una función respaldada por el colectivo social."²¹⁴ El cambio en la mentalidad masculina, respecto a la educación de los hijos, producirá una reacción social en cadena. En consecuencia, surge la duda de si la transformación ha de iniciarse de individuo en individuo o de forma sistemática y masiva.

Por otra parte, compartimos con Teresa Garbí su vinculación entre la esclavitud y la sumisión femenina.²¹⁵ Si aún seguimos preguntándonos cómo pudo perdurar la esclavitud durante tantos siglos, deberíamos plantearnos los motivos por los que contemplamos sin pestañear siquiera el sometimiento de la mujer. Igual que sucede con las catástrofes naturales o los actos de violencia colectiva que bombardean los medios de comunicación a todas horas, así asumimos la mansedumbre femenina, a pesar de que no tenga justificación lógica, de que debamos luchar contra ella. La batalla cansa, mientras la pasividad resulta confortable, por lo que "la gestión familiar del día a día sigue recayendo masivamente sobre la mujer."²¹⁶

²¹¹Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 29.

²¹²Lacalzada de Mateo, María José, *op. cit.*, pág. 95.

²¹³Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 31.

²¹⁴Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 298.

²¹⁵Garbí, Teresa, *op. cit.*, pág. 45.

²¹⁶Figuera, Josefina, *El feminismo ha muerto ¡viva la mujer! Los desafíos de un siglo*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2000, pág. 51.

1.3. El amor ideal: la Virgen María

Entre las breves piezas que componen *Eva curiosa* en *Elogio de la fragilidad* la autora recoge, en contrapunto al amor romántico, el imborrable sentimiento del corazón maternal: "¿por qué es un hijo siempre cruel con su madre? ¡Porque ni un solo instante ha temido que su amor se pueda quebrar!"²¹⁷ Imperecedero, irrompible, intocable. Con estas características sueñan los amantes que sea el amor que reciben del opuesto, y, sin embargo, esa emoción está reservada en exclusividad a las madres. La idealidad aparece en el horizonte ante la perfecta madre sufridora. Durante el franquismo, conforme al artículo de Manrique Arribas, la santificación materna reconocía la renuncia femenina a cualquier placer o entretenimiento propio, sumiéndose cada matrona en una "ascesis religiosa" en aras de su hogar.²¹⁸ La religión queda asociada de forma vinculante a los hogares españoles, el ideal se fusiona con la fe, negando opción alguna por pecadora, egoísta y, por supuesto, desnaturalizada.

La mayor representante de ese amor eterno tiene un lugar en el Olimpo celestial de la religión cristiana: María, madre de Jesús, aunque su protagonismo histórico esté debilitado:

"Entre los evangelistas, Marcos y Mateo la citan, pero le otorgan una importancia menor. Juan menciona su presencia en Canaán y en el Calvario. Solamente Lucas, que relata la infancia de Cristo, la pone en escena de forma directa y personal, pero en un breve pasaje. El apóstol Pablo la ignora."²¹⁹

Ante esta escasa aparición evangélica de María, indagemos cómo alcanzó cuota tan alta de fama. Simone de Beauvoir aclara que "frente a la Eva pecadora la Iglesia exaltó a la Madre del Redentor: su culto se hizo tan importante que se pudo decir en el siglo XIII que Dios se había hecho mujer."²²⁰ De esa exaltación extrema que pudo transformar el sexo de la divinidad pasamos a su sumisión absoluta, mediante confesión ejemplarizante, pues "en el culto a María se consuma la suprema victoria masculina: es la rehabilitación de la mujer mediante la culminación de su derrota."²²¹ María, hija de santa Ana, estuvo siempre apoyando a su hijo, destinado a la divinidad desde su propia concepción, huyendo para evitar su pérdida por la amenaza de Poncio Pilatos, sufriendo lo inimaginable por Él. Y, aún así, para alcanzar el reconocimiento de su propio espacio en el Cielo tuvo que postrarse, suplicar y luego sonreír al

²¹⁷Martínez Sierra, Gregorio, *Eva curiosa*, Revista Literaria, Madrid, 1945, pág. 18.

²¹⁸Manrique Arribas, Juan Carlos, "La familia como medio de inclusión de la mujer en la sociedad franquista", *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), pág. 13.

²¹⁹Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 27.

²²⁰Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 167.

²²¹*Ibidem*, pág. 261.

obtener su mérito, "convirtiéndose en el máximo exponente de la virtud."²²² Nos indica la pura ironía del patriarcado la transformación de María de poderosa generadora de vida a mera recipiente del hijo de Dios.²²³

Robert Briffault nos sorprende con una revelación mayúscula, según la cual la Virgen María formaba parte de la Trinidad: "el Espíritu Santo al que se identifica con ella, y es, en hebreo, femenino, era considerado por los nazarenos y los primeros cristianos como la Madre de Cristo."²²⁴ La gramática se conjuró contra la Madre de Dios hasta dissociarla de la Santísima Trinidad. ¿Y si ese error gramatical fue inducido por los patriarcas? En la hipótesis de que nunca se hubiera cometido ese error, hubiera sido imposible impedir que las mujeres participaran más activamente en la Iglesia o justificar su papel de pasivas oyentes de la divina palabra. Lejos de este futuro posible, María se vincula con la Trinidad en su condición de "Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, lo cual se vincula directamente con el modelo de mujer que propone la Iglesia."²²⁵

Junto a la Virgen, "epítome de la pureza femenina,"²²⁶ aparece María Magdalena, la pecadora perdonada, ambas imágenes femeninas positivas con las que la iglesia medieval deseaba compensar su misoginia evidente²²⁷ en la exclusión de las mujeres en el ejercicio del culto, la supeditación de los conventos a un hombre y la enseñanza eclesiástica del papel obediente de la mujer.

Desde este estudio, queremos reivindicar la feminidad de María, la madre de Jesús. Ella fue la creadora del padre del Cristianismo. Su cuerpo constituye el eje de una religión y su cuidado y educación encaminaron a Jesús hacia su destino. Al igual que Malinche creó al pueblo mexicano cuando se convirtió en la madre del hijo de Cortés,²²⁸ María, hija de Ana, concibió en sus entrañas la esperanza, la figura del Salvador. De hecho, si recordamos a Marta, Isabel y María Magdalena, "varias mujeres tuvieron papeles fundamentales como testigos de la identidad y misión de Jesús, en una época en que la mujer no era siquiera considerada un testigo competente."²²⁹ Aunque ellas no sean las protagonistas de la historia con mayúscula, intervinieron directamente en su concepción.

Desde la óptica de las creyentes, la Virgen María se posiciona a una distancia

222 Jones, Constance, *Las 1001 historias de la historia de las mujeres*, Grijalbo, Barcelona, 2000, pág. 114.

223 Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 28.

224 Briffault, Robert, *op. cit.*, pág. 379.

225 VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 51.

226 Bennardo, Filippo Giuseppe di, *La insurrección de Lilith*, Arcibel, Sevilla, 2009, pág. 46.

227 Gilchrist, Roberta, "Cuidando a los muertos: las mujeres medievales en las pompas fúnebres familiares", *Treballs d'Arqueologia*, 11 (2005), pág. 60.

228 Slautina, Yevgeniya, "Pinceladas y palabras en la paleta de imágenes de la Malinche", *Extravío: Revista Electrónica de Literatura Comparada*, 2 (2007), pág. 42.

229 Bennardo, Filippo Giuseppe di, *op. cit.*, pág. 46.

insalvable. Apenas se conocen detalles del período de su ejercicio maternal, más allá de la concepción angelical y el llanto por la pérdida filial. La imaginación católica inventa escenas familiares en diversas artes, pero su perfección absoluta no acerca a María a las mujeres. "En *La agonía del cristianismo*, Unamuno es consciente de cómo los padres de la Iglesia acentuaron la 'maternidad divina' de la virgen en aras de su feminidad inhumana o inexistente."²³⁰ Miguel de Unamuno apunta hacia los responsables de esa consolidación de la Virgen inalcanzable, "exenta de todos los vicios e imperfecciones 'naturales' de las mujeres",²³¹ hasta despojar a María, mujer de José, de su humanidad, de su proporción femenina. ¿Qué fin perseguían los padres de la Iglesia? Motivar a la mujer en su intento de imitación de la Virgen, "aunque el imposible ideal de virgen y madre la obligaría a ejecutar una compleja torsión en su programa vital."²³²

Este modelo mariano "en su traducción laica, reificó la imagen de la madre desertizada, cuyos intereses se subsumían en la dedicación al marido, el hogar y los hijos."²³³ La sexualidad femenina quedaba encerrada en un baúl en el fondo del sótano social con cientos de candados para preservar en cada mujer su concentración en el núcleo familiar. Todo ello sin ningún elemento propio, ni motivo de distracción y mucho menos libertad.

Otra diosa cambió su libertad a cambio de ocupar el puesto de primera dama en el Olimpo. "Hera deifica uno de los vértices de lo femenino que más peso tiene en la construcción de la sociedad. El patriarcado [...] se sostiene gracias a Hera, a la esposa fiel y a la madre amorosa,"²³⁴ aunque luego haya pasado a la Historia con una imagen negativa de celos y egoísmo. La sujeción a un hombre, nada menos que a Zeus, el padre de los dioses, compensaba ciertos episodios escabrosos de su relación matrimonial, soterrados por el atributo de la maternidad. Hera era la Madre por excelencia en el Olimpo. Las comparaciones obvias con María ponen el punto y aparte.

La Virgen aparecía la primera en una larga lista de figuras históricas que se avenían con la perfección socialmente aceptada. Otro ejemplo del ideal maternal, frente a cualquier otro triunfo personal, lo encontramos en la corte inglesa: "la misma reina Victoria, tras quince años de reinado, era saludada por las multitudes como 'Madre, Esposa, y Reina'."²³⁵

Desde tiempos inmemoriales, en el ADN humano, ha estado inscrita la necesidad de

²³⁰Altisent, Marta E., *op. cit.*, pág. 32.

²³¹Ballester, Rosa, art. cit., pág. 18.

²³²Ferrús Antón, Beatriz, *Hereder la palabra: vida, escritura y cuerpo en América Latina*, Universidad, Valencia, 2005, pág. 159.

²³³Luongo, Gilda y Salomone, Alicia, *op. cit.*, pág. 61.

²³⁴Goñi Zubieta, Carlos, *Alma femenina. La mujer en la mitología*, Espasa Calpe, Madrid, 2005, pág. 123.

²³⁵VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 86.

copiar, imitar, reflejar el comportamiento ajeno hasta llegar a apoderarse de él. A lo largo de la historia, las modas han pasado, las cabezas escultóricas que representaban un tiempo, un pensamiento, un movimiento han dejado su sitio a otras. Desde cualquier ámbito, nos lanzan moldes para que nos ajustemos a las coordenadas. Al igual que a un niño o a una niña los bordes de un dibujo le señalan el error de su coloreado, así la Humanidad sigue una senda marcada, delimitada, subrayada. Habrá que tener cuidado con salir de esos puntos, peligro a la vista para quien ose tal fechoría, pues el juicio, la extraditación, la condena serán inmediatos. La mujer, en comparación al hombre, ha sido reducida en el microscopio social y constreñida dentro de las paredes de una construcción de tal perfección que cualquier mácula descubre su error.

Inmaculadas en su comportamiento como la Virgen, durante la dictadura de Franco, Santa Teresa de Jesús, Isabel la Católica y Agustina de Aragón se incorporaron como modelos a seguir en los manuales no escritos de las amas de casa y madres para ocupar su correcta posición en la sociedad.²³⁶

María, madre de Jesús de Nazaret, hija de Ana, esposa de José, se corresponde con una mujer excepcional, única y sin tacha. Esa característica inmaculada constituye, desde nuestra opinión, su bendición y su maldición. "Bendita tú seas entre todas las mujeres" dice el Avemaría, atestiguando su singularidad que "logra la concepción inmaculada, pero paga por ello el precio de reconocerse siempre sometida."²³⁷ En definitiva, la emulación de la Virgen María resulta imposible desde el milagro original,²³⁸ aún más si trasponemos la versión religiosa a nuestros días, donde la incredulidad reina en torno a "su falta de consistencia biológica".²³⁹

Entre tanta perfección, entre tanta idealidad añoramos una madre corriente, común, sin grandes rasgos ni virtudes sobresalientes, que abandona "ese papel de acuerdo con un prototipo determinado."²⁴⁰ De carne y hueso, que cometa errores, que sepa solventarlos y aprender de ellos, "una madre que comparte con su marido o su compañero y con sus niños las responsabilidades y las cargas de la vida cotidiana."²⁴¹

²³⁶Manrique Arribas, Juan Carlos, *op. cit.*, págs. 5-6.

²³⁷Ferrús Antón, Beatriz, *Heredar...*, *op. cit.*, pág. 161.

²³⁸Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, págs. 169-170.

²³⁹Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 125.

²⁴⁰Moreno Hernández, Amparo, art. cit., pág. 5.

²⁴¹Turin, Adela, *op. cit.*, pág. 26.

2. Actitudes maternas

"Es importante que os convirtáis en unos *alter ego* virtuosos, preocupados por el bienestar de vuestro hijo y su respeto de los valores morales. Que séais equilibrados y responsables. Serenos y pedagógicos. Abiertos de mente y capaces de estimular la curiosidad del niño. Todo lo que haga falta."²⁴²

No nos equivocamos al escoger este fragmento para dar comienzo a este tema por el sujeto que engloba a hombres y mujeres, sino lo contrario, pues hemos querido darle un nuevo enfoque que comprenda que esas actitudes no se limitan a las madres, manteniendo únicamente el término por continuar la tradición, por no salir de la fuente que reflejaremos a continuación. Hay que tener en cuenta que nuestro objetivo supone cambiar radicalmente el panorama, al entender que hombres y mujeres forman a sus hijos y los educan juntos: "la esencia de la maternidad no está restringida a las mujeres que han dado a luz, es un principio inherente tanto en mujeres como en hombres. Es una actitud de la mente. Es amor."²⁴³ Ambos tienen la oportunidad -dejamos de lado la obligación dictatorial- de crear una vida, no solo mediante la unión de espermatozoides con óvulos, sino dar forma a una mente humana, más allá del determinismo biológico que nos vigila.

Al mismo tiempo, y, pese a esta esperanza en la participación masculina, hemos de suscribirnos a la idea de Gemma Cánovas Sau acerca de que las madres "son quienes posibilitan la base sobre la que se edifican generaciones de personas que crecen, se desarrollan y forman el tejido social."²⁴⁴

En estas páginas, revisaremos los comportamientos que conforman la ideología maternal, puesto que "la maternidad se revela de este modo como una construcción cultural que alberga diferentes conductas dependiendo del contexto político, social, económico."²⁴⁵ Nuestro mapa de navegación se establece en las siguientes coordenadas: Occidente en los siglos XX y XXI y con las obras de María Martínez Sierra como brújula.

2.1. Ternura ante los niños

Ante la visión de un niño o una niña, y en oposición a la casi unánime indiferencia

²⁴²Maier, Corinne, *op. cit.*, págs. 85-86.

²⁴³Amritanandamayi Devi, Sri Mata, art. cit., pág. 9.

²⁴⁴Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 178.

²⁴⁵Nogal Fernández, Rocío de la, art. cit., pág. 292.

masculina, la mujer muestra síntomas de ternura. Mucho antes de concebir, mucho antes siquiera de tener pareja, casi desde que tienen capacidad de empatía, las niñas tienden a tratar a otros niños de su misma edad con esa conducta maternal, atendiendo su cuidado y bienestar. Ciertamente, debemos huir de tal generalización, pero la obra de María Martínez Sierra plantea esta disposición natural hacia los recién nacidos. En la pieza teatral *Canción de cuna*, cuando descubren a la criatura en un cesto, surgen una serie de opiniones, en absoluto objetivas, hasta enternecer al más distante de los lectores:

"Vicaria.- ¡Ave María, qué cosa tan pequeña y colorada!

Maestra.- ¡Y está durmiendo!

Sor Juana.- ¡Cómo aprieta las manos tan rechiquitinas!

Sor María Jesús.- ¡Se le ve el pelito debajo de la goma!

Sor Sagrario.- ¡Parece un ángel!"²⁴⁶

Unas páginas antes en esta misma obra, la adoración materna de las novicias empieza a crecer cuando la Priora les da permiso para charlar hasta la hora del rezo, mientras que en este diálogo conversan acerca de las familias y su amor hacia los más pequeños o las impresiones que les causan. Como el día en que trajeron al hijo de la hermana de Sor Marcela, del que recuerda Sor Juana "que pasó una manita por la reja, y servidora se la besó. ¡Qué suaves tienen las manos los chiquillos!"²⁴⁷

Desde el inicio de nuestras vidas, recibimos el cariño de nuestro entorno más cercano. La incomprensión del bebé ante las palabras que aún no puede pronunciar no sirve de impedimento para que madres y padres expresen su cariño a viva voz. Los gestos acompañan a las palabras. Ante la mirada del bebé, ningún adulto puede resistirse a contemplar con fascinación esa quietud infantil, esa paz que transmite. Por ello, excusada por completo está, en *Canción de cuna*, Sor Juana cuando queda al cuidado de la pequeña mientras espera a la demandadera y el resto de las monjas acuden al rezo, tras ser advertida de que debe seguir los rezos con atención. Sin distracción no aguanta más de tres respuestas conjuntas al rezo, dirigiéndose con dulces palabras a la recién nacida: "¡qué bonita eres, chiquilla, rica! ¿Me vas a querer mucho, corazón? [...] ¿Verdad que sí, preciosa, vida mía? [...] ¡Ay, que abre los ojos! Vida, vidita, ¿a quién quieres tú?"²⁴⁸ Con ese sentimiento hacia quien una madre adora y no puede dejar de mirar se expresa la novicia de apenas 18 años.

²⁴⁶Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 53.

²⁴⁷*Ibidem*, pág. 46.

²⁴⁸*Ibidem*, págs. 72-73.

2.2. Consejos maternos

La maternidad trae consigo una sapiencia, un caudal de conocimientos que no aparecen por arte de magia. "El vínculo biológico [...] no significa automáticamente que una madre posea actitudes maternas."²⁴⁹ Cada mujer necesita una preparación, tanto física como psicológica, para el prolongado proceso que se inicia con el embarazo. Pues bien, en el segundo acto de *Canción de cuna*, hallamos un coro de monjas en torno a un joven prometido al que recomiendan diversas situaciones que pueden producirse en el viaje con su futura esposa, esa niña que llegó en un cesto y que en el segundo acto aparece convertida en una mujer a punto de partir a América. En esos avisos intervienen la Tornera, Sor Inés y Sor Marcela que hacen memoria de las malas costumbres de Teresa para que Antonio tenga cuidado especial:

Tornera.- ¿Se mareará la niña en el barco? Mire, que nos la cuide bien.

Sor Inés.- Y que cuando esté sofocada no la deje beber agua fría, que ella es muy loca para eso.

Sor Marcela.- Y no vaya a olvidarse de que tiene costumbre de tomar duchas todas las primaveras.

Sor Inés.- Y que si toma frío y tose, beba un vaso de leche muy caliente con una cucharada de ron y mucho azúcar, que es lo único que la hace sudar.

Teresa.- Hermana, de eso ya me cuidaré yo.

Sor Inés.- Sí, sí, buena eres tú. No la haga usted caso, señor don Antonio, que ella se pasa de mimada, y como no le den las cosas, muriéndose ha de estar y no las pide."²⁵⁰

Sin dejar atrás ningún asunto, las monjas hacen hincapié en la tendencia a enfermar de la niña, las medidas preventivas a considerar, los remedios caseros que funcionan y el talante orgulloso de Teresa ante su propio malestar. Suenan todas estas advertencias dichas por una madre, tomando a medida que se leen la tonalidad de cada una de nuestras madres. Y, en cambio, son hermanas de un convento, que tuvieron la suerte de consagrarse a Dios y, al mismo tiempo, ser bendecidas con la llegada de una hija de Dios. En conjunto, las monjas se convirtieron en una madre única para la recién nacida a la que protegieron, regañaron y quisieron aún más porque sin ser ninguna madre, desde la óptica física, todas lo fueron.

²⁴⁹Ryan, Lorraine, "Nada más que un espejismo: la inquieta realidad de la modernidad española a través de los relatos 'La buena hija' de Almudena Grandes y 'La hija predilecta' de Soledad Puértolas", en *Construcciones culturales de la maternidad en España: la madre y la relación madre-hija en la literatura y el cine contemporáneos*, María de la Cinta Ramblado Minero (coord.), Universidad, Alicante, 2006, pág. 47.

²⁵⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 130.

Nos gustaría hacer un pequeño inciso sobre esas nociones básicas, conocimientos avanzados, carreras que casi deben reunir las madres en su baúl vivencial. Para ejemplificar esa magna sabiduría hemos escogido este fragmento tan acertado como irónico:

"A las madres actuales se les exige, de forma simbólica y real, incluso que 'disfruten' de la crianza de sus niñas y niños. Se les exige además que sepan de nutrición, ecología, higiene, estética, medicina y enfermería, oferta cultural, transportes y comunicaciones, psicología, corte y confección, coleccionismo, torneos deportivos, fiestas, disfraces, interiorismo, finanzas y hasta que conozcan a la perfección el plan de estudios para poder trabajar en casa con las tareas escolares."²⁵¹

En contraposición a las madres tradicionales, a las que se les suponía todo el conocimiento terrenal, a las mujeres que en la actualidad aborden la tarea maternal se les plantean estos frentes por explorar, batallar, colonizar y hasta disfrutar. No sabemos si denominarlo un disparate, una exageración o una realidad sin más. Simone de Beauvoir se nos une para contemplar dos posibles maternidades con resultados opuestos:

"En cuanto a las servidumbres de la maternidad, [...]: son abrumadoras si se imponen a la mujer numerosas procreaciones y si debe alimentar y criar a los hijos sin ayuda; si procrea libremente, si la sociedad acude en su ayuda durante el embarazo y se ocupa del niño, las cargas de la maternidad son ligeras y pueden compensarse fácilmente en el terreno laboral."²⁵²

Sus palabras aumentan de peso si consideramos que fueron publicadas en 1949. Entonces, ya se contraponía la obligada madre con familia numerosa, sin apoyo, frente a la electa figura materna que accede al trabajo, al tiempo que toma la responsabilidad parcial de su retoño, una maternidad más completa en cuanto no ocupe el centro de una vida. En suma, una maternidad posible.

2.3. Continua atención

En la obra teatral *La abuela vuelve en sí* una familia se va de vacaciones, dejando atrás a la abuela que, a diferencia de otros años, no les acompañará. A solas, mantendrá un monólogo

²⁵¹Simón Rodríguez, María Elena, *op. cit.*, pág. 99.

²⁵²Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 116.

sobre su vida de la que empieza a tomar las riendas, mientras nos revela, desde una perspectiva objetiva, la intranquilidad con la que lidia su hija. Cuando la familia se marcha, la abuela, una vez a solas, se plantea: "nos quiere a todos, hijos, marido, madre, con desasosiego. ¡Qué vida la suya! Si pudiera inyectársele un poco de calma..."²⁵³ La paz y serenidad interior han de quedar relegadas para la madurez o incluso la senectud de toda mujer que decide formar una familia, la cual le obliga a un cuidado continuo, a una atención sempiterna, sin conciliar su descanso.

En la misma obra conjunta, encontramos otra pieza teatral en la que una madre espera la llegada nocturna de su hijo sin dormir. Cuando este aparece, le confiesa que está prometido, convirtiéndose esa en su última noche de confianzas, de ahí su título de *La última confianza*. La madre protagonista responde a ese tipo de madres desconfiadas, que "vivían la maternidad como un desvelo eterno"²⁵⁴ de las que no habla maravillosamente Gustavo Martín Garzo: "las dominaba una desconfianza que parecía venir, como la de las leonas, de la oscura memoria de la sangre, de las matanzas en la selva y las dolorosas urgencias del cielo."²⁵⁵ Desde la primera intervención de la madre se detecta ese duermevela femenino de *La última confianza*:

"¿Duerme?... Sí... ¡Qué completamente duermen los hombres! Nosotras estamos siempre medio despiertas... hasta en el más profundo de los sueños... [...] Parece que vivimos en eterna alma... o en eterna espera... ¡Qué tontas somos!"²⁵⁶

A sus 45 años, esta madre envidia la condición masculina siempre en paz, en contradicción de su hastiante espera eterna, indicio de la escasa libertad, la perpetua subordinación y el papel pasivo hacia los demás. La paradoja entra en el juego patriarcal una vez más cuando el cuidado femenino deja de ser un valor en alza para esa sociedad "que [no solo] se beneficia de nuestro tiempo y dedicación sino que, más bien al contrario, nos penaliza y nos convierte en menos aptas para participar en lo público."²⁵⁷ En otras palabras, en lugar de premiar la capacidad de atención y cuidado, se denigra por su carácter supuestamente femenino dado por naturaleza. No digamos cuando un hombre protagoniza momentos de asistencia, salvo si los ejerce por cuestión laboral. Este ejemplo viene a demostrar "que las convicciones tradicionales [permanecen] ancladas en el inconsciente colectivo."²⁵⁸ A este respecto, Victoria

253Martínez Sierra, María, *Teatro...*, op. cit., pág. 118.

254Martín Garzo, Gustavo, *Pequeño manual de las madres del mundo*, RqueR, Barcelona, 2003, pág. 46.

255Ibidem, pág. 47.

256Martínez Sierra, María, *Teatro...*, op. cit., pág. 127.

257Suárez Suárez, Carmen, pról., *Maternidades...*, op. cit., pág. 13.

258Palacio Lis, Irene, op. cit., pág. 75.

Camps nos lanza la siguiente pregunta: "¿son o no son valores? ¿Por el hecho de que hayan florecido en la vida privada, en la relación más directa con los otros, hay que rechazarlos como inservibles para la vida pública?"²⁵⁹ Ante la obviedad con la que contemplamos la posibilidad de ampliar el abanico de los valores tradicionales y de carácter masculino, nos surge una nueva cuestión: ¿será capaz la sociedad de abrir su visión y aprovechar el porcentaje positivo que traen consigo las mujeres? Garantizamos la viabilidad de nuestra propuesta, partiendo de la ocupación laboral femenina en ámbitos caracterizados por potenciar esas características típicamente otorgadas a las féminas. El primer paso ha sido dado desde hace bastante tiempo y ahora hemos de tomar fuerzas para escalar la siguiente montaña, la siguiente promoción en el trabajo.

2.4. Gestos esperados

De acuerdo con la historia femenina que recoge Knibiehler, desde la antigüedad el aprecio transformado en contacto corporal ha quedado reservado a las mujeres: "las caricias, la ternura y los mimos eran un asunto de mujeres."²⁶⁰ Por primera vez desde el inicio de este estudio, damos con un presupuesto social atribuido a la población femenina que tiene adherido una carga positiva. Nos embarga la satisfacción ante un talante que conlleva expresividad de las emociones, sin necesidad de callar, disimular o recatarse, y, no obstante, hemos de tomar precauciones en esta alegría que manifestamos porque:

"[...] la sociedad continúa pertrechada en los valores tradicionales que diferencian actitudes masculinas y femeninas, produciéndose de este modo un nuevo desencuentro entre los valores de las mujeres y los que se premian socialmente."²⁶¹

De esta forma, la ternura intrínsecamente femenina responde a la separación de esferas, de ámbitos, de mundos. Y, a pesar de que el contacto físico constituya un eje primordial en el desarrollo de una persona, se le confiere una nota machista a su muestra en público. La ironía toma las riendas de nuestra escritura para plantear si acaso el hombre queda arrinconado en el aprecio, por imposición propia o a causa de los demás.

Hay una serie de elementos que toda madre debe ejecutar porque de lo contrario, no tendrá más remedio que asumir su "culpabilidad cuando no se ejercen adecuadamente y según la

²⁵⁹Camps, Victoria, *El siglo de las mujeres*, Cátedra, Madrid, 2003, pág. 17.

²⁶⁰Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 44.

²⁶¹Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 51.

norma las funciones sociales asignadas a la maternidad."²⁶² Así lo vemos en un nuevo título de nuestra autora, *Es así*, donde contemplamos las vicisitudes de una mujer que se mantuvo fiel a su marido tras rechazar a su verdadero amor y conocemos a su protagonista Isabel, quien nos describe los supuestos deberes que ella debería haber cubierto en el cuidado de su hija Carlota:

"No he sido nunca de esas madres apasionadas que envuelven a sus hijos en caricias, en cuidados, en mimos. No la he dado de mamar, no la he vestido, no la he dormido cantándole nanas, no recuerdo habérmela comido nunca a besos, no la he enseñado a leer ni a rezar..."²⁶³

Alude a actos cotidianos, amorosos, incluso didácticos, típicos de la educación y crianza. Ella refiere un listado de momentos impuestos por la sociedad mediante presión: desde las muestras de cariño físicas, la lactancia, el simple y rutinario acto de vestir, las canciones para conciliar el sueño, la enseñanza de la lectura o la religiosa, además de esa explosión de amor.

En apenas tres líneas, María Martínez Sierra esboza siete imágenes arquetípicas que pudiéramos encontrar en las guías para la preparación materna, en esos manuales inmensos que encierran los trucos del amor más logrado, o en los libros infantiles marcados por el machismo, como el *Micho*.²⁶⁴ Este libro de educación primaria presentaba a la familia ejemplar, en cuyo interior cada miembro tiene asignado un rol que acepta con alegría, al menos aparentemente: la madre debe cuidar a los pequeños enfermos y preparar la comida, mientras el padre se limita a dar vueltas con la moto e ir a cazar. Adela Turin subraya que "las madres de los libros infantiles no tienen profesión ni oficio, no hacen deporte, no muestran intereses culturales, no invitan ni son invitadas, no van al cine, no se pasean. No tienen amigas."²⁶⁵ Al mismo tiempo que se aprendía a leer, eran asimiladas las funciones de cada miembro dentro del hogar y se aceptaba con normalidad la división de los sexos en dos esferas: la mujer en la privada, felizmente dedicada a su hogar, y el hombre en la pública y laboral. Afortunadamente, las generaciones actuales no han conocido esa edición anquilosada del *Micho*. La culpabilidad de esas madres que no cumplen reside en esas ideologías implantadas en los medios de comunicación que "operan como un espacio transmisor de experiencias, significaciones, a partir de códigos que se

²⁶²Andrés Domingo, Almudena, "La maternidad y las nuevas tecnologías reproductivas", en *Las representaciones...*, *op. cit.*, pág. 76.

²⁶³Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 201.

²⁶⁴Método de lectura castellana, publicado por la editorial Bruño desde los años 90.

²⁶⁵Turin, Adela, *op. cit.*, pág. 18.

aprenden en la vida social y que se construyen como un saber cotidiano, que no es personal."²⁶⁶ Esa generalización también se oculta en libros y juegos, concepciones por las que “de la diferencia entre la realidad de la maternidad y el relato que se nos hace de ella, surgen conflictos para la mujer.”²⁶⁷

A diferencia de Isabel, la protagonista ausente del cuento breve de *Los desheredados* compartió con sus retoños las mil y una experiencias que promete la maternidad: lágrimas, abrazos, besos sin fin e incluso la empatía más amorosa. Esa madre contrasta con aquella tía egoísta que obliga a los dos pequeños a la huida donde hallarán la muerte, no sin antes recordar la figura angelical de su madre que velaba por ellos:

"La madre bondadosa y amante que tantas veces había cubierto de besos aquellos rostros rosados y sonrientes antes, pálidos y tristes ahora, pero siempre bellos y angelicales; que había padecido horriblemente cuando una lágrima cruel había bañado sus ojos; que ya no sabían más que llorar; que había arrullado sus inocentes y plácidos sueños con esos cánticos alegres que para la infancia tiene la vejez bondadosa y que, henchida de cariño, les acompañó a sus juegos, ahogó sus suspiros de pena, enjugó su llanto, fue partícipe de sus alegrías, vivió para ellos gozando solo con sus dichas y sufriendo con sus dolores, siempre insignificantes y pequeños en realidad, pero grandes y amarguísimos para ellos, ángeles de candor, que ocultos en el amoroso regazo maternal, no habían podido ver aún el triste mundo con sus duelos y sus contrariedades, con sus crueldades y humillaciones."²⁶⁸

El recuerdo de esa madre solícita se cierne sobre los pequeños: por su cariño, la capacidad de compartir su sufrimiento, esos cantos que les adormecían, su compañía en el juego, pero, sobre todo, porque ella entendía la insignificancia del dolor infantil. Este último don sobresale en esta figura maternal, pues los adultos pecan de observar a su prole con esa distancia objetiva que va creciendo con la experiencia vital y les aleja de sus hijos. Los dones de esta madre se han glorificado por su pérdida a una edad temprana, sin concebirse en su imagen la posibilidad de su cansancio, hastío puntual o deseos de tiempo para ella, sin estar pendiente noche y día de esos pequeños. Ciertamente, "la maternidad es una tarea llena de significado, pero el cuidado de los niños constituye una experiencia frustrante e irritante."²⁶⁹

²⁶⁶Valladares Mendoza, Blanca, art. cit., pág. 37.

²⁶⁷López Alonso, Adelaida, "Mujer, maternidad y salud", en *Las representaciones...*, op. cit., pág. 63.

²⁶⁸Lizarraga Vizcarra, Isabel, *María Lejárraga, pedagoga: cuentos breves y otros textos*, Ediciones Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2004, pág. 105.

²⁶⁹Moreno Hernández, Amparo, art. cit., pág. 4.

Ante el fantasma de la frustración que aparece en una esquina, con el resguardo de la irritación, Socorro Suárez rescata para nosotros ejemplos de la literatura inglesa donde la frustración "es lo menos que le puede suceder, ya que puede perder su propia vida, entendiendo esta como deseo, creatividad, expectativas, actividad..."²⁷⁰ Por su parte, Adela Turin estudia minuciosamente los libros infantiles para reflejar esos instantes en que surgen "llantos, protestas o mal humor [...] se trata solo de un momento pasajero de fatiga que una caricia, un beso o la simple visión de sus hijos bastará para disipar."²⁷¹ La maternidad supone el inicio de muchas nuevas actividades y el final de otras.

En un mundo paralelo y alejado se sitúa el fanatismo de una suegra que pugna contra el comportamiento típicamente maternal que contempla en su enemiga, en su nuera. Esta escena la recogemos de la obra *Torre de marfil*, en la voz de la marquesa:

"[...] esta mujer se ríe como una criatura, y le brillan los ojos con toda limpidez, y dice a su hijo y al mío las mismas palabras mimosas, sencillas, cantarinas, pueriles, que acostumbran las madres buenas a decir a los hijos nacidos al amparo de la ley de Dios..., y los besa ruidosamente, a la luz del día, sin misterio y sin remordimiento, como si besos y palabras surgiesen de la más pura fuente de amor... -¡Así acostumbra el Malo a disfrazarse de ángel de luz!-."²⁷²

La madre de Gabriel duda de la actitud inmaculada de Mariana por ceñirse a la costumbre de la buena maternidad, caracterizada por su ligereza, sencillez y mimosidad al hablar, todo ello bajo la protección celestial. Esas palabras se unen a los besos contundentes y bien visibles. Ahora bien, la marquesa no cesa en su empeño particular de interponerse entre su hijo y la modistilla, por lo que se convence a sí misma de la auténtica y oculta naturaleza de Mariana, usando esos gestos como parte del disfraz para encubrir su maldad.

Más allá de la batalla de la suegra contra la nuera, de la madre contra la pareja, destacamos este fragmento por su retrato parcial de la buena madre, de aquel porte que se espera, de aquellos aires que le rodean, de esa angelical apariencia que embelesa desde el exterior, cuando es contemplado ese amor filial.

Continuamos recuperando fragmentos de este puzzle en cuyo centro brilla la arquetípica madre que reúne bajo su esfera todos y cada uno de los gestos que crean las expectativas sociales. De acuerdo con el constructo social de la mujer dentro de un típico patriarcado, las

²⁷⁰Suárez Lafuente, Socorro, art. cit., pág. 33.

²⁷¹Turin, Adela, *op. cit.*, pág. 19.

²⁷²Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 237.

mujeres construyen el castillo de su vida, asentando la base con un matrimonio y perfeccionando la edificación con la descendencia. En esos sueños del porvenir "[...] los hijos son pequeños, alegres, sanos, saltan, gritan, abrazan, llorar, ríen; la madre los reprende, los consuela, los viste, los halaga con lecciones y cuentos."²⁷³ Por supuesto, y como corresponde a las ilusiones, esos retoños encajan a la perfección con el ideal de salud y emoción exultante, al igual que el papel materno es interpretado de forma sublime: en su acción justa de regañar, al comprender cariñosamente los actos reprochables de los pequeños, cuidadosa en la preparación de su ropa, además de adecuada maestra y hada relatora. Esta idealidad no comprende de penurias ni enfermedades, quedando limitada al mundo onírico, sin juicio externo ni consideración a la cotidianidad.

Una pieza breve de nuestra autora nos servirá para poner la última pieza de este rompecabezas: *La madre y el filósofo en el jardín*. Madre y filósofo reflexionan acerca de la relevancia de la etapa infantil para el resto de la vida, durante la que se vuelve la cabeza hacia atrás en busca de recuerdos, olvidando lo demás. La facilidad con la que disecciona el filósofo la rutina maternal indignaría a cualquier mujer:

"No tiene usted de qué preocuparse. Con haber dado al mundo ese crío perfectamente viable ha cumplido usted más de la mitad de su misión. La pequeña parte que queda por cumplir es sencilla: téngale usted alimentado, limpio si es posible, más o menos vestido, caliente en invierno, fresco en verano, todo sin demasiada exageración. Enséñele usted a leer y a escribir, a medir y a contar, déle usted libertad para vivir y aprender por su cuenta y gusto."²⁷⁴

Las preocupaciones mínimas de una madre en el cumplimiento de su papel hacen recuento de alimentación, limpieza y posible vestimenta adecuada a la estación del año. A esto se suman los rudimentos de la enseñanza y, sobre todo, dotar de cierta libertad a esa vida. Se entiende el tono molesto de la mujer ante un teórico que no lidia cada día con bebés, niños o adolescentes y que se limita a enumerar tareas por hacer, con especial énfasis en ese supuesto "laissez faire" que parece confrontarse con la comprensión materna.

El filósofo representa a ese sector de la sociedad que se autoproclama juez de la maternidad, de la experiencia diaria que se despoja del mito para afrontar los pros y los contras de esa decisión vital. De acuerdo con algunas voces, la Naturaleza ejecuta las órdenes

²⁷³Martínez Sierra, Gregorio, *El amor...*, *op. cit.*, págs. 50-51.

²⁷⁴Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 15.

biológicas, pues "ha grabado en nuestro legado genético el comportamiento maternal, la entrega y el amor que las mujeres prodigamos a nuestros retoños."²⁷⁵ Ponemos en tela de juicio ese movimiento por impulsos, ese manejo por hilos cual marionetas de teatrillo o el empuje hacia el precipicio maternal.

Ese precipicio aparece ante la mujer cuando toma la ocasión de reproducirse, de engendrar y dar vida, cuando se decide a probar si será capaz, a intentar alcanzar esa modélica figura materna, a rozar brevemente esa fantasía que ella ha creado en su mente durante años. Si las niñas sueñan desde que tienen escasa edad con una boda perfecta, interminables veces imaginan su futuro de madres. Y en todas las posibilidades no acertarán, no fallarán, ni se aproximarán un ápice a la realidad. En esa realidad, algunas "experimentan un gran vacío. Esto produce un fuerte desconcierto, ya que todas las expectativas eran de plenitud, de 'sentirse llena'."²⁷⁶ De vacío nos habla Hüttinger cuando reflexiona acerca del rol femenino que "en la sociedad se deriva de la aceptación de responsabilidades, que es una imagen tradicional. Pero detrás de la integración social amenazan el vacío, el malestar, el aburrimiento."²⁷⁷ La situación empeora cuando no halla ningún reflejo en sus sentimientos, ninguna mano amiga que le sostenga y le informe acerca de que ese hecho no supone nada extraordinario. La voz de una madre real surge para dar cuerpo a esta teoría: "¿por qué no me avisaron? No te explican lo crudo que es realmente... no sé si es que no lo dicen para no asustarte."²⁷⁸ Aunque pueda parecer frívolo, deberían impulsarse socialmente la creación de asociaciones de apoyo para las madres, generalizarse al igual que las clases de preparación para el parto o las asociaciones escolares. La información resulta esencial, más aún de primera mano.²⁷⁹

"Durante gran parte de la historia la noción de maternidad ha estado rodeada de un profundo romanticismo"²⁸⁰ incluso más que la historia de amor que suele anteceder a ese nacimiento milagroso. Carlos Goñi aclara, sin dudar, la prioridad filial de las diosas sobre los maridos: "subordinan el amor de esposa al amor de madre y la prole arrebató el protagonismo al cónyuge [...], porque están dispuestas a sacrificarlo todo por sus hijos, incluso su amor marital."²⁸¹ En el prólogo a la obra de Luisa Muraro, Milagros Rivera Garretas nos explica esta

275 Gilaberte Asín, Inmaculada, *Equilibristas. Entre la maternidad y la profesión*, Alienta, Barcelona, 2009, pág. 11.

276 Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 111.

277 Hüttinger, Christine, "La identidad femenina - ¿la historia de un fracaso? La imagen de la mujer en cinco novelas de escritoras austriacas", <http://relinguistica.azc.uam.mx/no004/> (Consultado: 13/09/2015)

278 Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 333.

279 Hemos de reconocer que, por fortuna, en las librerías proliferan, cada vez más, publicaciones que no responden al discurso patriarcal ideal, sino que recogen esas voces disonantes sobre las cargas negativas de la maternidad. *Vid.* Ascunce, Amaya, *Cómo no ser una drama mamá*, Planeta, Barcelona, 2012.

280 Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 69.

281 Goñi Zubieta, Carlos, *op. cit.*, pág. 157.

relación de amor que "combina, sin equilibrarlas nunca, la apertura de una mujer a su criatura [...] con el olvido, siendo el olvidar (sin desentenderse) uno de los rasgos más corrientes de la experiencia amorosa."²⁸² La pérdida de todo, el sacrificio absoluto, la tendencia a su criatura comprenden ese cariño maternal.

Sin embargo, la diaria "obligación" de una mujer con descendencia puede sumirla en un estado bastante alejado de los arquetipos y, a diferencia, de la simpatía social con la que cuentan las madres cariñosas y atentas que no dudan en expresar con grandilocuencia su amor filial, ella será sepultada por las críticas de su entorno, incluso familiar: "expresar tales sentimientos contrarios al ideal maternal parece seguir siendo conflictivo en nuestra sociedad"²⁸³ hasta alcanzar la repulsión. El odio por las imposibilidades que plantea el niño o la niña, la ira ante la transformación de la relación de pareja planean por encima de esas mujeres.²⁸⁴

Cabe la posibilidad de que las madres que dibuja nuestra autora riojana respondan al molde de la maternidad intensiva, es decir, angustiosa, sin descanso, ni alivio, ni siquiera al final del día o al llegar a la cama. Dentro de esta maternidad intensiva se incluiría la tradicional madre que ejerce de ama de casa y la actual madre a la que se la he venido denominando heroína, tomando del inglés la expresión "superwoman". Pues bien, tanto una como otra, tienen en común querer abarcar demasiado, no detenerse a pensar en ellas, ni creer que menos tiempo con más calidad resultaría más beneficioso para su descendencia. Al fin y al cabo, su objetivo primordial corresponde a esos vástagos que un día abandonarían el nido y no serán capaces de hacer absolutamente ninguna acción sin contar con su ayuda, consejo o impulso. Su inversión tiene nombres y apellidos: "para ellas, la alegría de compartir, el amor que sienten y el amor que prometen devolver los hijos son suficiente recompensa."²⁸⁵ No evadimos la ironía de esa promesa de devolución que contienen las palabras de Hays, pues al fin y al cabo, su obra nos expone las contradicciones de la maternidad.

El hecho de que "casi todas las mujeres han sido madres hace suponer que existe una tradición de gestos y de prácticas operativas femeninas transferidas a las madres de generación en generación,"²⁸⁶ implica que esa transferencia puede romperse; esa tradición, modificarse y esas prácticas, inutilizarse. En definitiva, la maternidad carece de un legado de disposiciones a ejercitar con el nuevo ser que tiene cada mujer entre sus manos, cada padre entre sus brazos,

²⁸²Muraro, Luisa, *op. cit.*, pág. 8.

²⁸³Cuenca Aguilar, Inés, "La maternidad desde el teatro del absurdo: *Birth and Afterbirth* de Tina Hawe", en *El vínculo...*, *op. cit.*, pág. 125.

²⁸⁴Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 100.

²⁸⁵Hays, Sharon, *op. cit.*, pág. 195.

²⁸⁶Percovich, Luciana, art. cit., pág. 235.

cada hermana y hermano junto a sí,...

Con tono apocalíptico, Aguinaga sentencia que "todo el mundo se ha alarmado frente al descenso brutal de la fecundidad, pero no hay vuelta de hoja, o se asume 'la nueva maternidad' o no habrá madres."²⁸⁷ O las mujeres pueden escoger cómo llevar la maternidad, sin escaramuzas sociales, ni asombro colectivo, o se decantarán por otras opciones vitales. Tal lógica nos enmudece.

3. Lactancia

"Muchos sociólogos antifeministas defienden la vinculación inevitable entre capacidad de criar y lactar."²⁸⁸ Consuelo Paterna y Carmen Martínez ponen el acento en lo "antifeministas" que les resultan esos estudiosos de la Sociología que fusionan dos capacidades tan legendarias como complicadas. En el anterior tema de las actitudes maternas aclaramos la no evidencia real de esos comportamientos por el simple hecho de la reproducción. En este, intentaremos demostrar que la lactancia difiere de esa fotografía publicitaria de la madre satisfecha por conceder a su prole la leche que sale de sus senos.

No obstante, hemos de iniciar nuestra exposición con una verdad incuestionable: la clasificación de la especie humana dentro del grupo de los mamíferos, debido a la segregación de las mamas femeninas.²⁸⁹

3.1. En el lugar de la leche materna

Una madre no conlleva solo ternura, mimos o sacrificios sentimentales, sino también un resultado físico con la bajada de la leche, difícil de sustituir por completo, aunque no tanto de engañar. Ese ardid lo plantea María Martínez Sierra en el convento de *Canción de cuna*, donde la Priora presenta el problema real entre la dicha por la aparición de la niña en el torno:

"Priora.- Esa es otra: ¿quién le da de mamar?

Sor Juana.- La mujer del demandadero tiene un chico pequeño y le está criando.

Priora.- Por lo mismo, no va a criar dos.

Sor Juana.- Tan chiquita no mama casi nada, y además se le ayuda con papilla clarita o con leche de vaca que se pone al baño maría y se aclara un poco de té."²⁹⁰

²⁸⁷Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 317.

²⁸⁸Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 105

²⁸⁹Knibiehler, Yvonne, "Madres y nodrizas", en *Figuras...*, *op. cit.*, pág. 95.

²⁹⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 60.

Una vez más, con ese remedio se perfila maternalmente el personaje de Sor Juana, dando soluciones prácticas a una cuestión aparentemente irresoluble. La sustitución de la leche materna por otras alternativas está presente en la historia desde hace muchísimo tiempo. "Los hay púnicos, encontrados en Cádiz y Ampurias, y otro, también fenicio o cartaginés,"²⁹¹ ¿biberones? Sí, sin marcas comerciales ni protecciones de alta gama, los hubo desde hace siglos.

"El triunfo del biberón transformó la relación entre las madres y los bebés, tanto en el plano simbólico como en el práctico."²⁹² Esa pieza de plástico y goma modificó radicalmente las posibilidades maternas en la alimentación filial. Considerando el biberón desde un punto de vista objetivo, sin prejuicios acerca de su condición material, este objeto logró desmembrar al bebé de su madre, no por egoísmo, cuestiones triviales o circunstanciales, sino por elección, preferencia u opcionalidad. Hasta entonces, "la madre se siente como la única persona capaz de satisfacer sus necesidades, ya que, en los primeros meses, darle el pecho es el modo más común de confortarlo y, a la vez, de alimentarlo."²⁹³ Esa unicidad dará paso a una multiplicación de variantes ante la existencia de una persona que atender, alimentar y criar, no solo por aquella mujer que le dió a luz, sino por cualquiera que asuma la responsabilidad de su existencia. El padre aparece entre el resto de las caras que el bebé contemplará al tomar su alimento, participará activamente en su vida, intentando igualar el peso de la figura de la madre que siempre ha protagonizado el relato. El fantasma de la envidia masculina se cierne sobre estas páginas, por la imposibilidad de desarrollar su propia leche, más allá de la eyaculada y dadora de vida, en la misma medida que el óvulo de la mujer. Planeamos sobre la opción de juzgar la imposición de las nodrizas por parte del marido como fórmula para derribar esa íntima simbiosis materno-filial.

Itsaso Colina nos invita a beber una leche no material, más enriquecedora que años de calcio, una "leche emocional, esa leche que permanece para toda una vida y de la cual una puede sorber todo cuanto necesita pues la llave de la bodega está en su posesión..."²⁹⁴ De sentimientos nos nutrimos las personas, de esa fuente bebemos para reproducirnos, para convertirnos en madres y en padres.

²⁹¹Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 147.

²⁹²Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 77.

²⁹³Everingham, Christine, *op. cit.*, pág. 98.

²⁹⁴Colina Olabarria, Itsaso, *Atenea o la niña que perdió el ombligo. Reencuentro con la madre y la identidad femenina*, Nossa y J. Editores, Madrid, 1995, pág. 33.

3.2. Leche al fin y al cabo

Nuestra autora riojana dibuja la escena idílica de una mujer dando el pecho al niño en la novela *Tú eres la paz*. Sin embargo, creemos que sus palabras cultivan la duda sobre esa imagen patriarcal tan comercial:

"La leche blanca y tibia fluye entre los labios del nene con generosidad indiferente; la fuente de la vida deja correr su caudal, sin pararse a pensar para quién corre; la boca golosa le bebe sin saber de dónde llega."²⁹⁵

La duda que auspiciábamos reside en si acaso solo contempla el recién nacido beber la leche de la madre que le alumbró, pues no compartimos la convicción de Carlos Goñi acerca de que "cuando una madre da de mamar a su hijo, le está dando parte de sí misma."²⁹⁶ La biología y, por tanto, la Naturaleza sigue su curso, sin interesarle si el emisor y el receptor comparten sangre o lazo familiar. El hambre aparece sistemáticamente en el cuerpo humano, el vehículo de saciedad tendrá cara y manos, pecho y boca.

Un proceso natural, lógico e inherente a las féminas no debiera ser impuesto desde ningún frente. Desde la misma maternidad hasta la educación de la descendencia forman parte de ese discurso ideológico que toma el mando en las decisiones humanas, particularmente en las relacionadas con la mujer. Pues bien, dar el pecho, el amamantamiento o la lactancia constituye un punto clave de posicionamiento patriarcal, sobre todo porque esta acción supone la eterna presencia femenina en el hogar, conlleva su confinamiento lejos del ámbito laboral, produce una obligación a juzgar desde el círculo social en que las víctimas no se pueden defender por su condición de infantes y la culpable siempre tiene sexo femenino.

Desde la Antigüedad, hubo mujeres que dieron salida laboral a la consecuencia biológica de ese don reproductor e incluso alcanzaron cierta cota social, las nodrizas.²⁹⁷ Ellas fueron las principales protagonistas de las batallas sociales en torno a la leche: "las llamaban 'mamá de leche' [...] Estas mujeres tenían un verdadero oficio, que fue reconocido como tal durante mucho tiempo y no se ponía en duda su competencia."²⁹⁸ Desde siempre, las clases sociales se han interrelacionado por vínculos de poder, sumisión o laborales. En este último grupo se incluirían los lazos que unieron a las campesinas nodrizas con las capas superiores. Ahora bien, como mujeres, más temprano que tarde, se verían señaladas como culpables de los

295Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, *op. cit.*, pág. 110.

296Goñi Zubieta, Carlos, *op. cit.*, pág. 165.

297Para el tema de las nodrizas españolas, vid. Sarasúa, Carmen, *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994.

298Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 46.

males que asolaron a la población infantil. Hablamos, por supuesto, de la mortalidad infantil que disminuyó alarmantemente la población "hacia finales del siglo XVIII, [ya que] uno de cada cuatro de los recién nacidos morían en el primer año de vida."²⁹⁹

Las críticas también incidieron en las madres de la alta sociedad, esas egoístas que preferían evitar la lactancia para seguir disfrutando de las fiestas y actos de postín, de su belleza y salud: "la gran dama que le negaba su leche al hijo 'traicionaba a la naturaleza'."³⁰⁰ O quizás eran presionadas por sus maridos para estar disponibles al cien por cien en el cumplimiento de sus obligaciones conyugales. Tengamos en cuenta que la lactancia impedía cierta intimidad en el lecho que muchos esposos no estaban dispuestos a aceptar. O a no tener a su esposa siempre que les apeteciera, ya que "la continencia sexual era fuente de frustraciones. Las parejas que tenían medios empleaban nodrizas contratadas. La decisión la tomaba el padre [...] las mujeres no tenían nada que decir."³⁰¹ Se habla de egoísmo maternal, pero entre tanto se silencia el paternal, incluso el juicio social. Recogemos la creencia clasista de Rocío de la Nogal: "dar el pecho se consideraba una ocupación indigna, propia de las mujeres del pueblo llano."³⁰²

Las aristócratas no eran las únicas que recurrían a las nodrizas. Las mujeres de la clase media urbana contemplaban el retorno al campo con añoranza y viabilidad para mejorar la salud de sus pequeños, en cambio las trabajadoras de clase inferior no disponían del tiempo y las fuerzas necesarios para hacerse cargo de la alimentación láctea de su prole. Cuando en el siglo XVIII se proclama la antinaturalidad de estas prácticas alternativas, solo las trabajadoras la continuarán.³⁰³

La desnaturalización de esas mujeres, la maldad y el egoísmo de traspasar esa posibilidad evadían el esquema de la maternidad para afianzar su papel de esposas. Luego, surgió la teoría del alimento del espíritu a través del seno, con el objetivo de encadenar a esa mujer al hijo o a la hija.³⁰⁴ Vemos cómo las teorías, tendencias, modas se sucedieron en torno a la lactancia, casi siempre dirigidas por hombres: "en efecto, fue Rousseau, hijo sin madre, padre que abandonó a sus hijos, quien se convirtió en el predicador más elocuente de la lactancia materna."³⁰⁵

Las luces del siglo XVIII trajeron consigo la higiene y las medidas más saludables para

299VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 81.

300Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 56.

301Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 39.

302Nogal Fernández, Rocío de la, art. cit., pág. 304.

303Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 173.

304Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 148.

305Knibiehler, Yvonne, art. cit., pág. 109.

mantener con vida a los miles de pequeños que fallecían diariamente. Como barrera, social y médica, se impuso el papel femenino; como escudo, el saber médico y, como principal arma, la leche del seno de las madres. Quien se negara a luchar sería juzgada por mala madre y peor persona. La hoguera con la que se condenaba a las brujas aún no estaba demasiado lejos.

3.3. Madre afectiva

En la actualidad, presuponemos que desde tiempos inmemoriales la madre ha cumplido con su papel de nutriente, hasta aseverar que "el cordón umbilical, que lo nutría en el seno materno, se ha cortado en el momento del parto y ha sido sustituido por los senos henchidos del néctar fabricado por la naturaleza."³⁰⁶ Esta postura, bastante antropocéntrica por esa hinchazón de alimento divino, encuentra, a lo largo de la historia, una laguna temporal: "en el siglo XVI, se recrimina a la madre su demostración de excesivo afecto, y se le recomienda que no amamante al bebé."³⁰⁷ La historia responde a un círculo repetitivo, por lo que es probable que en un futuro no muy lejano retorne esta idea y la lactancia abandone su rol como mayor vehículo de amor maternal.

El amamantamiento fusiona a la madre con su bebé, privilegiada ella que comparte esos episodios de nutrición directa, sin intermediarios, de cuerpo a cuerpo, de pecho a boca, de leche a labios. Nos apegamos al título del apartado que dedica Corinne Maier para posicionarse respecto a la lactancia: "No te conviertas en un biberón ambulante." La ironía con la que describe las bondades de la leche materna denuncia la criminalización de las mujeres que decidan no seguir la corriente actual de moda.³⁰⁸ Los beneficios, las ventajas, las virtudes se acumulan en la balanza, mientras las dudas tambalean la estabilidad emocional de la madre. La cara positiva de la leche se enfrenta a la negativa de la esclavitud, la cara positiva de la naturalidad se opone a la negativa de la artificial. En este aspecto surge la hipótesis enrevesada acerca del origen de los alimentos que alimentan a la alimentadora, "olvidando que aquello de lo que se alimenta la madre también formará parte de los componentes de la leche."³⁰⁹

La idealidad queda difuminada entre las nieblas de dos tipos de obligación. La obligación biológica traería consigo las defensas inmunológicas para ese ser, mientras la obligación psicológica arrastraría una simbiosis emocional que recolectar durante el resto de

³⁰⁶Goñi Zubieta, Carlos, *op. cit.*, pág. 166.

³⁰⁷Mañas Viejo, Carmen, "Identidad y construcción de la maternidad. Una mirada desde la psicología evolutiva", en *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 106.

³⁰⁸Maier, Corinne, *op. cit.*, págs. 32-34.

³⁰⁹Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 314.

ambas vidas.³¹⁰ Ahora bien, estas obligaciones traen consigo el duro trance de digerir la separación tras una relación tan profunda y asimilar que esa persona que te ha convertido en su nutriente durante un período puede prescindir de tí, tras el destete. Las consecuencias psicoafectivas pueden aumentar exponencialmente a lo largo de los años en esa relación materno-filial.

Simone de Beauvoir contrapone a la dulce paz que saborea la mujer que da el pecho en un primer momento la servidumbre que se prolonga con los meses:

"Ni siquiera la lactancia les trae alegría, todo lo contrario, temen estropearse el pecho; viven con rencor sus senos agrietados, sus glándulas doloridas; la boca del niño las hiere: les parece que aspira sus fuerzas, su vida, su felicidad. Les inflige una dura servidumbre y ya no forma parte de ellas: aparece como un tirano; ellas miran con hostilidad a este pequeño individuo extranjero que amenaza su carne, su libertad, todo su yo."³¹¹

Hemos reproducido la cita en su totalidad por la riqueza que contiene. La satisfacción inicial del seno maternal, esa vinculación irreplicable entre mujer e hijo/a quedan en el olvido por el sacrificio corporal que supone el esfuerzo y el cansancio que acumula la madre, frente a ese ser que fue suyo, estuvo en su interior y ahora ha salido para condenarla al sufrimiento.

"La alimentación con leche materna se convirtió en una exclusividad de la madre y adquirió un valor afectivo: una mujer que daba el pecho ya no era una 'vaca lechera', sino una tierna mamá."³¹² Publicidad, medios de comunicación, la familia... ejercen de núcleos de presión sobre la mujer que ha de escoger entre la lactancia y otras vías de alimentación para su hijo. Los periódicos de la mitad del siglo XVIII recogían las mismas estratagemas que se emplean en nuestro siglo, "desde la apelación a su ternura, amor y habilidades instintivas, a recordarles su fisiología adaptada a tales funciones."³¹³ El placer oculta el hostigamiento externo, la convicción en las ventajas biológicas dan paso a la inquietud ante el miedo de qué puede ocurrirle a esa persona recién nacida si no toma la leche menos artificial, y así la culpabilidad crea un impulso mecánico que puede originar frustración, cansancio o dolor.

Y nos imaginamos un caso en que la salud de la mujer recién parida y la del recién nacido estén en perfectas condiciones, donde las complicaciones se hubieran ausentado y el

³¹⁰González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, págs. 74-75.

³¹¹Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 662.

³¹²Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 77.

³¹³Nogal Fernández, Rocío de la, art. cit., pág. 304.

bebé cuente con la fuerza necesaria para succionar del pecho de su madre, respondiendo este a la petición. La voz real de Inmaculada Gilaberte nos socorre para ejemplificar, en su experiencia primeriza, los sentimientos encontrados ante esa leche que supuestamente sacia, protege y fortalece a su bebé:

"Las grietas y el dolor que me provocaba tu succión, hacían que este momento que yo soñaba mágico me causara una desazón intensa y una culpa indefinida por no saber por qué algo tan natural se había vuelto tan complicado."³¹⁴

Hoy cuentan con tanta repercusión las guías de maternidad, como en tiempos pasados tuvieron los consejos a las madres. Traemos a este propósito las palabras amenazadoras del prestigioso doctor Roig y Raventós: "la leche que llega a vuestro pecho *no es vuestra*; es de vuestro hijo, y si se la negáis, cometéis un crimen... *¡la leche de la madre sale del corazón!*"³¹⁵ Nada que aclarar desde el punto de vista biológico de esa leche que surge directa desde el órgano central del sistema circulatorio. De hecho, en Roma "se creía que la leche se elaboraba a partir de la sangre"³¹⁶ e incluso se identifica el chorro de sangre que brotaba del costado de Jesús crucificado con la leche materna al nutrir a la cristiandad.³¹⁷

En cualquier caso, la buena voluntad de cada madre, pese a su adoctrinamiento o tal vez a causa de este, sucumbe y deja paso a las circunstancias, a la realidad que aplica sus matices a ese cuadro mágico que la Humanidad ha pintado con el tema de la leche original. "Hasta la OIT [Organización Internacional del Trabajo] lo recomienda, en gran medida porque muchas investigaciones muestran la mayor protección inmunológica que supone."³¹⁸

Evadiremos en este punto esa invención del "sacaleches", torturadora máquina para la mayoría de las mujeres que buscan a través de ese ingenio marcar los tiempos de alimentación infantil o aliviar su propia carga como madres.

Por su parte, Gemma Cánovas Sau nos abre los ojos ante el deseo o deber de la lactancia como "un ejemplo de la dificultad para tener en cuenta, desde lo social, la comodidad psicológica de las madres recientes."³¹⁹ Desgraciadamente, mientras la mujer y su hijo o hija acaban de pasar por un proceso agotador como el parto, el resto de su entorno espera con impaciencia para discutir esta cuestión sobre la que apenas dos personas debieran

314 Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 45.

315 Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 228. La cursiva es de la autora.

316 Knibiehler, Yvonne, art. cit., pág. 98.

317 Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 184.

318 Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 149.

319 Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 50

pronunciarse: los padres de esa persona que vino al mundo. Y el método de alimentación que prevalecerá. La psicología apenas interviene en ese afán social por dictaminar.

"Si en el siglo XVIII, la lactancia materna aumentaba la posibilidad de supervivencia del niño, actualmente la confusión surge por las causas de esta insistencia en la vuelta a la naturalidad de la leche materna."³²⁰

Con el impulso de esa confusión a la que hacen referencia Paterna y Martínez, iniciamos la búsqueda de esas argumentadísimas razones para la lactancia.

Primera pista: "constituía uno de los elementos que definían el ideal de madre, cuya función primordial era proporcionar estabilidad al núcleo familiar."³²¹ O, en otras palabras, provocaba la sumisión de la mujer a los tiempos de sus hijos; su planificación giraba en torno a los pequeños, sin ocio ni libertad, intercalando los quehaceres domésticos a los de la crianza y educación. Estabilidad que simboliza, de forma irónica, la debilidad femenina a costa de la familia.

"La lactancia ha sido prácticamente el único atributo que se ha escapado de la maldición de la caída original y ello por cuanto significa la devoción sin límites de la madre, su total entrega."³²² Nuestra segunda pista continúa por el mismo sendero, en el que una madre consume su vida en pos de los demás. Lejos de esta lectura patriarcal de sumisión, reivindicaremos la opcionalidad de esta práctica de forma individual, desde cada caso, desde cada mujer.

La tercera pista cuenta con la satírica escritora Libby Purves, cuya verdad responde a cualquier esquema lógico del patriarcado:

"Por encima de todo, una espléndida razón para dar el pecho es que disipa el noventa por ciento de la maldita culpabilidad. Impide cualquier tipo de críticas. [...] te hace sentir orgullosa, y en la práctica, la prolactina que se vierte en tu sangre después de unos pocos meses de amamantar, puede ser tan buena como una ginebra doble al día."³²³

El orgullo del cumplimiento social se acompaña de la descarga de la culpabilidad y de reproches ajenos, al tiempo que la biología hace milagros en el cuerpo femenino, milagros en

³²⁰Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 134.

³²¹Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, *art. cit.*, pág. 24.

³²²Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 137.

³²³Purves, Libby, *op. cit.*, pág. 58.

los que no indagaremos, como tampoco lo haremos en investigar la duración real y/o necesaria del amamantamiento.

"A principios del siglo XX cuando se descubre la asepsia de la práctica de amamantamiento, se instituye la pediatría como especialidad médica.³²⁴ Y entonces se inicia una corriente defensora a ultranza del amamantamiento que aún perdura. Los avances de la mujer a lo largo y ancho del patriarcado no han propiciado todavía el cambio en este asunto, puesto que la elección de dar el pecho ha sido postergada por fines más inminentes.

Nuestra quinta y última pista trae la solución al planteamiento primordial de este tema, la razón propulsora de la lactancia hoy:

"Parece como si las mujeres con sus logros sociales, fueran demasiado rápido en una sociedad patriarcal en la que, aunque se hable de equidad, se activan y refuerzan periódicamente los mecanismos ideológicos tradicionales que les pone freno."³²⁵

4. Consuelo femenino

“La responsabilidad sobre las criaturas es la función básica, eje de la definición maternal y las mujeres, en general, se sienten responsables desde que conocen que han concebido.”³²⁶ En la mayoría de las ocasiones, este cometido provoca el establecimiento femenino de unas barreras impenetrables para no dañar a las personas a nuestro cargo.

4.1. Pareja y/o madre

María Martínez Sierra siempre acogió en su hogar a hombres que crearon grandes obras. Desde Juan Ramón Jiménez a Manuel de Falla, y, por supuesto, su marido Gregorio Martínez Sierra. Esa calidez, esa protección, ese manto de paz con el que envolvía a esos hombres fue su bandera. Y en sus obras la alza reiteradamente, la ondea al son de las palabras y nos muestra su belleza.

En efecto, Gregorio Martínez Sierra llegó a convertirse en un hijo para su propia esposa. Valga recordar que la diferencia de edad entre los cónyuges pudo colaborar en la creación de esta imagen, si bien Patricia O’ Connor, en su análisis de ciertas obras teatrales del matrimonio, hace referencia a la consecuente idea con su vida personal de que “la buena

³²⁴Castilla, María Victoria, "La ausencia del amamantamiento en la construcción de la buena maternidad", *La Ventana*, 22 (2005), pág. 190.

³²⁵Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 341.

³²⁶*Ibidem*, pág. 309.

esposa había de ser algo maternal en sus relaciones con el marido.³²⁷ La propia autora habla de sí como si fuera la madre que sonríe ante el testarudo y echa a andar tras él para ponerse de nuevo a su lado.³²⁸ Y así hasta en cuatro de sus obras plasmará esa vinculación materno-filial entre los miembros de una pareja.

En la breve sinopsis biográfica que acompaña la edición crítica del *Teatro escogido*, Eduardo Pérez-Rastilla apunta la debilidad de Gregorio Martínez Sierra en la relación con su figura maternal que sustituiría alegremente por su atenta y compasiva mujer, dejando en el pasado ese "extraordinario respeto a su madre, que probablemente se convertía en ocasiones en miedo."³²⁹ Ese cambio masculino de una madre posesiva por una esposa solícita aparecerá en la obra *Torre de marfil*. En concreto, en su segundo capítulo, donde Mariana y Gabriel viven juntos; mientras ella trabaja cosiendo, él estudia o permanece en el hogar, convaleciente. Un día cualquiera al despedirse, Mariana marcha a trabajar por la tarde tras la comida, mientras Gabriel se asoma al balcón, la vislumbra y la reconoce madre:

"¡Qué gestos los suyos! tan pronto de madre como de chiquillo amoroso... Ya no se la ve...; de madre, sí: protectores, envolventes, apaciguantes; ¡qué paz la de dormirse sobre aquel pecho tibio, la de sentirse defendido por aquellos brazos leales! Desde que duerme con ella se acabaron los temores nocturnos."³³⁰

Gabriel, a través de sus reflexiones, expresa el cambio en su vida desde una posición protegida y tranquila, gracias a una mujer con dotes maternas que le envuelve entre sus brazos y le apacigua con besos, al tiempo que le ampara en su pecho: tres elementos propios de la maternidad.

En la novela *Tú eres la paz*, la narradora describe la relación entre los protagonistas: "Agustín siente impulso egoísta de hablar de su pena, de contar la tragedia de sus amores a aquella mujercita que siempre ha sido un poco madre para él."³³¹ María Martínez Sierra confirma la actitud protectora de Ana María, que antepone los demás a sí misma y asume su situación de forma realista, sin victimismos, con un talante fuerte, aún en la truculenta situación en que vive. En cambio, Agustín sigue contemplando la figura femenina de su prima

327O' Connor, Patricia W., *Mito y realidad de una dramaturga española: María Martínez Sierra*, Ediciones Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2003, pág. 128.

328Martínez Sierra, María, *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, Alda Blanco (ed.), Pre-Textos, Valencia, 2000, pág. 51.

329Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 10.

330Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, págs. 196-197.

331Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, *op. cit.*, pág. 40.

transmutada en una madre, a pesar de la escasa diferencia de edad. El egocentrismo masculino no tiene fin a la hora de aprovechar la virtud femenina.

En la comedia *Para hacerse amar locamente*, el amor juega con los personajes, enlazando a unos con otros. De Amalia, protagonista y actriz de teatro, está enamorado el feo boticario Isidro, del cual está prendada la hermana de Amalia, Paqui, que, impulsada por los celos, hace rabiar a Isidro con el recuerdo del novio de Amalia, Roberto. De la fuga a Granada de Amalia y Roberto se sirve la escritora riojana para plasmar una descripción del amor que siente Amalia por Roberto cuando este le pide muestras reales de su querer:

"[...] pero te quiero con una cosa nueva, como si de repente hubiera cumplido muchísimos más años y fuera más mujer, y tú fueras mi hijo, y tuviera tu corazón entre mis manos, no para hacerle cachos, como tú dices, ¡ogro!, sino para librarle de todo mal..."³³²

La ausencia de un hijo real lleva a convertir al amado en su reflejo porque no es imprescindible en Amalia haber tenido hijos propios para que surja de su interior el afán maternal, acaecido por ese amor tan grande que siente por Roberto que solo piensa en calmar su sed física, llegando incluso hasta amenazarla con su marcha para lograr su fin. En este tercer ejemplo de la obra de nuestra autora, la protagonista esboza su papel maternal, mientras en los dos anteriores ejemplos eran ellos quienes tomaban el alma de cada madre para su provecho. Como asevera Pilar Rahola:

"[...] es como si los hombres no acabaran nunca de dejar el útero materno, no nacieran del todo, y de ahí que la mujer, la amante, la hija, la amiga acaben siendo también una especie de madre. Una madre permanente que garantiza la seguridad que el hombre necesita precisamente para sentirse seguro. Precisamente para poder dominar."³³³

La dominación requiere tranquilidad, certeza de movimientos y reposo hogareño, así como una mujer, con la que practicar, a la que responsabilizar de los errores, por la que seguir adelante.

En claro contraste con este reposo del héroe masculino, aparece, en el drama *Es así*, el personaje de Carlos que rehuye de ese amor con tintes de madre y prefiere que los sentimientos

³³²Martínez Sierra, Gregorio, *Para hacerse amar locamente*, Prensa Moderna, Madrid, 1926, pág. 60.

³³³Rahola, Pilar, *op. cit.*, pág. 11.

de Isabel hacia él queden limitados en el terreno de la pasión de la pareja, a pesar de la edad en la que ambos se reencuentran: "¡No, por Dios, Isis! No empieces a quererme también a mí, ¡con amor de madre!"³³⁴ Isis corresponde al apodo de Isabel, escritora que sufrió la infidelidad de su marido por una artista, que siguió publicando con el nombre de él y que sentía hacia su esposo cierto apego maternal. Estamos ante un paralelismo o evidente desahogo de la vida de nuestra autora que acabó pidiendo, a través de esta relación ficticia teatral, un amor que no tuviera nada que ver con las atenciones ni el cariño, sino uno pasional que tuviera su reflejo en esa sinrazón del querer a través del amado que regresa, aunque con achaques, dispuesto a disfrutar de un amor tardío.

La fibra autobiográfica se encadena en el único telar firmado por el apellido Martínez Sierra que no hiló nuestra autora. Nos referimos a *El poema del trabajo*, dentro del cual hay un relato breve que sirve de epílogo llamado "Desilusión". Y esta desilusión es la que le acontece al supuesto autor de esta narración, dedicada "a mi musa" y en ese epílogo habla de una muchacha:

"[...] sonriente y expansiva ella, [que] encierra la imagen de la Naturaleza virgen, ofreciendo generosa los tesoros de alegría que encierra en su seno, para consolar el espíritu que la busca ansioso al sentirse desfallecer en la lucha por la idea."³³⁵

De nuevo, una mujer identificada con la Naturaleza en la cual destaca físicamente el seno en el que el autor podrá recogerse en busca de refugio ante los avatares provocados por la busca y captura de la idea. La creatividad merece un descanso, y como da a entender el fragmento, siempre será una cabeza masculina quien repose encima de un regazo femenino.

Continuando con la imagen del reposo en el seno maternal, en las "Notas del catedrático", tercera parte de la novela *El amor catedrático* conocemos el origen del amor de Raimundo por Teresa:

"Acaso el optimismo me engaña, porque de cierto sería sabroso final para la vida recostar la cabeza en el pecho de esta criatura, y dejarse dormir como niño por la canción de ella, que apenas tiene edad de ser madre."³³⁶

Resulta más elocuente este deseo masculino si se considera la edad real de Teresa, 19

³³⁴Martínez Sierra, María, *Teatro...*, op. cit., pág. 205.

³³⁵Martínez Sierra, Gregorio, *El poema del trabajo*, Saturnino Calleja, Madrid, 1921, pág. 78.

³³⁶Martínez Sierra, Gregorio, *El amor...*, op. cit., pág. 195.

años, que debe acurrucarse a un profesor de universidad de 45 años transformado en niño de nuevo por la virtud femenina de la protección y tranquilidad. Raimundo sueña con la llegada de ese instante, la nana maternal de su futura esposa, el sueño conciliado en la más profunda quietud, pues “cada hombre aspira en secreto a ser nuevamente abrazado en el seno del amor incondicional de la madre.”³³⁷

Entre esos abrazos encontrará el hombre “el refugio, el sueño; con la caricia de sus manos se hunde de nuevo en el seno de la naturaleza, se deja llevar por la gran corriente de la vida con tanta tranquilidad como en la matriz.”³³⁸ La ausencia de preocupaciones, de estrés en ese seno, el retorno al origen vital, todas estas semblanzas glorifican el cobijo femenino.

4.2. Por impulso propio

Recabamos el convencimiento del siglo XVIII que se ha consolidado sin cuestionarse durante siglos: “la sensibilidad desarrollaba cualidades preciosas: la ternura, la piedad, la compasión, la beneficencia. Por lo tanto, la mujer estaba cualificada para cuidar y consolar a los que sufrían.”³³⁹ Lejos de la genética, la biología, el determinismo, juzgamos que esta ideología extiende el empleo social de la fémmina en su función de sumisa esclava a disposición de parientes y desconocidos. Enfermera por excelencia, paciente (de paciencia, que no de enferma) hasta el extremo y cuidadora nata. Y en el caso extraño a la par que hipotético de que no encajara con esa costura, solo le queda rechinar los dientes mientras sonrío, arañarse las manos para aguantar o gritar a escondidas. La frustración no responde a esa preciosidad tierna, piadosa, compasiva y benefactora que tan bien daba en las letras de imprenta.

María Martínez Sierra emplea un episodio secundario de la obra *Pascua florida* para subrayar la existencia en el alma femenina, desde su infancia, de esa necesidad de refugiar a los desamparados. En este relato, el maestro don Antonio actúa como figura materna para su nieta Josefina, ahora viuda de un truhán que la embaucó. El regreso de su nieta y la relación entre ella y los vecinos del maestro (el médico Lorenzo y su hermana Lucita) determinarán el argumento. Debido a la celebración de la Pascua en la escuela, el maestro prepara el Belén con cada uno de los elementos que depositan los alumnos en ofrenda al niño Dios. Entre sus discípulos, “no falta chiquilla previsora que, sintiéndose madre y compasiva, ofrece medio ajuar de su muñeca para arropar al niño.”³⁴⁰ Cabe destacar la planificación femenina

³³⁷Amritanandamayi Devi, Sri Mata, *op. cit.*, s. pág.

³³⁸Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 262.

³³⁹Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 55.

³⁴⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 64.

característica, el sentimiento de su papel maternal y compasivo, diferenciando la autora el instinto materno y la compasión por los demás, biología contra no biología. Mientras el ofrecimiento en otros chiquillos se limita a un préstamo temporal que desean de vuelta, esa niña va más allá en su gesto, no de vestir, sino de resguardar al niño movida por su cariño en ese gesto.

Al igual que esa pequeña, surge en la protagonista de *Torre de marfil* la intención de cobijar a su futuro marido y padre de sus hijos, nada más conocerlo en el merendero. Este suceso lo causa la humildad con la que Gabriel admite cuán ridículo es que no sepa bailar:

"Tan triste es el acento del pobre muchacho, que la madrileña se le queda mirando fijamente, y al mirarle siente que le brota en el alma una extraña ternura maternal, como lástima y cariño al mismo tiempo. Parece el marquesito chiquillo desamparado, más bien animalejo recién nacido, cosa, en resumen, pequeña, frágil, necesitada de amparo y protección."³⁴¹

Fundamental es el sentimiento que nace en el interior de Mariana, tachado de extraño por ella misma, considerándose que es su primer contacto con él. Cabe mencionar, además, la descripción de la ternura en la que se conjugan dos sentimientos bastante opuestos: lástima y cariño. Además, la autora realiza un ejercicio prodigioso de deconstrucción del personaje de Gabriel, partiendo de su título nobiliario hasta reducirlo al término "cosa". Este mecanismo dibuja el paradigma de la obra: Mariana en su rol de mujer fuerte y maternal frente al débil Gabriel que necesitará del cuidado de ella. Anotamos la posible vinculación como *alter ego* de María y Gregorio Martínez Sierra, coincidiendo hasta las iniciales.

La autora riojana vuelve a utilizar el término "animalejo" en *Canción de cuna* con el objetivo de suscitar la compasión humana, que invoca la idea inicial de proteger a todo ser, en mayor ocasión si se trata de una niña. Ante la petición de sus opiniones por parte de la Priora, todas aceptan encantadas y argumentan la caridad que supondría quedarse con la pequeña, mandada por el Señor. La evidencia reside en la comparación de la Maestra:

"Claro que sí. Figúrense sus reverencias que no fuera una niña, sino qué sé yo... un perrillo pequeño, una paloma, como la que cayó en el huerto hace dos años, que venía escapada y herida de eso que dicen tiro de pichón. ¿No la recogimos? ¿No la cuidamos? ¿No vive desde entonces tan feliz en su jaula? Pues ¿cómo va a ser menos una criatura

³⁴¹*Ibidem*, pág. 183.

con alma que un animalejo sin ella?"³⁴²

El pecado de incumplir la renuncia monacal se opone a la compasión y caridad propias de la misma orden y, sobre todo, con el amor que cada hermana profesa por cualquier criatura, más teniendo alma. Al fin y al cabo, tanto en la teoría como en la práctica, las mujeres han practicado el papel de cuidadoras de su círculo familiar y alrededores.³⁴³

Y, sin embargo, el antropólogo Robert Briffault nos indica que esta atención considerada altamente positiva en nuestra sociedad, hasta condenar a quien no la proporciona, puede tomar un aspecto negativo en tanto en cuanto estudiamos el desarrollo mental: “este desarrollo más lento se vuelve posible, y quizás es causado, por el alivio prolongado de la necesidad de proveer a la subsistencia y a la protección; en una palabra, por el cuidado maternal.”³⁴⁴ Ciertamente, hemos de observar desde una perspectiva común que cuanto más intensiva resulta la maternidad, más aumenta la dependencia filial. Cuestión matemática de proporcionalidad.

En el tema de las actitudes maternas, consideramos el contacto corporal como propio del rol materno. Su máximo exponente, el abrazo más fuerte, a la par que tierno y cuidadoso, responde a esa necesidad de cariño que guardan en su interior los hijos. En la pieza teatral *Buena gente* el señor Bautista toma como hija a una huérfana de la inclusa, movido por su mujer Catalina. La llegada de la niña de 18 años, Mariana, reúne a todos los familiares interesados por el dinero del señor Bautista. Popularmente, se dice que no te das cuenta de lo que tienes hasta que lo pierdes, en cambio este drama da muestra de la situación inversa:

"Catalina.- ¡Pero yo la hago hija mía!

Rafael [sobrino del señor Bautista].- Bien dicho, tía; ¡usted tiene corazón!

Catalina.- No tengo nada, pobre de mí; pero conozco el mal. ¡Abrazame, hija, abrazame, y llámame madre!

Mariana.- ¡Dios mío! ¡La gana que tenía de decirlo! (Abrazándola) ¡Madre, madre de mi corazón! Dígame lo que tengo que hacer. Diríjame. Llévenme de la mano, como a un niño perdido, ¡que yo estoy acostumbrada a obedecer!, ¡y quiero agradecer, sobre todo agradecer! Padrino, abráceme usted también."³⁴⁵

³⁴²Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 61.

³⁴³Gilchrist, Roberta, *op. cit.*, pág. 57.

³⁴⁴Briffault, Robert, *op. cit.*, pág. 34.

³⁴⁵Martínez Sierra, Gregorio, *Buena gente*, Prensa Moderna, Madrid, 1927, pág. 27.

Los bienes materiales carecen de relevancia ante el abrazo de una figura materna porque lo imprescindible es el cariño, la ternura, el sentimiento amoroso para acoger en el seno de un abrazo al retoño que lo desea. Y en esta pieza teatral conocemos a una niña, casi adulta, que ha adolecido de poder dirigirse a alguien para que la criara, a pesar de la obediencia aprendida en el orfanato.

De ese mismo abrazo da cuenta la obra *Mamá*. En el último momento de la obra, las palabras quedan atrás para tomar parte los hechos. José María se ampara en los brazos de su madre, al igual que Cecilia. Mercedes actúa maternalmente, tal como anunciaba el título, haciendo eco de su relación filial porque ellos son los elementos imprescindibles en la vida de toda "mamá": "¡Hijo de mi vida! (le abraza estrechamente, como si tomase posesión de él con todo su apasionamiento y toda su dignidad de madre)." ³⁴⁶

Esa pasión maternal puede provocar malentendidos y causar la culpabilidad de los comportamientos infantiles de la prole, pues sea por la tendencia a un extremo o hacia otro, recaerá sobre la madre la responsabilidad del porvenir. Cada mujer ha de medir la proporción para evitar el infantilismo derivado de una sobreprotección ³⁴⁷ o la ausencia de atención que provocará la mala educación y la delincuencia juvenil.

4.3. La protección más allá

Ampliamos las miras del consuelo, de la protección velada por las madres hasta alcanzar límites inimaginables. A través de la educación, de su ejemplo, de sus actitudes propias, una madre puede tejer en torno a su prole una telaraña para salvaguardarla. Así actúa la madre luchadora del cuento breve *La inundación*. Tras perder a su marido, la mujer sacrifica la vida para alimentar al pequeño, contra ese mundo hostil que les amenaza. Su hijo huérfano mostrará tanta buena fe al salvar a la familia del molinero de la inundación que con este acto obtendrá una nueva familia, lejos de la envidia infantil que emborrona el encuentro inicial: "permaneció silencioso, en pie, contemplando con desgarradora envidia a aquella niña dormida en la cuna, que tenía tan cerquita a su madre... ¡a su madre, que él no volvería a ver nunca!" ³⁴⁸ El desgarrar por su pérdida da paso a la preocupación inmediata por la niña cuando acontece la inundación. A modo de conclusión para este relato, escogemos estas proféticas palabras: "y es así como la mano que acuna al bebé también sostiene la lámpara que expande su luz por el

³⁴⁶Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, *op. cit.*, pág. 70.

³⁴⁷Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 673.

³⁴⁸Lizarraga Vizcarra, Isabel, *op. cit.*, pág. 82.

mundo.”³⁴⁹

Otras protagonistas de María Martínez Sierra defienden el porvenir de sus descendientes, como Mercedes en *Mamá* cuando descubre la venganza de Alfonso, quien, tras ser rechazado en la fiesta por Mercedes, provoca que Cecilia se enamore de él. Esta situación provoca que Mercedes adopte el papel de protectora contra todo aquel que ose tocar a sus retoños y lo ejecuta a la perfección. Este ha sido el golpe de efecto que hará sufrir una transformación completa en su rol: “¡mía ha sido la culpa, mío será el remedio! Para defender a mi hija contra usted, me basto y me sobro.”³⁵⁰

A pesar de todos los ejemplos extraídos de las obras de María Martínez Sierra, hemos de erradicar esa búsqueda incesante e inmediata de la madre para lograr el consuelo del bebé que derrama sus lágrimas.³⁵¹ Esta práctica social eternaliza la responsabilidad de la mujer en el cuidado de su descendencia, cuando este ha de ser el objetivo de la sociedad, del estado del bienestar.

Del mismo modo, compartimos la idea de Luisa Futoransky: “respecto de la madre propia, la que sentó reales indelebles dentro y fuera de nosotros, pienso que para recuperarla en su valía hay que alejarse.”³⁵² La cercanía del cariño materno, de su abrazo puede confundirnos, difuminar o distorsionar el amor que se siente hacia quien nos trajo al mundo. Agradeceremos mejor esa oportunidad desde una distancia objetiva que nos permitirá contemplarla, sin hostigarla por sus defectos, alentando sus virtudes, aceptando su propia persona, más allá de la concepción de “madre” que guardamos en nuestro interior.

5. Ausencia materna

Imaginemos una figura poliédrica en la que cada arista, vértice o cara da cuenta de la carencia materna. En estas páginas, giraremos la pieza para contemplar, comprender y asimilar las causas de ese vacío que tan determinante será en nuestras existencias como hijos e hijas. Verificaremos en algunas obras de nuestra autora la presencia de la madre como personaje *in absentia*, de acuerdo con María Prado.³⁵³ Ese papel marcará a los demás por sus intervenciones desde el más allá, por su destierro de esta vida terrenal a aquella otra que le hace ser idealizada, encumbrada en el rol de salvadora, amorosa y educadora.

³⁴⁹Amritanandamayi Devi, Sri Mata, *op. cit.* s. pág.

³⁵⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, *op. cit.*, pág. 63.

³⁵¹Everingham, Christine, *op. cit.*, pág. 98.

³⁵²Futoransky, Luisa, *art. cit.*, s. pág.

³⁵³Prado Mas, María, *op. cit.*, pág. 254.

5.1. Ausencia del hogar

Dentro de *La mujer moderna* nos cruzamos con un capítulo singular, protagonizado por "Una mujer antifeminista", según indica su título. Ella es Carmen Rojo, directora de la Escuela Normal de Maestras de Madrid durante 35 años, y su condición contra el feminismo resulta evidente por su oposición al abandono femenino del hogar, a su realización lejos del mismo y a enaltecer su igualdad al hombre, defendiendo su permanencia en la tradición y luchando contra "el vacío existente en el hogar tras la incorporación de la mujer al mercado laboral."³⁵⁴ Graves peligros traen consigo esos cambios que provocan la existencia de una casa "sin los primorosos cuidados de una mano cariñosa que se consagra a proporcionar a los suyos el posible bienestar."³⁵⁵ El entendimiento de Carmen Rojo repele a la mujer no sumisa, aquella insensata que prefiere dejar atrás a los suyos para su propio bienestar o intenta compaginar ambos terrenos, porque entonces el cariño podría extinguirse... Dios nos proteja de esa desastrosa situación.

5.2. Abandono para el bien

Desde nuestro punto de vista, la privación de una madre no tiene contrapeso posible, salvo la proeza de la madre ausente de *Canción de cuna*. De ella carecemos de descripción, contemplando, a través de la carta escrita por su puño y letra, la severa separación que tiene que imponerse a sí misma, por el bien de la pequeña. Una madre consciente de su mala situación que prefiere abandonar a su hija antes de verla criada en la misma mísera situación por la que ella tuvo que pasar y con el mismo porvenir:

"Señora: usted perdone la libertad que una servidora se toma a dejar en el torno a esta recién nacida. Señora, yo soy una mujer perdida, lo cual que esta hija mía no tiene padre, y, señora, para que ella no sea lo que su madre es, qué había de ser quedándose conmigo, la dejo aquí, señora, aunque se me arranca el alma al dejarla. Por la memoria de su madre de usted, ampáremela usted y no me la eche usted a la inclusa, que ahí me crié yo, y sé lo que pasa, señora, aunque las hermanas tengan caridad de una y sean buenas, como sí que lo son. Y que Dios se lo pague a usted, señora."³⁵⁶

³⁵⁴Marín Muñoz, María del Rosario, "Tasa de actividad femenina y fecundidad ¿ser madre o ser activa?", *Boletín Económico de ICE, Información Comercial Española*, 2723 (2002), pág. 21.

³⁵⁵Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 152.

³⁵⁶Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 55.

Esta larga misiva recoge ideas importantes de María Martínez Sierra, unidas por la no condena. No condena a las mujeres perdidas que afrontan su propia situación y no la desea para nadie; ni tampoco censura a esa madre, pese al abandono de su niña recién nacida, porque pretende lograr para ella un mejor futuro del propio y tampoco a ese padre ausente.

5.3. Madre sí, padre no tanto

En contraste con la carencia emocional que produce la falta de la madre en la vida infantil, la autora riojana argumenta, a través de la niña de *El agua dormida*:

“[...] que sin padre se puede pasar y que con tener padre basta; digo yo que debe ser verdad, porque yo con mamá tengo bastante y, en cambio, si me pongo a pensar que podía ser una niña sin madre, me da mucha pena.”³⁵⁷

Aunque se ignora la edad de la niña, destaca su inteligente reflexión ante esa ausencia paterna a la que dirigirse. De forma explícita subraya la repercusión materna y el mayor peso femenino en la relación filial, más cuando, como en esta novela, el núcleo familiar está constituido por dos mujeres económicamente independientes.

María Lozano insiste en esa idea preconcebida de la inclinación infantil hacia las madres, contentándose con apariciones fugaces de los padres. Este esquema justifica la distribución de funciones entre sexos, “garantiza la asimilación de la maternidad con el amor, la ternura y la presencia continua.”³⁵⁸ Desde la escuela se inculca esta conceptualización, desde la cuna se mama y hasta la tumba se repite. Discurso para su replanteamiento inmediato.

5.4. Añoranza indescriptible

Presentamos una nueva obra teatral, *El ama de la casa*, comedia en la que se perfila la laguna hogareña por la pérdida materna, a pesar del paso del tiempo, ante el crecimiento de los hijos y las segundas nupcias de don Félix. Conversando con su hijo, este recuerda la privación de madre durante toda su vida y cómo su primera esposa ocupó ese espacio físico:

"Pero una madre es una madre... es decir, debe serlo, porque yo tampoco recuerdo a la mía... Se murió al nacer yo. ¡Hay predestinaciones de familia! Una madre... ¡qué cosa!

³⁵⁷Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, op. cit., pág. 262.

³⁵⁸Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, op. cit., pág. 216.

Ahora... soy casi viejo, me doy cuenta de que siempre la he estado echando de menos. ¡Qué niñerías recuerda uno de golpe! Ya ves, cuando me enamoré yo de tu madre, en esas tonterías de novio, le decía... ¡mamá!"³⁵⁹

Esa incapacidad para definir la relevancia de la presencia materna revela la idealización de la mujer que da vida, más aún “porque la madre de la infancia nunca muere.”³⁶⁰ A la vejez, eso sí, se comprende lo poseído y el recuerdo grato de la fallecida se mezcla con la personificación añorada de quien fue madre y, al mismo tiempo, novia. De nuevo, aparece entre líneas el paralelismo con la vida personal de María Martínez Sierra y esa actitud materno-filial en casi todas las parejas enamoradas y en pleno noviazgo.

La respuesta del hijo no se hace esperar, al tener los pensamientos del padre su continuación en él, que parece revisar su propia vida, carente de una mujer que le cuide y le mime bajo un papel materno: "y ahora que dices eso, pienso que esto que siempre me está haciendo falta puede que no sea cariño de novia, sino mimo de madre."³⁶¹ Este muchacho, desde este momento conoce la trascendencia maternal, desde ahora puede aceptarla y seguir adelante.

Padre e hijo comparten esa sensación perpetua de desamparo y desprotección,³⁶² debida a la nostalgia de una mujer que responda al título de madre y consagre su amor a ellos. En el mismo camino de lagunas sentimentales, encontramos a Mercedes en *Mamá*. Ella ejemplifica que la falta materna “es el símbolo preferido para indicar la dureza del mundo para con el ser humano.”³⁶³ Ante el reproche de su marido Santiago por la inconsciencia que muestra en el derroche, Mercedes se defiende aludiendo a una infancia sin madre y a la búsqueda de una dicha que nunca alcanza: “¡ya, ya... será preciso que me vista de hábito, que lleve mi manojito de llaves a la cintura, que me pase la vida en la cocina vigilando el punto del roast-beef!”³⁶⁴ En su salida de tono, sin embargo, dibuja un ama de llaves siniestra y concienzuda cocinera, nada maternal tampoco, que responde a un estereotipo, a un rol extremista y anquilosado al que la imaginación de la protagonista considera más adecuado de acuerdo con las críticas que recibe de Santiago.³⁶⁵ Esta excentricidad recalca la repercusión de una madre al construir la identidad

359Martínez Sierra, Gregorio, *El ama de la casa*, [s. n.], Madrid, 1916, págs. 7-8.

360Futoransky, Luisa, art. cit., s. pág.

361Martínez Sierra, Gregorio, *El ama...*, *op. cit.*, pág. 8.

362Prado Mas, María, *op. cit.*, pág. 277.

363Ibidem, pág. 265.

364Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, *op. cit.*, pág. 35.

365Para la imagen de las solteras en la literatura, *vid.* Quiles Faz, Amparo, “Soltera tenía que ser: ¿una imagen invisible en la literatura?”, en *Imágenes femeninas en la literatura española y las artes escénicas (siglos XX-XXI)*, Francisca Vilches de Frutos y Pilar Nieva de la Paz (eds.), Society of Spanish and Spanish-American Studies, Philadelphia, 2012, págs. 185-202.

femenina de su hija.³⁶⁶

5.5. Abandono impuesto

María Martínez Sierra gira el encuadre 360 grados para mostrarnos una última posibilidad en *Mamá*. El egoísmo masculino de Santiago tuvo sus consecuencias en la vida de Mercedes que sintió un vacío inigualable por la retirada de su descendencia con excusas educativas:

"Tú te sacrificaste por tu voluntad, pero a mí me impusiste el sacrificio. Ya lloré cuando se los llevaron...; luego me consolé, porque a tí no te gusta ver lágrimas...; luego me acostumbré a vivir sin ellos... Toda mi vida he sentido un vacío tan extraño en el corazón..., el que intentaba, inútilmente, llenar a fuerza de frivolidades...¡Era que me faltaban ellos, y yo no lo sabía!"³⁶⁷

Impacta el desconocimiento de Mercedes ante qué provocaba esa carencia cuando resulta evidente; estamos ante la inconsciencia sin explicar por la pérdida temprana de una madre y su superposición por bienes materiales. Intento vano de cubrir un agujero de tamaño incalculable, aquel que pudiera remendar la aguja certera, curar el cuidado atento o alimentar las manos delicadas de una madre.

Aunque hayamos hecho hincapié en el título de este tema sobre la valía de la desaparición de una madre, también hemos recogido diversas perspectivas de carencias sentimentales, siempre tomando a la procreadora como eje, desde una ausencia temporal del hogar para su realización (*La mujer moderna*) hasta el propio sentimiento de tristeza al sentir la carencia de su prole (*Mamá*). Entre un extremo y otro, posicionamos la retirada para beneficio filial (*Canción de cuna*), la prescindible presencia paterna (*El agua dormida*) y esa nostalgia ideal por la mamá ausente (*El ama de la casa* y *Mamá*).

Aunque "el recuerdo de la madre transporta a un estado que permite concebir una felicidad posible",³⁶⁸ preferimos gozar de su compañía para compartir esa dicha con nuestras madres.

³⁶⁶Schuck, Naiara Cristina, "Literatura de escritura femenina", *Revista Borradores*, 1851-4383 (2008), pág. 5.

³⁶⁷Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, *op. cit.*, pág. 67.

³⁶⁸Prado Mas, María, *op. cit.*, pág. 278.

6. Suplantación materna

Una hermana, un abuelo y una monja. Tres figuras recogen el testigo de la madre ausente para cuidar a tres huérfanas, tres personas que acceden a ese estado de dicha que contrae la responsabilidad de criar a otra. Además, dos de esas personas comparten vínculos familiares con las huérfanas, pero la edad no coincide con la natural correspondiente, mientras que el abuelo se sitúa por encima y la hermana por debajo, en cambio la edad de la monja está acorde con esa experiencia. Los tres personajes emprenden la tarea con tan buena disposición que el resultado muestra la felicidad de cada una de las niñas, convertidas en mujeres. Esa felicidad resonará en el interior de tres obras de María Martínez Sierra: *Mujer*, *Pascua florida* y *Canción de cuna*.

6.1. El recuerdo reciente del querer

Dos hermanas sin madre, fallecida tiempo ha, protagonizan esta comedia en tres actos, titulada *Mujer*. La mayor, Esperanza, se casó hace tres años y ejerce de madre de la más pequeña, Fernanda. Solo cuatro años distancian a las hermanas, proximidad que confiere a esa relación una empatía y ternuras sin igual:

"Fernanda.- (Tapándose la boca con las manos) No me riñas..., no tienes derecho. (Sonriendo) Ni ganas tampoco. (La abraza, estrechándose contra ella) Esa es la ventaja de que la madrecita que tiene una (la besa) sea su hermana. Aunque quiera llamarla a una loca no puede, porque todavía no se le ha olvidado a qué sabe el querer."³⁶⁹

Nuestra autora enmarca esta fotografía idílica de dos hermanas que se quieren con locura, dos hermanas que compartieron la pérdida de una madre, trauma ante el cual la hermana mayor aceptó la misión que tal ausencia conllevó, sin considerarla una piedra anquilosadora para su futuro, sino una oportunidad más para acercarse a su querida hermana pequeña y proporcionarle una vida repleta de sonrisas, abrazos y besos, donde la reprimenda se escuda en el entendimiento mutuo, donde su propia experiencia no se vuelve en contra de la menor. El propio nombre de la hermana mayor nos apunta la intención de la escritora riojana: Esperanza, deseo de mejora en la educación de esa huérfana menor, de nombre Fernanda.

³⁶⁹Martínez Sierra, Gregorio, *Mujer*, Siglo XX, Madrid, 1926, pág. 8.

6.2. Una entrañable tutela

Hermana y abuelo, como sustitutos maternos, comparten ese cariño por las personas a su cargo. En la narración de *Pascua florida*, el maestro don Antonio, a falta de los padres de su nieta, reemplazó el espacio maternal. Impactará que no quisiera ocupar el lugar paterno, pues así lo dictamina su sexo, sin embargo ese mismo sexo masculino no concuerda con su actitud afectiva, más propia, de acuerdo con los canones patriarcales, de madre que de padre. El regreso de su nieta Josefina al hogar no puede reportarle mayor alegría, mostrando su rostro una expresión de íntimo contento: "¡Amparar a la niña! ¡La niña devuelta a su tutela, por lo entrañable, casi maternal!"³⁷⁰ Tutela por su calidad de tutor de la niña, que retorna ahora convertida en mujer, pese a que para don Antonio siempre será su pequeña, del mismo modo que les sucede, siguiendo con la tradición, a las madres.

Ese inciso acerca de su tutela "casi maternal" se puede interpretar como la imposibilidad de suplantar por completo a una madre, a pesar de que la preocupación del abuelo por la dicha de Josefina alcanza altas cotas, como vemos en la descripción de la infancia que le intentó procurar para evitar sus llantos y atraer su sonrisa, con resultados positivos, pues "le parecía escuchar aquellas carcajadas con que Josefina alegraba la escuela y la casa, la calle y el huerto, siempre y a todas horas... siempre..."³⁷¹ Ese sonido mágico inundaba la totalidad de los espacios que, tras la marcha de la nieta, quedaron vacíos para ese abuelo que, al arranque de la obra, se emociona ante el retorno de su Josefina.

6.3. Por voluntad divina

Sor Juana era una novicia más del convento de la obra teatral *Canción de cuna* hasta que llegó la recién nacida al torno. Entonces, Dios quiso que se hiciera madre según cuenta ella misma en el segundo acto a su "hija" Teresa:

"Y me da un gozo oírte reír y verte correr por estos claustros... los años que tú ahora, poco más o menos, tenía yo cuando tú llegaste; pues como si hubiera vuelto a ser criatura y a empezar a vivir. Cuando entre aquí, aunque tenía vocación de verdad, ¡me daba una tristeza acordarme de mis hermanos!... Pues llegaste tú y se me olvidó todo. Por eso digo que viniste del cielo. Y no creas, que algunas veces me da remordimiento quererte."³⁷²

³⁷⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 26.

³⁷¹*Ibidem*, págs. 26-27.

³⁷²Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 108.

Tal cual Dios concede a la mujer la gracia física y biológica de tener hijos, así quiso que Teresa llegará al convento y Sor Juana se convirtiera en su madre para sentirse completa totalmente. Hasta ahí, la idea general de una primera lectura, mientras una segunda revisión muestra la necesidad de una mujer, Sor Juana, para realizarse personalmente a través de otra, más allá de la oración y la caridad propias de la religión. Así, explicaríamos la tristeza que le embargaba al recordar a sus hermanos a los que ayudaba sin cesar, movida por esa misma vocación que le condujo al convento: la generosidad absoluta que le permitió reiniciar su vida a pesar del encierro entre las cuatro paredes del claustro. Esas mismas paredes que la hubieran mantenido cautiva si hubiera tomado esposo, pero que se derrumban mediante la dedicación a Teresa, su hija no biológica, su hija por el aprecio que le procuraron los 18 años a su cuidado.

Ese mismo aprecio conduce a la joven Teresa a declarar en voz alta que Sor Juana es, de acuerdo con su propio juicio, su madre, más que ninguna de las demás:

"Teresa.- Ahora que estamos solas, bendígame usted aparte de todas juntas.

Sor Juana.- Levántate (Teresa se levanta). No digas eso; en la casa de Dios todas somos iguales.

Teresa.- Pero en mi corazón es usted la primera. No se ponga usted seria porque se lo diga, ¡qué le vamos a hacer! ¿Usted qué culpa tiene de que yo, a fuerza de darle guerra le haya tomado a usted este cariñazo?"³⁷³

Pese a criarse rodeada de todas las hermanas del convento, Teresa no puede evitar en su corazón sentir más cercana a Sor Juana, que lidió con ella en mayor medida que las demás. De esta forma, María Martínez Sierra subraya reiteradamente la fuerza del cariño, pese a la ausencia de lazos de sangre, que atestigua la aseveración de Teresa: "a Antonio se lo he dicho más veces: ¡Sor Juana de la Cruz es mi madre, mi madre! Como que ya la llama a usted suegra siempre que hablamos."³⁷⁴ El énfasis de la muchacha y la realidad del término de suegra, empleado por el futuro marido de Teresa, plasman lo real de la maternidad de Sor Juana, la novicia del primer acto, convertida en monja durante el segundo acto. La vinculación afectiva da un paso más al difundirse a través de la relación de novios de Antonio y Teresa.

Esa relación entre madre e hija, Sor Juana y Teresa, tiene su último testimonio en la escena de la despedida de la joven que parte para contraer con matrimonio. Repleta de

³⁷³*Ibidem*, págs. 106-107.

³⁷⁴*Ibidem*, pág. 108.

lágrimas, buenos deseos y consejos por parte de las otras monjas, nuestra autora incide en el papel de Sor Juana como madre auténtica, por su sollozo al abrazar por última vez a Teresa: "¡hija mía!" La escritora riojana proporciona detalles para la puesta en escena de esta pieza que, quizás en la lectura puedan quedar sin fuerza, pero que en la representación serían determinantes en la composición del personaje de Sor Juana. Nos referimos a dos comentarios al final de la obra, el primero justo antes de ese sollozo de la hermana: "(solo Sor Juana de la Cruz al abrazarla, dice)" y, sobre todo, el segundo, antes del cierre del telón: "(Sor Juana de la Cruz, queda sola, en escena y se deja caer en un sillón llorando acongojada)."³⁷⁵

Ese acongojamiento se explica por el fin de su día a día, de sus esfuerzos en pos de la niña que se acaba de marchar, ya que la satisfacción que recae sobre la persona que cuida a sus hijos, aumentará en cuanto en tanto se identifique y conciencie con la tarea.³⁷⁶ Expandimos el significado de los hijos hacia esas pequeñas personas que una hermana, un abuelo o una monja deciden tomar a su cargo, cambiando por completo sus destinos y aceptando tal tarea desde el razonamiento hasta llegar a ese cariño que les inunda y les conduce a una identificación que difícilmente alcanzarían si respondieran a la biología. La ausencia de la figura maternal marca esta suplantación, no escogida en absoluto, que deparará grandes sorpresas.

7. La madre patria

En el ámbito político, María Martínez Sierra defenderá su visión particular de la patria como madre de los hombres e hijo de las mujeres,³⁷⁷ haciendo hincapié en la misión de las mujeres españolas hacia aquella tierra que las vio nacer y las sustentó. España necesita de ellas ahora más que nunca para que crezca la simiente nueva que llegó gracias a la República,³⁷⁸ para que en ella no surja el odio desencadenante de la Guerra Civil. Sus palabras proféticas no pudieron evitar que el distanciamiento entre dos frentes en la misma patria provocara la lucha entre hermanos de la misma familia. Según la autora, este acontecimiento habría sido excusa suficiente para “enterrar para siempre en fango hecho de carne, sangre y llanto la leyenda embustera del amor maternal.”³⁷⁹ El mal agüero se ciñó sobre la República al nacer en paz, en un parto sin dolor ni sangre, por lo que murió a mano armada.³⁸⁰

³⁷⁵*Ibidem*, págs. 144-145.

³⁷⁶Menéndez, Susana, "La evaluación de varones y mujeres de sus papeles como cónyuges y como padres y madres: análisis de las relaciones entre ambos roles", *Anuario de Psicología*, 34, 1 (2003), pág. 95.

³⁷⁷Martínez Sierra, María, *Ante la República: Conferencias y entrevistas (1931-1932)*, Juan Aguilera Sastre (ed.), Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2006, pág. 55.

³⁷⁸*Ibidem*, pág. 146.

³⁷⁹*Ibidem*, pág. 149.

³⁸⁰Martínez Sierra, María, *Una mujer por caminos de España*, Introducción de Alda Blanco, Castalia, Madrid,

7.1. Nación chiquilla

En la conferencia "De feminismo" constatamos la imagen infantil de la nación:

"¡Tengan ustedes lástima de ella; levántenla del charco en que está caída; lávenle siquiera un poco la cara; pónganle ropa limpia y atúsenle las greñas! Piensen ustedes que si la Patria es como una madre para los hombres, para las mujeres es como un hijo...Y ¿no les da a ustedes un poco de vergüenza que un hijo suyo esté en este momento haciendo tan triste papel en el mundo? [...] ¡A conquistar España, españolas! Una España nueva, digna de los hijos de tales madres."³⁸¹

Caerse, ensuciarse la cara y la ropa o despeinarse. Si evadimos la referencia a la patria, parecería que la autora reclama por el bien de una pequeña descuidada, que requiere la atención de una persona adulta. Incluso llega a remover el orgullo personal indicando la condición vergonzosa de esa figura bajo la responsabilidad de las oyentes de esta conferencia. A la vanidad femenina alude primero y, después, a la valentía patriótica con una pátina maternal.

En este fragmento destaca la doble perspectiva que adquiere la patria, de tal modo que ningún sexo quede inmune al discurso, por si hubiera, escondido entre tanta fémica, algún hombre que escuchase estas palabras. Para las mujeres, ese trozo de tierra por el que sienten apego estaría reflejado en una linda cara infantil a mimar, mientras que los hombres guardan hacia su nación el sentimiento de apego eterno que les encadena a aquella que les concibió, puesto que "los hombres son hijos de la tierra, y la tierra es a su vez la patria."³⁸² Ciertamente, la metáfora masculina comprende una relación de pasividad en comparación con el papel activo que han de ocupar las mujeres en su vínculo hacia la patria. A excepción del estallido de la guerra, donde ambos sexos defenderán con uñas y dientes su bien máspreciado, esa tierra que es suya, ya sea en propiedad, o por sentimentalismo.

Esa misma tierra cuya población aumenta gracias a las mujeres en "su papel de *intermediarias*, de *productoras de hijos*, de creadoras, por tanto, de potencial humano, de *riqueza*."³⁸³ A través de una lente de aumento se expresa la creación materna, en términos industriales, culturales y económicos. Hay que preguntarse acerca de hasta qué punto supone la prole una inversión de futuro. A la luz de la crisis actual, el panorama resulta desalentador, sin embargo, nuestra descendencia ha de madurar con el tiempo y mejorar para sorprendernos.

1989, pág. 185.

381Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 34.

382Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 71.

383Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 28. La cursiva es de la autora.

Una segunda conferencia, de título clarividente, "La patria, madre e hijo" ahonda en la relación maternal con la patria, en dos niveles:

"La patria es madre para el hombre, porque en ella ha nacido, y ha nacido de madre, y une las dos ideas inevitablemente; y para la mujer la patria es hijo, porque para ella la patria son los hombres, y los hombres han nacido de ella. Y cuando el hombre siente en el cerebro las llamaradas de la ambición y de la vanagloria, y por ellas se deja desangrar, ella siente que la sangre que se está vertiendo es la de su propio corazón, que derramó al dar a luz al hijo."³⁸⁴

La sangre ejerce de símbolo patriótico, simbolizando su pérdida dos significados opuestos en función del sexo: resultado masculino de valentía e irremediable tristeza femenina, ligada al proceso natural del parto: "a través de la tierra, la mujer está en contacto con la doble naturaleza que ella misma posee: lo que da vida y la recibe cuando acaba."³⁸⁵ El rojo tiñe esas tierras patrias, inunda las calles, anquilosa las casas y hunde la vida. María Martínez Sierra enlaza estas imágenes sangrientas con la distribución por géneros: el hombre es cerebral, lógico, al tiempo que insertado en el mundo público de la política (ambición) y la fama (vanagloria), en tanto la mujer permanece apegada a su corazón, a esos sentimientos que entran a raudales, al igual que la sangre, al igual que la leche con la que alimentó a sus descendientes, los cuales ahora provocarán sus lágrimas.

Dentro de esta escena bélica, "los padres fabrican el armamento para matar; las madres-función del padre le suministran el material humano que ha de utilizarlo para matar y/o morir."³⁸⁶ En dos cadenas de producción paralelas, los hombres (aunque de acuerdo con la historia esto no es totalmente verídico) realizan los objetos imprescindibles para batallar, en tanto en cuanto las mujeres conciben, paren, crían, educan y dan al ejército más miembros para esa matanza. La desigualdad suscita pavor en la cadena de productividad de la fábrica patriarcal.

Para visibilizar tal desigualdad, acudamos a la historia de dos grandes ciudades de la Antigüedad, la primera, cuna del Imperio Romano, la segunda, protagonista de la batalla más legendaria en las Termópilas. Hablamos de Roma y Esparta.

Knibiehler rescata la misión de las matronas romanas, que consistía en "repoblar las legiones; por consiguiente, su fecundidad era un honor y estaba asociada con las glorias y con

³⁸⁴Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 117.

³⁸⁵Cixous, Hélène, *op. cit.*, pág. 78.

³⁸⁶Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 40.

las pruebas por las que tenía que pasar la patria."³⁸⁷ A medida que transcurrían los enfrentamientos para la conquista de territorios, las mujeres elevaban su orgullo patriótico al crecer el número de miembros con los que contaba su *domus*. O, más bien, de cuantos fueran varones y acudieran a la guerra. O, incluso, de cuantos de esos miembros fueran féminas que, a su vez, dieran a luz legionarios para morir por la patria. La guerra aparece en cuanto causa y origen de valor y vanidad ciudadanos.

Honremos ahora el reconocimiento por parte de la sociedad espartana hacia las parturientas:

"Puede decirse que el acto de parir es concebido, en sí mismo, como un combate en defensa de la ciudad a partir del momento en que el vocabulario que traduce el sufrimiento de la parturienta sirve igualmente para expresar el dolor de los héroes heridos en el campo de batalla."³⁸⁸

La experiencia de aquellas que se asoman al abismo de la vida y la muerte a través del parto recibe su valor en esta *polis* griega. Lejos de acallar los gritos que profieren las madres justo antes de convertirse en madres, estos sonidos las transforman en guerreras que defienden su patria, amparadas por las almas de los que fenecieron en la lucha bélica.

Tanto en Roma como en Esparta, repartirían medallas por doquier, de acuerdo con el artículo sobre el fascismo italiano de Mussolini de Carlota Coronado que recoge "la paradoja de la política demográfica: tened muchos hijos y os daremos una medalla; después, cuando los mandemos a morir a la guerra, os daremos otra."³⁸⁹

7.2. Dos veces madre

Al igual que María Martínez Sierra, el político Luis Araquistáin también concibe esta maternidad doble en cada mujer, de sus hijos biológicos y de la patria, tal y como figura en *La mujer moderna*:

"La mujer es madre sobre todo y siempre, y la actividad política, al dotarla de una mayor independencia económica, ha de robustecer ese instinto en lugar de debilitarlo.

³⁸⁷Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 19.

³⁸⁸Iriarte, Ana, "Ser madre en la cuna de la democracia o el valor de la paternidad", en *Figuras...*, *op. cit.*, pág. 83.

³⁸⁹Coronado Ruiz, Carlota, "Esposa y madre ejemplar: la maternidad en los noticiarios *Luce* durante el fascismo (1928-1945)", *Historia y Comunicación Social*, 13 (2008), pág. 20.

La maternidad tendrá entonces un sentido más amplio; en un régimen feminista, la mujer se sentirá dos veces madre: madre de hijos y de ciudadanos."³⁹⁰

Destaca la necesidad de esa condición política para que la mujer conciba su doble rol. Araquistáin apuesta por la maternidad instaurada por naturaleza para, al mismo tiempo, defender el ejercicio público de la opinión, como fuente de ingresos y origen de una mejoría en la maternidad. La conciencia social permitirá a las féminas fortalecer su ámbito privado, aumentar la visión de sus descendientes a través de sus propias vivencias exteriores, entender las necesidades de su hogar en tanto en cuanto parte de la sociedad. Dos veces mejor y mujer, dos veces madre, privada y pública. De igual forma existe la posibilidad de que sea la prole quien dé voz a esas madres enjauladas en casas a través de "la maternidad, como locus de desarrollo de la conciencia política, [que] transmite el eco de la voz silenciada y amplifica el sentir colectivo."³⁹¹

En claro contraste, Irene Palacio recupera la visión franquista de mujeres apartadas de la esfera pública (en la que pudieran hacer sombra a sus hombres), apostando por "la búsqueda de una *capitalización* del instinto maternal, que habían de poner al servicio -como una forma *sublimada* de *inmolación patriótica*- de los intereses del Estado."³⁹² Es decir, el sexo femenino quedaba reducido a un molde pastelero para hornear y espolvorear con azúcar la ciudadanía que había de engrosar las filas saludadoras del dictador. De acuerdo que esta escena corresponde más a la dictadura coreana que a la española, pero ambas están bastante cerca, al igual que el régimen de Mussolini cuya "intención era convertir a los niños en propiedad del Estado."³⁹³ Esta convicción no ha sido olvidada por completo en nuestra sociedad actual, que concibe a la mujer embarazada como figura necesitada de protección y cuidado, en la misma medida que las personas mayores, minusválidas o los niños, incluso formando un bloque en cuanto a convenciones sociales de buena educación, como en la cesión de asientos en los medios de transporte. Puesto que "de alguna manera el producto de la gestación es un bien público, con lo que se protege a la mujer que en la evidencia física de su estado pasa a ser una persona de interés público."³⁹⁴

Durante el franquismo, confesores, maridos y familiares constataban los avances ideológicos de esa sublimada *inmolación patriótica* femenina, reportaban los resultados de esas reproducciones constantes hasta multiplicar la demografía española, apiñándose los miembros

390Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 121.

391Fernández Menicucci, Amaya, art. cit., pág. 248.

392Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 174. La cursiva es de la autora.

393Coronado Ruiz, Carlota, *op. cit.*, pág. 16.

394Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 199.

de un hogar en apenas unos cuantos metros cuadrados y aceptando que "donde comían siete, lo hacían ocho" pues "la madre prolífica se convierte en símbolo de una patria fuerte"³⁹⁵ que se apena por la pérdida filial, cual si fuera la única pieza de su puzzle familiar.³⁹⁶

De acuerdo con Gioconda Herrera y Mercedes Prieto, "la nación es, entonces, un concepto construido con múltiples voces,"³⁹⁷ que adquiere además de las representaciones infantil y materna de nuestra autora, la silueta de otro par de figuras: "masculina y paternal, que llama a las armas, o [...] femenina y maternal, a la que hay que proteger, en cuanto fuente de alimentos y garantía de supervivencia de la raza."³⁹⁸ Padre y madre, activo y pasiva, bélico y pacifista, defensor y superviviente. Entre polos opuestos situamos estas concepciones de la patria, territorio propio, nación, lugar de nacimiento.

"De ellas dependía formar hombres de bien para la patria [...] cumplirían su misión desde el hogar, su territorio de acción. Virtuosas, dedicadas a sus esposos, abnegadas y amorosas madres."³⁹⁹ Sin mirar la nota al pie de página, ¿parece que habla este extracto de las españolas a las que hemos aludido hasta ahora? Nos hemos trasladado de continente, del europeo al americano, para encontrar pensamientos similares en la pampa argentina. La originalidad del discurso patrio reitera sus bases, las apoya y las empondera.

Subrayamos esa linealidad de ideas para resaltar la impronta de nuestra autora que conservó su visión del mundo como patria, "nunca ni en lugar ninguno me he sentido extranjera ni desterrada,"⁴⁰⁰ y aprovechó su oportunidad para dirigirse a las españolas de tú a tú, con cercanía y empatía verdaderas. Su voz llega a oídos femeninos, a los que se aferra para transformar la tierra sobre la que nacerán nuevas criaturas, responsabilidad máxima de todas las españolas, como madres y mujeres. Durante la campaña en Granada para las elecciones municipales de 1933, María Martínez Sierra se felicitó por la cantidad de mujeres que acudían en busca de una causa que las alentara a acudir a las urnas, para ejercer su derecho de ciudadanas, mirando por el futuro de sus hijos. Con solidaridad femenina, sus palabras intentaron remover aquellas almas femeninas, nacidas en los medios rurales, sin apenas

395Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, art. cit., pág. 28.

396Viajando al presente, sin abandonar la cuestión demográfica, compartimos parcialmente la solución de Corinne Maier para ese problema acuciante de la renovación en el viejo continente: "permitir que vengan inmigrantes, que por un lado ocuparán los puestos que rechazan los jóvenes (albañil, camarero, enfermero...) y por otro ayudarán a financiar las jubilaciones." No obstante, hemos de evitar que esta estrategia aumente la tasa de paro mediante el descenso salarial de puestos laborales y su ocupación inmediata por inmigrantes, dispuestos a aceptar tal reducción económica.

397Herrera, Gioconda y Prieto, Mercedes, "Género y nación en América Latina", *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 28 (2007), pág. 31.

398Fernández Menicucci, Amaya, art. cit., pág. 235.

399Lionetti, Lucia, "Las imágenes de la mujer en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX: los puntos de encuentro y desencuentro en la construcción de la feminidad", en *Las edades...*, op. cit., pág. 338.

400Martínez Sierra, María, *Ante...*, op. cit., pág. 203.

educación. Al igual que la Revolución Francesa dos siglos antes, María Martínez Sierra quiso desestabilizar la cotidianeidad de esas mujeres para que se concienciaran de su responsabilidad social.⁴⁰¹

Nuestra autora salió como una dama andante al exterior de ese mundo íntimo de la escritura para darse a conocer como oradora, propagandista, con una sola convicción: construir una nueva patria en que las mujeres tuvieran voz, voto y derechos.⁴⁰² Durante este proceso también ella “recuperó el habla”,⁴⁰³ para no perderla nunca más.

401Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 58.

402Martínez Sierra, María, *Ante...*, *op. cit.*, pág. 35.

403Montero, Rosa, *Historias de mujeres*, Punto de Lectura, Barcelona, 2006, pág. 128.

IV. Imágenes negativas de la maternidad

1. Madre mala

"Lo era por omisión, por acción, por error, por obstinación, por ignorancia..., pero no dejaba de ser culpable, la *única* culpable."⁴⁰⁴ La evidencia histórica de una búsqueda eterna por la culpabilidad femenina nos sumerge en el intento de hallar las razones que condujeron a la construcción de una figura maternal perversa.

1.1. Por fanatismo

Empezamos por la presentación del protagonista masculino de *Torre de marfil*: "Gabriel, con sus veintidós años vividos en el palacio provinciano, huérfano de padre, bajo la guarda de una madre inflexible y fanática, apenas sabe lo que es voluntad."⁴⁰⁵ La ausencia paterna y la presencia de una madre rígida y austera, "mala" según los cánones habituales que determinan una presencia maternal tierna y protectora, revelan un muchacho incompleto. La crítica de nuestra autora centra sus miras en el fanatismo de España, que arrastraba a todas las mujeres a confiar más en sus confesores que en sí mismas como madres, abocando este comportamiento a un resultado cruel con sus retoños. A diferencia del manto protector que expusimos en el tema del consuelo materno, en esta ocasión hallamos una guardiana ruda y agresiva que impide el desarrollo de su prole.

La cita continúa para ejemplificar aún más las consecuencias de esa tendencia nacional de principios del siglo XX: "la intensa palidez de su rostro, el relucir casi febril de los ojos, la indecisión de movimientos, el encogimiento de quien tiene costumbre de tener miedo a algo, castigo o fantasma..."⁴⁰⁶ La crianza inadecuada produce un estado cercano a la enfermedad, con gestos que asemejan a Gabriel con una persona trastornada. La paranoia materna repercute de modo irreversible en su descendencia, pues "en el escenario de la cultura de masas, la mala madre es percibida de forma confusa como una mujer simultáneamente mala y enferma,"⁴⁰⁷ como la marquesa. Gabriel constituye un síntoma de su madre en tanto que ella es juzgada a través de él.⁴⁰⁸ Javier Moscoso vislumbra la exageración que prevalecía en el siglo XVIII acerca de la capacidad atribuida a las madres que podían producir aberraciones al feto en su

⁴⁰⁴Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 228. La cursiva es de la autora.

⁴⁰⁵Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 183.

⁴⁰⁶*Ibidem*.

⁴⁰⁷Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 217.

⁴⁰⁸Aksenchuk, Rosa, "Las mujeres en el cuerpo del arte: iconografías, idearios y vicisitudes de la sexuación", http://www.psykeba.com.ar/articulos/RA_Mujeres_en_el_cuerpo_del_arte_iconografias_y_sexuacion.htm (Consultado: 13/09/2015)

propio seno: "era sólo su falta de responsabilidad moral y de control racional la que debía culpabilizarse en la producción de rasgos aberrantes."⁴⁰⁹ Aunque hoy nos asombre este inverosímil don, el germen de la infracción femenina late en otras cuestiones.

La actitud extrema de la marquesa sobresale en la obra de María Martínez Sierra hasta tomar un cariz peyorativo, quizás el rol más negativo del mapa de personajes que analizamos en nuestro estudio. Hemos hablado acerca del fanatismo y tal vez debamos plantear las dificultades de una mujer para criar sola a su retoño, la escasa ayuda que recibe, la sobreprotección como única salida posible para salvaguardarle de las amenazas externas hasta convertirlo en un no-ser, casi incapaz de relacionarse. Señala Ana Ibáñez que "la madre terrible es así por alguna razón, y es que a ella misma se le había aniquilado su capacidad de amor y de humanidad."⁴¹⁰ El alma femenina esconde recovecos que desconocemos, pudiendo cubrir esos vacíos con nuestra reflexión. Recapitaremos en otros temas sobre esta difícil situación materno-filial, considerando el papel siempre secundario de la marquesa o "la bruja, como antítesis de la buena madre, [que] no puede cobrar protagonismo."⁴¹¹

1.2. Por desgracias

Nuestra autora emplea personajes secundarios para exponer puntos de vista alternativos en sus obras. En *Tú eres la paz* conocemos al ama de cría que tiene bajo su cuidado al hijo de Agustín cuando Ana María va al pueblo a escondidas para conocer al pequeño. La campesina piensa que ella es su verdadera madre y no la juzga en absoluto por su comportamiento extraño. Su comprensión desconoce la realidad aún más extrema, aunque la sospecha resuena en sus palabras:

"Parece mismamente que no lo ha visto nunca -piensa el ama; luego piensa que acaso le da vergüenza entregarse delante de ella a las locuras maternas-. ¡Qué raras son estas señoras! Como si a cada uno no pudiera pasarle una desgracia."⁴¹²

La empatía más generosa la descubrimos en esta trabajadora que lejos de juzgar con

409Moscoso, Javier, "Los efectos de la imaginación: medicina, ciencia y sociedad en el siglo XVIII", *Asclepio: Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 53 (2001), pág. 165.

410Ibáñez Moreno, Ana, "Análisis del mito de la madre terrible mediante un estudio comparado de *La casa de Bernarda Alba* y *Como agua para chocolate*", <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero32/mitomad.html> (Consultado: 13/09/2015)

411Manzano Espinosa, Cristina, "Relaciones entre heroínas y brujas. Relatos infantiles y juveniles en la literatura y el cine", http://www.baiona.org/c/document_library/get_file?uuid=7c5df5ca-e9d9-46bb-8251-18d325978b6a&groupId=10904 (Consultado: 13/09/2015)

412Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, *op. cit.*, pág. 108.

maldad, adquiere el tono benevolente de quien ha vivido y sufrido mucho, hasta entender la desgracia ajena, incluso la de aquellas mujeres que pertenecen a un nivel social superior. Y, sin embargo, nuestra autora nos permite rellenar a los lectores las lagunas argumentales que deja en esta breve intervención. El juicio por mala madre queda ausente de este fragmento, mientras la sororidad aparece por segunda vez en nuestro estudio y aseguramos que no será la última.

Singularmente, si hubiera existido un final alternativo en esta novela, Ana María podría haberse convertido en la madrastra de ese niño, abandonando la protagonista su rostro angelical para adquirir el reverso maligno. De la madrastra a la bruja hay una sutil línea.

1.3. Por inconsciencia

¿Quién ha de ser madre? ¿Quién las juzga? Todas las mujeres pueden llegar a convertirse en madres, todas las personas quedarán convertidas en jueces con sus mazos. *Canción de cuna* propone, en primera instancia, la no condena a esa víctima maternal que abandona a su hija en el torno, sin embargo suena una voz disonante en el personaje de la Vicaria. Con anterioridad en la misma pieza teatral, la escritora riojana apuntaba el carácter irreverente de esta monja, hasta llegar a este instante donde la Vicaria duda de la condición de ciertas madres, siendo reprendida por la Piora: "Vicaria: ¡A valientes madres les da Dios hijos! Piora: Dios sabe lo que hace hermana; Dios sabe lo que hace."⁴¹³ La valentía irónica empaña el texto, el veredicto por la imprudencia de esa mujer de mala vida queda en blanco sobre negro, suavizado por la Piora que defiende la voluntad divina. Juguemos con las palabras en este rompecabezas de significados: cambiando Dios por destino desprendemos a la cita de su componente religioso, luego combinamos el destino con la biología y entendemos la posible inquietud de la Vicaria por las posibilidades reales de otras mujeres que no son ella. Sí, interpretamos que la oposición de la Vicaria responde a un pecado capital: la envidia.

Bajo el mismo juego, vislumbramos en su juicio negativo la falta de orden en la actuación de la madre de la recién nacida, pues su concepción no responde al esquema establecido: encontrar un hombre para convertirlo en su marido y el padre de sus hijos para luego fundar un hogar con una familia en su interior. En esta obra, la mala madre no responde a las leyes de los hombres, sino que contesta a su manera.⁴¹⁴

Rescatemos el pleito que mantienen entre sí dos bandas. No callejeras, ni musicales, sino maternas, que nos muestran la adherencia en las mentes femeninas de las ideas preconcebidas por el patriarcado:

⁴¹³Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 56.

⁴¹⁴Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 140.

"Las dos usan las condenas que la cultura pone a su disposición para condenar al grupo opuesto. Las supermamás, según este retrato, casi sin excepciones describen a las madres que se quedan en su casa como perezosas y aburridas, mientras que las mamás tradicionales casi sin excepciones acusan a las que trabajan de descuidar a sus hijos por egoísmo."⁴¹⁵

Aunque pueda parecer el argumento de una parodia, responde a la cotidianeidad de esas mujeres que solicitan su entrada en una de esas dos facciones maternas: las que trabajan y crían a sus hijos, frente a las que deciden quedarse en casa. Desde nuestro punto de vista, esta batalla mina la moral femenina hasta límites inimaginables, resta al conjunto cualquier solidaridad y quiebra la educación filial, al contemplar hijos e hijas esa dicotomía de actitudes sin posibilidad de término medio en su futuro. En definitiva, la resolución del caso carece de sustento y solo perjudica a ambas madres, sin entendimiento y por omisión. Sin duda, la maldad ha de erradicarse de los juicios maternos.

1.4. Por sierpe

"Subamos" una vez más a la *Torre de marfil* para conocer en esta ocasión la vida de Mariana, totalmente opuesta a la de Gabriel. Su hogar se compone de un padre borracho, "una madrastra que es una víbora"⁴¹⁶ y cuatro hermanastros, obligada a ganarse la vida trabajando de modista. Esa segunda madre de Mariana concentra todos los estereotipos sobre la madrastra, que "no es madre natural, y es, por lo tanto, esencialmente mala."⁴¹⁷ La pérdida irremplazable de una madre debiera mantenerse sin sustitución. Sin embargo, los viudos acuden de inmediato a la caza de la reposición de este lugar vacío en su casa porque no soportan la soledad ni la dependencia de sí mismos. "Y esa aparición era en pocas ocasiones afectiva, sino más bien práctica, vinculada a unas necesidades laborales dentro del hogar, que había que cubrir."⁴¹⁸ El egoísmo paterno evade la pena de la orfandad que reina entre esas paredes y no cesa en su empeño de reemplazo hasta hallar una segunda mujer, una segunda madre.⁴¹⁹ Mujer que puede aceptar el comportamiento reticente de la prole política y dar tiempo para aceptar su llegada o

415Hays, Sharon, *op. cit.*, pág. 199.

416Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 185.

417Domínguez, Carmen, "*Hola, ¿estás sola?*" de Iciar Bollain: desechando la idea hegemónica de 'maternidad'", en *Construcciones...*, *op. cit.*, pág. 83.

418Manzano Espinosa, Cristina, *op. cit.*, s. pág.

419Como ejemplo de la pervivencia de este tipo literario, solo señalar la última novela de Almudena Grandes, *Las tres bodas de Manolita*, Tusquets, Barcelona, 2014.

bien imponer su llegada sin miramientos. La mala reputación de las madrastras responde a cuestiones psicológicas, sociales y económicas. Como ejemplo de este último ámbito, apelamos al reparto de la herencia entre los hijos de la primera y la segunda mujer provocaba conflictos en el siglo XVI.⁴²⁰

Retornando a la novela, y pese al juicio claramente machista de Mariana sobre su madrastra, el personaje de la modistilla adopta el rol de mujer fuerte que encara los reveses vitales, con una voluntad inmensa pese a la ausencia materna y esa segunda madre que se rige por los tópicos del ser viperino y traicionero, serpiente semejante a la del pecado original, cuya culpa recae sobre Eva. Mariana responde al perfil de mujer actual, que no se deja embaucar por los hombres, que quiere uno que la quiera tal cual es y, mientras lo encuentra, se gana la vida con mil y un oficios. De la Eva bíblica a Mariana hay siglos, hay milenios, hay millones de vidas femeninas. No obstante, comparten la presencia de una sierpe que les complica su destino. Knibiehler destapa otra faceta, procedente de Oriente, de la mítica serpiente del Jardín del Edén: "era un símbolo fálico [...] Y el objeto defendido es un fruto del 'árbol de la vida'. La mujer acoge a la serpiente y desea el fruto: es vulnerable en su función reproductora."⁴²¹ Sobrevuela la incógnita de por qué no se conoce esta versión en Occidente, esta idea de la mujer víctima de su propia capacidad de concepción. Quizás porque, si hubiera llegado a oídos femeninos, debilitaría la sumisión de la mujer, dinamitaría el castigo del dolor en el parto y daría fuerza a las feministas que luchan por la igualdad. El sistema patriarcal apuesta por perpetuar la referencia androcéntrica de la fémina en sí como "fruto prohibido y fuente de tentación".⁴²²

Mariana puede sustituir a Eva en esta obra, llevando a cabo una perdición a pequeña escala, mientras la primera mujer acomete su tarea titánica: "[...] siendo la figura de Eva, como causante de la perdición de la humanidad tras la expulsión del Paraíso, el ejemplo más clásico de la maldad femenina."⁴²³ Eva, en clave metafórica, debió de dedicar mucho tiempo a este ardid, por lo que surgen interrogantes en torno a cómo empleó su capacidad intelectual en ese objetivo y, sobre todo, las causas que le hicieron fracasar. Puro anacronismo resulta, a simple vista, nuestro intento por desentrenar las intenciones de la primera mujer, creada de la costilla de Adán. Origen que nos lleva a más interrogantes acerca del tamaño de su cerebro para tejer este fin, la razón para emplear a una sierpe de cómplice y no a una ardilla, una vaca o una hormiga. El mito de la caída original perdería atractivo si cualquier otro espécimen animal

⁴²⁰Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 43.

⁴²¹*Ibidem*, pág. 25.

⁴²²Corleto, Ricardo W., "La mujer en la Edad Media", *Teología: Revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina*, 91 (2006), pág. 658.

⁴²³Bennardo, Filippo Giuseppe di, *op. cit.*, pág. 46.

hubiera aparecido en escena. Al igual que si en vez de una manzana, hubiera escogido una naranja, una sandía o una pera. El color rojo brinda el vehículo para la sangre menstrual, mientras que la actitud seductora de la serpiente explica la fama femenina. Ambos factores confluyen en la prostituta, mujer de mala vida, ligada al rojo y al erotismo como profesión.

Cada elemento encaja a la perfección en este cuadro, sin sobresalir nada del marco. Al tiempo que, allí a lo lejos aparece una figura desconocida en un segundo plano de esa fotografía bíblica. Es Lilith o Lily, la verdadera primera mujer. Su sonrisa liberada brilla en la oscuridad a la que le ha condenado la historia: "su mérito como prototipo de maldad era el ser devoradora de niños o su esterilidad, defectos mucho más reprobables que el de la desobediencia y rebeldía ante el hombre."⁴²⁴ Lilith queda asociada al diablo, al lado oscuro de la humanidad, tras haber sucumbido a la sexualidad, a la propia razón, lejos de la sumisión a Adán, hasta convertirse en madre de diablillos que corretean a su alrededor.⁴²⁵

El cuerpo femenino rememora las leyendas de la pecadora Eva y la demonizada Lilith. Así, durante la Edad Media y el Renacimiento, se convierte en "cómplice privilegiada de Satán".⁴²⁶ A diferencia de los cuentos, ninguna de las dos mujeres que se relacionan con Adán logran salvarse, marcadas por la infracción. En la habitual contraposición de los relatos, "la mujer que se ha dejado llevar por una libertad cuestionable, muere; y otra purificada que ocupa su lugar, encuentra el descanso eterno o renace del vientre del propio mal."⁴²⁷ Lilith interpreta el papel de la insurrecta fallecida, mientras Eva no acaba de encajar en el rol de perdonada, pues sufre por la eternidad, por lo que, en definitiva, ninguna mujer del origen de los tiempos alcanza la redención masculina.

Figura antagónica de la Virgen María, Eva representa "el verdadero ser de la naturaleza femenina, maligna y voraz; Eva es el ser íntimo de todas las mujeres"⁴²⁸ hasta compararse con el contenido de la caja de Pandora que nunca ha de abrirse y que siempre mantiene su atractivo, "causa de la entrada del mal en el mundo."⁴²⁹ De acuerdo con Silvia Vegetti, "algunas figuras como la madrastra y la bruja tienen mayor consistencia en la tradición narrativa y en el imaginario colectivo."⁴³⁰ La bondad que la Virgen María irradia tiembla ante la perversión de Eva, aunque su imagen inmaculada eleve la fe en la balanza social. Sin la faceta siniestra del pecado, la lucha carecería de sentido; sin el miedo a las llamas, la benevolencia perdería su

424VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 13.

425Vid. Bornay, Erika, *Las hijas de Lilith*, Cátedra, Madrid, 1990.

426Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 159.

427Manzano Espinosa, Cristina, *op. cit.*, s. pág.

428Lado Delgado, Itziar, "La edad del matrimonio: *perfectas casadas* del siglo XVIII", en *Las edades...*, *op. cit.*, pág. 270.

429Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 148.

430Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 244.

propósito; sin una Eva culpable, no habría Marías virginales; sin mujeres que condenar, la sociedad se hastiaría. En nuestra investigación, la santificación de las buenas madres contrarresta la culpabilización de las malas.⁴³¹

El peso de culpabilidad se aligerará cumpliendo los cometidos que la sociedad asigna a la mujer. Expliquemos esta idea: la recién nacida carga con el pecado en cuanto ve la luz, cuando sale del interior de su madre, recogida en brazos de la matrona o el médico y acogida por su creadora; ya entonces es culpable. La falta le persigue, le atosiga, la suspende en una fina red que le atormenta, provocando irregularidades en la elaboración de su identidad. María Asunción González considera esa culpa el mejor instrumento para la obediencia y el recurso para obtener cada mujer el máster en sentir y crear culpabilidad.⁴³² Cual piezas de dominó, una mujer que siente la culpa, la provocará, la creará, la eternizará.

Culpable por no dar el pecho, culpable por no responder a las expectativas, culpable por no tener una familia numerosa, culpable por no ser madre. La culpa acompañará a las féminas hasta que abandonemos esa indagación e intenemos cambiar los resultados. Entonces, quedará desterrado "el peor de los insultos hacia una mujer:"⁴³³ ser mala madre o el tabú ante aquellas "palabras que una madre de familia no puede pronunciar si no quiere parecer un monstruo."⁴³⁴

2. Madre desnaturalizada

Solo en una de las obras de María Martínez Sierra hallamos esa ofensa a la naturaleza, esa ausencia de calidez maternal, ese no arrebatado de amor ante la presencia de un hijo. Sin embargo, constituye un ejemplo sólido del temor que inculca la sociedad a las madres: no sentir nada por su descendencia. Ese miedo que provoca depresión posparto, incapacitación para la crianza, incluso la muerte por desesperanza de la figura maternal.

Simone de Beauvoir derroca el título de este tema al aseverar que la desnaturalización materna es inconcebible puesto que el amor materno carece del factor natural, reduciéndose todo a las malas madres.⁴³⁵ A pesar de ello, en la sociedad patriarcal, existe la creencia de esa desnaturalización, reflejando esta realidad nuestra autora riojana, entendiéndose por tanto este análisis acerca del "riesgo de ser llamadas 'desnaturalizadas'."⁴³⁶

431Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, art. cit., pág. 25.

432González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 48.

433Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 185.

434Maier, Corinne, *op. cit.*, pág. 16.

435Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 678.

436González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 50.

2.1. Definición

Exactamente las madres desnaturalizadas son "las que contradicen la supuesta 'naturaleza' de todas las mujeres, la de desear ser madres y además la de saber hacerlo 'bien'," ⁴³⁷ mejor que bien. Porque nos empujan hacia la perfección, hacia las cotas más altas de conformidad con los prototipos, hacia la divinidad de la Virgen María.

Una vez más, la modistilla protagoniza la escena de la obra que analizamos: Mariana (*Torre de marfil*), esa chica de ciudad que intenta salvar a un marqués desamparado y temeroso de su madre. Convertida en madre, "se desconcierta a sí misma, se pregunta si todo está bien con ella, si es una madre 'desnaturalizada'" ⁴³⁸ y siente una rara impresión en el reencuentro con su hijo, pues:

"Es extraño: ella pensó que al verle iba a derretírsele el corazón en cariño, en susurros, en lágrimas; que le había de comer a besos, que le había de arrebatar con toda violencia, como ha leído en emocionantes folletines que suelen hacer madres desposeídas de sus hijos cuando al cabo los hallan..." ⁴³⁹

En este episodio, la comparación con la realidad, o más bien con la literaturización de esta en los folletines, conduce a la protagonista hacia la exageración, que ella misma no siente al observar la tranquilidad de su pequeño, dormido en la cuna. Su angustia sugiere que está atrapada entre las fauces de la convicción social que considera la carencia de amor un crimen a pagar. ⁴⁴⁰ De hecho, no puede evitar juzgarse negativamente:

"-Es mi hijo..., mi hijo- repite, y las palabras no le traen idea de posesión, de arrebato, ni de ternura-. Sin duda soy una mala madre y no tengo corazón de mujer... Es mi hijo, y estoy aquí tan quieta, tan tranquila. Es mi hijo, y ni siquiera sé cómo se llama... y no me muero de alegría al verle." ⁴⁴¹

La impotencia le arrebató la felicidad de la observación filial, quizá porque esperaba encontrarse a un niño desválido y falto de cariño, que la hubiera añorado, pese a ser solo un bebé. Su tono de egoísmo se perfila a través del pronombre posesivo ("mi hijo") y contrasta con la maldad que se concede a sí misma, al no reaccionar como esperaba, hasta dudar de su

⁴³⁷Suárez de Garay, María Eugenia y Palomar Vereá, Cristina, *op. cit.*, pág. 314.

⁴³⁸Torres Vilar, Natalia, *op. cit.*, pág. 211.

⁴³⁹Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 234.

⁴⁴⁰Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 84.

⁴⁴¹Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 234.

propio corazón, de sus sentimientos. Nuestra autora destaca la lógica inicial de la protagonista al encontrar a un niño en paz, lejos del hombre atormentado que es Gabriel: con el terror, al fin y al cabo natural, de que se repita la misma historia en su hijo.

2.2. Inverosímil acto

Las palabras de Mariana tienen un aroma de enajenación, ni siquiera ella misma se cree lo que afirma, le parece inverosímil, increíble, inimaginable. De esa situación a la locura o la ira hay un instante. A través de ese síntoma, Mariana nos trae el recuerdo mitológico de Medea y Altea. La enajenación mental de Medea, la primera filicida, queda grabado a fuego en el proceso de escolarización como el caso más terrible, procedente de la pasión, de ese poder que en apariencia impregna a la mujer desde que trae a un ser humano al mundo y las confunde, y le hace creer que son dueñas de esa vida.⁴⁴²

Mientras, la historia de Altea evade los canones educativos por su germen de confusión. Resumimos brevemente el relato de Altea que recoge Carlos Goñi:⁴⁴³ la predicción de las Moiras acerca de la muerte de su hijo Meleagro, cuando el tizón del hogar quedara consumido, llevó a Altea a apagar ese tizón y esconderlo hasta que Meleagro, aún joven, asesinó a los hermanos de Altea. La ira materna acabó con Meleagro, al recuperar y quemar el tizón del que dependía su vida.

Así permanece la creencia del poder femenino en torno a sus hijos. La crianza, la educación, la vida y la muerte en manos maternas, desde una perspectiva positiva o una óptica negativa. De nuevo, Knibiehler nos ilumina con su trabajo repleto de datos. En esta ocasión, recuperamos la alternativa al infanticidio que escogían las mujeres francesas en el siglo XVIII: "cada orfanato estaba obligado a construir un 'torno', cilindro que daba vueltas abierto en un costado, en el que anónimamente se podía colocar un recién nacido"⁴⁴⁴ como en la pieza teatral de nuestra autora, *Canción de cuna*. Salidas, oportunidades o cauces para esa maternidad no deseada, tan inverosímil para la mayoría de las mentes.

La inverosimilitud anida por igual en esa idea del asesinato por parte de una madre e impregna las palabras de Martín Garzo: "eran casos extremos [...] circunstancias extrañas, arrebatos sombríos, venganzas cuya ferocidad en nada envidiaba en poder destructor a las erupciones de los volcanes y a las tormentas marinas."⁴⁴⁵ Solo mediante imágenes de la

⁴⁴²Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 76-77.

⁴⁴³Goñi Zubieta, Carlos, *op. cit.*, págs. 155-156.

⁴⁴⁴Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 52.

⁴⁴⁵Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 74-75.

naturaleza que contienen desastres contemplamos los actos del infanticidio o filicidio. La diferencia entre estos términos reside en las agallas de una mujer para llevar a término la vida de una persona o de su propia prole. Suárez y Palomar aclaran las consecuencias del filicidio:

"[...] acto complejo, que tiene un doble efecto: cuando una mujer mata a su propio hijo no solo muere la criatura asesinada sino que, en el mismo hecho, se aniquila el ideal de la 'buena' madre que sostiene el imaginario social de la maternidad."⁴⁴⁶

En nuestra opinión, este drama trae no solo el fallecimiento de la descendencia, sino la pérdida de la idea maternal. El patriarcado despoja de la etiqueta "madre" a quien ose tocar la existencia de un producto de su poder (entiéndase del Estado, tal y como apuntamos en el tema de la madre patria), ejerciendo sobre esa persona el ostracismo social. Las culpables de esos asesinatos ejercen de víctimas de ese sistema "sordo y asfixiante"⁴⁴⁷ que construye cárceles para quien no siga el camino de las baldosas amarillas y no se deje embaucar por ese mago fantasmal que dicta sus destinos, como en el cuento clásico de L. Frank Baum, *El mago de Oz*.

Sin embargo, y retornando a la novela que nos ocupa, la emoción alcanza finalmente a Mariana y la inunda sin ser percibida: "-¿por qué lloras, Mariana?- dice Gabriel. ¡Llorar! ¿Llorando ella? Sí, por cierto, lágrimas en torrente le inundan el rostro. ¡Entonces es posible que el cuerpo llore sin que el alma lo sepa!"⁴⁴⁸ Y entonces salta su amor a galope: "¡Hijo mío, hijo mío!- y ya conscientemente rompe a sollozar, y arrodillándose en el suelo, junta el rostro al del hijo, y lo besa, y lo lava con lágrimas."⁴⁴⁹ Con esta resolución, Mariana abandona su papel de mujer "ex/céntrica, alguien que no pertenece a la sociedad centrada y bienpensante"⁴⁵⁰ y retorna a la normalidad, a la naturalidad de las madres idóneas para nuestra tranquilidad, mujeres que no imaginan sus vidas arrebatando las de sus retoños, mujeres que sacrificarían antes sus propias existencias. De esta forma, María Martínez Sierra se asoma al abismo irreal de una madre desnaturalizada para luego levantar el vuelo hacia la maternidad más excelsa.

⁴⁴⁶Suárez de Garay, María Eugenia y Palomar Vereá, Cristina, *op. cit.*, pág. 318.

⁴⁴⁷*Ibidem*, pág. 338.

⁴⁴⁸Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 234.

⁴⁴⁹*Ibidem*.

⁴⁵⁰Suárez Lafuente, Socorro, art. cit., pág. 31.

3. Egoísmo maternal

"La madre.- (De muy mal humor) Entonces... en la vida de mi hijo [o mi hija], ¿no voy a ser más que espectadora?"⁴⁵¹ Imaginad a vuestra propia madre planteando esta cuestión a un médico, un psicólogo, un filósofo (este es el caso de la pieza breve original), un hombre de cualquier profesión. Siempre será un hombre el objetivo de estas palabras acusadoras, intencionadas, egoístas sin duda. Egoístas porque ella misma (vuestra madre) ocupa el eje de la pregunta y ninguna buena madre antepone su voz femenina a la de su prole o su hogar, salvo para vanagloriarse de este o aquel, de sus méritos, sus premios, sus triunfos, en los cuales ella intervino desde la sombra. Cabe cuestionarse si realmente se considera narcisismo querer ser partícipe de la vida de esos seres a los que ella dió a luz, puesto que parece que confundimos esa intención de participar con el objetivo de protagonizar una nueva vida, tras desperdiciar la propia. He ahí nuestra estrategia argumental: las madres solo pecarán de codicia cuando quieran invadir esa vida que proporcionan a sus vástagos.

3.1 Egoísmo comparte letras con heroísmo

Cuando el maestro va a buscar a su nieta, en *Pascua florida*, el médico Lorenzo intenta entender el motivo del llanto de su hermana Lucita. Ella, con los ojos cuajados de lágrimas, le explica su identificación con una madre cuyo hijo es el maestro. Establecida esta escena, nuestra escritora apunta a la capacidad femenina de comportamiento maternal cuando las circunstancias son propicias: "a fuerza de consolar al pobre don Antonio, le he tomado un cariño... No te rías... como de madre. Me parecía su pena un niño pequeñito a quien hay que arrullar; él también me quería, y ahora..."⁴⁵²

Esta escena idílica se fragmenta ante la llegada de esa nieta a la que tanta estima tiene el maestro, expresando Lucita la duda comprensible de su reemplazo. Ese reemplazo que produce ese sentimiento vil que las madres no debieran tener, de acuerdo a los parámetros de la buena maternidad, sentimiento que desencadena en el terrible y temido victimismo. Este carácter, no soportable ni siquiera por sus propias protagonistas, percibe la maternidad como una "disposición plena, sacrificio, crisis de identidad, viaje sin retorno al reino del otro. Una esclavitud."⁴⁵³ Esclavitud ante la que cabe la duda de quién lleva las cadenas y quién las mantiene. Simone de Beauvoir emplea esta metáfora de las cadenas para distinguir las dos tipologías de madres que existen en función del peso que acarrean por matrimonio: "algunas se

⁴⁵¹Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 15.

⁴⁵²Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 33.

⁴⁵³Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 166.

lleen de importancia y se convierten en matronas tiránicas o en arpías. Otras se recrean en su papel de víctimas, se convierten en esclavas dolientes de su marido, de sus hijos."⁴⁵⁴

Aún hay más que extraer del diálogo entre hermanos, pues Lorenzo, con la distancia objetiva de su posición masculina de amistad, asegura el amor eterno del maestro con demasiada convicción para recibir la réplica de Lucita que culmina esa escenificación materno-filial con el único fin esperable:

"[Lorenzo]-Te querrá siempre.

[Lucita]-Ya no es lo mismo: ahora tiene a su nieta... ¿qué falta le hago yo? En fin, soy mala; pero también las madres lloran cuando se les van los hijos de casa para ser felices."⁴⁵⁵

El llanto representa el símbolo de la pérdida, aquella que inunda a las madres sin su razón de vivir más obvia, sobre todo aquellas que no desarrollaron otras capacidades aparte o en paralelo a la crianza y educación de sus retoños; sobre todo aquellas que soñaron con que nunca llegará el adiós de sus pequeños rumbo a otro hogar, donde ellas no presidieran, gobernarán, llevarán la batuta. La música cesa en esas solitarias habitaciones, sin nadie a quien motivar para aprovechar todas las oportunidades que ellas dejaron escapar. Y no acabar así, recluidas, abandonadas y acuciadas por un gusano podrido que habita en sus corazones y les alienta a maldecir, profanar y revelarse contra quienes toman la puerta para solo regresar de visita. Luce Irigaray induce a entender ese supuesto egocentrismo materno a través de una lección cultural, claramente egoísta: "consumir el cuerpo de la madre -natural o espiritual- sin sentirnos deudores."⁴⁵⁶ Es decir, sin percibir la pieza de dominó que derribamos al actuar en nuestro propio beneficio, aunque esa pieza tenga el rostro de nuestra madre que queda sin fuerzas tras sufrir nuestra propia avaricia.

Por tercera vez, *Canción de cuna* pone en entredicho a la madre de la niña del torno y, por tercera ocasión, termina siendo expiada por las circunstancias, teniendo que tener más comprensión desde el interior del convento que desconoce la maldad que amenaza tras sus muros:

"Vicaria.- ¡Su madre no es su madre, puesto que la abandona!

Priora.- No la abandona: la pone en brazos que le parecen más dignos que los suyos.

⁴⁵⁴Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 621.

⁴⁵⁵Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 33.

⁴⁵⁶Irigaray, Luce, *op. cit.*, pág. 52.

Vicaria.- ¡Egoísmo!

Maestra.- ¡Heroísmo, digo yo!

Vicaria.- ¡Frasecitas tenemos! ¡Ay, Madre Maestra, la vida no es un folletín!

Maestra.- Para algunas mujeres, es una historia demasiado triste.

Vicaria.- Nosotras no debemos saber de eso, ya que, por la gracia de Dios, estamos fuera de las tormentas del mundo.

Maestra.- Por lo mismo debemos compasión a las que se ahogan."⁴⁵⁷

En el mar de la sociedad, se suceden los naufragios de una madre tras otra. Cualquier pequeño desliz les lleva a alta mar, a la inseguridad de las tormentas, los maremotos y las olas de cincuenta metros, olas que, en numerosas situaciones, ellas mismas alzan para que nadie pueda entrometerse en su quehacer, valiéndose *per se* para emitir el peor dictamen. Esas hermanas que recoge el convento de la obra teatral de María Martínez Sierra sirven de baliza de seguridad para esa madre y su hija. No obstante, el eco del egoísta comportamiento maternal también resuena entre las paredes del convento.

3.2. La luz tras el oscuro "yo"

De acuerdo con Pérez-Rasilla, la ironía que encierra la circularidad a la inversa del breve drama *La última confidencia* descubre la intencionalidad de la autora riojana.⁴⁵⁸ Ese círculo describe la atención materna a la espera de su hijo, blandiendo esa última charla como escudo hacia la nueva amenaza femenina que derrumbará su castillo hogareño. Y, por supuesto, desunirá ese lazo que liga a madre e hijo en prolongación del cordón umbilical que una vez les vinculó físicamente. La prometida de su hijo pondrá fin al intento materno "por evitar la sensación de aislamiento y soledad que muchas madres imaginan que experimentarían sin haber formado una familia."⁴⁵⁹

Ni siquiera el estado del sueño en que la inconsciencia reina, o quizá precisamente por eso, impide a una mujer detectar la llegada de su único hijo en mitad de la noche: "¿habrá vuelto ese crío? ¿Sin que yo me entere? ¡Imposible! No le oigo llegar... le siento llegar aunque esté en lo más profundo del primer sueño."⁴⁶⁰ Hasta aquí, el dibujo de una relación cercana a la idealidad entre una matrona y el bebedor de sus senos. La intervención extraordinaria de un

⁴⁵⁷Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 65.

⁴⁵⁸Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 51.

⁴⁵⁹Hays, Sharon, *op. cit.*, pág. 170.

⁴⁶⁰Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 127.

padre enturbiará la perfección, al igual que ese egocéntrico deseo de posesión eterna:

"El padre.- No seas egoísta.

La madre.- No lo soy... En el fondo, fondo, puede que me alegre... pero... comprendeme... Desde que sabe hablar, todas las noches,... antes de dormirse, me contaba todo lo que había hecho en el día... sus alegrías, sus esperanzas, sus apuros, sus rabietas, todo. ¡Y esta noche ha sido la última vez!

El padre.- ¡Qué exagerada eres!

La madre.- La última. De aquí en adelante, todas sus confidencias serán para ella. (Con gravedad) ¡Y así debe ser! ¡Y así quiero que sea! ¡Buena me hubiese puesto yo, sí desde que te dije que sí, le hubieras ido a tu mamá con cuentecitos!

El padre.- (Riéndose) ¡Qué abismos de maldad sóis las mujeres!"⁴⁶¹

La recriminación del marido a su esposa queda apaciguada dando parte de la cotidianidad, un hábito familiar que se destruye de la noche a la mañana y rompe la vida femenina, no así la masculina que concibe la ruptura por el ciclo natural de la vida. Solo la empatía entre mujeres supera la sensación de ser reemplazada que siente la madre porque antes de convertirse en madre fue mujer y conoce ese momento difícil entre féminas. Gracias a la sororidad una escena crucial que pudiera devastar la vinculación materno-filial adquiere matices de comprensión y generosidad para esa otra nueva mujer en la vida del hijo, cuyo matrimonio traerá consigo una nueva hija. La maternidad amplía sus miras, abandonando su cariz negativo de egoísmo, alcanzando una luz nueva que desecha el "yo" materno para conjugar el "nosotras".

Además, y gracias a la intervención de otra mujer en la escena, se produce la separación definitiva del bebé en su condición de extensión narcisista de su madre,⁴⁶² liberándose al mismo tiempo el hijo de la tutora y la madre de su responsabilidad. Autonomías beneficiosas y ventajosas para ambas partes, a pesar de la complejidad para obtenerlas.

3.3. Consecuencias directas

Más allá de comprender en qué consiste el egoísmo de una figura materna, contemplemos las causas de esa actitud en dos obras de María Martínez Sierra: *El agua*

⁴⁶¹*Ibidem*, pág. 135.

⁴⁶²Arias Doblas, Rosario, *Madres e hijas en la narrativa de Lessing, Atwood y Mantel*, Universidad, Málaga, 2000, págs. 39-40.

dormida y *Mamá*. Ambas muestran la relación entre una madre y su hija, madres que no responden al procedimiento habitual de criar a las hijas a su imagen y semejanza, sino que las dejan en otras manos, para perjudicarlas cuando vuelven a sus brazos. Ambas constituyen paradigmas de esa "dependencia del sexo femenino [para la reproducción] y, para las niñas en concreto, una nueva forma de pertenencia a una madre de la que, sin embargo, desearían distinguirse."⁴⁶³ Esas mujeres traen al mundo a esas hijas que parecen destinadas a permanecer para siempre bajo la alargada sombra materna.

La novela *El agua dormida* dibuja una niña espabilada que sabe de su ignorancia e intenta justificarla con los continuos viajes:

"Sí que soy ignorante, porque conozco otras niñas más pequeñas que yo que saben hasta dividir, y dan tres o cuatro libros de memoria, y saben coser y bordar, y hacer malla, pero esporque van al colegio y yo no puedo ir, porque siempre estamos de viaje; algunas veces que estamos quietas en un sitio, mamá hace venir a casa a una profesora; así he aprendido a leer y a escribir; y Paca me ha enseñado a coser los botones y las cintas de la ropa, y mamá el solfeo y a tocar el piano; pero de todo sé muy poco, porque de una vez para otra se me olvidan las cosas, y, además, cada profesora trae siempre libros nuevos y es un barullo."⁴⁶⁴

Aún demasiado pequeña para guardar rencor a su madre, explica con sencillez la cara mala de esa vida vagabunda con una inocencia positiva, dando énfasis a su incapacidad para retener las enseñanzas sin una rutina escolar. La longitud del fragmento destaca su comparación nefasta con otras niñas de su generación, los puntos flacos de sus rudimentarias lecciones femeninas, de acuerdo con la época: las matemáticas no entran en su escaso currículo, siendo sustituidas por la lectura y escritura, alguna costura básica y ciertas dotes musicales, más por herencia que por verdadero aprendizaje. Pese a la intención materna de que aprenda de la vida, esta no contempla su escolarización, por lo que perjudicará a la pequeña, consciente de sus debilidades. La mirada límpida de esa niña sobre su propia vida ridiculiza el egocentrismo de la artista que arrastra a su hija consigo, sin considerar su bienestar presente y futuro.

Por su parte, tras ocho años en un convento, Cecilia responde al perfil de una niña infantil, ingenua e inocente, inconsciente de cómo es su madre. La pequeña de *El agua*

⁴⁶³Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 7.

⁴⁶⁴Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 263.

dormida encuentra su continuación metafórica en *Mamá*, con esta joven en edad de su presentación en sociedad. Al igual que en *El agua dormida*, Cecilia asume sus propios defectos, las carencias evidentes en relación a la imagen maternal espléndida, cuya voz pone en evidencia que no es oro todo lo que reluce, mientras la envidia materna carcome el rol de Mercedes:

"Cecilia.- (Con aplicación) ¿Así? ¡Más torpe soy para arreglarme!

Mercedes.- Ya irás aprendiendo. Y a ver si te diviertes esta noche, que el baile es para tí, para la señorita que se presenta al mundo y viene a arrinconar a su madre."⁴⁶⁵

Mercedes respondería al perfil de las madres sublimes, aquellas "convencidas de haber venido al mundo para ser adoradas, y todo tenía que subordinarse a esa escenografía rutilante de la que sólo ellas podían ser el centro."⁴⁶⁶ Ante la dificultad de encajar en ese escenario la presencia de una hija, y a pesar del empeño de Cecilia por parecerse a su madre, esta se muestra fría y distante hasta el punto de regodearse en su propio pesar, aliviándose mediante el reproche a esa señorita que ni siquiera es capaz de aprovechar su oportunidad social, mientras ella sufre la deshonra de desaparecer. María Martínez Sierra provoca en la intervención de Mercedes una escala de significados que modifican gradualmente la imagen. "Ya irás aprendiendo" suscita el aliento de una maestra a su discípula. "Y a ver si te diviertes esta noche" denota cierto tono agudo de sospecha en la actitud de Cecilia, incómoda ante el acto multitudinario por su educación conventual. "Que el baile es para tí" señala la inversión de tiempo a favor de esa joven, el protagonismo que ha de acuciar una recién nacida en sociedad. "Para la señorita que se presenta al mundo" una señorita que nace ahora, tras estar oculta entre monjas, una señorita que debe responder ante esa "sociedad que confunde lo externo con lo esencial, lo accesorio con lo auténtico, el qué dirán con lo que siente el sujeto,"⁴⁶⁷ en la que encaja Mercedes por sus años de experiencia, por su cualidad de ocultar su propia angustia vital. "Y viene a arrinconar a su madre" y, de repente, Cecilia parece convertirse en la bruja del cuento, a semejanza de la víbora que acaba con la fantasía del paraíso de Mercedes, donde ella brilla, entusiasma y carece de rival. Hasta ahora.

Esta acusación no pronunciada por Mercedes toma cuerpo en las palabras de Anita, una amiga de Cecilia: "¿cuántas veces te ha presentado tu mamáita? ¡Pues este baile blanco va a ser

⁴⁶⁵Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, *op. cit.*, págs. 8-9.

⁴⁶⁶Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 50.

⁴⁶⁷Cortés Ibañez, Emilia, "La niña de luto de Manuel Summers: fresco social de la España de los 60", en *El espejo...*, *op. cit.*, pág. 26.

tu vida entera, mientras tu mamaíta no tenga canas!"⁴⁶⁸ Es decir, mientras Mercedes no se marchite o encanezca su cabello, seguirá siendo la más bella, mientras no claudique y abandone su egoísmo maternal. Mercedes interpreta de maravilla el papel de "la huérfana que hay en ella, la otra 'hija mayor', tan hija como la hija misma. Ella hizo de madre como pudo."⁴⁶⁹ El único remedio que le queda entonces a la pobre Cecilia, la verdadera hija que carece de madre por partida doble, es amar a su madre con más ahínco, tras odiarla por su intento frustrado de cumplir con las expectativas de la maternidad.

Tanto la madre de la pequeña de *El agua dormida* como Mercedes en *Mamá* adolecen del espejo narcisista que les impide desencadenarse de sus hijas para que estas puedan evolucionar, mediante una educación apropiada y completa para su edad en la primera obra y una socialización total sin miedo a perjudicar la posición materna en la segunda. Los intrincados mecanismos que emplean ambas figuras femeninas vetan la posible separación de su descendencia para extenderse a través de ellas y proyectar sus necesidades no cubiertas.⁴⁷⁰

"Si existe algo propio de la mujer es, paradójicamente, su capacidad para des-apropiarse sin egoísmo: cuerpo sin fin, sin 'extremidad', sin 'partes' principales,"⁴⁷¹ porque en la mujer convergen todas las cualidades atribuibles a un ser humano, por su perfección en la maternidad. Y, sin embargo, hemos intentado oponernos a esta idea paradójica de Hélène Cixous. Acaso porque el padre queda definido por su desaparición, vacío que ha de llenar la siempre dispuesta madre, sin posibilidad de evadirse, al igual que el hombre. La mujer, desde nuestra perspectiva, ha de desarrollar esa aptitud de ubicarse por encima y por delante de los demás, olvidándolos para mejorar como fémica y también, por qué no, su rol maternal.

Dejemos volar la imaginación de la mano de Gustavo Martín Garzo y sus madres de ogros (literalmente) que "tenían que luchar contra esa naturaleza devoradora de carne que como ogresa les correspondía. Y esto las hacía sufrir terriblemente."⁴⁷² Si sustituimos el apetito por el narcisismo, empatizaremos por completo con el malestar con el que deben cargar las madres juzgadas egoístamente.

Carmen Domínguez pone el punto final de este tema proponiendo una nueva categoría de egoísmo maternal de condición insuperable: aquel hipotético en que una mujer rechaza su papel de madre.⁴⁷³

468Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, *op. cit.*, pág. 24.

469Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 110.

470Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 125.

471Cixous, Hélène, *op. cit.*, pág. 48.

472Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 34-35.

473Domínguez, Carmen, *art. cit.*, pág. 82.

4. Dependencia del hijo

"Había madres que nunca estaban dispuestas a renunciar al poder que habían tenido sobre sus hijos mientras eran pequeños. Su trato con ellos siempre había sido un trato tenso, lleno de reproches, como si ya desde su nacimiento les estuvieran culpando de las infidelidades en que incurrirían al crecer."⁴⁷⁴

Empleamos por primera vez de forma consecuente el género masculino en el título de este tema para enfatizar la necesidad que sienten las madres hacia sus hijos varones, a quienes prefiguran, desde el instante en que conocen su sexo, como su vía de salvación, su lienzo para prosperar, su arcilla a modelar. Esa madre persigue un objetivo: alcanzar a través de su hijo los éxitos con los que soñó y nunca alcanzó por haber nacido mujer. María Martínez Sierra retrata ese anhelo maternal en varias de sus obras, subrayando la necesidad femenina de fantasear a través de sus hijos con otras vidas posibles, no tanto con poseer un falo: "lo que la mujer desea en el hijo no es el pene, no es ese famoso trocito alrededor del que gravita el hombre entero."⁴⁷⁵

4.1. Única satisfacción femenina

La misión de la mujer queda ensalzada cuando de su seno nace un heredero, ante el que la sociedad abrirá sus puertas para optimizar el desarrollo masculino. Entonces, la madre aguardará con una sonrisa la mirada cómplice de ese retoño que, sin embargo, no perderá su valioso tiempo en girarse durante un segundo. El desencanto funesto de la mujer alcanzará en su ira al marido, las hijas y cualquiera que ose regodearse de la suerte de esa madre despechada, a la que no le quedará más remedio que convencerse de que en algún otro momento, más adelante, obtendrá el reconocimiento de ese desagradecido varón. Esta actitud respondería al concepo freudiano del "*masoquismo femenino*, que imprimiría a las mujeres un *carácter pasivo y tendente al goce en el sufrimiento*, que justificaría su inevitable dependencia del hombre,"⁴⁷⁶ pues Freud no encontró otra explicación plausible para esos seres humanos que se ofrecen por completo y no esperan nada en canje denominadas madres.

Este episodio ficticio que rescatamos de la vida real pudiera estar protagonizado por la madre de la obra *La última confidencia*. Nuestra autora le confiere la típica limitación de la

⁴⁷⁴Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 168-169.

⁴⁷⁵Cixous, Hélène, *op. cit.*, pág. 51.

⁴⁷⁶Velasco Arias, Sara, "La maternidad en el psicoanálisis: encuentros y desencuentros", en *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 137. La cursiva es de la autora.

mujer, que consiste en dar vida sin tener una propia, sin más motivación o actividades ajenas: "¡Ay! Parezco una esposa culpable que sale en busca de una aventura... (Suspira y dice cariñosamente) ¡Hijo! Mi única aventura eres tú..."⁴⁷⁷ La culpabilidad nos habla de ese sentimiento impuro de una mujer incompleta, de su necesidad de ir más allá, de vengarse de su estado vegetativo, a la espera de ese hijo que limita, reduce y anquilosa su existencia. Como en una aventura, "la madre encuentra en el hijo -como el amante en la amada- una plenitud carnal, no en la rendición, sino en un dominio."⁴⁷⁸ Los suspiros y el cariño se confabulan para apaciguar ese veneno que le hormiguea cuando contempla su propia alma en la oscuridad clarividente de la noche. Ese orgullo de mujer que sintió al tener a su hijo en brazos, "la unía al mundo de los hombres, que le daba el sentimiento de dominar, al menos por algún tiempo, a un representante del sexo fuerte. Como sabía que iba a perderlo, se unía a él aún más."⁴⁷⁹ Esta noche triste para esa madre pone el punto final a ese vínculo poderoso a través de un muñeco que abandonó su pasividad, del cual estaba perdidamente enamorada.⁴⁸⁰

4.2. Un muñeco y una muñeca

Que las niñas juegan con muñecas responde al arquetipo. Que las mujeres sustituyan a esos juguetes de trapo y/o plástico por seres de carne y hueso resulta una continuación pertinente. Que esos seres tomen conciencia del juego materno resulta impactante, como la intervención del hijo de *La última confidencia*:

"A fuerza de cariño, tal vez no me dejaste crecer por dentro... (A un gesto de ella) ¡No te enojés! He sido hasta hoy tu niño, tu bebé, tu muñeco mimado, consentido... No creas que no me daba cuenta, pero era tan dulce sentirse envuelto en mimo, en ternura, en indulgencia... estar siempre seguro del perdón antes de haber pecado, dejarse querer, dejarse llevar... es tan hechiceramente adormecedor el vaivén de la cuna... (Con arranque) ¡Pero, desde hoy, soy hombre yo también! Desde hoy tiene sentido mi propia vida. ¡Yo también haré algo que valga la pena! Lo has de ver."⁴⁸¹

Golpe de efecto producen estas palabras filiales en la madre sumisa que las escucha, más por el anuncio definitivo de su desvinculación materna tras una crianza con excesiva

⁴⁷⁷Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 128.

⁴⁷⁸Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 666.

⁴⁷⁹Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 64.

⁴⁸⁰Turin, Adela, *op. cit.*, pág. 27.

⁴⁸¹Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 131.

sobreprotección, rodeado del embrujo maternal. Irónico sentimiento el ser usado, dejándose llevar por esa absorbente marea de protección, sin preocupaciones ni molestias, incluso hasta mermar su propio desarrollo personal a favor de la figura maternal que continuaba hasta hoy teniendo un quehacer continuo en el cuidado de su pequeño. De acuerdo con la perspectiva que recoge Beauvoir: "su crimen es querer conservar a su hijo encerrado para siempre en las tinieblas de su vientre; lo mutila con el fin de poderlo acaparar y llenar así el vacío estéril de su ser."⁴⁸² El hijo de la obra parece decir entre líneas que el hechizo se rompió, que el encanto de la bruja buena perdió su efecto y nada podrá hacer para recuperar a su cautivo consentidor, a ese que estuvo entre las lindas rejas de un hogar encantado, que permitió que la magia continuará mientras fuera en su beneficio. Ese hijo da muestra de la "represión sufrida por las madres, debido a su capacidad de control, al poder que le otorga la vinculación con los hijos [...] poder [que] provoca miedo y rechazo, como símbolo de vulnerabilidad"⁴⁸³ y señal de una estrategia de posesión, aunque sea temporal. Ahora, desde esa noche en adelante, la bruja quedará sola en su castillo, amargada, abandonada, con una sonrisa hipócrita en sus labios, pues, al fin, el príncipe azul se marcha con una princesa liberadora a otro castillo donde esa princesa se convertirá también en bruja y tendrá a sus propios principitos que hechizar. Este príncipe de *La última confianza* y los principitos que vendrán sorprenderán luego al juzgar que esas "mujeres, gracias a cuya inteligencia viven ellos, no serían capaces de administrar una sociedad de seres vivos, ni siquiera de ser ellas mismas ciudadanas completas."⁴⁸⁴

En claro contraste con ese muñeco varón, la autora riojana propone una versión propia de muñeca en su *alter ego* Teresa, de la novela *El amor catedrático*:

"¡Ay! un chiquillo mío, para entenderle siempre, para contarle cuentos y verdades, para enseñarle versos y geometrías, para dormirle con la señal de la cruz en la frente y despertarle con el gozo del juguete que esta noche le han traído las hadas. ¡Un chiquillo mío, sí, un chiquillo mío, para que sea el hombre que yo hubiera querido ser en mis sueños de muñeca exaltada!"⁴⁸⁵

La correspondencia de Teresa con una muñeca singulariza la posición femenina habitual, lejos de la coeducación y el entorno privilegiado sin distinción alguna entre hijos por sexo. El sesgo social se pone de relieve en la última exaltación y revela el cariño especial que

⁴⁸²Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 292.

⁴⁸³Rodríguez López, Sofía, "Las edades de las mujeres en la prensa almeriense de la Guerra Civil", en *Las edades...*, *op. cit.*, pág. 357.

⁴⁸⁴Irigaray, Luce, *op. cit.*, pág. 76.

⁴⁸⁵Martínez Sierra, Gregorio, *El amor...*, *op. cit.*, pág. 127.

tuviera por un vástago de género masculino al que enseñar y exaltar su fantasía, junto al ideal de una comprensión eterna entre madre e hijo. Teresa se corresponde con esa madre que busca en el hijo "las casas que ella no construyó, los países que no ha explorado, los libros que no ha leído, él se los dará. A través de él poseerá el mundo: pero con la condición de que posea a su hijo."⁴⁸⁶ Teresa, en realidad, quiere "reconstruirse" con el objetivo de desechar esa resignación femenina a la no acción, para encumbrar a un yo masculino dentro del marco social. La impresión más retorcida pervive en esa muñeca que maneja a su antojo una marioneta masculina o, al menos, hasta que esa marioneta decide tomar sus propios hilos, como veíamos en *La última confidencia*.

Hasta ahora, de los fragmentos escogidos para mostrar la supeditación maternal al sucesor dilucidamos que el destino de ese pequeño gran hombre desembocará en la fama, el reconocimiento, la cúspide. Esa constante de María Martínez Sierra solo queda fragmentada cuando la muerte aparece en escena. Con su guadaña y su toga negra trunca el porvenir de varios personajes, especialmente madres o niños de corta edad. Así sucede en los cuentos breves que recoge Lizarraga, como *La muerte de un niño*, en que una madre sufre por la pérdida de su hijo. En este cuento, el propio enfermo es consciente, pese a ser solo un chiquillo, de lo que le va a suceder, asumiéndolo por la creencia de ocupar un rincón en el cielo, su fe en Dios y el milagro de acudir a su lado. No obstante, la angustia materna sigue latente, hasta tener que ser consolada por el propio hijo. "El corazón dejó de latir, el cuerpo del niño quedó inmóvil y frío entre los brazos de aquella mujer, que bañaba con sus lágrimas de horrible angustia el rostro del muerto, bello y sonriente aún."⁴⁸⁷ La valentía de otras madres queda atrás para imperar el papel de una "angustiada madre" que despide a ese hijo cuyo futuro posible contaba con prosperidad y felicidad garantizadas.

4.3. Sacrificio por ambas partes

Del sacrificio se nutren la leyenda, el mito y la idealización de la madre. De ese sacrificio nos habla la escritora riojana a través de una mujer luchadora, Mariana de la novela *Torre de marfil*. En este episodio, Mariana y la marquesa discuten acerca de su relación con Gabriel e intentan convencerle de que vuelva a Madrid con su pareja o permanezca con su madre, pero él no lo soporta y cae desplomado. Ante esa actitud que demuestra la debilidad de su pareja, Mariana decide llevarse a su hijo y responde airada ante la posibilidad que le ofrece la marquesa de dejarle a ella a su hijo:

⁴⁸⁶Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 672.

⁴⁸⁷Lizarraga Vizcarra, Isabel, *op. cit.*, pág. 98.

"-No, señora, no- responde gravemente Mariana-, hijo por hijo, tanto como para usted el suyo, vale para mí el mío, y ha de ser como yo quiero que sea [...] ¡Sí que es triste la vida algunos días, sí!... ¡pero para tí no lo será, hijo, porque eres hombre, y porque serás fuerte, eso te lo aseguro yo!"⁴⁸⁸

La pena que supura el corazón de Mariana por dejar a Gabriel atrás le insufla fuerzas para envalentonarse ante ese recién nacido, augurándole un destino que superará con creces el de su progenitor, cuya identidad adolece de inconsistencia y cierta carencia hereditaria.⁴⁸⁹ Nuestra autora nos sitúa en medio de un camino, mirando hacia atrás y hacia delante a un tiempo. Hacia atrás aparece Gabriel, postrado en el suelo y custodiado por el perfil de la marquesa, madre destructora, egoísta y posesiva, evidencia del peligro manifiesto de dejar a niños en manos de mujeres insatisfechas.⁴⁹⁰ Hacia delante, Mariana pisa con decisión, arrojando entre sus brazos a ese niño que nacerá, crecerá, se desarrollará libremente bajo unos supuestos apropiados para entender sus posibilidades, sin coacción materna, "se presume que el niño tendrá un desarrollo psíquico óptimo si no interviniera una madre patógena,"⁴⁹¹ como su suegra la marquesa. Estamos ante una clara denuncia de María Martínez Sierra que posiciona la responsabilidad parcial de la descendencia en su madre, si bien hemos de entender la educación que esa mujer ha recibido para poder valerse como maestra de la vida. Si una niña no sabe ni leer ni escribir, ¿cómo podrá enseñar a los demás a hacerlo?

Nuestra autora no deja de sorprendernos al reflejar todas las caras de un caleidoscopio, todas sus posibilidades, con sus figuras geométricas y sus colores. Tras evidenciar el archiconocido sacrificio de la figura maternal, nos trae en la pieza teatral *Mamá* aquel sacrificio que pasa desapercibido por el esperable egoísmo de la prole. Aquel que pone de relieve la necesidad freudiana del niño de identificarse con el padre, tras ser objeto del deseo materno. En el tercer acto, Santiago descubre que su hijo sacó las diez mil pesetas que le pidió Mercedes de la cuenta del banco. El hijo intenta engañar al padre, pero de nada sirve pues Santiago conoce la cantidad y el apego que José María siente hacia Mercedes, negando la evidencia hasta lo indecible debido al amor:

"Santiago.- Tu madre.

⁴⁸⁸Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 243.

⁴⁸⁹Muraro, Luisa, *op. cit.*, págs. 161-162.

⁴⁹⁰Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 667.

⁴⁹¹Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 247.

José María.- (Con desesperación) ¡No, no! ¡Te aseguro, te juro que no!

Santiago.- [...] ¡Es triste no poderse fiar de lo que más quiere uno en el mundo!"⁴⁹²

Desde el enfoque de Freud, el hijo representa para la madre un objeto fálico, ese objeto que compensa lo que a ella le falta.⁴⁹³ A pesar de las desalentadoras palabras del padre, Santiago constituye el modelo a imitar por su hijo José María, cuando este busque un salvavidas ante la imposible vinculación con Mercedes, tras desocupar esa posición fálica, permaneciéndole eternamente "agradecido porque a él *lo ha hecho* del sexo superior o mejor considerado."⁴⁹⁴ Ese salto temporal aún no se ha producido por la separación de madre e hijo debido a la educación en un internado de José María, por lo que en este momento de la obra, la balanza del amor materno y paterno tiende hacia la madre, cuyo hijo prefiere culpabilizarse y afrontar el castigo en defensa de esa madre a la que vió llorar y de la que no necesita explicación ninguna para sus actos. Santiago, en tanto padre, aún no ha sabido interpretar su rol para el desarrollo de su hijo, rompiendo la simbiosis materno-filial y liberando a su hijo José María de esa fusión perniciosa con su madre.⁴⁹⁵ De hecho, José María actúa, según Jenofonte, conforme a "la admiración de un hijo hacia su madre [que] se convierte, de este modo, en una especie de pago a la dedicación, protección y cuidados recibidos desde la infancia."⁴⁹⁶ No obstante, como hemos señalado en anteriores temas, Mercedes no responde al rol habitual de madre entregada, y quizás sea por esa peculiaridad, por esa misma *rara avis*, que ese hijo encuentra el eje vital en ella y la deifica hasta límites inimaginables.

Bajo otra perspectiva, descriptamos el comportamiento encubridor de José María como parte de esa "protección de por vida por parte de los integrantes masculinos de su familia: primero el padre, los hermanos, los tíos y luego el esposo y los hijos."⁴⁹⁷ Al fin y al cabo, Mercedes responde al rol de niña que no asume responsabilidades, cuyo padre le concedió todos los caprichos, cuyo marido silenció su falta de fortaleza vital y cuyo hijo continúa ensimismado ante su reflejo ideal. José María mantendrá su actitud hacia Mercedes hasta que, de nuevo, y a pesar de redundar, llegue la hora de que, como hijo, adopte su propia vida y deje a su madre en el camino.

Tras estas páginas repletas de evidencias, hemos de evitar la conversión de esa "amante

492Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá*, *op. cit.*, pág. 52.

493Moreno Mitjana, Blanca, "La relación madre-hija: el enfoque freudiano", en *El vínculo...*, *op. cit.*, pág. 32.

494Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 37. La cursiva es de la autora.

495Garro Baca, Eleonora y García, Ethel, "Construcción del erotismo y la feminidad desde un punto de vista evolutivo", *Fundamentos en Humanidades*, 1 (2005), pág. 194.

496González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 412.

497Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 89.

genitora en una neurótica castradora, en un monstruo devorador, aniquilador de la libertad, de la independencia del hijo"⁴⁹⁸ para alcanzar la felicidad de madre e hijo. Empezaremos erradicando ese "ideal del acto reproductivo [que] supone el nacimiento de un niño, imagen del padre, mientras que el nacimiento de una niña siempre implica un defecto del espermatozoides masculino"⁴⁹⁹ porque, aunque suene a leyenda medieval, este deseo sigue imperando en pleno siglo XXI. Sin ir más lejos, en China o en "los libros ilustrados [que] les enseñan a los niños que los chicos, naturalmente activos y dinámicos, tienen un valor y una importancia mayor que las niñas,"⁵⁰⁰ de acuerdo con el libro de Turin que, afortunadamente, fue publicado en 1995, pudiendo considerarse que veinte años más tarde ha habido cambios significativos, de acuerdo con mi experiencia como bibliotecaria.

5. Pareja versus suegra

Tres obras de nuestra autora acentúan esa rivalidad entre mujeres que se encuentran en torno a un hombre: *Torre de marfil*, *La última confidencia* y *Mamá*, aunque bien es cierto que, en esta última pieza teatral, la nuera aparezca bajo hipótesis. El combate, la disputa, el enfrentamiento están asegurados, solo falta resolver quién ganará en el verdadero arte de la vida: dejar ir lo que amas.⁵⁰¹

Pues bien, en el análisis de los siguientes fragmentos, tendremos en mente la vida personal de María Martínez Sierra, así como la escasa información que poseemos de su relación con la madre de su esposo Gregorio. Sin embargo, ya hemos mencionado la actitud enmadrada del director teatral y su tendencia a superponer la figura maternal en la esposa cándida que fue la autora.

Tras la marcha de Mariana, Gabriel recobra el conocimiento en la novela *Torre de marfil*. Su madre trata de calmar a su angustiado hijo: "-se marchó, hijo- dice la señora acariciándole con ternura, acaso por primera vez en su vida-; pero no te aflijas, que está aquí tu madre. Y él llora interminablemente."⁵⁰² En estas palabras se vislumbra el cambio parcial que ha tenido la marquesa, quizá por el trato con su nuera Mariana, mostrando cariño maternal por primera vez y apaciguando, o, al menos intentándolo, a su hijo, recordándole que ella estará junto a él. En contraste, el llanto incontrolado de Gabriel muestra que esa madre biológica no basta para sustituir a Mariana como amor de su vida y madre sustituta. La lucha entre suegra y

⁴⁹⁸Cortijo Talavera, Adela, art. cit., pág. 3.

⁴⁹⁹Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, op. cit., pág. 157.

⁵⁰⁰Turin, Adela, op. cit., pág. 7.

⁵⁰¹Martín Garzo, Gustavo, op. cit., pág. 87.

⁵⁰²Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, op. cit., pág. 243.

nuera resuelve el conflicto psicológico de Gabriel, hasta valorar esta la joya que encontró en la modistilla madrileña en detrimento de esa maternal piedra gastada, a pesar del título de marquesa.

En clara oposición, encontramos la prueba fehaciente de que la rivalidad entre mujeres fructifica por el empeño masculino en *La última confidencia*, con el hijo provocando esa parte salvaje de toda mujer, propulsada por los ilógicos celos:

El hijo.- ¡Uy, madre celosa! (se ríe)

La madre.- (Con apasionamiento) ¡No digas eso! ¡Jamás! ¡Que no te lo oiga nunca decir nadie!

El hijo.- (Sonriendo) ¡Nadie nunca! Secreto entre tú y yo. Pero, es verdad. Celosa... Sí, me gusta. Soy muy malo. La culpa la tienes tú. Te voy a confesar un pecado. De chiquillo, tosía muchas veces por darme el gusto de verte preocupada... por mí, por mí.

La madre.- Ya, ya. Marrullerías no te faltan. A ratos, pareces una mujer.

El hijo.- Eso dice Cristina."⁵⁰³

Los celos crecen al instante, al igual que la urgencia por apagar el conocimiento público de ellos, y esa necesidad masculina de focalizar la atención femenina y mantener en vilo a esas dos mujeres. De esta forma, pervivirá la retorcida vinculación entre madre e hija por ley o por sagrado sacramento, incluso cuando ambas saben que él provoca tales situaciones por ciertos comportamientos denominados, desde un punto de vista machista, propiamente femeninos. Cabe resaltar ese juicio negativo de la mujer con el que María Martínez Sierra logra hacer saltar el resorte de cualquier lectora que se acerque a esta breve pieza de teatro, hasta llegar a plantearse seriamente esa lectora a cuántos hombres conoce que actúen con ese cinismo infantil.

La distorsión entre féminas que produce el hijo va más allá, a razón de una idea acertadísima en su diálogo nocturno, tan acertada que su propia madre duda de la autoridad varonil: "eso del vaivén de la cuna, ¿te lo ha dicho ella?"⁵⁰⁴ De esta forma, la suegra juzga a su nuera a través de la lente parcial y negativa que le enseña su hijo, supuestamente de forma inconsciente, hasta arraigar en la madre el germen de los celos por esa muchacha que busca el desarraigo materno de un hombre de 24 años. En ocasiones, a lo largo de este estudio, nos ha parecido que Beauvoir leyó a nuestra autora, hasta tal extremo ciertos fragmentos de su obra

⁵⁰³Martínez Sierra, María, *Teatro...*, op. cit., pág. 132.

⁵⁰⁴*Ibidem*.

magna, *El segundo sexo*, clarifican las piezas de María Martínez Sierra, hasta parecernos que da voz a la madre de *La última confidencia*: "su hijo le debe la vida: ¿qué le debe a esta mujer que ayer ni siquiera conocía?"⁵⁰⁵

Finalmente, el rol maternal asume su lugar secundario, hasta admitir la presentación oficial de esa desconocida, de nombre Cristina, con la evidente perspectiva de proceder a un juicio de la nueva figura femenina en la vida de su hijo único:

"La madre.- Soy prudente... pero si te has de entristecer, cuando quieras. También a mí me gustará conocer más de cerca a la que se me lleva mi bebé.

El hijo.- (Contento) No se te lleva nada. Viene ella conmigo."⁵⁰⁶

La última intervención filial destaca ese amargo final de resolver el conflicto que él mismo ha originado, sembrado y cosechado entre la mujer a la que debe su existencia y aquella con la que compartirá su vida por decisión propia. De acuerdo con Briffault, "no es la madre, por lo tanto, la que expulsa a su progenie masculina, sino el hijo que, en la madurez sexual tiende a transferir su fidelidad a otra mujer."⁵⁰⁷ He ahí una cuestión fundamental para cualquier hombre: la imposición de la madre y la elección de la esposa, la sempiterna presencia maternal contra la posible temporalidad de la cónyuge, ateniéndonos a la época actual en que los matrimonios disminuyen en tanto en cuanto aumentan los divorcios, aunque, a veces, los maridos también busquen en sus esposas actitudes claramente maternas. Sin entrar demasiado en el debate, al fin y al cabo la psicología no centraliza nuestro estudio, percibimos esa necesidad de maternalidad en las cónyuges como una debilidad que arrastran los hombres desde su represión infantil para evitar deseos incestuosos por sus madres.⁵⁰⁸

En un tercer grado, encontramos a Mercedes y José María en *Mamá*. Su relación maternofilial se caracteriza por una proximidad íntima, fruto de la idealización materna. La amenaza acecha en la futura aparición de una mujer que la sustituya, presencia fantasmal que augura en la lejanía Mercedes: "mucho vas a tardar en traerme una nuera, con ese aire formal tan embustero que te ha dado Dios."⁵⁰⁹ Parece deseo dicho en voz alta o, tal vez, advertencia determinista para un hijo tan subyugado por el amor maternal o, sin más, según Knibiehler, el intento de retrasar las nupcias para atesorar esa presencia varonil bajo su poder.⁵¹⁰

⁵⁰⁵Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 747.

⁵⁰⁶Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 133.

⁵⁰⁷Briffault, Robert, *op. cit.*, pág. 59.

⁵⁰⁸Moreno Mitjana, Blanca, art. cit., pág. 37.

⁵⁰⁹Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá...*, *op. cit.*, pág. 9.

⁵¹⁰Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 64.

Perfilamos el triunfo del hombre en ese enfrentamiento de hembras, puesto que como asegura Simone de Beauvoir:

"Aunque trate de distinguirlos, encuentra en una y otra una sola evidencia: la de su condición carnal. Al mismo tiempo desea asumirla: venera a su madre, desea a su amante; pero también se rebela contra ellas en el hastío, en el temor."⁵¹¹

La lucha del varón contra la muerte deviene en la relación complicada entre esposa y madre, nuera y suegra, mujer contra mujer. Ni siquiera si hubiera una mínima posibilidad de entendimiento mutuo, permitiría el esposo e hijo el desarrollo exitoso de tal intento, pues entonces el único perdedor tendría su rostro y las dos triunfadoras sonreirían ante la mirada de un niño ansioso de atenciones.

V. Esquema femenino vital por cumplir

1. *Mujer=Madre*

Esta correspondencia mujer=madre "no responde a ninguna esencia sino que, lejos de ello, es una representación -o conjunto de representaciones- producida por la cultura."⁵¹² Es decir, estamos ante una cuestión matemática que no produce elementos objetivos, sino un resultado puramente subjetivo, elaborado por la ideología patriarcal para encasillar al género femenino en una sola función. Única y extraordinaria, pues hemos de valorar la reproducción en su justa medida, por lo que nos planteamos los motivos por los que no ha obtenido su reconocimiento hasta ahora. Precisamente, por el motivo de encuadrarse en el esquema vital de las mujeres, las cuales, sin más tarea ni cometido, no obtendrían ningún mérito. Carecen de posibilidades ante "este hecho extraordinario [que] ha sido considerado como el más ordinario de la vida femenina."⁵¹³ No obstante, en estas páginas, lidiaremos con el objetivo de visibilizar la maternidad en tanto en cuanto posible salida ante las vías que el tren de la vida ofrece a cada persona, añadiendo, además, el matiz de la especialización, su valía, puesto que, al igual que en el mundo laboral, la mujer que adquiere las dotes para la maternidad ha de ser promocionada de acuerdo con su esfuerzo, insertando entonces nuestro discurso en el debate actual acerca "de la identificación cultural de la mujer con su función maternal."⁵¹⁴

1.1. Grandeza igual no existe

Empecemos este complejo tema con una conferencia de nuestra autora, que responde al título premeditado de *Maternidad*. Desde el inicio, María Martínez Sierra no intenta combatir la idea tradicional adjudicada a la mujer, sino que plantea las necesidades para cumplir con nota este examen:

"Es cierto: la maternidad es la suprema obligación, la misión esencial de la mujer; no hay quien se atreva a negarlo. La mujer tiene en sus manos el porvenir de la especie; ella es la humanidad, porque ella es la madre. Grandeza igual no existe en ninguna de las actividades masculinas. Se ha dicho con lirismo, que por una vez no está en pugna con la realidad: 'la mano que mece la cuna, mueve el mundo.' Pocas son las mujeres que no sienten como raíz misma de la vida el llamamiento a la maternidad. Hablemos

⁵¹²Tubert, Silvia, *op. cit.*, pág. 7.

⁵¹³Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 14.

⁵¹⁴Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 100.

hoy de los deberes que entraña esta vocación y de los derechos que debiera entrañar para que se cumpla como es debido la altísima misión a que responde."⁵¹⁵

A pesar de no encontrar una oposición frontal a la maternidad como obligación máxima femenina, como origen y fin de toda mujer, hay cierta regulación de esa alternativa que toman esas otras mujeres, con la puntualización de su escasez, a las que no les llega la llamada. Tal vez porque estén ocupadas con otros quehaceres, tal vez porque escuchan el timbre y no quieren acudir al sonido repetitivo que les privará de su día a día o simplemente porque tienen sus oídos en modo silencioso contra supuestas medidas de la naturaleza y de la sociedad. Entonces, abandonan el cariz de imposición para considerarse algo por venir, aunque puede no hacerlo, hasta convertirse en opcional. No obstante, la llamada se produce, "es un patrimonio inalienable de la identidad femenina, tanto si la mujer responde con un 'sí' como si responde con un 'no'"⁵¹⁶ y la mayoría la toman al vuelo para saborear el triunfo que conlleva, logro no comparable con el obtenido por un hombre en cualquier área: la creación. De esta forma, las mujeres alcanzan a rozar la divinidad por segundos, minutos u horas, incluso durante años, hasta que un buen día su idealización quiebra. Sin duda, "la mujer vive el malestar de la dualidad entre el ser persona y el ser mujer, el malestar de tener que desplazarse de continuo de la una a la otra, o de tener que renunciar a ser una cosa"⁵¹⁷ para no tropezar con la locura que denuncia a tanta mujer que decide no restringirse a los parámetros sociales, sin molestar ni incordiar a su marido altamente ocupado en los quehaceres laborales.

En esta escena, engarzamos el planteamiento de Manrique Arribas en la época franquista, donde "la conciencia psicológica colectiva preparaba un conformismo social en el que todos los agentes participantes confluían en una misma forma de pensar."⁵¹⁸ Si todas las fuentes irradian las mismas aguas, nadie sospechará de la infección del manantial. En esta tesitura, la soledad de esa mujer-madre resulta escalofriante, sobre todo a la luz de esos manuales de consejos para las amas de casa de principios de siglo que le acuciaban a mantener un halo de perfección de tal magnitud que solo con su lectura nos apabullan hoy. En consecuencia, tanto en el mágico inicio como en ese fin abrupto de la consagración vital de la mujer a su máxima obra resultan necesarias unas herramientas a emplear por la sociedad, sin llegar al extremo de normas coercitivas con la excusa de proteger a la mujer para garantizar su labor maternal,⁵¹⁹ ni tampoco directrices que los hombres usan en momentos puntuales para

⁵¹⁵Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 78.

⁵¹⁶Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 258.

⁵¹⁷Camps, Victoria, *op. cit.*, pág. 138.

⁵¹⁸Manrique Arribas, Juan Carlos, *art. cit.*, s. pág.

⁵¹⁹Fernández Menicucci, Amaya, *art. cit.*, págs. 236-237.

conseguir beneficios de sus compañeras.

Reivindicamos derechos de calidad en la educación de la mujer, en la legislación, en la participación del Estado dentro del núcleo familiar para una conciliación apropiada de las dos esferas en las que lucha el ser femenino. Y, por supuesto, el derecho a "decidir qué hacer una vez que se ha concebido"⁵²⁰ y a escoger cuándo ser madres. Gemma Lienas arguye que este último derecho ha sido logrado, "pero aún no tenemos el derecho real de decidir si queremos serlo o no. Habremos llegado a ese punto el día que la presión social sea cero."⁵²¹ Ilusoria situación desde nuestro punto de vista.

1.2. Intangible, eterna, santa

De acuerdo con Helena Establier, "queramos o no, los conceptos de 'mujer' y 'madre' han ido indisociablemente unidos en nuestra historia cultural."⁵²² Por ello, nuestros argumentos para contrarrestar esa igualdad, aparentemente matemática, del título de este tema quedan vacíos ante sentencias como la del político Luis de Zulueta en *La mujer moderna*: "no confundamos ciertas serviles pequeñas obligaciones domésticas que cabría modificar fácilmente, con la misión de la maternidad, que es intangible, eterna, santa."⁵²³ Una voz inteligente suena para distinguir las dos imposiciones propiamente femeninas: el hogar, a subsanarse por otros medios, y la maternidad, auténtico sino de la mujer en cuanto que ella es la única vía para su realización. De ahí lo intratable del asunto, la infinitud de la tarea y su talante sagrado, tres elementos por los que toda mujer debiera sentirse agraciada por ese don. Y, sin embargo, las palabras de Zulueta dejan un eco acerca del útero como fuente poderosa frente a la esclavitud que se ha querido imposter históricamente. A continuación, entendemos que esta gracia natural posee un lado oculto, esa obligatoriedad no escrita que sume a la mujer en la frustración del destino cuasi determinado:

"Hablar de la Mujer o de la Madre implica, en todo caso, situarnos en el orden de lo representado, lo que nos permite observar los mecanismos que crean una figura determinada que acaba silenciando la subjetividad de las mujeres reales."⁵²⁴

Un teatro de títeres donde cada pieza ocupa milimétricamente su espacio, donde cada

⁵²⁰Pitch, Tamar, *op. cit.*, pág. 83.

⁵²¹Lienas, Gemma, *op. cit.*, pág. 93.

⁵²²Establier Pérez, Helena, *art. cit.*, pág. 167.

⁵²³Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 159.

⁵²⁴Lorenzo Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 319.

engranaje encaja a la perfección, donde cada personaje ejerce los giros que el guión precisa, sin posibilidad de sobreactuación ni improvisación alguna. Títeres que, de un primer vistazo, parecen demasiado bien hechos. Títeres que, en la segunda representación, dan muestras de su humanidad. Títeres que, a lo largo del tiempo, reflejarán síntomas de agotamiento hasta dejar de respirar. Porque el director de escena no ha dejado ni un ápice sin revisar para posibles rebeliones internas que acaben con la pieza a representar: la vida. En este teatro del mundo no hay personas de carne y hueso, solo aspirantes a dejarse manejar y ubicarse en la categoría femenina bajo dos rótulos brillantes: mujer-madre, sin individualidades ni voces disonantes.

1.3. Porque Dios lo ha querido

"Sí, todos somos hijos, mujer, para tus brazos. / Tu corazón es pan que nos das en pedazos, / como niños, nos diste las mieles de tu pecho / siempre es calor de cuna el calor de tu lecho, / aunque lo prostituya nuestra carne villana. / ¡Madre, si eres amante, madre si eres hermana, madre por pura esencia y madre a todas horas, / si con nosotros ríes, si por nosotros lloras, / ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido, / dentro del corazón lleva a un hijo dormido!"⁵²⁵

En el poema que interludia la obra situada en el convento (*Canción de cuna*), el poeta dialoga con una madre que responde al patrón confeccionado por el patriarcado, aquel por el que la figura maternal alimenta desde el pecho, abriga con la piel de su abrazo y responde a todos los seres queridos que la necesitan, sea o no madre por concepción. La risa y el llanto brotan a la par en su interlocutor para mostrar una empatía cercana a la perfección, gracias a la presencia innata por nacimiento de esa capacidad maternal. Esta imagen única a la que corresponden todas las mujeres sobre la faz terrenal impide la individualidad. A este propósito, en su artículo sobre escritoras medievales, Pilar Cabanés pone de manifiesto la cantidad de siglos necesaria para conquistar la individualidad femenina, sin modelo a seguir, sino múltiples versiones⁵²⁶ a seguir y aún más a crear. Destacamos este artículo por la temporalidad que juzga imprescindible para obtener un privilegio divino: la no adopción de un rol femenino, como del que nos habla el poema de *Canción de cuna*, según el cual cada mujer, tenga la relación que tenga con otra persona, tendrá el comportamiento similar al de una madre por siempre y de forma primigenia. De hecho, habrá mujeres que se conviertan en cómplices de esa trampa de la

⁵²⁵Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, op. cit., pág. 75.

⁵²⁶Cabanés Jiménez, Pilar, art. cit., s. pág.

maternidad, transformadas en mujeres-madres satisfechas, dobles agentes a favor de la reproducción que inculcan en las dubitativas ese veneno de ansiedad por el capitalismo, la familia completa y el falo como centro del universo.⁵²⁷ En contraste, y desde una perspectiva actual, la argentina Luisa Futoransky describe la multitud de imágenes maternas que retrataban 80 fotografías en una exposición que visionó: "conflictivas o volcánicas, jóvenes o viejas, seductoras o tiernas, de mirada ausente o combativas, la galería de la representación maternal es compleja y multifacética."⁵²⁸

Al final del poema, María Martínez Sierra emplea la metáfora de la posesión interna de una futura prole: "[...] dentro del corazón lleva a un hijo dormido!" Es decir, sin emplear terminología científica, interpretamos la referencia a la menstruación que tiñe de color rojo los meses femeninos para compensar la dicha de la reproducción, pues el hijo dormido representa esa posibilidad que doce veces al año visita a la fémina. "Así las mujeres serían a partir de los 12 años, en el momento de la menstruación, educadas con un único fin, el de ser madres."⁵²⁹ En otras palabras, la sentencia final del poema de *Canción de cuna* muestra la evidencia reproductiva en cada mujer, estimando el sueño de ese bebé como el letargo del reloj biológico aún no activado, escondido en el sueño. Esa ensoñación revela que "la mujer se encuentra atrapada entre lo real y lo imaginario, [...] lo simbólico es el medio transmisor de una ideología que refleja la ecuación mujer igual a madre."⁵³⁰ El deseo insertado en la conciencia colectiva femenina por un fruto de sus entrañas le conduce hacia el simbolismo de la envidia del pene y hasta la repulsión por la no maternidad, anormalidad que acecha y ante la que más vale huir sin mirar atrás.

1.4. Hasta que son madres

La riqueza de las obras de la autora riojana reside en la multitud de variantes de un mismo discurso. Lejos de considerar esta diversidad como síntoma de inseguridad, supone una capacidad para exponer mil y una acepciones de un mismo término: la maternidad. Así, en el lado opuesto al anterior poema que consideraba la inconsciencia maternal que residía en el alma femenina, la novela *Tú eres la paz* subraya la necesidad de la concepción y reproducción física para alcanzar las cotas más altas de la sabiduría femenina. Para su primo Agustín, la protagonista Ana María siempre ha respondido al tipo de mujer con dotes de madre, mas ella

⁵²⁷Cixous, Hélène, *op. cit.*, pág. 51.

⁵²⁸Futoransky, Luisa, art. cit., s. pág.

⁵²⁹Lado Delgado, Itziar, art. cit., pág. 267.

⁵³⁰Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 123.

misma le niega esa capacidad, tal y como recoge Agustín en una carta a su amigo:

"Ana María me ha hecho comprender, explicándome cómo las mujeres no saben ser perfectamente amables con todos los hombres hasta que se han enamorado de uno, y cómo no saben querer de veras y compadecer a todos los niños hasta que son madres."⁵³¹

La experiencia trae consigo el conocimiento: el amor produce la amabilidad, mientras la maternidad reserva el amor y la compasión verdaderos. Dentro de este esquema surge la cuestión sobre qué queda entonces al resto de los mortales, a esa mitad de la humanidad que nunca alcanzarán la capacidad de tener biológicamente descendencia, a esa porción que, aún pudiendo por dotes físicas, no llevan a término ese destino. Sin duda, habrá otros caminos para los hombres, otras posibilidades de realización para las mujeres, como la escritura, y otras formas comunes para ambos sexos de tomar el amor más profundo y amable. Teresa Garbí apunta hacia la sobrevaloración del amor por parte de la mujer, idea fomentada y autoimpuesta para complementar su sexo, marcado claramente por la depreciación social.⁵³²

El vocablo griego *teknopoiou* congrega en su interior léxico a cualquier mujer, cualquiera por su biología reproductora, pues Guillermina González destaca el papel evidente de procreadoras para los escritores clásicos griegos.⁵³³ En consonancia, madres somos todos, seamos hombres o mujeres, si actuamos siguiendo con cautela las directrices patriarcales que marca la sociedad y trampeando la apariencia de la maternalidad más correcta. De nuevo, hemos de revisar con lupa cada detalle de cada cita que escogemos de la escritora para evitar caer en los supuestos habituales, pues las pistas permanecen esperando que hallemos la clave para resolverlas.

1.5. Mirada falocéntrica

Teófilo, enamorado a escondidas de Teresa en la novela *El amor catedrático*, proporciona una perspectiva masculina, tradicional y conservadora de la vida marital en la que "sobrevendrá el inevitable embarazo, la mujer se retirará al hospital común, durante el breve espacio de dos o tres años, para cumplir sus deberes de madre y nodriza."⁵³⁴ Pensamiento bastante limitado para un soltero que vive a costa de su tía, cuyo concepto teórico del amor

⁵³¹Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, *op. cit.*, pág. 65.

⁵³²Garbí, Teresa, *op. cit.*, pág. 43.

⁵³³González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 322-323.

⁵³⁴Martínez Sierra, Gregorio, *El amor...*, *op. cit.*, págs. 114-115.

responde al esquema calculado dentro del que la mujer cumple su consecuente cometido. A pesar de la brevedad de la cita, su contenido tiene numerosos matices. El primero responde a esa inevitabilidad del matrimonio, sin contracepción alguna por causas religiosas o de pudor, hasta parecer que le desagrada esa labor matrimonial de carácter físico. El segundo punto trata sobre la necesidad del traslado femenino a un hospital común. Sinceramente, se nos escapa el significado de este lugar, o quizás nos confunda ese interludio temporal que cita, a continuación, de dos o tres años, durante el que preveemos el retorno de la esposa al hogar de su infancia. Para finalizar, nos asombra esa clara distinción de los dos papeles asignados a la mujer en su función materna: madre y nodriza, papel natural y social, o a la inversa.

Este discurso destila ingredientes de la receta para elaborar la feminidad normativa, de la que habla Rosa Cobo en el prólogo a la obra de Paterna y Martínez:

"Desde el siglo XVIII y hasta los años 70 del siglo XX, la feminidad normativa ha girado en torno a dos discursos y dos realidades sociales: el discurso de la casta y hacendosa esposa y el de la exaltación de la maternidad, entendidas ambas como opciones 'naturales' libremente escogidas."⁵³⁵

Mujer de su casa, madre atenta, por disposición propia, sin oposición alguna. Discursos y realidades supuestamente ideales para los hombres que sitúan a la mujer en un reducido recinto, con vistas y entretenimiento garantizado por su prole numerosa y ese sentimiento maternal tan obvio. Imaginamos una cartilla que pasa de madres a hijas, en calidad de regalo ceremonial de tono exclusivamente femenino, en la que cada fémica de la familia va tachando sus dos objetivos vitales, "que darían sentido y plenitud a su existencia: el matrimonio y el cuidado de los hijos."⁵³⁶ Nada más cabe anhelar en cuerpo y alma, supuestamente. En contra, Barbara Ozieblo asevera contundentemente que "no debemos olvidar que mujer y madre no son sinónimos y que nuestro deber como personas es desarrollar todas las facetas de nuestro ser."⁵³⁷

Retornando a la obra, la cita desprende cantidad de mensajes que extrañaban en boca del personaje del sobrino, pues efectivamente no corresponde a Teófilo tanta sabiduría, sino a su reputado gurú Felipe Trigo, a quien venera y sigue en su filosofía. A destacar ese singular cuadrante que reproducen los varones para legitimar las acciones que marcarán su vida, aunque sea por la ausencia de la mujer que llaman esposa o madre de sus hijos. Bajo este mecanismo,

⁵³⁵Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 12.

⁵³⁶Everingham, Christine, *op. cit.*, pág. 9.

⁵³⁷Ozieblo, Bárbara, introd., *El vínculo...*, *op. cit.*, pág. 11.

"las mujeres reales se diluyen en el género *Mujer* y esta se relaciona inexorablemente con la *Madre* formando un concepto monolítico e indiferenciado."⁵³⁸ Desde su elevado estatus varonil, los hombres, sin inmiscuirse en la maternidad, posicionan a la marioneta femenina con la que comparten su hogar de acuerdo con lo esperable de la máxima social. Al fin y al cabo, "las mujeres adultas son madres, esa es la norma."⁵³⁹

1.6. De mujer o madre, da lo mismo

El cierre de la obra *El ama de la casa* recalca en el argumento de la protagonista femenina, de ese ama de casa que cumple con sus obligaciones en el hogar, a nivel doméstico y sentimental. Responsable primera y última del dulce hogar ha de ser toda mujer que posee de manera inherente el talante de una madre, respondiendo a la "definición de mujer que depende del hecho de ser o no madre y de los procesos y construcciones culturales concomitantes a él."⁵⁴⁰ De tal modo, Carlota eleva el hogar de su esposo, que enaltece entusiasmado la tarea llevada a cabo por esa dulce esposa:

"Don Félix.- [...] Y esa ciencia nos la has dado tú; ese milagro lo has hecho tú, con tu talento, con tu amor, con tu voluntad, con tu gracia, no sé si de mujer o de madre...

Carlota.- De mujer o madre, da lo mismo."⁵⁴¹

En calidad de sinónimos emplea Carlota estas dos palabras, contradiciendo a la lengua española que, a pesar de su riqueza, muestra un carácter económico al evitar la existencia de dos términos con un significado idéntico. "Para una mujer, en cambio, el término 'feminidad' ha sido igual al de 'maternidad', como si de una equivalencia exacta se tratara."⁵⁴² Así, Carlota cae en el error de fusionar esas dos palabras sin interpretar las sutiles diferencias entre mujer y madre, aunque, ciertamente, una puede estar contenida en la otra, ¿o a la inversa? He ahí la complicación que intentamos resolver en este tema, recurriendo ahora a la lógica: una mujer puede ser madre por biología, puede elegir ser madre y puede elegir no serlo, incluso puede no serlo, a pesar de haberlo elegido. Cuatro variantes que tienen su inicio en la capacidad fisiológica de la mujer, pero que acatan la premisa de que "la mujer no podía definirse y

⁵³⁸Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 142. La cursiva es de la autora.

⁵³⁹Hunt Anton, Linda, *op. cit.*, pág. 30.

⁵⁴⁰Nogal Fernández, Rocío de la, art. cit., pág. 292.

⁵⁴¹Martínez Sierra, Gregorio, *El ama...*, *op. cit.*, pág. 50.

⁵⁴²Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 124.

agotarse en su función maternal."⁵⁴³

Ahora bien, hemos de considerar que la protagonista de esta obra teatral, Carlota, corresponde al modelo de mujer que llega a ser madre sin concepción biológica, únicamente por matrimonio. Carlota representaría esa figura descrita por Luongo y Salomone:

"[...] domesticable de la *mujer-madre*, o la *mujer-mujer*, que se construye hipertrofiadamente femenina, y dócil a los mandatos normativos [que] sublima su sexualidad en el culto de la maternidad y la domesticidad, para concluir su recorrido vital/textual en el recogimiento hogareño y la piedad religiosa."⁵⁴⁴

En definitiva, una mujer que acata el discurso social, que toma el manjar hogareño, lo hace suyo hasta el punto de obtener reconocimiento marital y cariño de sus hijastras e hijastro. Quizás podamos incluir en su papel cierto entrenamiento materno, es decir, el "aprendizaje y entrenamiento de un papel social determinado e intencionado,"⁵⁴⁵ similar a una licenciatura en maternidad, con matrícula en este ejemplo. Este detalle de magnificencia que muestra el personaje de Carlota resulta fundamental para el análisis del fragmento de María Martínez Sierra, pues la capacidad maternal, en la mayor parte de la geografía humana, parece atribuirse por naturaleza a la mujer, mansa y hogareña, mientras intentamos dar a entender cierta intencionalidad por parte de Carlota para alcanzar un fin positivo de sus capacidades. Sin embargo, "en España, aún hoy, el concepto de maternidad sigue siendo explicativo y concluyente en la definición de la identidad de la mujer,"⁵⁴⁶ atribución a erradicar en pleno siglo XXI, pues cada persona debe ser tratada por su unicidad para alcanzar una identidad propia, sin ser subyugada por su sexo, entorno familiar ni social, con un alejamiento radical del estereotipo que colocaba a todas las mujeres bajo una misma imagen y evitaba las molestias de la pluralidad.⁵⁴⁷

Hay que tener en cuenta la complejidad de la identidad, esa "construcción paulatina a través de sucesivas representaciones intrapsíquicas, que tienen su origen tanto en las sensaciones propioceptivas como en los estímulos provenientes del exterior."⁵⁴⁸ En otras palabras, el yo femenino compone un rompecabezas en cuya construcción interviene el

543Felitti, Karina A. y Puppo, María Lucía, "Esa relación tan delicada: itinerarios de una madre y una hija en *Una muerte muy dulce* (1964) de Simone de Beauvoir", <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero28/unamuert.html> (Consultado: 13/09/2015)

544Luongo, Gilda y Salomone, Alicia, art. cit., pág. 63. La cursiva es de las autoras.

545Arias Doblás, Rosario, *op. cit.*, pág. 37.

546Mañas Viejo, Carmen, art. cit., pág. 110.

547Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, art. cit., pág. 19.

548Garro Baca, Eleanora y García-S. Matachana, Ethel, art. cit., pág. 193.

subconsciente indomable, y la sociedad, cuyo efecto sobre la mujer aumentará o disminuirá de forma correlativa al grado de seguridad que tenga en sí. Mediante esta lucha, cada mujer será capaz de conocerse a sí misma, e incluso saber si quiere convertirse en madre. Extrapolando la cuestión al mercado empresarial en el que la calidad está en boga, la maternidad debe desvincularse de la obligatoriedad para convertirse en una opción a plantearse cada persona, sin presiones ni yugos, como "tema prioritario para la calidad de vida de todos los seres humanos."⁵⁴⁹

Sin sumirnos en la trayectoria histórica del feminismo y su posición respecto a la maternidad, resulta adecuado dar parte de las tres propuestas que las feministas han presentado a lo largo de los años: de una reacción extrema por la igualdad entre mujer y madre saltaron a la exaltación de la capacidad generadora del cuerpo femenino hasta alcanzar el punto actual de la construcción de las realidades y sus representaciones.⁵⁵⁰ Si visualizamos una línea de ideas en cuya punta izquierda hallamos la rebelión y en la derecha la asimilación, claramente hoy debatimos para lograr una estudiada posición media, en que las mujeres hablen de sus maternidades, de sus no-maternidades posibles, de aquellas que no escogieron o pospusieron sin abordarlas nunca, de las que no buscaron y las encontraron de improviso, mientras ellas miraban hacia otro lado. Posibilidades de una tercera fase feminista en que situamos nuestra voz, con la que intentamos dar a conocer que "la mujer es mucho más que su capacidad procreadora."⁵⁵¹

Por su parte, Victoria Sau propone una ecuación de la "deglución de la Madre por parte del Padre [que] convierte a la Madre en madre-función-del-Padre o $[m= f(P)]$."⁵⁵² Ecuación que dicta el empleo patriarcal de la mujer en función de su biología, sin concebir una existencia ajena a esta actividad, ni menos una posible no intervención del padre u otras cientos de variantes maternas. Las matemáticas han de derrumbarse mediante hechos humanos, elecciones reales y personales, en torno a la creación de vida, a la descendencia, a la prole. Porque este es, sin duda, uno de los objetivos de nuestro estudio: abandonar los signos de la ciencia más exacta para sumergirnos en el océano profundo, infinito, misterioso de la maternidad, donde nada es definitivo porque cada persona cambia al elegir su propia ruta marítima.

Finalmente, Luisa Muraro cruza la puerta infranqueable de la determinación patriarcal para abogar por la idea de que "una mujer no es separable de su poder-ser madre y a nadie le es

⁵⁴⁹Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 27.

⁵⁵⁰Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, págs. 7-8.

⁵⁵¹Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 102.

⁵⁵²Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 14.

lícito, por razón alguna, imponerle o prohibirle que efectivamente lo sea."⁵⁵³ Ni yugo para la negación, ni tampoco para la afirmación. Libertad ante una capacidad propia, libertad para alzar la voz en "un grito de demanda para que se bifurque el ser mujer de la maternidad."⁵⁵⁴ Asunción Martínez proporciona cariz totalitario a nuestro propósito liberador:

"[...] liberar a las mujeres es también liberar a los hombres. Es liberarse mutuamente de esa relación de dominación fundada en los estereotipos masculino y femenino en los que la condición humana vive atrapada."⁵⁵⁵

Ahora la cuestión consiste en averiguar si realmente el encierro disgusta a la totalidad de los hombres y las mujeres, o hay quienes argumentan su preferencia por esta reclusión que les concede sumisa tranquilidad, sin reflexión propia ni desmoralizante abanico de probabilidades vitales.

2. Destino femenino

“No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico, económico, define la imagen que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; el conjunto de la civilización [la] elabora”⁵⁵⁶ a su antojo e introduce la idea preconcebida de que no puede escapar de esa condena por nacer mujer.

Al igual que cualquier otro trauma irrevocable ante el que nos enfrentamos, el sino femenino se supera mediante una serie de pautas. En estas páginas abordaremos las etapas del conformismo y el pesimismo hasta alcanzar la ansiada superación y María Martínez Sierra nos guiará en este proceso para el crecimiento de cada mujer en pos de un destino propio, no definido por su sexo, aunque “esta experiencia despierta un comadreo ancestral entre madres, hijas, familiares, amigas y conocidas que nos ayuda a realizar este complicado viaje en nuestras vidas.”⁵⁵⁷

553Muraro, Luisa, *op. cit.*, pág. 106.

554Ramírez Olivares, Alicia V., "La maternidad en Gabriela Mistral y Rosario Castellanos", *Graffylia: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 3 (2004), pág. 86.

555Martínez Mellado, Asunción, art. cit., pág. 136.

556Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 371.

557Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 10.

2.1. Conformismo

“Habitamos un mundo que nos es propio y ajeno, un mundo configurado en base a convenciones culturalmente heredadas que consciente o inconscientemente asimilamos para poder vivir en sociedad, pasando así a formar parte de un imaginario social.”⁵⁵⁸

Destacamos esa consciencia presente o ausente durante el período de aceptación de convenciones, aquellas que conjugan un patrimonio social en el que nos circunscribimos mujeres y hombres, de acuerdo con nuestros géneros y roles consecuentes. En nuestros primeros pasos dentro de ese mundo femenino nuestro y aquel suyo masculino, el primer paso consistirá en aceptar lo esperable, como hace en la obra *Torre de marfil* Mariana, mujer sensata, que conoce la cruel verdad femenina: "mujer que nace, lágrimas seguras. Así es el mundo; ¡qué le va uno a hacer!"⁵⁵⁹ Transformar lo inevitable en esperable conllevará una mejoría cuantiosa en la psicología femenina, disminuyendo el peso de la instancia moral interiorizada.⁵⁶⁰ Esas mismas lágrimas vendrán provocadas por el comportamiento paternal en casa, a raíz de la distinción entre hijos e hijas. Fadela Amara rastrea en sus propias vivencias “una clara diferencia entre cómo debía vivir una chica y cómo debía vivir un chico. La libertad de movimiento era evidentemente distinta [...] a él, nuestros padres nunca le exigían nada,”⁵⁶¹ pues era el único hijo mayor, el primogénito, el que debía heredar el patrimonio, mientras Fadela y sus hermanas debían doblarse ante las tareas domésticas y las tradiciones patriarcales. Ante tal panorama, el único remedio femenino consiste en el impotente llanto. Llanto que explica el varón por las hormonas que revolucionan la rutina de la mujer, olvidando “olímpicamente que su anatomía también incluye hormonas.”⁵⁶² Este hecho no cae en el olvido sin más, sino que es soterrado mientras reluce la debilidad innata del ser femenino, debido a los procesos biológicos a los que se ve sometido de por vida. Distintas etapas, distintas edades con cargas de emociones que fueron elevadas a su máxima potencia bajo la lupa androcéntrica hasta que “los prejuicios culturales se tomaron por axiomas que además se rodearon de numerosos datos experimentales.”⁵⁶³ La ciencia al servicio del hombre, solo del varón, se entiende.

558Solorza, Paola Susana, "Género, cuerpo y escritura: la contingencia de las prácticas", <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero39/gencuer.html> (Consultado: 13/09/2015)

559Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 187.

560González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 25.

561Amara, Fadela, *Ni putas ni sumisas*, Cátedra, Madrid, 2004, pág. 28.

562Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 50.

563Lacalzada de Mateo, María José, art. cit., pág. 573.

En cambio, ningún esfuerzo supuso la sumisión ideológica para el constructo social de la mujer dentro del sistema patriarcal que recoge *El amor catedrático*:

"Toda mujer -no sé si por acatamiento de una ley natural o por pesadumbre de la idea heredada siempre que edifica visiones de porvenir- creo que comienza el dulce trabajo arquitectónico en cuando salta de la cuna, puebla sus castillos en el aire con hijos y marido, así por este orden: hijos y marido."⁵⁶⁴

La ironía de este fragmento resalta en el empleo de esa capacidad visionaria, de la dulzura de la labor de construcción, incluso de esos aéreos monumentos con figuras imaginarias en su interior. La imaginación constituye la fragua ideal para los patrones inculcados desde la infancia, incluso desde la cuna, "con la importancia de la figura de la madre que muy tempranamente imprimiría una huella de feminidad en etapas arcaicas del desarrollo infantil,"⁵⁶⁵ aptitud materna implantada a través del inconsciente, sin premeditación de la propia madre, pues muchas de ellas preferirían ampliar el campo de acción de sus hijas. Esas madres ayudarán a su prole femenina para no caer en la tela de araña en la que sucumbieron ellas, constituyendo ese apoyo la base para la lucha contra el conformismo, batalla individual, según indicación de Amritanandamayi: "la mujer vive hipnotizada por su propia mente y, si desea liberarse de este campo magnético, tiene que hacerlo ella misma. Este es el único camino."⁵⁶⁶

Pasados unos años, esa misma dosis de imaginación, que tan buenos resultados tuvo para la normativa patriarcal, se convierte en campo de cultivo para soñar con otras existencias, más allá de las expectativas sociales. En ese proceso a la inversa surgen los dilemas personales, las frustraciones ante esa herencia materna, que tiene en consecuencia el odio femenino hacia la responsable de nuestro futuro. Aunque ciertamente "el movimiento feminista ha logrado que parte de la sociedad dejara de relacionar, al menos en Occidente, a la mujer como sujeto social con un supuesto destino biológico,"⁵⁶⁷ toca preguntarse por el lapso de tiempo que resta para que toda la sociedad olvide relacionar a la mujer con ese sino reproductivo. Se antoja misión imposible debido al recordatorio mensual de esa maldición, con tantos sinónimos en el campo lingüístico:

⁵⁶⁴Martínez Sierra, Gregorio, *El amor...*, *op. cit.*, págs. 50-51.

⁵⁶⁵Velasco Arias, Sara, *art. cit.*, pág. 138.

⁵⁶⁶Amritanandamayi Devi, Sri Mata, *art. cit.*, s. pág.

⁵⁶⁷Caporale Bizzini, Silvia, *introd.*, *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 15.

“Se creía en tiempos de Aristóteles que cada mes fluía una sangre destinada a formar, en caso de fecundación, la sangre y la carne del niño; la verdad de esta vieja teoría es que la mujer recomienza sin tregua el trabajo de la gestación.”⁵⁶⁸

2.2. Pesimismo

La siguiente etapa corresponde al pesimismo más extremo, a la inviabilidad de contemplar una alternativa, hasta arrastrar a la mujer a la autodestrucción. En este intento naufraga la madre de la obra *El agua dormida*. Tras intentar acabar con su vida y con la de su hija tirándose a un canal en Ámsterdam, la cantante termina en una casa de campo gallega, propiedad de uno de sus admiradores, con una gran depresión en la que se descubre su mal mayor: su condición femenina, de acuerdo con la rotunda sentencia que le transmite a su hija y que pone punto final a la obra: "pero cuando me marché yo a acostar y le fuí a dar un beso, como todas las noches, me tuvo mucho tiempo abrazada, y dijo que cuando nace una mujer la debían estrellar la cabeza contra una tapia."⁵⁶⁹ Nuestra autora subraya el egoísmo de este comportamiento maternal, impidiendo a esa madre egoísta, en su condición de creadora de vida literaria, el irremediable fin a esa niña, cuyo futuro aún permanece abierto, a pesar de una madre deprimida por su propia vida, claramente insatisfecha. Hasta ese suicidio frustrado, “la mujer ha soportado el cuerpo, como ser fuera de lo social, como sujeto del margen y de la abyección, el cuerpo la ha acompañado, la ha convertido en proscrita.”⁵⁷⁰ El dramatismo de esa escena, en la que esta madre alude de forma cruel al acto de bondad que debieran realizar a un recién nacido de sexo femenino, provoca asombro, sobre todo, si contemplamos las obras analizadas de la autora riojana, cuya línea mantiene la proporción impoluta, sin extremismos de esta gradación. Irremediamente, el impacto de esa imagen hipotética que acaba con una vida femenina permanece en nuestras retinas y rememora la costumbre de la Antigüedad clásica cuando el *pater familias* aceptaba o rechazaba a su prole.

Ese estado de patetismo egocéntrico de esta madre procede del rol que “le acarrea 'complejo de inferioridad' que la vida real, social, cultural, le aumenta.”⁵⁷¹ Una vez más, todo apunta a la carencia de la fémica frente al varón, a pesar de que, como señala González de Chávez, esta interpretación “contrasta con el privilegio de su anatomía y fisiología, ya que únicamente el cuerpo femenino está capacitado para concebir y dar la vida.”⁵⁷² Este don

⁵⁶⁸Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 90.

⁵⁶⁹Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 285.

⁵⁷⁰Ferrús Antón, Beatriz, *op. cit.*, pág. 306.

⁵⁷¹Garbí, Teresa, *op. cit.*, pág. 42.

⁵⁷²González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 54.

provocaría maravillas sin esa fuerza sintomática de la obligatoriedad, entendiendo el reproche que vierte en la obra esa mujer hacia su hija, incapaz de pronunciarlo ante quien es responsable de sus penas, pagando el pecado esa pobre niña, cuya perplejidad no podemos más que imaginar, debido a ese argumento abierto, por el que parece que la niña sufrirá la repetición de esa pesadilla femenina de la que nos habla Rosario Arias.⁵⁷³ Esta madre serviría de perfecto ejemplar para el estudio psicológico de Freud porque aunque, en apariencia, parecía haberse reconciliado con su propio sexo, subsiste en su inconsciente un profundo resentimiento por su femineidad, que le conduce al intento de suicidio.⁵⁷⁴

Ciertas preguntas quedaron sin respuesta en esta breve novela por decisión de María Martínez Sierra, quien quiso remover nuestras conciencias al plasmar ese odio de una mujer contra sí misma, por su condición femenina. Y, sin embargo, no juzgamos culpable a esa madre, sino a los hombres que la “han arrastrado, insidiosa, violentamente, a odiar a las mujeres, a ser sus propias enemigas, a movilizar su inmenso poder contra sí mismas, a ser las ejecutoras del viril trabajo.”⁵⁷⁵

2.3. Superación

Tras atravesar el bloque conformista y el contraproducente pesimismo, alcanzamos el período del progreso. A través de una breve pieza insertada en la colección de *Eva curiosa*, visualizaremos el avance generacional, el salto vital de una hija sobre su madre, no dejando atrás a esa pasiva mujer que le concibió, sino tomándola de la mano para que le acompañe en su rico porvenir, más alentador por la obtención de beneficios sin abandonar su sexo, sin reproches ni tragedias. El desalentador título *Le has pedido tan poco a la vida* hace referencia a las nulas exigencias de la madre, doña Paz, que aceptaba su destino como mujer. Mujer inteligente que sutilmente ha ido inculcando valores a su hija, Carmela, sin frenar los sueños de esta, aplaudiendo sus progresos y felicitándola por sus triunfos, lentos y pequeños, pero seguros. Doña Paz “quiere que su experiencia tenga sentido, es una forma de tomar la revancha.”⁵⁷⁶ Ambas dialogan acerca de los sueños de la joven para el futuro de ambas, mientras los anhelos increíbles para la madre se exaltan en la mente de la hija trabajadora. En contraposición, y sin presencia real, en este diálogo interviene la voz masculina de los hermanos de Carmela que cuchichean sobre las intenciones laborales de ésta y su valentía,

⁵⁷³Vid. Arias Doblaz, Rosario, *op. cit.*

⁵⁷⁴Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 40.

⁵⁷⁵Cixous, Hélène, *op. cit.*, pág. 21.

⁵⁷⁶Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 673.

fuera de lo normal, para lanzarse a la calle, con el objetivo de salir de la pobreza. Nos hemos explayado bastante en este relato por la carga argumental que posee, especialmente esa solidaridad femenina entre madre e hija, contra la imagen patriarcal difundida por la literatura de la disputa eterna entre féminas de dos generaciones. Dos generaciones que comparten su condición de hija, aquella que “dura toda la vida y propone asumir el mundo de las 'Hijas' como verdaderamente nuestro, el que nos permite el desafío y la indignación y nos libera.”⁵⁷⁷ Esa igualdad entre hijas contrasta con la parodia textual acerca de la procedencia biológica de la hija, en contraste con la verdad innegable a la que apunta Carme Riera: “no tener duda de que las criaturas son nuestras, verdaderamente nuestras, y saberlo desde el primer momento.”⁵⁷⁸ La sumisión materna contrarresta la rebelión filial, comportamientos tan dispares que marcan el cambio temporal y el posible dominio del legado femenino:

"Carmela.- ¡Tú has pedido siempre tan poco, madre! No has querido molestar a nadie.

Te has resignado a todo de antemano. Nunca has vivido bien, nunca te has divertido...

Se han pasado los años mejores de tu vida, y ahora, ¿qué tienes madrecita, qué tienes?

Doña Paz.- (Abrazándola) Hija, te tengo a tí... ¡Para que quiero más!

Carmela.- (Devolviéndole el abrazo y riéndose) ¡Madre...! ¿Estás segura de que soy hija tuya?"⁵⁷⁹

Focalizamos nuestra atención en el cierre estructural de la pieza con un abrazo, aquel que no le concedió, en el inicio, la hija al llegar, pero le arranca la madre al final. Madre e hija unidas por su reflejo, puesto que “cada mujer es hija de una madre; la madre es el primer espejo en el que se miran hijos e hijas.”⁵⁸⁰ Aunque ya mayor, doña Paz tiene tiempo para escuchar y animar a su hija, su máximo logro, ese motivo de orgullo que reflejan sus palabras, lejos de la dependencia de esos otros hijos varones, que intentan acabar con las pretensiones de Carmela. Ellos funcionan para mantener la balanza social de la envidia, mientras doña Paz protege a su hija, en la medida que puede, salvaguardando sus esperanzas, hasta alejarse del “eje sobre el que gira la herencia del pasado, de lo viejo y de la represión,”⁵⁸¹ para no impedir el desarrollo filial. Carmela ha escogido esa tercera opción que describe Adela Turin: “la de la conciliación de la vida afectiva y la vida profesional, es una vía difícil que los libros [ilustrados infantiles] no muestran y en la que las niñas se ven obligadas a lanzarse sin ejemplos de

577Carpurales Bizzini, Silvia, art. cit., pág. 191.

578Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 179.

579Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 5.

580Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 25.

581Cortés Ibañez, Emilia, art. cit., pág. 26.

apoyo.”⁵⁸² Ciertamente, Doña Paz no sirve de modelo para su hija, por su existencia basada en la tradición sin aspiraciones profesionales, pero apoya con su aliento a esa trabajadora mujer que lucha por su porvenir. Tal vez, la excelente relación entre madre e hija pueda explicarse por su separación como mujeres con objetos vitales de carácter inverso: el hogar de doña Paz y el mundo laboral de Carmela, muestra de “esta separación física, aparente, [que] puede llevar a la comprensión y el respeto mutuo.”⁵⁸³

Aguantar y callar era la máxima de las mujeres en épocas pasadas. En un grito, y a través del personaje de la joven Carmela, María Martínez Sierra evidencia la modificación de ese lema y la alternativa femenina ante el mundo para alcanzar aquello que desee sin sacrificio, ni negación de sus peticiones y diversiones, a pesar de que “nacer mujer es nacer del mismo sexo que la madre, lo cual es un privilegio grande pero costoso,”⁵⁸⁴ por el precio que marca la sociedad.

Asumimos el rol maternal que la fisiología de la mujer supone y también que no tenemos “aquello que cabe en una lata de sardinas, una pequeña protuberancia, [que] ha separado las personas en dos bloques: ganadores y descolocadas.”⁵⁸⁵ Nos embarga la desesperanza ante esas mujeres tan “descolocadas” que se rinden ante el rol maternal, que se dejan convencer por los medios de comunicación para guardar un equilibrio sano.⁵⁸⁶ Al tiempo, negamos el legado maternal en tanto su carga de opresión para aceptar “que la maternidad no es el destino inevitable de las mujeres.”⁵⁸⁷ Este es nuestro método para afrontar la maternidad, no en calidad de legado irreversible de mujer, sino posible fuente de dicha, conocimientos y experiencias, mediante el uso de “la posibilidad recreadora, la posibilidad maternal [que] está escrita en nuestro código genético. Estériles o prolíficas, todas las mujeres nacemos con ovarios y con útero.”⁵⁸⁸

3. Educación maternal

Dícese de los conocimientos que han de atesorar las mujeres para posicionarse entre las madres suficientemente buenas, adquiriendo premios a medida que sus hijos recogen buenas notificaciones, reconocimientos sociales de buenas conductas y la graduación de alto nivel en la vida real. Obviamente, dicho saber materno no nace de forma mágica, ni aparece por

582Turin, Adela, *op. cit.*, pág. 9.

583Ozieblo, Bárbara, introd., *El vínculo...*, *op. cit.*, pág. 20.

584Muraro, Luis, *op. cit.*, pág. 161.

585Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 33.

586Vid. Valladares Mendoza, Blanca, art. cit.

587Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 11.

588Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 62.

inspiración divina, por más que existan leyendas acerca de ese instinto que derrocamos en páginas anteriores. "Distinguir entre la 'concepción' física y la cultural ya es esclarecer un poco la confusión que reina en este terreno."⁵⁸⁹ Hemos de contemporizar este tema en relación al nivel educativo de la mujer cuya ratio de procreación disminuirá según sus expectativas laborales, así como de la educación más completa de cada retoño, compensando el número de miembros de una familia por la calidad de su formación, de acuerdo con el trabajo de Marín Muñoz.⁵⁹⁰

María Martínez Sierra, desde mucho antes de lograr el escaño de diputada, promulgó en sus hijos literarios la necesidad de que cada figura materna recibiera la enseñanza pertinente para alcanzar cierta autonomía personal, ventaja que luego beneficiará a su círculo familiar. No dependía tal formación de su papel de reproductora mundial, sino de su capacidad propia para activar ese cerebro que, en los estudios científicos más avanzados, promete un desarrollo superior al masculino, siempre y cuando se motive su aptitud preexistente.

En adelante, ejecutaremos el programa de este tema en orden inverso, desde las consecuentes manifestaciones negativas, por esa carencia maternal de cierta instrucción por autodidactismo o formación reglada, a la curiosidad que debiera motivar ese mismo adiestramiento mental, atravesando la necesidad femenina de desprender cierta dosis de pedagogía cuando una mujer emprende su tarea materna.

3.1. Consecuencias directas

Felicia sufre en la siguiente escena la incompreensión de su esposo, en la pieza teatral *La sombra del padre*. La danza que ejecutó esa madre abandonada por un padre emprendedor refleja el actual desastre de su hogar: "Felicia: ¡Ay, Pepín! Hubiéralas criado como a mí me criaron y sabrían velar por la casa. Como ser fueron hijas mías, como lo fui yo de mi madre, no había quien de ellas se riese."⁵⁹¹ Desde el otro lado del Atlántico, a medida que enviaba dinero, el marido ausente fue disponiendo directrices para la instrucción filial, sin considerar en esas órdenes la opinión materna, que hubiera podido vincular la idealizada educación con las necesidades reales a medida de cada hija. A esta sinrazón se suma el abismo que ha ido creciendo entre la enseñanza tradicional que recibió Felicia y la extraordinariamente superficialidad que envolvió a sus hijas en los colegios privados. Hasta tal punto llega esa distancia educacional que esas hijas le parecen a su madre motivo de risa, figuras para la

⁵⁸⁹Percovich, Luciana, art. cit., pág. 235.

⁵⁹⁰Marín Muñoz, María del Rosario, art. cit., pág. 23.

⁵⁹¹Martínez Sierra, Gregorio, *La sombra...*, op. cit., págs. 81-82.

proyección que nada saben, ni conocen del ámbito femenino. Sin duda, una abochornada Felicia rinde cuentas a ese esposo de vuelta, un regreso que expone la desgracia de ambos.

De igual forma, cierta nota de culpa rastreamos en la obra *Es así*, en la que Isabel admite su porción de responsabilidad en el pastel que adorna su hija Carlota. Ese confitado pastel en el que nuestra autora trincha el cuchillo de la ironía, con la desproporcionada atención que recibió esa niña:

"Carlota.- Adiós, madre... Nelly, ven conmigo que no sé vestirme solita [...]

Isabel.- Demasiado chiquilla. Tiene más de 24 años, y cualquiera diría que tiene 12.

Nelly la ha criado como a un gatito, como a un canario lindo..."⁵⁹²

A través de esa sutil petición de Carlota a su niñera para que le ayude queda subrayada su indolencia para un hábito tan simple como vestirse, negligencia que juzga su madre biológica en tanto falta de madurez para esa mujer de edad adulta, que debiera haber alcanzado cierta autonomía y que, en cambio, sigue actuando de niña en esta función. Crianza errónea a partes iguales por esa niñera sobreprotectora y aquella madre que no revisó la tarea de su empleada, fallos de dos mujeres en la educación de una persona que pagará la sentencia con su dependencia eterna en manos ajenas, aumentando la pena cuando tenga hijos, pues estos percibirán la ignorancia materna por partida doble. Isabel no ocupó su puesto como "madre preceptora" de la que nos habla Aguinaga, "aquella que se responsabiliza por entero de la educación de sus hijos, pero no puede ser una mujer cualquiera, ha de ser una mujer instruida y capacitada para llevar a cabo la tarea"⁵⁹³ tal y como intentaba lograr la niñera, sin aparente triunfo. El error de estas dos mujeres se encuentra en la sobreprotección, aquella incapacidad para conceder autonomía al ser que criamos, dando un espacio para su propio desarrollo.

Se debe subrayar en la vida real el vacío social de apoyo que constatamos en esa crianza debido a la convicción colectiva de que forma parte de las funciones que la maternidad trae consigo, contrayendo cada mujer "casi en exclusiva la crianza de los niños que, por otra parte, no es reconocida como trabajo social."⁵⁹⁴ En cambio, cuando un varón interfiere en la educación inicial de su descendencia engrandece esta misión, le proporciona un valor añadido a su inversión, incluso recibe la felicitación de su ámbito circundante, mientras los parabienes de las miles de madres que acometen con diligencia diaria esa tarea quedan en el olvido. Un punto más allá, Beauvoir detalla la diferencia educacional de las hijas en las extraordinarias ocasiones

⁵⁹²Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 202.

⁵⁹³Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 81.

⁵⁹⁴Tubert, Silvia, introd., *Figuras...*, *op. cit.*, pág. 9.

en que toma las riendas un padre: "se libran en gran medida de las taras de la feminidad."⁵⁹⁵

Ni Felicia ni Isabel, protagonistas de *La sombra del padre* y *Es así*, dejan de sufrir terriblemente por sus hijas, conscientes de los problemas que tendrán más tarde o más temprano a causa de esa no educación. Al fin y al cabo, sobre ellas pesa ese malestar enorme, conscientes de que hubieran podido escoger otro camino por el bien de sus pequeñas, pues sus circunstancias actuales muestran que era preciso algo más además de "protegerles, mimarles y darles de comer, para que crecieran a su aire sin mayores problemas, como crecen los árboles y las enredaderas."⁵⁹⁶ Las consecuencias se rastrearán, a posteriori, durante el aprendizaje de sus hijas en su posible papel de madres.

3.2. Necesidad de madre

"La idealización médica, religiosa y política de la responsabilidad educativa de la madre recluye a la mujer en la esfera doméstica, pero también contribuye a fundamentar reivindicaciones feministas como la demanda de instrucción."⁵⁹⁷

Nos enfrentamos a la cara y la cruz de la moneda de la responsabilidad que acota el trabajo femenino: la cruz, su ubicación aparentemente enclaustrada; la cara, su ubicación aparentemente abierta. Mientras la primera ubicación casera constituía un puerto seguro y esperable en la existencia femenina, al igual que la reproducción, la segunda abre las vías de su capacidad mental hasta límites insospechados. Encuadramos nuestro argumento en el siglo XIX, en los que se dieron esos primeros pasos para la formación de cualquier fémmina, con la excusa de su futuro rol maternal. La base para la batalla del feminismo adopta forma de hogar e hijos, mientras el encauzamiento para el progreso de las oportunidades femeninas acaba de empezar.

Retomando esa línea hipotética acerca de futuros retoños, que hemos planteado con la hija de la obra de teatro *Es así*, encontramos la preocupación natural, desde el punto de vista paradigmático, de la protagonista de la novela *El amor catedrático*: "si tengo hijos, Carlota, sabrán leer, como yo supe, mucho antes de aprender a pensar."⁵⁹⁸ Sin embargo, la amplia educación de Teresa contrasta con la ignorancia de Carlota y su deseo de motivar a su

⁵⁹⁵Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 384.

⁵⁹⁶Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 145.

⁵⁹⁷Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 194.

⁵⁹⁸Martínez Sierra, Gregorio, *El amor...*, *op. cit.*, pág. 24.

descendencia desde edades muy tempranas en el raciocinio y la lectura. Las ventajas inherentes de esta intención materna, aún partiendo de ensoñaciones juveniles, resultan increíbles. Esta constituiría la fémica prototípica para la autora riojana en la busca de mujeres que educar para convertirse más tarde en instructoras de conocimientos teóricos y prácticos de futuros ciudadanos, ya sean su prole biológica o no. Rosseau alegaba acerca de la formación femenina: "será la adecuada para ser madre, y por tanto debe saber sobre alimentación, higiene, cariño y educación de los hijos."⁵⁹⁹ Hay cientos de libros sobre educación infantil, alimentación e higiene en librerías y bibliotecas, incluso algunos en la actualidad tratan de abarcar el terreno psicológico, pero tanta teoría provocará la rebelión infantil si no cuenta en su partida con el conocimiento maternal propio.

Lejos de la sumisión femenina, del aborregamiento de sus mentes, del matrimonio en cuyas ideas solo tengan origen varonil, el primer feminismo vindicó la educación de las mujeres para la crianza adecuada de los hijos.⁶⁰⁰ Asimismo, nuestra escritora en la conferencia *Maternidad* impulsaba la rebelión de la mujer para condenar al destierro la posibilidad de una mala educación filial:

"¿Qué es educar a un hijo? ¡Hacer de él un hombre! ¿Qué necesita la mujer que tiene en sus manos la formación de esa maravilla: el alma sana dentro del cuerpo sano de una criatura? Necesita, en primer lugar, darse cuenta de cuál es su misión. Necesita cultura, es decir, desenvolvimiento físico, moral e intelectual; ha de tener salud y ha de saber lo que se hace y cómo lo hace. Necesita, si ha de ser maestra de sus hijos, autonomía, responsabilidad y libertad. Necesita, si ha de ser capaz de formar un hombre, tener la plena conciencia y el pleno goce de sus derechos humanos."⁶⁰¹

Maravillosa teoría a cumplirse en la práctica, ilusión en la que una mujer toma conciencia de lo que supone traer un retoño al mundo, de las capacidades que ha adquirido y que le permitirán realizar tal objetivo (físicas e intelectuales) y las aptitudes que la sociedad le proporcionará para ello. Cabe destacar en este extracto la explicación exhaustiva acerca de en qué consiste la verdadera formación, más allá de las lecciones, de los exámenes y de los dictados, con la actitud que persigue la adopción de esos conceptos para la cotidiana existencia de las fémicas. Habrá que tener cuidado ante la reflexión que implica esa cultura, pues Victoria Camps señala el peligro de caer en una interpretación esencialista en la que esa cultura se

⁵⁹⁹Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 109.

⁶⁰⁰Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 187.

⁶⁰¹Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 64.

centra en la capacidad de la naturaleza de la mujer para un comportamiento marcado de cuidadora.⁶⁰² No perseguimos esa cultura que los hombres han declinado por conveniencia, sino aquella que comprenda los mismos conocimientos para ambos sexos y permitan "autonomía, responsabilidad y libertad" lejos de esa división de sexos que se promulgó en el franquismo, con "contenidos curriculares -hogar, puericultura-, para formar a futuras madres sacrificadas y sumisas que tuvieran y educaran hijos católicos para la patria."⁶⁰³

El mundo ficticio confronta con la realidad española, que ante el reflejo de la mejora, muestra sus matices más grises, como evidencia María Martínez Sierra en esa misma conferencia: "lealmente, ¿creéis que la mujer en general, y especialmente la española, dentro de la situación humillante que le otorgan la ley y la costumbre, está en condiciones de cumplir su misión?"⁶⁰⁴ Tendremos que diferenciar entre las limitaciones impuestas por la sociedad civil y la legal, por aquella que crea la humillación y aquella que la ratifica mediante documentos, y que avoca a la mujer a sufrirlas.

Dentro de esa sociedad civil que direcciona las actividades femeninas hallamos a Santiago, el padre del texto dramático *Mamá*. Él actuó sin consultar a Mercedes, cuando determinó el alejamiento de los hijos para su educación, decisión que su esposa le critica por falta de consentimiento. Así, Santiago privó a Mercedes de su capacidad de aprendizaje más necesaria, esa ciencia femenina a adquirir por la práctica, a través de un largo recorrido:

"Me los quitaste porque pensaste siempre, porque decidiste, en tu orgullo de hombre, que yo no era capaz de cumplir con mis deberes, ¡y eso habría que haberlo visto! Temiste que fueran para mí un juguete, las muñecas que, por no tener madre desde niña, no he tenido nunca... Acaso hiciste mal. ¡Jugando a las muñecas, aprenden a ser madres las mujeres!"⁶⁰⁵

De nuevo, encontramos esa transposición de muñecas a hijos, de niñas que juegan a ser madres, de niñas que aprenden a ser madres que enseñan. Esa privación de Mercedes se solventa por la auténtica necesidad de su hija, pues siempre los hijos guiarán a la madre y le harán ver qué requieren para completar el rompecabezas, ante el que un padre ignora la solución:

602Camps, Victoria, *op. cit.*, págs. 74-75.

603Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, art. cit., pág. 37.

604Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, pág. 79.

605Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá...*, *op. cit.*, pág. 67.

"Mercedes.- Para comprender mi dignidad de madre me ha bastado ver llorar a mi hija [...] ante cuya angustia, tú has estado tan ciego como yo, y a quien solo mi corazón de madre puede defender contra sí misma."⁶⁰⁶

Ese llanto filial le concede el impulso para abarcar el enigma, resolver la ecuación mediante su entrenamiento de maestra, en el que carecen de valor esas supuestas "nociones de dietética, economía familiar o higiene doméstica, que eran los conocimientos verdaderamente importantes para el cumplimiento de sus sagrados fines."⁶⁰⁷ Apuntamos en el tema sobre las actitudes maternas que una mujer que abordará la maternidad con implicación absoluta tendría que estudiar todas las licenciaturas existentes en la universidad, de igual modo especulamos ahora que ningún título académico preparará a una mujer para las batallas físicas y emocionales que emprenderán durante la educación de aquellas personas que tuvo en su vientre, o que deseó tener y adoptó, o que nunca llegaron a su regazo.

3.3. Curiosidad innata femenina

"Has venido al mundo con ansia de saber. Al crearte, la Omnipotencia, sin duda, te murmuró al oído: ¡Has de ser la maestra del hombre-niño! [...] Cierto que la Ciencia te trajo el dolor, y el conocimiento te acercó a la muerte. Pero descubriste un sentido, una ley, una religión aceptada... ¡aprendiste, te hiciste digna de enseñar! Esta es tu nobleza, mujer, y tu abolengo, la tradición de tu curiosidad apasionada te obliga a la rebusca de la sabiduría."⁶⁰⁸

María Martínez Sierra se dirige en sus palabras directamente a la creadora de vida, aquella que fue creada por otra mujer, que, a su vez, repitió ese origen, y a todas esas mujeres creadoras que compartieron su condición de curiosas, la sed de respuestas, el apetito de conocimiento. En su conferencia de *Consejos a una linda lectora*, nuestra autora le recuerda a esa mujer, abatida por los vaivenes de la vida cotidiana, la semilla que latía en su interior y que se ha ido apagando por el paso de los años, por las inclemencias del tiempo y las bifurcaciones del espacio que ha ocupado. Esa misma mujer que ante la rememoranza de ese murmullo celestial se cuestiona cómo pudo olvidar ese cosquilleo por conocer más de lo que alcanza su

⁶⁰⁶*Ibidem*, pág. 68.

⁶⁰⁷Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 175.

⁶⁰⁸Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op. cit.*, págs. 41-42.

vista, revelación necesaria para cumplir como instructora de sus descendientes. O, sin la presencia de estos, ya que toda fémina merece "una educación neutra, desinteresada, no condicionada a un futuro que quizá nunca se hiciera realidad, condenándola -si así fuera- al fracaso"⁶⁰⁹ pues la mujer ya recibe la suficiente presión externa para aumentarse a costa de una mejora educacional.

En su comparación con la pecadora Eva, esa misma destinataria del discurso de nuestra autora reconoce que, pese al dolor que recib o en castigo, tuvo la oportunidad de saber, y al tiempo que recibe la capacidad de aprender también podr a enseñar, siendo imprescindible el primer paso para dar el segundo. Defensa lícita de la enseñanza y educación femeninas, mediante la reconversión de la culpa de la primera mujer en fuente u origen del conocimiento, vía indispensable para la posible reproducción y posterior correcta educación filial, sin constituir un paralelismo obligatorio, puesto que el acceso a este derecho social debe conseguirse en calidad de ciudadana, no por su consideración como madre.⁶¹⁰

En una somera visión hist rica, Platón apostaba por la educación mixta de hombres y mujeres, denunciando el peligro de la permanencia sempiterna de la mujer en el hogar durante su instrucción.⁶¹¹ En contraste, durante el sexenio democrático del XIX, la mujer emprendía una mínima ilustración de cara a su matrimonio, "lo que explica que la formación femenina fuese sobre todo práctica y desde luego específica, es decir diferente."⁶¹² En ese mismo siglo XIX, María del Carmen Simón informa de la habitual concesion a la enseñanza, sin temor alguno a la emancipación.⁶¹³ Por supuesto, retornando a nuestros días, la instrucción no debe detenerse por baja maternal ni por esa habitual concentración absoluta en la crianza de la prole durante los primeros años. Precisamente, durante ese tramo inicial, la madre, en calidad de mujer independiente, debe mantener su interés en ampliar sus miras, prohibiéndose a sí misma esa "pobreza intelectual" que amenaza esos años de educación infantil.⁶¹⁴

El peso del futuro de la humanidad se posa sobre los hombros maternos. Las madres son conscientes de su responsabilidad la mayor parte del tiempo que ocupa esta titánica tarea, salvo cuando el abatimiento se cierne sobre sus sombras: "su carga es pesada, pero la humanidad ha pensado que valía la pena echar ese peso sobre las mujeres para mantener el

609Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 25.

610Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, art. cit., pág. 28.

611Gonz lez Suárez, Amalia, *Lo femenino en Platón*, Universidad Complutense, Madrid, 1992, pág. II.

612Bola os Mejías, Carmen, "La imagen de la mujer española durante el sexenio: entre el cambio social y el reconocimiento jurídico", *Feminismo/s: Revista del Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante*, 2 (2003), pág. 29.

613Sim n Palmer, María del Carmen, "Prólogos...", art. cit., pág. 1479.

614Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyr , María Teresa, *op. cit.*, pág. 114.

sentido común en el mundo."⁶¹⁵ No cabe titubear ante la imperante necesidad de un báculo educacional para esas mujeres que evolucionarán proporcionalmente hasta tener un sostén en que basar sus medidas, su control sobre esos chiquillos y chiquillas que crecerán hasta transformarse en la nueva generación. Mucho antes de la intencionalidad de concebir, años ha de contraer la arquetípica unión conyugal, la educación permite proceder con sentido común a cada mujer por y para sí. A través de la enseñanza, esa fémina alcanza la maternidad y el deber de formadora tras tomar la madurez y la consciencia propia, sin dejarse llevar por ese terrible y atractivo no hacer nada.⁶¹⁶

Gustavo Martín Garzo nos describe a las madres maestras, aquellas que, a la vez que prenden su don biológico, disfrutan de la vocación más altruista: la enseñanza. Apenas reciben los resultados positivos de una prueba que han de iniciar otra nueva más complicada, de ahí que "las normas se multiplicaban, pues la educación de un niño era un asunto tan serio que no permitía ni un momento de sosiego."⁶¹⁷ Esa gravitatoria tarea que lleva hacia adelante, año tras año, curso por curso, produce saltos temporales hasta el final de la carrera de esa persona que un día nació para ser formada y evitarle todos los males del mundo. Actualmente, se contempla con clarividencia el cambio efectuado en la educación filial:

"[...] basada en el esquema de *espabilar*, que comportaba una intervención reducida y puntual -generalmente mediante castigos ejemplares- de los progenitores en la educación cotidiana del hijo, la nueva exigencia de la escolaridad va ligada a la expansión de un modelo de educación -producido y difundido por los especialistas ligados a la escuela- donde los padres, al tiempo que renuncian a los castigos ejemplares, han de vigilar y dirigir minuciosamente la socialización filial, a la vez que implicarse en todo lo que la escuela comporta desde la asistencia a reuniones hasta la ayuda cotidiana con los deberes."⁶¹⁸

Introducimos este fragmento certero de Enrique Martín para aludir sucintamente a la difícil interrelación entre familia y escuela. Estas páginas han evadido la fina línea de debate en torno a la participación de la escuela en la instrucción infantil porque refrendamos la opinión de Chesterton acerca de que "una madre sólo envía al niño al colegio cuando ya es muy tarde para enseñarle las cosas que de verdad importan."⁶¹⁹ Consideramos que la escuela empuja ese

⁶¹⁵Chesterton, Gilbert K., *op. cit.*, pág. 35.

⁶¹⁶Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 892.

⁶¹⁷Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 142.

⁶¹⁸Martín Criado, Enrique, art. cit., pág. 99. La cursiva es del autor.

⁶¹⁹Chesterton, Gilbert K., *op. cit.*, pág. 83.

germen que cultiva la figura materna, sin su labor primigenia de nada sirven las tablas de multiplicar, las clases de educación cívica o los castigos en las aulas. No obstante, esa figura materna puede adoptar el rostro de otra persona cercana, familiar, dispuesta a abordar este trabajo, erradicando la certeza que muestra Pilar Rahola sobre que "aún es la mujer la que educa, es decir, aún es la mujer la encargada socialmente de 'cargar' unilateralmente con la educación de los hijos."⁶²⁰ Afortunadamente, los tiempos cambian, con lentitud, pero cambian.

Ciertamente, María Martínez Sierra se escudó detrás de la maternidad para su defensa de la instrucción femenina, a diferencia de Emilia Pardo Bazán que considera ese derecho social el vínculo para el cambio radical de la mujer en la sociedad. Ambas apelan por la enseñanza, una como extensión del papel biológico de la mujer y otra como tótem para una nueva definición de mujer.⁶²¹ Desde nuestra perspectiva, confiamos en la capacidad intelectual de la mujer para obtener el máximo provecho de la sabiduría acumulada en su porvenir, rehuendo de esa instrumentalización de la enseñanza femenina en pos de su destinada maternidad⁶²² y abogando por la educación de la mujer, más allá de que termine trayendo hijos al mundo.

4. Nuevas oportunidades para la hija

Gustavo Martín Garzo menciona a las madres imprudentes, aquellas que sentían atracción fatal por los peligros, que deseaban para sus retoños más y más, lejos del tedio del pausado transcurrir de los días y cerca de la aventura que les espera con cada amanecer.⁶²³ Dentro de ese encuadre, aparecen estas hijas con visos de futuro, gracias a sus madres que sueñan a través de ellas. Esas oportunidades, fuera de las cuatro paredes que conforman el hogar, constituirán "la única posibilidad de un aventurarse afuera para adentrarse en sí"⁶²⁴ o el modo de regresar al seno materno en paz tras conocerse en profundidad.

Continuamos la estela que marcó el tema acerca del destino femenino para proyectar, mediante diapositivas literarias, las diversas perspectivas de las madres respecto a la vida de sus hijas, dentro de la trayectoria literaria de María Martínez Sierra. La autora constituye un ejemplar valioso por su capacidad para mostrar las facetas de numerosas mujeres y las relaciones familiares que establecen entre ellas, sobre todo si tomamos en consideración el

⁶²⁰Rahola, Pilar, *op. cit.*, pág. 163.

⁶²¹Bieder, Maryellen, *art. cit.*, pág. 1212.

⁶²²Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 15.

⁶²³Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 38-39.

⁶²⁴Ortega, Marie Linda, "Formas de rasgar la racionalidad o la escritura intranquila de Menchu Gutiérrez", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 721 (2006), pág. 617.

juicio de Bárbara Ozieblo acerca del escaso interés que en la dramaturgia ha suscitado este vínculo femenino.⁶²⁵ En concreto, serán objeto de nuestro análisis *El agua dormida*, *Canción de cuna*, *Mamá* y dos piezas breves de *Eva curiosa: Me da pena mi padre* y *No le sirven las virtudes de la madre*. De acuerdo con Alda Blanco:

"[...] nuestra autora crea personajes femeninos cuya lucha por la autodeterminación y la autonomía no impide que sean, también, la representación de la virtud femenina, una combinación que de hecho estaba reñida con las nociones ontológicas de la época."⁶²⁶

La pasividad, el aletargamiento de las mentes femeninas es empleado únicamente como mazo judicial para dar el toque de atención sobre aspectos tradicionales que deben ser objeto de destierro. En contra, la pelea por la prosperidad femenina se enaltece en tanto en cuanto las protagonistas muestran un dechado de comportamientos ideales, sin malos modos ni argucias fuera de lugar.

Extraemos la distinción de dos tipos de personajes maternos del trabajo de Pat O' Byrne: la madre conformista o cómplice y la madre resistente.⁶²⁷ Salvo la madre de *Me da pena mi padre*, que responde al papel de cómplice de la ideología patriarcal, representado por "las que sacrifican a sus hijas para sí mismas,"⁶²⁸ las demás contemplarán una mejoría en el futuro femenino, sin conceder ni un resquicio al egoísmo maternal o la posible venganza en su reflejo femenino, con un convencimiento absoluto de la progresión que tienen a su alcance esas niñas que se convertirán en mujeres de provecho. Por más muros altos que deban superar, más charcos que esquivar y más enemigos que derribar, ya que:

"[...] podemos intentar educar a nuestras hijas, las madres de las generaciones futuras, para que no sufran de esta contradicción entre sus instintos y sus ambiciones, para que no envidien al hombre el tener un camino claramente trazado, es decir, para que estén contentas de ser mujeres."⁶²⁹

⁶²⁵Ozieblo, Bárbara, introd., *El vínculo...*, *op. cit.*, pág. 24.

⁶²⁶Blanco, Alda, art. cit., págs. 342-343.

⁶²⁷O'Byrne, Pat, "Representaciones de la maternidad en la novela española (1940-1960)", en *Construcciones...*, *op. cit.*, págs. 34-35.

⁶²⁸Ibáñez Moreno, Ana, art. cit., s. pág.

⁶²⁹Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 376.

4.1. Para que aprenda lo que da de sí la vida

Antes de pretender suicidarse, y arrastrar a su hija consigo, la madre de la novela *El agua dormida* recibe la visita de una vieja amiga, encuentro del que se sirve nuestra autora para dar voz a la motivación educativa que le impulsa a viajar con la compañía de su hija, el aprendizaje a costa de no repetir sus errores:

"Y luego la señora le ha preguntado a mamá que por qué me lleva rodando por el mundo, y mamá ha dicho que porque es una buena madre y no se quiere separar de mí, sino tenerme siempre a su lado para que aprenda lo que da de sí la vida y no sea tan desgraciada como ella."⁶³⁰

Una vez más, conocemos los hechos a través de la pequeña observadora que, sin intención, nos proporciona las claves para entender el comportamiento materno. El egoísmo ("no se quiere separar de mí") se suma a la intención inicial de cumplir con las expectativas sociales ("es una buena madre") y dar lecciones a su retoño para aumentar sus alternativas, dejando atrás ese pesimismo que arrastra la madre. Además, resulta concebible que esa madre esté evitando que su hija padezca matrofobia "o miedo a ser como la madre y a repetir sus errores, [que] la lleva a un odio destructivo no sólo hacia la madre, sino hacia ella misma."⁶³¹ Ese fantasma planeará por encima de cualquier hija desde el mismo instante en que se mire a un espejo y contemple el rostro de aquella que le concibió, por algún rasgo facial concreto o el pelo, sin más. "Este término, matrofobia, fue acuñado por la poeta británica Lynn Sukenick [y responde al] miedo a tener una vida encorsetada en un papel asignado previamente sin posibilidad de escape."⁶³² El miedo paraliza a las personas, pero también les da la energía imprescindible para salir de ese rincón donde la seguridad les conforta y explorar nuevos territorios, donde la personalidad adquiere color, dinamismo y autonomía, sin clones, ni moldes en los que fijarse, sin restricción alguna.

4.2. Para que ella no sea lo que su madre es

En la hipotética reciprocidad inexistente entre madre e hija sería la madre quien proporcionaría identidad a la hija, mientras la hija debiera educar a su madre, al tiempo que se

⁶³⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 258.

⁶³¹Cuenca Aguilar, Inés, *art. cit.*, pág. 130.

⁶³²Arias Doblás, Rosario, *op. cit.*, pág. 62.

educa a sí misma.⁶³³ Sin embargo, hay ocasiones en que la madre carece de una identidad apropiada para transmitir a su hija y desaparece para que la hija pueda educarse en soledad, pese a la ausencia del arquetipo maternal.

De forma excepcional, reiteramos una cita por su relevancia en la exposición de nuestras reflexiones. En la teatral *Canción de cuna*, una carta explica a la priora las razones por las que una madre deja atrás a su hija:

"Señora, yo soy una mujer perdida, lo cual que esta hija mía no tiene padre, y, señora, para que ella no sea lo que su madre es, que qué había de ser quedándose conmigo, la dejo aquí, señora, aunque se me arranca el alma al dejarla."⁶³⁴

Aplausos merece esa madre que no duda ante el dilema moral de reservar para sí la dicha de mantener consigo a su hija o enriquecer la vida de la recién nacida con una estancia en el convento, con la protección de sus paredes, los libros que permitirán su educación y la atención esmerada de esas hermanas cuidadosas. Esa mujer desmiente que "el motivo mismo de la maternidad como estatus implica una rivalidad entre las mujeres, por lo que la sororidad, el afecto entre hermanas, es imposible según el sistema patriarcal."⁶³⁵ Su alma arrancada lloraría de felicidad si conociera el afortunado futuro que le espera a su chiquilla. El sacrificio materno contempla un grado de tal magnitud que resulta imposible de empatizar, salvo si se comparte.

4.3. Para que mi hija sea mujer honrada y además feliz

La descuidada Mercedes, protagonista del drama *Mamá*, sigue sorprendiendo por la madurez que descubre, a medida que se suceden los actos. En la última escena del tercer acto, en una nueva disputa con su marido Santiago, Mercedes muestra su carácter, su impulso de lucha contra aquel con quien contrajo nupcias, pues dispone de una causa poderosa, su hija Cecilia: "son hijos tuyos, pero yo soy su madre; son tu orgullo, pero son sangre mía; tú quieres que tu hijo sea hombre de honor; yo necesito que mi hija sea mujer honrada y además feliz."⁶³⁶

Cabe destacar la oposición que establece María Martínez Sierra entre las esperanzas depositadas en el sino masculino del hijo José María y la ventura femenina de Cecilia. El honor

⁶³³Irigaray, Luce, *op. cit.*, pág. 47.

⁶³⁴Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 55.

⁶³⁵Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 150.

⁶³⁶Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá...*, *op. cit.*, pág. 66.

impera en el abismo de los hombres, el honor los congratula y los congratia en esos círculos sociales a los que acceder, en los que mantenerse y promocionarse, mientras la honradez marca la buena fortuna de una mujer. Honor y honradez, honradez y honor. ¿Incompatibles? ¿Imprescindibles? Desde nuestro punto de vista, ambos términos responden a marcas, una línea escrita con tinta negra de masculinidad, tinta indisoluble por la tradición y los prejuicios, que prohíben que una mujer pueda luchar por el honor o "cualidad moral que lleva al cumplimiento de los propios deberes respecto del prójimo y de uno mismo" y, del mismo modo, un hombre no sea capaz de defender su honradez o "integridad en el obrar."⁶³⁷ Serán el honor y la honradez hilos de esas telas de araña que atrapan a las mujeres, generación tras generación, cayendo todas en la trampa, sin posibilidad de escape.⁶³⁸

Nuestra autora riojana va más allá, al poner énfasis en el deseo de Mercedes de que su hija alcance la felicidad, aquella con la que ella misma soñó, sin nunca rozarla siquiera. Esta imagen constituiría la superación de Cecilia, gracias al empeño de esas madres que, como Mercedes, "supieron resucitar la felicidad de ser mujer y sus hijas aprendieron a querer su sexo y a estar orgullosas de él."⁶³⁹

Ese mismo avance de la hija en pos de su madre refleja el diálogo teatral breve en *Me da pena mi padre*. A través de la clásica relación difícil materno-filial se aprecian dos puntos de vista diametralmente opuestos puesto que frente a la conservadora convicción machista de una madre pervive la esperanza de su hija por los sueños a realizar. La edad distancia a estas dos féminas que, sin embargo, comparten la sangre y el deseo para batallar.

María Martínez Sierra recurre de nuevo a la impersonalidad de los personajes, como revisamos en *El agua dormida*, para posibilitar un reflejo de las personas lectoras y la universalización de esta pieza. La madre y la hija pueden corresponderse a una madre y una hija de los años en que fue publicada esta pieza (1945), manteniendo la frescura necesaria para que otra madre y otra hija lean esta pieza y se vean ellas mismas plasmadas en nuestra actualidad ya que "a partir de cierta edad de las hijas algunas madres insatisfechas con su vida vierten sobre ellas, tomándolas como confidentes, toda la amargura acumulada de una existencia frustrante."⁶⁴⁰ A este proceso responde la escena que nos trae la escritora riojana. La nota incomprensible que debe existir en toda confrontación entre una madre y su hija reside en la rememoranza materna de una época laboral en el pasado, dispuesta a trabajar por el bien de sus hijos:

⁶³⁷Ambas definiciones tomadas del Diccionario de la Real Academia Española, <http://www.rae.es/> (Consultado: 13/09/2015)

⁶³⁸Simón Rodríguez, María Elena, *op. cit.*, pág. 9.

⁶³⁹Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 98.

⁶⁴⁰Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 92.

"Y a mí se me ocurrió que, para salir del apuro, podía yo ponerme unos meses de señorita de compañía... Trabajo me costaba a mí también, no creas, dar el paso, porque no estaba criada para ello; pero ¡qué no hará una madre por sus hijos!"⁶⁴¹

Desde el punto de vista de esa hija, no entendemos que esa mujer, trabajadora tiempo ha, se haya convertido en la guardiana de esa casa, reduciendo su mente hasta escudarse en la inseguridad propia y/o la cerrazón social de un perfecto hogar con sus miembros encerrados, sin esperanzas lejos de allí. Esa mujer, para nada ingenua, conoce las diferencias abismales que le separan de su hija, pero más que las objetivas, pesan las subjetivas:

"Cualquiera que te oyese pensaría que yo he sido el verdugo de tu padre... Tú, siempre, claro como eres tan leída y tan escribida, me has tenido en poco. ¡Una mujer vulgar!... En cambio, tú eres un ser superior."⁶⁴²

Simone de Beauvoir aparenta haber leído este mismo pasaje cuando nos habla de "la madre [que] siente una hostilidad sorda ante la liberación de su hija, por lo que, de forma más o menos deliberada, se aplica a sojuzgarla."⁶⁴³ Esa madre, lejos de hincharse de orgullo y satisfacción por los alcances filiales, pretende aplastarlos hasta reducirlos al polvo que debiera limpiar su hija en calidad de ama de su casa. La sinrazón ha tomado posesión de la comprensión materna hasta imposibilitar el acercamiento, mientras el título de la pieza informa acerca de la maldición que pesa sobre la figura paterna que ha de soportar eternamente a esa mujer que muestra su inquina por el presente. Esa madre no contempla la opción de redimirse y salir de ese agujero de egoísmo y conformismo malsano, de la mano de su hija, joven estudiante de Química a la que le esperan grandes coyunturas, si consigue dejar atrás la angustiada sombra maternal.

Y, a pesar de la bilis que llena la boca de la madre, la hija no deja de congraciarse con ella: "¿Crees que no me das compasión tú también, siempre sacrificada por nosotros?"⁶⁴⁴ La visión diaria de esa mujer que dispone cuanto le rodea para el bien de sus hijos no cae en el olvido de esa hija agradecida que, pese a su conocimiento de causa, no puede evitar replicar a su madre, cuestionar los mandatos de la figura que dirige la unidad familiar.⁶⁴⁵

⁶⁴¹Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 6.

⁶⁴²*Ibidem*, pág. 7.

⁶⁴³Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 439.

⁶⁴⁴Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 7.

⁶⁴⁵Cortés Ibañez, Emilia, *art. cit.*, pág. 25.

4.4. Para que viva por sí y para sí

Por último, la breve pieza *No le sirven las virtudes de la madre* ejemplifica, en una nueva muestra de la creación de María Martínez Sierra, cómo el porvenir de la mujer va mejorando paulatinamente, a través de las generaciones. En este *tête-a-tête*, un padre discute con la abuela acerca de su hija, joven estudiante de Arquitectura que no responde al modelo esperable por la figura paterna. Tras la pérdida de su esposa, ese viudo añora reencontrar en su hija la sombra de aquella mujer que le sirvió de esclava, rindiéndose al trabajo del marido para desaparecer a su lado. Sin poder contener su impotencia, la abuela le reprocha a ese egoísta yerno la venda masculina que tuvo en sus ojos, reclamando que deje de buscar esa sumisión femenina que, por fortuna, no está presente en su nieta.

La abuela reprende al padre por su actitud cerrada, recordando su propia ingenua e inconsciente vida pasada:

"(Apasionadamente) ¡Yo la comprendo con toda mi alma de mujer! Quieres que yo la eduque. ¡Ella me educa a mí! ¿Tú, hombre egoísta, echas de menos en la afirmación rebelde y gloriosa de su juventud, la sumisión de la que fue tu esclava? ¡Ella venga con el triunfo indudable de su voluntad la esclavitud de su madre! [...] Su hija no es así... Su hija sabe como ella, piensa como ella -acaso no tanto como ella-; pero quiere vivir por sí y para sí."⁶⁴⁶

A través de las palabras de esa abuela revisamos las experiencias de tres ramas de un árbol genealógico, cuyos frutos están embelleciendo. Esa nieta da lecciones a una mujer entrada en años que consintió conformarse con una vida apática de monotonía, que aceptó que su propia hija continuará con esa existencia apagada de secundaria, a beneficio de un amo y, ahora, con la sabiduría de esa misma edad avanzada, reclama la libertad de esa joven a la que, como reza el título, no le sirven las virtudes maternas, no por carecer de ellas, sino porque ha de labrarse un sino propio, sin ataduras familiares, ni amos de sexo masculino, al menos, por ahora. Así, la venganza femenina que suele producirse de la madre a través de la hija, se trastoca por la pérdida materna, vengando esa joven a aquella que perdió y alcanzando el futuro soñado.

Vinculamos las dos piezas de *Eva curiosa* por el detalle que comparten las hijas protagonistas: ambas estudian licenciaturas universitarias. La hija de *Me da pena mi padre* se consagra a la carrera científica, mientras la ausente hija y nieta de los que disputan en *No le*

⁶⁴⁶Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, págs. 7-8.

sirven las virtudes de la madre dedica su tiempo a la Arquitectura. Las dos representan a aquellas escasas mujeres que entraban en las universidades bajo el auspicio materno, como testimonia Knibiehler:

"[...] a finales de siglo, algunas madres trataban de que sus hijas estudiaran para que pudieran ganarse la vida y progresar en el camino de la autonomía. Pero la instrucción y la cultura podían ser el origen de graves conflictos entre madres e hijas."⁶⁴⁷

Esta última situación conflictiva la expone nuestra autora en *Me da pena mi padre*, enfrentamiento que no conlleva, sin embargo, el abandono de esos estudios de provecho. Y que, en otro sentido, hubieran podido consolidar la relación materno-filial si madre e hija se hubieran unido para localizar el origen del conflicto que las distancia, en el conjunto de idealizaciones inalcanzables que regula la sociedad.⁶⁴⁸ Lorraine Ryan nos abre aún más el discernimiento de esta relación que se irá empeorando a medida que la hija alcance más metas en su trayectoria y se aleje del camino tradicional:

"[...] la sociedad impone definiciones de género muy rígidas e incluso destruye la unidad que potencialmente podría existir entre las mujeres. Esto lo consigue al condenar al aislamiento a las mujeres que no se someten a las reglas sociales."⁶⁴⁹

Alteremos la psicología freudiana acerca de la vinculación entre la madre y la niña. Y así tomemos la paradoja que presenta la actitud de esa niña que toma como arquetipo a su madre, al tiempo que la rechaza y la pretende sustituir⁶⁵⁰ para darle la vuelta: cada madre ha de enorgullecerse de su parecido con esa mujer que tuvo en el vientre, transmitiendo a su hija el valor intrínseco de la unión femenina para convertirla en símbolo de desarrollo y avance, para abandonar siglos de ignorancia e inconsciencia femeninas, en los que no se ha aprovechado la fuerza que brinda la relación de madres e hijas,⁶⁵¹ ni se ha considerado la intranquilidad que supondrá para el patriarcado la restauración de la diada madre-hija, cuyo silenciamiento responde al miedo atávico que trae.⁶⁵²

En resumen, la mayoría de los personajes literarios que responden al título de madres,

647Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 66.

648Cuenca Aguilar, Inés, art. cit., pág. 50.

649Ryan, Lorraine, art. cit., pág. 54.

650Moreno Mitjana, Blanca, art. cit., pág. 33.

651Ozieblo, Bárbara, introd., *El vínculo...*, *op. cit.*, pág. 8.

652Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 108.

en el conjunto de la producción analizada de María Martínez Sierra, constituyen "modelos fuertes para sus hijas,"⁶⁵³ un pilar, unido y resistente contra las inclemencias patriarcales, desde cuya cúspide las hijas pueden contemplar el firmamento que les espera, al mismo tiempo que se hinchan de orgullo por cada una de sus madres, que:

"[...] ya no es transmisora de los valores patriarcales, sino que transmite las dudas, los deseos de cambio, los nuevos valores. *La madre actual es, fundamentalmente, la principal instigadora de la subversión de sus hijas.*"⁶⁵⁴

Dentro de esa subversión puede incluirse la elección de la maternidad, que no la imposición, vía de la total comprensión mutua que pueda establecerse entre madre e hija, pues la maternidad "es el momento de mayor acercamiento e identificación de la hija con su madre, y, a veces, es también el primer momento, en nuestra sociedad, en que logra apreciarla y comienza a entenderla."⁶⁵⁵

5. Maternidad idealizada

La maternidad idealizada es aquella que responde a las consignas marcadas, o la que ensalza el canon hasta transformarlo en el eterno femenino, pues "es posible que el tópico obediencia, antes de haberse deteriorado, a una realidad más original y profunda."⁶⁵⁶

La madre ideal forma parte de una estructura ideológica, cuyos componentes principales corresponden a las dos dicotomías de las que hemos hablado con anterioridad: mujer=madre y mujer=naturaleza. En los dos laterales de un triángulo perfecto se situarían esas ambivalencias, mientras en la cumbre reinaría la figura maternal elevada por los siglos de los siglos, cuya mejor representante tiene la condición virginal de María, madre de Jesús, la Virgen. El conjunto que engloba esa perfecta triangulación y todos los ingredientes adyacentes, que fortifican su permanencia, constituyen la maternidad idealizada. Precisamente, de esos ingredientes trataremos en las siguientes páginas para "desvelar la distancia existente entre la maternidad mistificada y la condición real femenina: las renunciadas, la marginación, la opresión que ser madre lleva aparejadas."⁶⁵⁷

653Cuenca Aguilar, Inés, art. cit., pág. 69.

654Rahola, Pilar, *op. cit.*, pág. 162. La cursiva es de la autora.

655González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 50.

656Bel Bravo, M^a Antonia, *op. cit.*, pág. 79.

657González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 25.

5.1. Testimonio universal

Aguinaga nos presenta la implacable idea de la maternidad como testimonio universal, a pesar de contener, en su interior, multitud de significados.⁶⁵⁸ La maternidad es una palabra polisémica que encierra la intención patriarcal de unificar a los millones de madres que pueblan la Tierra bajo una sola: la Madre. Esa mayúscula concede a toda madre, que asuma los estereotipos, una protección aparentemente continua, que, sin embargo, caduca en el segundo en que comete un pequeño desliz. Al mismo tiempo, esa mayúscula evita que podamos “ver y entender a las madres, también, como individuos, no como encarnación de un arquetipo eterno, universal.”⁶⁵⁹

La imagen de esas figurillas de tierra cocida que señalan el culto de la Gran Madre conduce hacia una diosa fantástica, propia de los sueños, que no toca el suelo de los humanos, ni actúa de acuerdo a ellos.⁶⁶⁰ Por este motivo, esa diosa, al igual que ya visualizamos a la Virgen María, se convierte en una sombra que angustia, que nos impide contemplar las maravillas de la luz o aprender cómo asumir la maternidad. De nada sirve, salvo para irradiar un arquetipo irreal. En paralelo a esta diosa, Beauvoir nos habla de un modelo maternal que “nunca ha sido patentado. Se suele describir en términos vagos y relumbrantes que parecen tomados del vocabulario de las videntes.”⁶⁶¹ Videntes que manejan las predicciones, al igual que las mujeres se afanan en buscar ese misterio único.

La unicidad se quiebra desde la aparición de alternativas: a la madre tradicional consagrada al hogar y a sus miembros se suma esa mujer trabajadora con su propio salario que pospone su misión trascendental, por un tiempo o para siempre. El discurso oficial en torno a la madre queda suspendido en el aire, por los hilos que sostiene la común madre casera, hilos que se tambalean ante las embestidas de sus propios miedos y dudas. Hilos cuyas fibras se van desintegrando cuando contempla el éxito en otras mujeres que también concilian la vida familiar o decide desarraigarse por un breve periodo de ese marco de plata que la encierra “para dejar de encarnar, en definitiva, la fantasía-deseo de la Gran Madre: UNA Y TODA.”⁶⁶²

Sobre todo porque, de acuerdo con Cánovas Sau, “no siempre van unidas idealización y valoración.”⁶⁶³ Cada madre protege a cada retoño cual si fuera el primero y el último, al mismo tiempo. Ciertamente hoy día, la mayor parte de las familias está formada por la pareja y un único descendiente. Ciertamente que las expectativas femeninas en torno a la maternidad han aumentado,

⁶⁵⁸Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 17.

⁶⁵⁹Freixas, Laura, pról., *Construcciones...*, *op. cit.*, pág. 17.

⁶⁶⁰Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 9.

⁶⁶¹Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 48.

⁶⁶²González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 85. Las mayúsculas son de la autora.

⁶⁶³Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 111.

comprensible si tenemos en cuenta los sacrificios personales que supone alcanzar ese punto vital. Y, pese a que la disminución de la natalidad es una realidad constante y sonante, el Estado parece no querer asumir su porción de la tarta, con un reflejo en la ley y el bienestar que pudieran procurar. Actualmente, el valor de un hijo no guarda relación alguna con la época de la industrialización en que suponía una mano de obra, tampoco con la de la necesidad de repoblar las ciudades tras los conflictos bélicos sumando ciudadanos; hoy cada bebé representa el futuro. No de una nación, sino de una familia, por lo que resulta imprescindible cuantificar la tarea que asume la mujer con la maternidad. Siguiendo con Cánovas Sau, las madres “son, hoy más que nunca, las heroínas en un mundo que parece regirse en gran medida por coordenadas económicas, juegos de poder, guerras frías o calientes y atropello del planeta Tierra.”⁶⁶⁴

En pleno siglo XXI, esa universalización carece de sentido ante la diversidad de vías que ofrece la ciencia cuando la tradicional se limita: “la inseminación artificial, la fertilización in vitro, las adopciones internacionales, incluso la donación de óvulos o las madres de alquiler han pasado a ser estrategias”⁶⁶⁵ que ya no sorprenden a nadie. La ciencia toma fuerza en la parcela de la maternidad que implica la reproducción, mientras la otra parcela de la educación infantil amplía su visión.

No obstante, la ciencia no actúa sobre aquellas mujeres que desechan las concesiones que tienen “de fábrica”. Esas dejan atrás la opción normalizada, aquella que dan por hecho desde la infancia, para verse obligadas a reproducir sus explicaciones una vez tras otra a toda aquella persona que juzga impropia su actitud.⁶⁶⁶ Ellas escapan de la ruta, se convierten en prófugas, a las que los dictados patriarcales persiguen por su no acatamiento de la mistificación materna. Su osadía puede iniciar la revolución, incluso que la lógica de la maternidad tradicional se desvanezca,⁶⁶⁷ a no ser que sean acalladas, proscritas, condenadas.

5.2. Hacia el vacío

El peligro de repetir el ciclo que reproduce la historia, tras su crítica más exacerbada, puede evadirse mediante la lógica del reinicio, admitiendo la lógica aplastante de Lozano Estivalis sobre el consecuente silencio de unas propuestas ante un solo discurso dominante.⁶⁶⁸ En cambio, si partimos de la nada, encontraremos un espacio nuevo y con potencial para construir bases sólidas de una maternidad realista, lejos de conceptos ilógicos y huyendo de

⁶⁶⁴*Ibidem*.

⁶⁶⁵Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 24.

⁶⁶⁶Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 210.

⁶⁶⁷Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 290.

⁶⁶⁸*Ibidem*, pág. 33.

estereotipos e imágenes idealizadas por mentes que no han experimentado la verdadera maternidad. Manejamos el término “mentes”, pues consideramos la posibilidad de una experiencia puramente maternal por hombres y mujeres, más allá del sexo, ya que “el concepto *madre* no es algo que se identifique exclusivamente con la mujer [...] sino una elaboración ideológica que se erige en todas las sociedades”⁶⁶⁹ variando en función del espacio y del tiempo ante el que nos situemos. Silvia Vegetti ilumina este plan arquitectónico:

“Para formular un nuevo discurso sobre la maternidad, sin necesidad de renunciar a los instrumentos culturales que han permitido la crítica, es imprescindible desechar todas sus connotaciones, desestructurar las coordenadas que lo organizan, las imágenes que lo sostienen y las palabras que lo esconden. Del vacío restante podrán surgir nuevas imágenes y configuraciones de sentido, formas distintas de expresarse a sí mismas y a los demás.”⁶⁷⁰

Deshacer para no rehacer, sino para hacer con principios que permitan la consistencia y no aboquen a la reelaboración con el paso del tiempo, sin “un modelo único de ejercicio de la maternidad. La realidad de las experiencias vividas y transmitidas por las mujeres muestran cómo han elaborado estrategias personales de adaptación.”⁶⁷¹ Porque en esta nueva era la expresión vencerá a la represión, siendo innecesario considerar un fallo en el sistema en “una nueva etapa, que es la de la procreación ética, solidaria y compartida.”⁶⁷² Los eslóganes surgirán de igual forma que lo hicieron con anterioridad, como en los 70, cuando se repetía “nosotras parimos, nosotras decidimos.”⁶⁷³

5.3. Un desafío

“Las mujeres necesitan el desafío que implica criar hijos y ayudarlos a crecer, transformándolos de niños inseguros en seres humanos felices y productivos.”⁶⁷⁴ Ampliamos las miras que propone Linda Hunt, englobando en este reto a toda aquella persona que asuma la aventura de la crianza, incluso otros niños que pueden ejercer de guías para los más pequeños. Ese reto conlleva un esfuerzo continuo, una rutina contra la que luchar, con el idealismo por

⁶⁶⁹Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 136. La cursiva es de la autora.

⁶⁷⁰Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 204.

⁶⁷¹Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 70.

⁶⁷²Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 78.

⁶⁷³Simón Rodríguez, María Elena, *op. cit.*, pág. 48.

⁶⁷⁴Hunt Anton, Linda, *op. cit.*, pág. 43.

bandera. Las idealizaciones de la maternidad conllevan el silenciamiento de momentos pesimistas, frustrantes o agotadores, que deben acotarse dentro de la cotidianidad, sin grandilocuencias. Nos entusiasma la descripción de Socorro Suárez acerca de la amplitud que contiene la maternidad, “lo que favorece la aparición de representaciones extremas, que van desde el romanticismo más cursi hasta la ciencia ficción.”⁶⁷⁵ Así pasamos de idílicas imágenes, más propias de estampas de coleccionismo, con las que soñaban nuestras abuelas, a las madres que posiblemente camparán a sus anchas en épocas venideras, gracias a los avances de las nuevas tecnologías.

El desafío consiste en la vida, en observar a personas recién llegadas al mundo sumando días en el cálculo limitado de la edad y en ayudarles a superar cada obstáculo. Obstáculos que toman la forma de unos dientes por cepillar o unos cordones por atar. Gestos simples que no revisten de divinidad a quien los ejecuta, actos sencillos que escapan del esquema de la idealización, hechos que no provocan la perfección social que tanto se ha aclamado durante décadas y que escapan de esas mentiras en torno a las cuales se vende el mito del paraíso “para mañana, no para ahora mismo. La felicidad es para tus hijos, no para ti.”⁶⁷⁶ Y así se alcanza la inmortalidad, se acepta el sacrificio por el bien ajeno, no tan ajeno por la sangre en común y esa complicidad que disfrutas.

5.4. A la moda

“Aunque la maternidad sea un hecho individual, al igual que ocurre con el ser humano, es imprescindible encuadrarla y definirla como un hecho social.”⁶⁷⁷ La soledad no existe en un planeta superpoblado, en ninguna de las facetas que desarrollan las personas, y mucho menos en la concepción de su descendencia. La individualidad de ese hecho reproductivo queda sustituida por la vinculación de la pareja, la individualidad de ese estado de buena esperanza queda comprometida por la familia y los amigos que comparten la dicha, mientras las malas experiencias que la maternidad procura parecen recaer únicamente sobre la mujer. La paradoja está servida.

A continuación, no pretendemos ni por un nanosegundo respaldar esa moda de tener hijos, solo exponer la realidad actual. Las modas rigen las tendencias, las tendencias persiguen a las personas y las personas se dejan embaucar. Pues bien, “el hijo está de moda, y toda *beautiful people* que se precie se exhibe con un bebé apoyado en la cadera o con un crío

⁶⁷⁵Suárez Lafuente, Socorro, art. cit., pág. 31.

⁶⁷⁶Maier, Corinne, *op. cit.*, pág. 98.

⁶⁷⁷Mañas Viejo, Carmen, art. cit., pág. 123.

embutido en un cochecito.”⁶⁷⁸ La edad cumbre para reproducirse está anclada en la treintena, puesto que en nuestra sociedad reproducirse sigue determinado por unas manecillas, una esfera y un sonido repetitivo que marca las horas. Y la hora se alcanza cuando la primera de un grupo de mujeres cercanas queda embarazada. Y canta a mil voces, explota de alegría y sueña despierta con los parabienes que la maternidad le depara, empezando desde que su vientre empieza a estar levemente hinchado. La costumbre popular de “tocar la barriga” reseña la cercanía que inspira el embarazo, incluso por desconocidos.⁶⁷⁹ La hinchazón supone, de forma extraordinaria en esta esterilizada sociedad, un motivo de gozo, pues la buenaventura ha tenido a bien celebrar la venida de un bebé. Ese bebé dará inicio a una carrera entre esas mujeres que desearán compartir cada detalle de sus embarazos, partos, primeros momentos únicos, primeros instantes de frustración e incluso locura propia. Afortunadamente, la mujer no tiene que esconder el suplicio que acarrea desde que sus hijos cumplen unos cuantos años, puede elevar la voz para sumarse a esa masa femenina que ha decidido romper el tabú de acallar los problemas emocionales por los que atraviesa como madre. La maternidad idealizada queda abochornada ante esta liberación que procurará, sin buscarlo siquiera, la proliferación de una experiencia maternal más completa y rica.

Esta aparentemente frívola apariencia que demuestran las madres más modernas ejemplifica, desde nuestro punto de vista, el resultado más fidedigno del proceso, que se inició en los años 70, de la “deconstrucción de la maternidad, que implica no sólo a las mujeres sino también a los hombres.”⁶⁸⁰ De esta forma contemplamos la posibilidad de hablar sobre lo bueno y lo malo de los hijos, de poner voz a las disconformidades que surgen durante ese entrenamiento a marchas forzadas que realizan los padres, de disfrutar de la experiencia en todas sus vertientes. No olvidaremos prototipos, sino que los desbancaremos, ni perseguiremos idealizaciones, sino realidades con su cara positiva y negativa. De esta manera, la experiencia somete a la institución socialmente construida.⁶⁸¹

En conclusión, no resulta apropiada la ocultación de las experiencias que contrae la llegada de la maternidad por más que corramos el riesgo de que muchas mujeres duden de alcanzar esa meta. Las dudas surgen para que la decisión venga incentivada por la reflexión y el juicio propios, de ahí que no haya que temer que la repulsión por las cargas que trae el título de padres, vaya a exterminar la reproducción. Apostamos por actuar como antes de la llegada de la segunda ola del feminismo, al “desmitificar todo el encanto ideológico que rodeaba la

⁶⁷⁸Maier, Corinne, *op. cit.*, pág. 16. La cursiva es de la autora.

⁶⁷⁹Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, págs. 201-202.

⁶⁸⁰Mañas Viejo, Carmen, art. cit., pág. 126.

⁶⁸¹Velasco Arias, Sara, art. cit., pág. 143.

experiencia materna y mostrar su complejidad sin idealismo alguno.”⁶⁸² Es preferible desbancar la idealización en pos de un realismo absoluto para que las expectativas no acaben con la ilusión.

6. Adopción

Entre los títulos de María Martínez Sierra, la adopción en tanto proceso legal solo se registra en la obra titulada *Buena gente*. Sin embargo, la adopción en cuanto recogida de un retoño como si fuera propio, por naturaleza, se refleja también entre las hermanas del convento de *Canción de cuna*. Ambas adopciones representan actos sociales cargados "de derechos y obligaciones, de significados e interpretaciones, de sentimientos y comportamientos que están culturalmente definidos."⁶⁸³ Ambas piezas teatrales asumen la llegada de una niña en condición de milagro, tras la carencia de ese amor que provoca la edad infantil, y como una oportunidad de arañar más oportunidades a esta vida sin la luz inspiradora de una pequeña persona.

Precisamente esa luz conduce a mujeres y hombres a recurrir a la adopción, ese tormentoso camino para redimirse de su falta de reproducción, para abandonar la angustia de la denegante naturaleza, para olvidar el rencor hacia sus propios cuerpos por esa incapacidad. Ese rencor se convierte en eje de fuerza para "adoptar consciente y voluntariamente un niño como suyo."⁶⁸⁴

La adopción constituye la última opción, tras la prometida misión lógica del cuerpo humano y la costosa y aparatosa acción imposible de la ciencia con las nuevas tecnologías de la reproducción. Esta tercera alternativa carece de maravillas, con el recuerdo eterno de la infertilidad en esa batalla legal por cumplir con los plazos, las propuestas, los requerimientos, las condiciones... Tanta y tanta burocracia que hace que la adopción se prolongue durante años. Años que se sucederán también en las vidas de esas madres que, como en *Canción de cuna*, se aferran a su valentía maternal para "aceptar el sacrificio cuando está en juego el bien del hijo."⁶⁸⁵

El egoísmo y el egocentrismo dan paso a la clarividencia de una opción para esa pareja y para ese futurible nuevo miembro de la familia. Hemos de considerar que la dificultad mayor de las adopciones radica en los prejuicios que propaga la sociedad, acerca de la belleza de traer al mundo un reflejo de nosotros mismos, verle crecer y hacerse mayor. Además, nos superamos

⁶⁸²Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 101.

⁶⁸³Monreal Requena, Pilar, *art. cit.*, pág. 59.

⁶⁸⁴*Ibidem*.

⁶⁸⁵Figueras, Josefina, *op. cit.*, pág. 86.

en todas las esferas posibles al disponer de la vida de una persona a la que no nos une nada, lo que crea un muro cuasi infranqueable, que deben ir derribando ladrillo a ladrillo esa mujer y ese hombre preparados a batallar hasta tener consigo ese hijo o esa hija que estaba esperándolos, aunque ellos no lo supieran. Sí, hablamos de la ilusión del destino, de la magia que impregna la concepción de la descendencia natural, fantasía que servirá de arma y escudo para derrocar esa mirada crítica sobre el proceso adoptivo que determina que la descendencia ideal "debe ser una criatura nacida del propio cuerpo, ya que cualquier otra solución sustitutiva como la adopción enturbiaría el ideal narcisista de la maternidad que el cuerpo no ha podido alcanzar."⁶⁸⁶ De nuevo, el cuerpo se transmuta en todopoderoso y ese poder inherente a él provoca la impotencia de las parejas que no consiguen tomar el fruto de sus entrañas y se miran extrañados por el desconocimiento del origen de su mal.

En compensación, la adopción trae la alegría a esos ansiosos padres que necesitan de un objeto de amor y cariño, a pesar de que no comparta con ellos sangre, rasgos, ni nacionalidad en ocasiones. Ese objeto de sus cuidados se convertirá en el sol que les ilumine, a pesar del pasado anterior que haya vivido esa persona huérfana. La bondad de esos nuevos tutores legales alcanza límites enormes, pues, al fin y al cabo, "al adoptar a un niño o una niña que ha caído por alguna razón de su nido familiar se presupone que se está haciendo lo mejor para él o ella."⁶⁸⁷

Comprendemos la adopción en tanto práctica maternal, otro tipo de maternidad que escapa de la normalidad adorada, otro método para alcanzar una realización propia a través de otra persona, abandonando el cuerpo propio como recipiente sagrado y guardando la crianza como un tesoro a descubrir.

7. Senectud femenina

Durante gran parte de su vida, la mujer sueña con renacer, con aquel después en que tendrá más tiempo para ella, con aquel momento en que los hijos abandonen el hogar para formar los suyos propios. El sueño persiste, a pesar de que se acalle por la crítica social que pueda acabar con él. Mera anécdota supone el atrevimiento femenino de alzar la voz y confesar que el único motor para ponerse en marcha cada mañana se localiza en esa época dorada, dentro de unos diez, veinte o treinta años, en la que el ciclo vital marque el fin de la menstruación, el finiquito de la misión esencial que le fue encomendada, "cuando maternidad y

⁶⁸⁶Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 297.

⁶⁸⁷Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 387.

sexo pierden definitivamente toda interdependencia fisiológica."⁶⁸⁸

En cambio, gran cantidad de mujeres que ensalzaron su rol de matronas se arrinconarán, perdidas ante un océano de actividades, cuyo vértice gira sobre ellas mismas. Ninguna de sus virtudes domésticas servirá en ese nuevo horizonte y sin identidad vagarán sin meta alguna. La pérdida de ese eje ajeno a su persona produce en sus hogareñas mentalidades tal trasiego que les cuesta vislumbrar una salida tras ese amargo túnel de la menopausia, intentando en vano y con desesperación esforzarse en seguir con su rol maternal.⁶⁸⁹ Una luz destacará en el firmamento para ellas, una luz con caras infantiles que responderán al título de nietos y nietas, nuevos y atractivos objetos de su atención.

A continuación, contemplaremos las caras literarias de esa edad en que las féminas se suman en un estado de desconcierto y nuevas esperanzas, siempre bajo la batuta de nuestra autora María Martínez Sierra. Rehuyendo de ese texto que leyó, de niña, Delfina Bunge sobre las edades de la mujer: "la mujer es, a los dieciséis años, una lágrima, a los veinte una sonrisa, a los veinticinco una carcajada, a los treinta una mueca, y a los cuarenta un bostezo."⁶⁹⁰ Los bostezos han de desaparecer para dejar sitio a las oportunidades que presenta la edad madura.

7.1. Nacer de nuevo

Desde el título conocemos la situación de esta abuela sin nombre, anclada en el anonimato, mencionado recurso de la escritora riojana para universalizar sus argumentos, en esta breve pieza teatral *La abuela vuelve en sí*. Entre sus páginas, se halla una curiosa reflexión acerca de esa segunda vida femenina posible cuando deja de "serlo", desde el punto de vista biológico, tras la retirada de la regla. Mil posibilidades se abren en un amplio abanico para la realización personal, con menor miedo al ridículo o a la opinión ajena. Ella misma nos da su visión:

"Es curioso -piensa-; desde que esa maldición femenina que llamamos 'corriente de la vida' se retiró de mí definitivamente, me parece que he nacido de nuevo [...] En verdad, desde que soy hembra creo que he comenzado a ser persona completa: me interesa la marcha del mundo... aunque no tenga nada que ver con ella..."⁶⁹¹

⁶⁸⁸Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 364.

⁶⁸⁹Ryan, Lorraine, *art. cit.*, pág. 55.

⁶⁹⁰Viñuela, María Cristina, *art. cit.*, pág. 190.

⁶⁹¹Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, págs. 118-119.

La evidencia física y social de ser hembra da paso a un nuevo tipo de mujer más reflexiva, quizás, de forma intrínseca, por tener más tiempo para mirar hacia sí misma y cuestionarse todo lo que le rodea, sin tener ya que ocuparse sin parar de las necesidades familiares. Subraya su monólogo esta idea: nunca más imprescindible. Ni siquiera para sus nietos y su misión diaria para con ellos, nietos que han de llegar irresolublemente de sus hijos de acuerdo al fragmento de *Una señora* de Joachim Machado de Assis, que extrae Laura Freixas:

"[...] si los seres son como las aguas de las Escrituras, que no vuelven más, es porque detrás de ellos vienen otros seres, así como detrás de las aguas vienen otras aguas. Y fue para definir esas oleadas sucesivas que los hombres inventaron la palabra *nietos*."⁶⁹²

La última atadura de esa abuela al hogar de su hija se disuelve a través del diálogo interior que entabla con su esposo fallecido. Recordando aquel plan matrimonial de viajar a Italia aclara que ha dejado de considerarse, como lo era antes, indispensable para encargarse de los niños, con sus deberes propios de la abuela, determinados por la sociedad y por la demostración de su amor hacia ellos:

"¡No es posible!... No me puedo marchar [...] porque me da remordimiento no quererlos más de lo que los quiero [...] ¿Qué no les hace falta que los quiera?... Acaso, ... pero me necesitan... ¡No te rías!"⁶⁹³

Cabe destacar esa risa que no puede contener su propio subconsciente, ante esa supuesta necesidad, que no es tal, por la presencia de la abuela. Ilustradora esa ironía que le indica la verdad hiriente de su prescindibilidad dentro del núcleo hogareño. Beauvoir define la situación de esta anciana "inútil, injustificada, [que] contempla los largos años sin promesas que le quedan por vivir y murmura: '¡Nadie me necesita!'"⁶⁹⁴ La abuela de nuestra autora se amedrenta ante su propia escena, incapaz siquiera de murmurar esas tres palabras, salvo a través de otras tres que batallan en su mente: "¡no te rías!"

Mediante esa risa, la autora proporciona una salida teatral y verdadera al personaje de la anciana, que, con su marido ausente, pierde el aliento vital para claudicar ante la corriente de los años. Quizás ella represente a esos abuelos que se han cansado de permanecer siempre

692VV. AA., *Libro de las madres*, Laura Freixas (ed.), 451, Zaragoza, 2009, pág. 119. La cursiva es de la autora.

693Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, págs. 120-121.

694Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 744.

"disponibles ante el desierto del futuro, [que] son presa de la soledad, de la pesadumbre, del aburrimiento."⁶⁹⁵ Ella se ha hastiado de contentarse con las migajas que buenamente mendiga de sus hijos y que ellos tienen a bien darle.

7.2. Lucha contra el reloj

Más allá de la promesa del reposo, el transcurrir de los años procura el crecimiento de los hijos de forma proporcional al envejecimiento paternal. La lucha eterna contra las agujas del reloj y sus consecuencias físicas las plasma María Martínez Sierra de forma brillante en la obra dramática *Mamá*. En los anteriores temas, hemos tratado el egocentrismo de su protagonista, de su supuesta incapacidad para el ejercicio materno, incluso de la rivalidad no declarada con su joven hija y estas pistas nos revelan el principal crimen de Mercedes: su miedo a crecer. Cual Peter Pan, esta madre rehuye de las responsabilidades que trae la edad, del convencional papel sumiso de abuela y de las arrugas que marcarán su rostro sin retorno posible: "¡qué vergüenza tener este par de hijos, que le van a una a hacer abuela cualquier día de estos!"⁶⁹⁶

Usamos otro símil clásico literario para insistir en su carácter, porque también nos recuerda a la madrastra de Blancanieves con sus continuos cuidados para arreglarse y tener que asumir todas las consecuencias. Para ella, sus esfuerzos han girado en torno a su propio físico, a esa belleza cultivada por la que destaca en su círculo social, de ahí que el envejecimiento no entrara en sus planes.⁶⁹⁷ Mercedes responde al tipo de las madres despreocupadas de Gustavo Martín Garzo, las cuales:

"[...] no llegaban a vivir la llegada de su bebé como una amenaza, ni siquiera como un fastidio, sino a lo sumo como una vaga interferencia, una nubecilla en ese día radiante que es el tiempo de su juventud y de su belleza."⁶⁹⁸

El problema de esta *Mamá* es que sus hijos han abandonado la guardería, el colegio, el cuarto de los juegos y ahora prometen traer consigo una descendencia ante la que no podrá simular su ancianidad. Hasta que suceda ese terrible acontecimiento, y dentro de la obra que nos ocupa, Mercedes evita ceder el trono de la belleza y la composición a la hija, incluso en su

⁶⁹⁵*Ibidem*, pág. 751.

⁶⁹⁶Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá...*, *op. cit.*, págs. 8-9.

⁶⁹⁷Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 372.

⁶⁹⁸Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 162-163.

baile de presentación.

Al igual que en *La abuela vuelve en sí*, el texto se empapa de la ironía para que no pase desapercibida la situación satírica que plantea esta presumida mujer que llega a restarse cumpleaños a sí misma y a sus hijos en cadena consecuyente. El empleo de este mecanismo resulta exagerado a la par que evidente y con él se gana la burla de los asistentes al baile:

"Creí que tenía un bebé y me encuentro con un ingeniero. ¡En cuatro años de ausencia! ¿Qué les darán en Bélgica a los muchachos para que crezcan de ese modo? Acompañenme ustedes en el sentimiento. (Todos se ríen) Sí, sí, ríanse ustedes; ha sonado mi hora: me retiro del mundo. Con un hijo de este tamaño no hay coquetería posible."⁶⁹⁹

Desde su perspectiva, Mercedes merece el pésame colectivo de sus oyentes, en lugar de las habituales congratulaciones por tener unos hijos bien crecidos. Su tiempo de juventud ha finalizado, no obstante esa madre se resiste a llevar a cabo sus palabras, contra viento y marea, hasta que la realidad no le deja escapar de su papel.

7.3. A través de otra vida

La reina a la que pretende *El enamorado*, en ese relato breve recogido en *Eva curiosa*, representa a cualquier mujer que se preocupa por el paso del tiempo, el peso de los años y el anhelo de una maternidad ausente, una no descendencia que nunca llegará. Ese deseo alcanza cotas de imposibilidad tras la desaparición de la sangre mensual que tiñe los días femeninos y la senectud se convierte en su reflejo odiado:

"¡Cuánta más alabanza mereciera el empleo de tu belleza si pudieras decir: este dulce hijo mío es saldo de mi cuenta y disculpa de mi vejez! ¡Y fuera su belleza herencia de la tuya! Esto fuera renacer siendo vieja, y encenderse tu sangre al sentirse ya fría... (Suspirando) ¡Si yo tuviera un hijo!"⁷⁰⁰

Nos dice la reina que la descendencia supone la disculpa de la vejez, otros dirán que más bien personifica el báculo de años venideros, otros que su eterna fuente de preocupación. La reina añora el premio imposible por sus años de sacrificio maternal, "recompensado con el

⁶⁹⁹Martínez Sierra, Gregorio, *Mamá...*, *op. cit.*, pág. 17.

⁷⁰⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 23.

amor que los hijos le concederán por la inmensa dignidad otorgada a través de la crianza."⁷⁰¹ La reina no sabe que la misma soledad que le aguarda a ella en cada esquina también puede hallar a esas madres cumplidoras con sus retoños. Sin duda, el miedo persigue al alma femenina que se contrae ante la sensación de que serán abandonadas y estarán incompletas sin ese lazo filial.⁷⁰² De acuerdo con Christine Hüttinger, "la mujer queda sola en la dependencia que ella misma aceptó. Es una carga que ella sola tiene que llevar."⁷⁰³ Esa misma dependencia que le convirtió un día en indispensable para su familia, hoy, a la vejez, la convierte en presa de su soledad.

En claro contraste con el vacío que vislumbraba la protagonista de *La abuela vuelve en sí*, en esta ensoñación real de la reina los hijos, y con ellos los hijos de los hijos, formarán para la edad anciana de sus madres un motivo para enorgullecerse ("saldo de mi cuenta") y seguir viviendo mediante el palpito de otro corazón ("encenderse tu sangre"), incluso luchar contra la Parca ("al sentirse ya fría").

Ciertamente resulta innegable que el truncamiento de la existencia maternal cuando sus vástagos vacían sus habitaciones, para ocupar otras en direcciones postales que no coinciden con la materna, se remedia con "una segunda maternidad al dedicarse al cuidado de las/os hijas/os de los suyos propios."⁷⁰⁴ En nuestro día a día, la conciliación familiar y laboral constituye una cuenta pendiente del Estado del bienestar, obligando a los padres a recurrir a las personas de mayor confianza para el cuidado de sus pequeños cuando ellos acuden al trabajo. Esta tarea puede convertirse en la alegría de unos abuelos que se vieron privados del contacto filial durante cierto tiempo, o bien en la pesadilla que les conduzca irremediabilmente hacia una rutina que, a ciertas edades, es imposible de coordinar con un cuerpo físicamente agotado por los duros años de trabajo y que sueña con el merecido reposo de la tercera edad. En los últimos tiempos, los medios de comunicación se hacen eco de estas circunstancias como si fueran una novedad de nuestro siglo, cuando la historia nos dice que esta práctica se realiza desde más allá de donde alcanza la memoria patriarcal.

Como guinda final, Marie Langer apunta que el proceso de envejecimiento "se volverá 'crítico' únicamente debido a un interjuego de factores personales, ambientales y sociales."⁷⁰⁵ En otras palabras, cada mujer afrontará de modo único la tercera edad, variando perceptiblemente su futuro en función de los intereses propios que atesore, de las vivencias que

⁷⁰¹Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 75.

⁷⁰²Hays, Sharon, *op. cit.*, pág. 192.

⁷⁰³Hüttinger, Christine, art. cit., s. pág.

⁷⁰⁴Téllez Infantes, Anastasia y Heras González, Purificación, "Representaciones de género y maternidad: una aproximación desde la Antropología sociocultural", en *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 92.

⁷⁰⁵Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 366.

recopile su currículum vitae y las expectativas que haya estado atesorando durante los años pasados.

VI. Más allá de la maternidad

1. Una mujer en el trabajo

Primordial aclarar que no concebimos la práctica maternal en tanto en cuanto trabajo, con todas las letras, ni compartimos que “ser mujer es equivalente a ser madre, la 'profesión femenina por excelencia.’”⁷⁰⁶ Desde nuestro punto de vista, ser madre supera los límites de un horario coordinado por una empresa, aborda tantos saberes que sería imposible conocerlos en detalle y extralimita las capacidades de toda persona. Por estas razones, y muchas otras innumerables, la maternidad comprende un campo externo del ámbito laboral. Con esto no queremos dar a entender que las madres no merezcan reconocimiento, sino a la inversa: nunca ninguna mujer recogerá la suficiente gratitud por su tarea maternal, ya que, como afirma Beauvoir, “es imposible asimilar simplemente la gestación a un *trabajo* o a un *servicio* como el servicio militar.”⁷⁰⁷ Por supuesto, estamos en contra de juzgar el total de las funciones que trae consigo la maternidad como parte de la naturaleza femenina y, en consecuencia, infravalorarlas y considerarlas obligatorias para las mujeres, de acuerdo con la tónica de la cultura patriarcal.⁷⁰⁸

Más allá de cada madre, hay una mujer que ha trabajado, trabaja o trabajará en ese agobiante y competitivo universo laboral. Emplearemos de ahora en adelante, a semejanza de Sharon Hays,⁷⁰⁹ los términos relacionados con el trabajo en tanto labor remunerada. Mantenemos abierto el debate en torno a la inclusión en el currículum vitae de la experiencia maternal,⁷¹⁰ la capacidad materna bajo el epígrafe de especialización adquirida.⁷¹¹

1.1. Promoción femenina

Las hipótesis acerca de qué sucedería si una mujer fuera un hombre constituyen un subtema narrativo de amplio panorama. No tanto el caso inverso en el que un hombre se plantea cómo cambiaría su existencia si sus miembros no tuvieran la potencia de la reproducción, salvo en obras humorísticas, de giros esperpénticos o satíricos. Pues bien, nuestra autora lleva al papel ese cambio de sexo y el aprovechamiento que el personaje femenino daría a esa situación en la novela breve *Torre de marfil*. Conocer mundo y promocionarse trabajando: las miras de la protagonista de la obra quedan reducidas a dos

706Cuenca Aguilar, Inés, art. cit., pág. 123.

707Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 121. La cursiva es de la autora.

708Andrés Domingo, Almudena, art. cit., pág. 75.

709Vid. Hays, Sharon, *op. cit.*, pág. 26.

710Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 58.

711Percovich, Luciana, art. cit., pág. 235.

simples ejercicios de viajar y trabajar, actividades que hoy afortunadamente, y desde la perspectiva de la progresión alcanzada por el feminismo, suponen hechos cotidianos, siempre y cuando la maternidad no haya hecho presas a las mujeres de sus hogares. En esa utopía de cambio de género, la mujer desestima el dinero, el poder o el éxito, factores que predominan en el cerebro masculino ante el mercado de trabajo, mientras la mujer “busca y mide también otras gratificaciones: la calidad del trabajo, las relaciones personales, el tiempo para los hijos.”⁷¹²

La ironía de María Martínez Sierra reside en el método empleado para poner de relieve esos imposibles: "una mujer, ya ve usted, lo más, lo más, maestra y pasarse la vida desasnando críos, o cómica y morirse de hambre cuando llegue a vieja, o mala mujer y morirse antes de asco en el hospital."⁷¹³ Así, el dictamen determina tres oficios para una mujer: maestra, cómica o prostituta, de un extremo a otro, si bien a medida que va llegando al extremo negativo los recursos económicos, no así los psicológicos que en los tres dejan que desear, van viéndose mermados. La reiteración de “lo más, lo más” subraya el logro de alcanzar el magisterio, con la confianza de un pueblo, y de sus pequeños en manos de una mujer, en contraste con el elevado respeto que alcanzaban los maestros bajo el eterno apelativo de consideración “el maestro don”. En cambio, la maestra suscita más de una cháchara acerca de los orígenes de esa mujer que abandona el camino recto de la vida familiar para pasar sus años mozos a cargo de otros chiquillos, no propios, creando la sospecha entre las madres y los padres de sus alumnos. En este punto, retomamos la cita para recordar que la autora riojana obtuvo los estudios para maestra y quizá en sus años de actividad educativa pudo contemplar todo el espectro social en torno a ese ámbito laboral, hasta el punto de definir su misión didáctica en términos poco halagadores para sus alumnos: “desasnando críos”.

En la segunda salida laboral, leemos de manera subliminal una crítica velada a la profesión de actriz, tal vez poniendo el dedo en el ojo de aquella mujer que se convirtió en origen del fin de una existencia si no feliz, al menos confortable: Catalina Bárcena. De su belleza se mofa ante la llegada inevitable de la vejez (“morirse de hambre cuando llegue a vieja”), que convierte en polvo cualquier rastro sobresaliente e iguala a todos los seres humanos, de acuerdo con el dramaturgo Calderón de la Barca. En la misma línea, las malas mujeres o aquellas que utilizan su cuerpo en pos del placer ajeno se marchitarán incluso con anterioridad, despidiéndose amargamente de una existencia difícil desde la cama de un hospital. Por su parte, Carme Riera nos aclara certeramente que:

⁷¹²Camps, Victoria, *op. cit.*, pág. 36.

⁷¹³Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 186.

“Todas o casi todas las profesiones femeninas aceptadas de buen grado por el común de los mortales, al menos en la civilización occidental, enfermera, comadrona, maestra, cocinera, no son otra cosa que formas vicarias de la maternidad, o al menos así las consideran los que las encuentran propias de nuestra condición.”⁷¹⁴

La profesionalización de la mujer sigue adherida a su faceta maternal o se subordina a ella para alcanzar el beneplácito de la sociedad circundante. Hemos abierto el panorama de los tres campos que señalaba nuestra autora para el desarrollo de las expectativas laborales femeninas, en oposición a la tarea primordial de la maternidad, para demostrar que tal oposición ha sido impuesta por una ideología patriarcal.

1.2. Otros posibles oficios

Más allá de maestra, cómica o prostituta, la mujer laborará donde sus conocimientos le permitan. María Martínez Sierra matiza nuestras palabras con cierta ingenuidad, y de acuerdo con las que vierte en *La mujer moderna* María de Maeztu:

"Cuando los azares de la vida, las condiciones económicas o los vicios actuales de la sociedad le privan de la suprema función que le asigna la Naturaleza, la de criar y educar a sus hijos, la mujer no se resigna a laborar tan sólo en los bajos menesteres del taller o de la fábrica, o en las faenas del campo, sino que quiere cooperar también en los grados superiores de la cultura humana: arte, ciencia, moral, política."⁷¹⁵

Este fragmento posee tanta fuerza que otra tesis no bastaría para expresar su significado, por lo que intentaremos sucintamente dar cuenta de su mensaje más relevante. Con una lucidez extraordinaria, la directora de la Residencia de Señoritas⁷¹⁶ recoge la presencia de esas luchadoras que se niegan a quedarse de brazos cruzados cuando las circunstancias les son adversas. Destino, dinero o determinación social son los tres factores que impiden esa misión femenina esencial que Maeztu entiende formada no únicamente por la reproducción natural, sino también y especialmente por la crianza y la educación de los vástagos. Al fin y al cabo,

⁷¹⁴Riera, Carme, *op. cit.*, págs. 110-111.

⁷¹⁵Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 102.

⁷¹⁶Considerada la primera pedagoga española y vinculada a la Institución Libre de Enseñanza, fue la gran impulsora de la educación femenina en España. *Vid.* Zulueta, Carmen de y Moreno, Alicia, *Ni convento ni college. La Residencia de Señoritas*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1993.

Maeztu no aboga por la sumisión, sino por la batalla incondicional que motiva el querer entrar en ámbitos hasta ahora supuestamente blindados para la mujer. La realización femenina en pos del bien social, es ese punto en el que reside la fuerza de su discurso que, sin alejarse de la condición maternal predestinada, comprende amplias perspectivas. Disentimos de Beauvoir al respecto de esa supuesta tristeza que embargará a una mujer que ha de conjugar la vida familiar con su rol de trabajadora, “en los casos en que la sociedad exige de ella este esfuerzo, su existencia es mucho más penosa que la de su esposo.”⁷¹⁷ A mayores dificultades, mayor gozo, a más problemas, más regocijo en la victoria. El positivismo surgirá del apoyo de pareja, de la compenetración con otras madres y/o trabajadoras, de su propio interior que sonreirá por los logros obtenidos por sí misma, “recompensas materiales y simbólicas en la fuerza laboral remunerada.”⁷¹⁸

1.3. Ejemplo a seguir

Modelos, moldes, patrones. Como comentamos más arriba, el ser humano ha necesitado una guía para iniciar, continuar y terminar su camino:

“De acuerdo con esto, el que las mujeres se integren o no al mundo laboral, así como en qué tipo de sector y en qué condiciones lo hagan, estará en gran medida mediatizado por factores familiares, personales, económicos, sociales e ideológicos.”⁷¹⁹

Precisamente porque el trabajo constituye, aún hoy, uno de los aspectos más desérticos de la realización femenina. Moviada por este saber, y antes de insertar las respuestas de Emilia Pardo Bazán en su colaboración con *La mujer moderna*, María Martínez Sierra comenta el logro innato de la escritora gallega en su condición de mujer/escritora:

"[...] porque, con su trabajo, ha logrado abundante fruto, de honra, de caudal, de personalidad independiente, y porque, con todo esto, como ella misma dice, ha sido madre y ha criado a sus hijos, dando así un soberano mentís a cuantos ridículamente ponen el espantajo de la maternidad como justificación de la esclavitud femenina."⁷²⁰

⁷¹⁷Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 217.

⁷¹⁸Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 273.

⁷¹⁹Téllez Infantes, Anastasia y Heras González, Purificación, art. cit., pág. 71.

⁷²⁰Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 81.

La condesa se erige como vivo ejemplo de la capacidad femenina para afrontar la maternidad sin ser esclava y sin dejar a sus herederos al cuidado de manos ajenas, al mismo tiempo que su labor en el campo de las letras muestra una vía para acabar con la palabrería machista que reniega de la capacidad femenina de conciliar (moderna palabra que en aquel entonces ni se consideraba), de combinar la vida familiar con la laboral. Parece que en sus palabras, nuestra autora enfatice más ese rol materno que el de trabajadora. Nada más lejos de la realidad; entendemos que oculta de forma subrepticia la relevancia del papel pionero de Pardo Bazán como escritora bajo el manto protector de la tarea maternal para no levantar sospechas o calumnias entre las gradas masculinas, menos abiertas a esa opción de conjugación en torno a la figura de una mujer que puede servir de ejemplo para todas las demás. Pardo Bazán fue la primera que obtuvo un salario, entró en el sistema productivo y logró cierta autonomía de ese legendario marido beneficiario de la economía doméstica.⁷²¹

1.4. Base laboral

Base en tanto sustento, base en cuanto objetivo, base de apoyo para el desarrollo laboral de una mujer madre. Esta base la constituyen sus hijos, descendencia por la que abandonar el refugio de las cuatro paredes y lanzarse al inhóspito mundo de los trabajadores remunerados. Ese papel de mujer desamparada ha formado parte de la tradición desde los tiempos de la Prehistoria en que las mujeres no debían alejarse demasiado de sus cavernas, salvo para buscar alimentos que la naturaleza les dispensaba. La caza pertenecía a un coto de actuación cerrado para las hembras, mientras los machos podían y debían pelear por esa carne que aportaba la energía de su clan. Esa imagen utópica del poder masculino queda borrada de la faz de nuestro estudio gracias a Robert Briffault:

“[...] porque en la sociedad primitiva las mujeres son los principales productores. Este poder está asociado con la agricultura, que pertenece a las mujeres, porque la productividad del cazador nunca puede ir más allá de la mera subsistencia alimenticia.”⁷²²

Volviendo a la era civilizada, en “De feminismo”, una de las conferencias que compila en *Feminismo, feminidad, españolismo*, María Martínez Sierra defiende el trabajo de la mujer con el argumento sólido de la defensa y educación filial, pues "por haberse adquirido medios

⁷²¹Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 197.

⁷²²Briffault, Robert, *op. cit.*, pág. 95.

de defenderse y de defender a sus hijos, sin ayuda ajena, no es una mujer menos mujer."⁷²³ El mayor terror al que se enfrentaban las féminas de principios del siglo XX era a perder la condición de mujeres. A la luz de nuestra época, puede parecer un miedo atávico, sin embargo tenía su razón de ser: si no podían comportarse ni educarse como hombres, la única opción de la que disponía una mujer era prenderse al círculo femenino, ubicarse lo más cerca de su eje para no caer en el ostracismo, en esas sombras donde la luz de la fuente solar que irradiaba la sociedad no llegaba. Ellas pretendían no dejar en la mayor orfandad a sus retoños, del modo en que los libros ilustrados reflejan a esos niños “cuya madre (empleada, profesora, obrera, comerciante...) no es ni una bruja ni ama de casa a pleno tiempo, aquellos cuya madre no hace bizcochos, pero tampoco prodigios, [por lo que] siguen estando huérfanos.”⁷²⁴

El riesgo de convertirse en un hombre por una inteligencia excesiva queda negado con rotundidad puesto que la condición inicial femenina no variará. La escritora riojana muestra convicción absoluta en la indispensabilidad, como a una flor el agua, de una educación mínima que permita el acceso al empleo, para poder considerarse una mujer plena, sin descartar la maternidad querida. En contra, localizamos las directrices patriarcales que entienden “que su papel reproductivo determinaba y limitaba las restantes funciones de su actividad humana, vedando a su existencia toda significación individual.”⁷²⁵ Parecería exagerado si adoptáramos en este trabajo términos propios de la caza para describir las limitaciones que le vienen impuestas a toda recién nacida, si no fuera porque ese mismo vocabulario es usado de forma reiterada en aquellas citas que recogemos en estas páginas. Por ello, la veda fue establecida por los padres de la caza ideológica sobre la que se asienta nuestra sociedad al identificar de forma masiva a las presas por su sexo femenino. El discurso de nuestra autora continúa para adoptar cierto cariz crítico:

"La mujer ignorante y esclava, ni aun con la muerte sale de la infancia. Aunque el amor pase a su lado un instante, aunque la maternidad pese sobre ella, aunque la plata de las canas parezca coronar su cabeza, habrá sido ídolo, habrá sido madre; ¡no habrá sido mujer!"⁷²⁶

La escritora gira el argumento del que antes se servía para evitar la repulsión inicial (“no es una mujer menos mujer”) y determina la imposibilidad de seguir perteneciendo al sexo

⁷²³Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, op. cit., pág. 14.

⁷²⁴Turin, Adela, op. cit., pág. 27.

⁷²⁵Palacio Lis, Irene, "Mujeres aleccionando a mujeres. Discursos sobre la maternidad en el siglo XIX", *Historia de la Educación: Revista Interuniversitaria*, 26 (2007), pág. 115.

⁷²⁶Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, op. cit., pág. 15.

femenino si no se actúa de acuerdo a su idea: la necesidad de adquirir ciertos conocimientos para no pasar por la vida como seres inanimados, sino como mujeres de hecho y derecho. Racionalmente, “la mujer que trabaja quiere conciliar su éxito con triunfos puramente femeninos”⁷²⁷ de acuerdo con la educación recibida. Afirma categóricamente Lozano Estivalis: “no existe para todos los individuos una libertad de elección entre familia y trabajo mientras se mantengan las desigualdades históricas entre los géneros incrustadas en el esquema básico.”⁷²⁸ Han de erradicarse esas inmersiones ideológicas desfavorables para la mujer a favor de la igualdad de oportunidades en el mercado laboral.

Retornando al fragmento de María Martínez Sierra, esta condensa las etapas de la vida femenina: el hallazgo marital, la natalidad, la senectud y la ansiada idolatría en calidad de buena esposa y madre, ideal que persigue a toda mujer o que es perseguido por ella, por “la idea de que aquellas mujeres que no trabajan son las que en mayor medida se corresponderían con el *ideal de madre*.”⁷²⁹ No obstante, esa mujer no debe detener su ambición ahí, alcanzando, ya sea tomando entre sus brazos o solo acariciando, su propia realización con el conocimiento y el trabajo.

1.5. De nada sirve

Todo en su justa medida. De acuerdo con el refrán se muestra ese cuento breve que hace aún más breve el *Día de reyes* de su título. Breve y triste, pues una madre y un hijo lo protagonizan: ella se dedica con denuedo a la costura para no tener que negarle el sustento a su hijo, y él, en cambio, sueña con los regalos que le traerán los Reyes. Los magos de Oriente no podrán entregarle su regalo, puesto que la crueldad de la vida se cernirá sobre esa madre que ve marchar a su pequeño por el frío de la mañana, quedando sola sin nada por lo que seguir.

El trabajo para vivir, no vivir para trabajar, esta irónica verdad con su enseñanza está incluida en las escasas y rudimentarias lecciones que toda madre transmite a su hija. Esa lección básica contiene el germen de la culpabilidad que atraviesa la relación materno-filial hasta el punto de que las mujeres que deciden trabajar no cesan de escuchar un rumor que recrimina su acción diaria de separarse de sus hijos. En clave metafórica, Gustavo Gartín Marzo dibuja la figura de unas madres trapecistas, trabajadoras y madres que realizan acrobacias, que aman su profesión y les cuesta desprenderse de esa satisfacción que “era como una droga, porque allí arriba, en el trapecio, parecías tener algo de lo que los demás no sabían

⁷²⁷Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 477.

⁷²⁸Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 278.

⁷²⁹Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, págs. 198-199. La cursiva es de las autoras.

nada.”⁷³⁰ Puede suscitar controversia emplear la semejanza con la droga en este estudio de una autora de principios del siglo XX, pero resulta esencial entender esa sensación interna que tienen las madres cuyo trabajo les supone una fuente de bienestar, lejos de ese halo de negatividad y estrés que parece empañar el ámbito laboral. Y, sobre todo, sirve para hacer hincapié en ese sentimiento de unicidad que le embarga cuando alcanzas un sueño desconocido por el resto de las personas. Ciertamente, la maternidad puede encajar en ese sueño también, pero la experiencia maternal, aunque encierre las vivencias propias e irrepetibles de cada mujer, comparte ciertos puntos de tránsito, de ahí que la empatía femenina aumente de forma proporcional. Mientras, el trapecio sigue simbolizando esa “voluntad y determinación de la mujer profesional frente a las convenciones que la restringen.”⁷³¹

1.6. Merecer el logro

De nada sirve el esfuerzo sin una recompensa final. Las motivaciones marcan nuestros días, los descansos, nuestros esfuerzos, del mismo modo que nuestros conocimientos determinarán los trabajos a los que dedicarse. La escritora riojana abandona la crítica para dar a su voz cierto tono de arenga militar en *La mujer moderna*: “¡A trabajar, pues, señoras mías, no tanto por conquistar la austera eminencia, como por merecerla, porque el merecerla es el mejor medio de lograrla!”⁷³² Solo se alcanzará la evidencia si se inicia la labor. Vale ya de tantas palabras, de tanto discurso, la acción hablará por sí misma, las mujeres han de ponerse manos a la obra para mostrar su valía en el ámbito laboral. Y, sin embargo, por mucha capacidad que posea una mujer, los estereotipos le alejarán irremediabilmente de puestos superiores o de autoridad.⁷³³

“La ideología dominante asignaba a la mujer el dominio familiar, siendo la situación de las trabajadoras doblemente estigmatizada por las definiciones sociales, es decir, debían cumplir el mandato de la buena madre y el de buena trabajadora, sin poder modificar las demandas de uno u otro.”⁷³⁴

Este es el campo de batalla en el que combaten diariamente las madres trabajadoras, sin

⁷³⁰Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 11.

⁷³¹Lamb, Ruth S., "Papel de la mujer en la obra teatral de seis escritoras mexicanas", en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, Alan M. Gordon y Evelyn Rugg (eds.), University of Toronto, Toronto, 1980, pág. 443.

⁷³²Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 15.

⁷³³Téllez Infantes, Anastasia y Heras González, Purificación, art. cit., pág. 73.

⁷³⁴Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 199. La cursiva es de las autoras.

escudarse en un trabajo a tiempo parcial que “confirmaría que la maternidad constituye una discapacidad insuperable para las mujeres.”⁷³⁵ Esta opción tan en boga actualmente, salva al propio Estado de solucionar los problemas reales para la conciliación completa en torno al cuidado de los pequeños, al tiempo que evita que las mujeres puedan desarrollarse en su trabajo, por no cumplir con los objetivos que alcanza el resto de su plantilla en la jornada completa. El beneficio supone un oasis para esas madres trabajadoras que, en los primeros años de su descendencia, van aprendiendo de la experiencia, hasta alcanzar un grado de manejo que les permitiría retornar al horario habitual. Entonces, la sociedad les da la espalda y les aconseja que sigan con ese trabajo que les ocupa poco tiempo, les da cierta remuneración para gastos livianos y las tiene, en palabras burdas, entretenidas, sin tener que quitar su atención de lo más importante en sus vidas: los niños. La evidencia acerca de la menor cuantía del sueldo femenino por su jornal menor no ha de pasar desapercibida.

Ahora bien, la cuestión se agrava cuando dos personas responden al mismo puesto y no obtienen el mismo sueldo al finalizar el mes, ya que “el capitalismo legitima la reducción de sueldos a las mujeres, puesto que su compromiso con la crianza infantil las coloca en un lugar secundario respecto a los varones.”⁷³⁶ Última noticia: la naturaleza determina también la productividad y hace caso omiso a la discriminación positiva hacia “la mujer profesional [que], sí es competente, debe ser respetada por su profesión, a la cual se dedica muchas veces con más empeño que el hombre.”⁷³⁷

El machismo que impera en este panorama se repite sin cesar, e incluso empeora si, tras la baja maternal, consideran en su empleo que ese retorno carece de sentido, pues han contratado a otra persona que no tenía miras de reproducirse. Ese permiso por maternidad supuso, en la década de los veinte del siglo XX, “un paso enorme, ya que el derecho al trabajo de la mujer, aunque fuese madre, se había decretado definitivamente y el Estado se encargaba de su protección.”⁷³⁸ Una protección aparente y limitada a un tiempo, un doble rasero dependiendo del sexo que tuviera, una doble cara en contra de la integración.

La pesadilla para esas mujeres que, desde la ingenuidad de su anhelo maternal, buscaban fusionar ambos campos se eterniza, a no ser que posean la suficiente fuerza propia o el empuje de sus más allegados para luchar por sus derechos. Porque también la mujer posee cierto derecho en el mundo laboral, pese a los tejemanejes que se repiten sin cesar, en especial, a través de la imagen, el elemento más deformador de la realidad: “las imágenes de las mujeres

⁷³⁵Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, págs. 92-93.

⁷³⁶Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 218.

⁷³⁷Lamb, Ruth S., art. cit., pág. 443.

⁷³⁸Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, págs. 84-85.

trabajadoras heredan las viejas atribuciones simbólicas de la mujer-trampa, la vampiresa o la mala madre, solo que recicladas y cargadas de contradicciones."⁷³⁹

La amenaza continua sobre las madres no debe hacerlas claudicar, ya sean supermamas modernas que hacen malabares o madres tradicionales que dedican su esfuerzo al hogar e hijos.⁷⁴⁰ Estas dos modalidades corresponden a mujeres ante las que el trabajo supone una opción vital más para su realización personal, porque las mujeres han dejado de ser "inapropiadas para el mundo masculino de los negocios."⁷⁴¹

2. Una mujer en la política

"Excluidas de la ciudadanía, debido a su relación con el mundo de la inconsciencia lingüística y cognoscitiva infantil y, por tanto, también de la política."⁷⁴² Si este argumento fuera aplicable por cada persona que toma la responsabilidad de un menor, no quedaría ningún participante en el ejercicio político. Por ello, entendemos que carece de fundamento su aplicación a las madres.

Como sucediera con el mercado laboral, María Martínez Sierra vislumbra y apuesta por la presencia de la madre más allá de su ámbito definido por la tradición patriarcal, a través de las conferencias propias que recoge en *Feminismo, feminidad, españolismo* y las opiniones de diversas personalidades de la época que muestra en *La mujer moderna*. La política abandona su halo androcéntrico para adoptar un velo femenino, una perspectiva marcada por la maternidad y esa descendencia que constituye la mayor inspiración para la lucha femenina gubernamental. Pues, citando a Irene Palacio, "en el ejercicio de la maternidad, las mujeres debían cumplir, en efecto, no sólo una función privada y doméstica, sino un 'ministerio' público, de cuyo provecho o descrédito participaba la sociedad."⁷⁴³ En adelante, estudiaremos el grado de esa participación, sus ámbitos de aplicación y el juicio que merecía, merece y merecerá.

2.1. Hipótesis dentro de la lógica

Nuestra autora lanza preguntas sin respuestas, más allá de las obvias, cuestiones que encierran en su interior las propias respuestas que han de resonar en las mentes de oyentes y/o lectoras de la conferencia *De feminismo*. Bajo ese título, aborda la intervención femenina en el

⁷³⁹Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 279.

⁷⁴⁰Hays, Sharon, *op. cit.*, pág. 200.

⁷⁴¹VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 87.

⁷⁴²Rodríguez López, Sofia, art. cit., pág. 354.

⁷⁴³Palacio Lis, Irene, art. cit., pág. 123.

universo político, no solo como masa votante, sino como mentes desarrolladas en aras del beneficio filial y, por supuesto, social:

"Si las madres españolas votasen las leyes, ¿creen ustedes que estaría la enseñanza oficial en España en el lamentable estado en que hoy se encuentra? [...] Y si las madres de todo el mundo hubiesen compartido desde hace mucho tiempo, por mitad, las responsabilidades del gobierno, ¿creen ustedes que hubiese podido llegar a realidad el espanto indecible de la guerra actual?"⁷⁴⁴

Desde la situación nefasta de la educación en España, la escritora riojana salta al panorama mundial con el escalofriante conflicto bélico, mientras la incomprensión baña sus palabras, al plantear una realidad paralela en la que hubiera sido imposible el levantamiento de las armas, por la firme oposición de esas madres dedicadas al gobierno. En esta línea, Mary Wollstonecraft arguye que "el cuidado de los niños como una labor cívica [...] debía otorgar [a la mujer] el derecho a participar en las decisiones políticas. Sin embargo, este derecho fue invalidado en nombre de la maternidad."⁷⁴⁵ El mismo motivo que debiera originar un cambio impide tal transformación, puesto que la revolución que hubiera procurado no preservaría los derechos superiores de los hombres sobre las mujeres. Según la visión de Hegel, las féminas son:

"[...] un elemento natural y políticamente subversivo, puesto que su finalidad no puede ser otra que el dominio de lo privado, con lo que sus acciones siempre intrigantes entorpecen la acción pública del gobierno."⁷⁴⁶

Los planteamientos a escala nacional y mundial de nuestra autora en torno a la hipotética actividad política femenina certifican que "la guerra aparece como un mal necesario que permite a la mujer destruir los tabúes que la condenaban al hogar."⁷⁴⁷ No obstante, el fin de ese período de batallas provoca un retroceso de proporciones mayores, al tiempo que la paz se fusiona una vez más con la figura materna.

⁷⁴⁴Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op.cit.*, págs. 24-25.

⁷⁴⁵VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 83.

⁷⁴⁶Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 191.

⁷⁴⁷Zerrouki, Saliha, "Assia Djebar y Ana María Matute: dos figuras relevantes de la literatura femenina y mediterránea", *Quaderns de la Mediterrània = Cuadernos del Mediterráneo*, 6 (2006), pág. 177.

2.2. Una paloma blanca

Esa misma y ansiada paz debiera sumir a una porción de las madres en el mayor bochorno por varios motivos: por no haber luchado por ella, por no haberse interpuesto entre los que venían en busca de figuras animadas para jugar esas batallas, a costa de la vida de sus retoños. Queda planteada otra fuente de culpabilidad para cada madre, para aquellas que realmente quedaron de brazos cruzados con lágrimas en sus ojos:

"La paz es el primer artículo de nuestro programa y nuestra maternidad lo ha escrito con letras de sangre en nuestro corazón. Pero, madres cobardes, hemos dejado la vida de nuestros hijos en manos de los hombres."⁷⁴⁸

La responsabilidad de la guerra no recae solo sobre el género masculino, puesto que las mujeres deberían haber actuado para poder evitarla con el gran impulso que les dan esos hijos, cuya sangre será derramada mientras no reine la paz.

Una paz que palpita en nuestros cromosomas femeninos, por la misma naturaleza que condena a la simbiosis mujer-madre, por un motivo simple e incoherente: quien da la vida debería tener la elección de arrebatarla o mantenerla, no ver cómo alguien ajeno lo destruye. Sería más acertado creer que "el ideal feminista es un ideal constructivo. La mujer, que da la vida, no puede llevar con paciencia la idea de la destrucción."⁷⁴⁹ Esa aniquilación conlleva el uso indebido de las armas, careciendo de sentido esa batalla salvo en mentes ociosas, aburridas de la monotonía social, movidas por el ansia de mostrar su poder, su dominio de las masas ciudadanas, masas que acudirán bajo su mandato hacia una carnicería humana. Esas mentes responden a la no vida, por lo que nunca pertenecerán al sexo femenino. "¡las madres, que dan la vida, no podían hacer otra cosa que odiar las obras de la muerte!"⁷⁵⁰ De ahí, la necesaria intervención de la mujer en la política, en el gobierno, en el poder, para equilibrar la balanza, para ordenar la razón, para que impere la lógica.

Una lógica que, de acuerdo con la profesora Matilde García del Real, en el último cuestionario que plasma *La mujer moderna*, entiende la feminidad como el ensalzamiento de las cualidades dadas por el Creador a la mujer "sin excluir la más excelsa de todas: el instinto de conservación y defensa de la especie, sublimizado en el amor maternal."⁷⁵¹ Una característica por la que las madres se convierten en tales y luchan hasta interponer la vida por

⁷⁴⁸Martínez Sierra, Gregorio, *Feminismo...*, *op.cit.*, pág. 143.

⁷⁴⁹*Ibidem*, pág. 121.

⁷⁵⁰Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 79.

⁷⁵¹Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 182.

su prole, al menos en la mayoría de los casos, sin cobardía alguna. Desde una visión actual, Gilaberte plantea que "quizás con el tiempo todos nos percatemos de que nosotras tenemos la llave de la continuidad de la especie [...] ¿por qué esta sociedad no le presta la atención que merece?"⁷⁵² Atención que debiera prestarse no solo a las madres en tanto reproductoras, sino también en su trabajo de educadoras y capacitadas para tomar decisiones políticas por sus hijos. De esta consecuencia nace otra: imprescindible resulta la participación de las madres en la elaboración de las leyes que impiden conflictos en los que peligre su bien máspreciado. Punto aparte merece "el culto a las 'madres heroicas' [que] se fomenta también de forma sistemática: si la sociedad obtiene de las madres que cedan sus hijos a la muerte, cree que tiene derecho a asesinarlos."⁷⁵³ El sistema ha de enaltecer la causa de esas madres, capaces de sacrificar a su propia sangre por el bien nacional, quedando ellas, ante esa pérdida, avaladas bajo la imagen deificada de heroínas, no por su valor ante el enemigo, sino por su don natural de reproducción y la concienciación social que les inhibe de reclamar la permanencia de los hijos bajo su resguardo.

La defensa de la especie, el instinto de supervivencia, esos recursos salvajes que brindan a las madres la custodia de la prole ante el gobierno abandonan su fuerza por aquel impulso civilizado que les impulsa a serenarse y cuadrarse ante el mandato de formar filas con sus propios hijos, vestidos de uniforme, rumbo a una posible muerte, por el bien de su país. La civilización intenta acabar con la naturaleza, batallando en el interior de cada mujer, que desea seguir al símbolo de esa "madre combativa que lucha para que sus hijos tengan un futuro mejor, con la contradicción de ensalzar el cuidado maternal y exigir la entrega de los hijos para el frente."⁷⁵⁴ La sociedad patriarcal vuelve a provocar la confusión, la angustia, la derrota asegurada en la identidad femenina porque "tener que escoger entre un hijo y una cultura es sin duda una experiencia cruel."⁷⁵⁵

2.3. Reconstrucción materna

Tras el recuento de las consecuencias nefastas de la guerra, toca plantear el reordenamiento, la reagrupación de los miembros y la cura de los malheridos. Si la condición femenina presume por naturaleza de las aptitudes propias de una madre, en ese instante posbélico, la mujer debiera brillar, ser ensalzada en su papel de enfermera, cuidadora o

⁷⁵²Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 38.

⁷⁵³Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, págs. 262-263.

⁷⁵⁴Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, art. cit., pág. 31.

⁷⁵⁵Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 51.

maestra. Por ello, la autora riojana en el prólogo de *La mujer moderna*, al tiempo que recuerda el final de la guerra cerca de tres años atrás (habla sobre la Primera Guerra Mundial, bajo la luz del año 1920), juzga cómo tal enfrentamiento no era más que fruto de una serie de justificaciones, entre ellas "uno de los argumentos definitivos para el estallido de una guerra es la defensa de las mujeres y los niños -nótese la categoría única-." ⁷⁵⁶ Fehacientemente, esa categoría formaba parte de cada tema de libros escolares de Historia en los 90, en los cuales en apenas unas líneas quedaba expuesto el sino de más de la mitad de la humanidad. Pese a todo, ahora "las mujeres ponen el fermento apasionado y firme de su piedad. Su voz de madres de la raza está empezando a dictar los capítulos de la Nueva Ley." ⁷⁵⁷ Las mujeres, grupo consolidado y mundial, lucharán, en su condición de creadoras de la vida, para enmendar los actos bélicos y sustentar nuevas bases que evitarán situaciones similares. La tierra ha sido removida, ha sido sabotada por gérmenes, pero, tras ese intervalo de insensatez, cada mujer pondrá la semilla para que germine y nutra a la humanidad. "Al hijo deseado se le debe lo mejor, no sólo en la vida privada, sino en la ciudadanía y el mundo. La que da a luz se implica en la vida política no sólo como mujer, sino además como madre." ⁷⁵⁸

Al fin y al cabo, las mujeres educan a los futuros ciudadanos, recordando históricamente la figura de la madre republicana, ideal que tuvo su reflejo en aquellas féminas, de acuerdo con Lozano Estivalis, que asistían a las asambleas públicas en calidad de oyentes, para estar al tanto de los sucesos que marcaba la revolución, sin entrar en debate. Ese nuevo ámbito les descubría temas vetados, o desconocidos hasta ese instante, asuntos que esclarecerían los hechos históricos pasados, presentes y futuros, por los que las mujeres actuarán conforme a sus ideas, creadas a partir de esas sesiones en absoluto silencio. ⁷⁵⁹

Del rol de enfermera, cuidadora o maestra habla Carmen Rojo en su intervención de *La mujer moderna*, sin excederse de los entornos considerados propiamente femeninos:

"Sin comprometer a la mujer en las luchas políticas, puede intervenir 'directamente' en muchas funciones del Estado. La Beneficiencia en todos sus aspectos, la Enseñanza en todos sus grados, no solo para niñas, sino para los varones hasta la edad de diez a doce años, son funciones que, por su carácter maternal, están en perfecta armonía con los sentimientos femeninos." ⁷⁶⁰

⁷⁵⁶Fernández Menicucci, Amaya, art. cit., pág. 235.

⁷⁵⁷Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, op. cit., pág. 8.

⁷⁵⁸Knibiehler, Yvonne, op. cit., pág. 107.

⁷⁵⁹Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, op. cit., pág. 202.

⁷⁶⁰Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, op. cit., pág. 154.

Hemos reservado este fragmento para el tema político, aunque también hubiera encajado en el mercado laboral, por ese terror que encierran las palabras de Carmen Rojo, esa terrible amenaza de poner en entredicho el honor femenino si alguna fémica osara siquiera discernir su posible acercamiento a las masculinas "luchas políticas", circunstancia indeseada en la que la pureza de las cabezas femeninas desaparecería sin remedio.⁷⁶¹ Tampoco pasa desapercibida la ironía de María Martínez Sierra al recoger en su edición esas comillas sobre la palabra "directamente" en cuanto a la intervención femenina en el ámbito estatal, satirizando la intervención de Carmen Rojo que argumenta su apuesta por la actividad femenina gracias a esa inherente parte instintiva. Sin duda, nuestra autora entiende que las mujeres deben ir más allá, acercarse al abismo de los prejuicios sociales, abordar el peligro de salir de su zona de seguridad para alcanzar verdaderos objetivos en política.

2.4. Basta ya de tanta pasividad

Para motivar a cada mujer ante ese riesgo contra el sistema, el tono de diputada socialista de la escritora riojana se eleva antes de exponer las opiniones de los intelectuales en el volumen de *La mujer moderna*:

"El sufrimiento estéril es fuerza perdida, y el que no procura un bien, contribuye a que prospere un mal. Ha pasado el tiempo, mujeres, de la virtud pasiva. Hay que hacer algo para valer algo y para tener derecho a vivir."⁷⁶²

Al igual que en páginas anteriores de nuestro estudio reclamaba a las mujeres cierta participación laboral para merecer los logros correspondientes, en este fragmento la autora desea que las mujeres perciban su necesidad de abandonar el llanto inútil, erradicar el miedo a la acción, pues esta resulta tan positiva que procura el bienestar y la valía propias. En su artículo sobre escritoras extranjeras en nuestra Guerra Civil, Usandizaga destaca ese mismo factor de pasividad en la presencia femenina dentro del campo de batalla: "determinada por la historia, la acción obligada de la mujer en la retaguardia."⁷⁶³ Esa parte trasera donde la acción solo se oye a lo lejos, se atisba por el olor de los cuerpos y el humo que ondea en el horizonte. Ese lugar de aparente tranquilidad que asemeja el hogar, donde refugiarse bajo el cuidado de una mano maternal, que acaricia con delicadeza, lejos de la acción y del peligro, "en la que se

⁷⁶¹Palacio Lis, Irene, art. cit., pág. 116.

⁷⁶²Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, op. cit., pág. 14.

⁷⁶³Usandizaga Sáinz, María Aránzazu, art. cit., pág. 170.

encuentra con los niños, los emboscados, los ancianos y los heridos e inútiles para la guerra... en definitiva, los que han perdido su virilidad juvenil [...] más cercanos a 'lo materno'.⁷⁶⁴

La idea de la actividad como elemento necesario para la vida, el fin de la pasividad histórica y arraigada de la mujer en España fueron dos propuestas que aún tardarán mucho más en hacerse realidad de lo que viviría María Martínez Siera.

2.5. La maternidad social tras la personal

A grandes rasgos, la mujer tiene hijos, les educa, les ayuda a abrirse paso en el vasto mundo para luego permanecer en la más absoluta soledad. La escritora riojana plantea una ruta alternativa para ese trazado vital en *La mujer moderna*, intentando convencer a sus lectoras acerca de la necesaria maternidad externa como vía de escape para sus fuertes sentimientos maternos, perjudiciales a largo plazo: "además, la maternidad 'familiar' no es más que una fase de la vida de la mujer, una preparación para su maternidad 'social', que ha de venir más tarde como corona y complemento de aquélla."⁷⁶⁵ La rotundidad de su plan alcanza tal perfección que no encuentra oposición, al abordar la cuestión desde la perspectiva de ese ímpetu apisonador que conduce a las mujeres a influir en aquellos que la rodean. Cuando sus más cercanos se alejan de ella para crear sus propias vidas, no les queda más remedio entonces que ampliar ese círculo hasta alcanzar un público que la respalde, asumiendo otra función de talante social. Esta vía pública evitará la corrupción del instinto maternal y su conversión en comportamientos egoístas y avasalladores. Providencialmente, la política queda dibujada como perfecta solución para evadir a cada mujer del terrible egoísmo maternal.

La biografía de la escritora riojana palpita en ese aplastante discurso, tan certero por su propia experiencia, salvo por el pequeño detalle de su no maternidad propia. Ella se dedicó con afán al ejercicio político, viendo lejano su rol materno por su edad avanzada. Con 56 años y 26.764 votos, María Martínez Sierra logra su escaño el 19 de noviembre de 1933.⁷⁶⁶ Durante el tiempo que ostentó su posición como diputada intervino en múltiples ocasiones en el Parlamento, siendo destacadas sus intervenciones en el Congreso de los Diputados a favor del obrero y buscando paliar la miseria. Ella destacó por la cantidad de ruegos realizados a la Cámara y como defensora de mayor número de enmiendas y proposiciones de ley.⁷⁶⁷ La satisfacción femenina posee múltiples caras, lejos de la legendaria intrusión inconsciente de la

⁷⁶⁴Rodríguez López, Sofía, art. cit., pág. 356.

⁷⁶⁵Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, op. cit., pág. 150.

⁷⁶⁶VV.AA., *Homenaje del Ateneo Riojano a María de la O Lejárraga*, Herreros, Rosa y Aguilera, Juan (eds.), Ateneo Riojano, La Rioja, 1995, pág. 37.

⁷⁶⁷Rodrigo, Antonina, *María Lejárraga. Una mujer en la sombra*, Algaba, Madrid, 2005, pág. 289.

necesidad femenina de hijos, pudiendo concluirse, desde el punto de vista patriarcal más moderno que si no existe un objetivo de puertas hacia dentro, existe o existirá de puertas hacia fuera.

2.6. Partes de un todo

La pedagoga Concepción Sáiz Otero, entre sus opiniones de *La mujer moderna*, nos presenta una completa y nueva visión de la mujer con vertientes que completan un cubo insatisfactorio:

"La 'mujer persona' tendrá, como el hombre, su vida íntima, individual y familiar; cumplirá su misión de perpetuadora, conservadora y educadora de la especie, y a la vez llenará sus deberes de miembro integrador de la nación, interviniendo en la vida cívica en cuanto este reclame su participación, favorable siempre a la moralización social."⁷⁶⁸

Desde una posición ambigua ante esta opinión, entendemos que la igualdad ante el hombre comprende alcanzar todas las metas, sin delimitar a la mujer por una misión concreta y depender de la llamada divina de la nación, sino intervenir cuando sea pertinente y sus capacidades correspondan al puesto, pues habrá un espacio político, sin rastro de discriminaciones positivas que conviertan en imposible la proyección real de mujeres preparadas para la política. Mujeres que, sin tener que ser biológicamente madres, lleven consigo "el modo de pensar maternal [que] se debe aprender y transmitir a hombres y mujeres con una agenda política feminista como recurso para la obtención de la paz en la sociedad."⁷⁶⁹

3. Otras madres

O las niñeras, esas mujeres que emplean las familias para cubrir el puesto vacante del cuidado de los pequeños. Entre las obras de María Martínez Sierra hallamos a dos: doña Paca y Nelly, secundarias de lujo en *El agua dormida* y *Es así*. Ambas se caracterizan por "un arte y una sabiduría que les permitía ocuparse de aquellos niños sabiendo que nos les pertenecían por entero."⁷⁷⁰ No obstante, ninguna posee descendencia, situación que les facilita el acercamiento hacia pequeños ajenos a sus relaciones familiares, al tiempo que les permite expandir su cariño

⁷⁶⁸Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 142.

⁷⁶⁹Arias Doblás, Rosario, *op. cit.*, págs. 81-82.

⁷⁷⁰Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 87.

sin sentirse culpables por su ausencia del hogar propio. La noción de propiedad servirá para mantener el difícil equilibrio entre la madre al uso y la madre por contrato.⁷⁷¹

3.1. La Paca

A lo largo de las páginas de la novela *El agua dormida* vislumbramos la figura de una señora llamada Paca, cuidadora de la niña protagonista. Las palabras de esta hacia su niñera sirven para ensalzar a la madre en contraste evidente con su sustituta forzosa. La adoración infantil por su responsable biológica se transforma en un sentimiento cercano al desprecio por su responsable en la práctica. La belleza de la actriz que les guía por mil ciudades no es comparable a la fealdad de la que tiene que hacerse cargo de las mascotas que no permiten en los hoteles y de la escasa educación femenina de una niña que solo quiere perseguir a su madre para captar su atención. Además, este desapego infantil aumenta conforme va describiendo los juicios negativos de doña Paca hacia el comportamiento maternal. Mientras nuestra autora va diseminando pistas acerca del origen de la pequeña: dónde nació (Constantinopla) y el origen de su padre (andaluz), la relación entre cuidadora y cuidada alcanza su cénit, cuando la niña afirma:

"[...] cuando sea mayor me gustará tenerle [el pelo] también dorado como ella, y así me pareceré más y rabiará la Paca, que bastantes veces me hace rabiar a mí diciéndome que soy una pobre criatura y que valiera más que no hubiese nacido."⁷⁷²

Esa rabia que con los años pudiera transformarse en odio constituye el germen de la lectura, pues doña Paca advierte de forma tosca y simple acerca del destino errante que le espera a esa niña, en manos de su propia madre y de ahí su deseo del no nacimiento. La pena con la que vive cada día esa mujer que intenta cuidar a la protagonista no queda convertida en empatía y cariño porque la niña impone una barrera para defender a capa y espada la divinidad que ha otorgado a su madre. Como ya sabemos por anteriores análisis, la Paca, apelativo de cercanía que recibe, no anda para nada desencaminada.

⁷⁷¹Vid. Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, págs. 292-293.

⁷⁷²Martínez Sierra, Gregorio, *Abril...*, *op. cit.*, pág. 255.

3.2. Nelly

El paso de los años, borra el nombre inicial de Miss Brown para responder al apelativo cariñoso de Nelly. En oposición con la Paca, la niñera de la dramática *Es así* acaparará la satisfacción del trabajo bien hecho, con el aprecio de madre e hija y el reconocimiento de su presencia constante, a veces en demasía. Para vincular en mayor grado la novela anterior con esta pieza, recuperemos la intervención de la hija, Carlota, acerca de la situación afortunada que ha vivido con dos mujeres en su vida:

"(A Isabel. Con emoción sencilla) Has ganado la vida para mí... y me contabas los cuentos más bonitos del mundo. Es verdad; tengo dos madres, una de diario (Sonríe a Nelly) y otra de lujo... ¡Soy la más afortunada de las hijas!"⁷⁷³

Lejos de sentirse distanciada de su madre o el abandono maternal por el oficio de esta, la reacción filial responde a la comprensión, la empatía, la lógica e incluso el realismo, llevada por la alegría de estar al mismo tiempo bajo una atención continua y disfrutar de los momentos puntuales en que su madre biológica hacía su aparición.

Miss Brown o Nelly concuerda con el modelo de *nanny* de las que nos hablan Paterna y Martínez: "entre 1850 y 1939 estas *nannies* encarnaban una serie de valores de toda la clase alta y media británica."⁷⁷⁴ De hecho, por el contexto en el que localiza la autora esta pieza, la madre Isabel y su hija Carlota se mueven en la clase alta española, sin apuros económicos, con grandes lujos, suites de hotel y compras por doquier, mientras Nelly pudiera interpretarse como una transposición a nuestro país del puesto laboral que hubiera ocupado en su país de origen. En esa misma hipótesis, mientras Isabel responde al puesto de madre, Nelly podría ser su 'mamá', la mujer que ha criado a Carlota,⁷⁷⁵ o madre principal frente a la otra madre de oficio.⁷⁷⁶ Esta dicotomía plantea la propia hija al referirse a Isabel como su madre "de lujo" y Nelly la "de diario", términos materiales que aluden al uso de cada una, a la intervención excepcional o cotidiana de ambas en su existencia.

Cabe puntualizar el lapso temporal que separa *El agua dormida* y *Es así*, las dos obras analizadas en profundidad, tan semejantes como opuestas: la primera vió la luz en 1921, cuando María Martínez Sierra tenía 47 años, mientras la segunda pertenece a esa última etapa creativa tras cruzar el Atlántico, publicada en 1960. Más de 40 años distancian la narración de

⁷⁷³Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 201.

⁷⁷⁴Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 71. La cursiva es de las autoras.

⁷⁷⁵Vid. la diferenciación en Monreal Requena, Pilar, art. cit., págs. 54-55 y Ryan, Lorraine, art. cit., pág. 45.

⁷⁷⁶Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 70.

la obra lírica, 40 años en que la experiencia conducen a cambiar aspectos y mantener otros para que la comparación brille todavía más. Por encima de todo, subrayaremos el cambio de la perspectiva de las hijas que reciben los cuidados parcial y total de dos mujeres, en tanto que la protagonista de *El agua dormida* cuenta la mitad de años que la Carlota de *Es así*. Mientras la primera destila cierto tono irónico hacia esa mujer no demasiado agraciada a la que le gustaría disgustar por cualquier medio, Carlota aprecia, desde su pedestal de mujer joven y casadera, la infancia de momentos tiernos con su madre biológica y de presencia amorosa de su madre práctica. Esta diferenciación no se argumenta en ningún punto de la novela, mientras en la comedia queda planteada sin posibilidad de error. Dos madres, dos actuaciones, dos modelos para esas dos niñas. En nuestra opinión, ahí reside el mensaje de nuestra autora, que determina la opción real de una maternidad sin biología, una experiencia maternal marcada por el cuidado y la atención.

3.3. Sangre de su propio corazón

Nos aproximamos ahora a Ana M^a, en la novela *Tú eres la paz*, una de las protagonistas de la escritora riojana que más se asemeja a su creadora. La música hace emerger la ensoñación de tener un hijo, uno muy particular:

"A Ana M^a, la melodía juguetona la hace pensar en juegos de niños; a ella le encantan los chiquillos, y, a menudo, ha rimado en la imaginación el poema del hijo propio, arrullado, adorado, comido a caricias, criado, más que con la leche de sus pechos, con sangre de su propio corazón."⁷⁷⁷

La imagen plástica del final del fragmento ("sangre de su propio corazón") rompe con la tradición de las atenciones que una madre, respondiendo al tópico, concede a su retoño. Tal ruptura pueda explicarse por la intención de distanciar la figura materna física de aquella otra posible en la que no sería necesario el parto ni la reproducción: una maternidad práctica, no biológica, cuyo lazo no se base en el cuerpo, sino en el sentimiento, de ahí que la sangre salga del corazón y no corra por las venas compartidas. Ana M^a, al igual que Paca y Nelly, ejemplifica el "*othermothering*, la alternativa a la maternidad biológica que antepone la vivencia empírica."⁷⁷⁸ Además, la creación artística de un hijo de método poético asimila la maternidad de María Martínez Sierra en su obra y el trato maternal que dispensaba a sus seres

⁷⁷⁷Martínez Sierra, Gregorio, *Tú...*, *op. cit.*, págs. 60-61.

⁷⁷⁸Fernández Menicucci, Amaya, *art. cit.*, pág. 246.

queridos.

Por su parte, ni Paca ni Nelly responden al título de amas de crías, sino de nodrizas en su vertiente de cuidadoras o institutrices en tanto que proporcionan mínimas lecciones educativas, pues ambas atienden a las niñas mientras sus madres trabajan, y responden a un contrato que las vincula con la familia y las instala en su lugar de residencia. Nada sabemos por el texto acerca del pago que reciben ambas, nada indica que su trabajo no les conduzca inevitablemente a tomar cariño a esas niñas de las que se encargan, y, sin embargo, siempre estará la duda de si su sueldo les provocará el amor hacia esas hijas de otras.

En esa clave se sustenta el mensaje patriarcal de la maternidad intensiva, pues "resulta directamente imposible pagarle a alguien lo suficientemente como para que quiera a nuestros hijos."⁷⁷⁹ He ahí, en ese sutil discurso, donde se ubica la paranoia maternal que imposibilita a las mujeres distanciarse, más allá de lo imprescindible, de la sombra de sus hijos, por el miedo a que una persona extraña les dañe o, sin exagerar, no les proporcione el mínimo cariño que ellos merecen. E incluso a que la sociedad en conjunto ponga en duda ese instinto maternal que se espera, ya que al contratar a una niñera provocaría la señal de que "el afecto maternal era algo que podía comprarse."⁷⁸⁰ Esta paranoia soporta la condena al hogar, el descarte laboral y la insatisfacción femenina, sobre todo cuando se afanan tanto por cumplir con su papel que no aciertan en su desarrollo y localizan miradas de pena a su alrededor, situación que se agrava si, en un instante de debilidad, admiten necesitar auxilio y "los ayudantes intervienen excesivamente, [por lo que] la madre puede verse desplazada, sin ocupar el lugar que le pertenece: sentirse extraña en su maternidad."⁷⁸¹ La solución para este estado de gravedad viene indicada por Lozano Estivalis: "si la crianza no se privatiza, sino que se la considera una tarea conjunta de la pareja, cuando la haya, y como una función respaldada por el colectivo social, será posible dicho desarrollo."⁷⁸² El desarrollo de la identidad de cada mujer quedará vinculado a la elaboración de una red de apoyo, cuyos miembros tendrán diversas relaciones con los padres biológicos, desde simple simpatía a familiaridad, pasando por el ámbito laboral, académico o incluso médico. La contrapartida de esa telaraña de interrelaciones y el punto más débil de esta construcción social se localizará en el cotilleo, instrumento de control de los participantes y fuente evaluadora de su adecuación a los modelos consensuados.⁷⁸³ Cada participante deberá lidiar para no contagiarse por ese virus tan arcaico como el tabú, tan simple como el prejuicio, tan negativo como la envidia.

⁷⁷⁹Hays, Sharon, *op. cit.*, pág. 173.

⁷⁸⁰VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 85.

⁷⁸¹Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 50.

⁷⁸²Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 298.

⁷⁸³Martín Criado, Enrique, art. cit., pág. 98.

Desde una visión materialista, las dos madres que vislumbramos en la novela *El agua dormida* y la comedia *Es así* cuentan con una autonomía parcial, al contar con una persona a su servicio que cubre sus necesidades familiares, mientras ellas ejercen sus profesiones en el espectáculo y la escritura. Ciertamente, ninguna de estas madres responde al rol hogareño por antonomasia, y quizá por esa diferencia esencial resulte más evidente que hayan recurrido a otra persona para que cubra sus funciones. Sin embargo, en nuestro análisis partimos de la idea de que "el contexto familiar es un sistema de relaciones interdependientes."⁷⁸⁴ Por ello, queremos dar un paso más, al contemplar la posibilidad de que se amplíe hasta el máximo grado posible el círculo de acción en que se desarrolla la crianza filial para aumentar las posibilidades en ambos sentidos. Entiéndase, primero en el sentido de enriquecer la educación de esos retoños, al encontrar mayor número de individuos a los que acudir, en los que mirarse, a los que admirar e incluso a los que hacer rabiarse, como hacía la niña de *El agua dormida*. Y segundo, en el sentido de alcanzar la autonomía de esos padres biológicos que no alcanzan a ver más allá de su vínculo natural para adoptar cierto espacio, tiempo y egoísmo en la medida adecuada. Como señala Christine Everingham:

"Aunque la vida social todavía tiende a ser considerada como *pública* o privada, ninguna de estas dos categorías puede incluir con exclusividad el espacio social en el que se realiza la crianza infantil y se produce la subjetividad del niño o de la niña."⁷⁸⁵

Debemos dejar de separar en sectores la vida y la actividad que llevamos a cabo, para garantizar la mayor capacidad de desarrollo en todos los ámbitos, sobre todo en el campo de acción de la crianza de nuestra descendencia, ya sea porque haya que "incorporar el 'maternaje' (el cuidado a los otros)"⁷⁸⁶ a la práctica social o porque la "'maternización' no tiene sexo sino que es patrimonio de todo ser humano."⁷⁸⁷

Debemos, en cambio, concebir una maternidad que extralimita las paredes de una casa, las ayudas familiares, incluso del vecindario y comprende a toda la comunidad. Las niñeras sirven de punto de unión con la multitud de personas que participarán en el cuidado de cada persona. En este horizonte, "el cumplimiento del rol materno pasa a ser una tarea colectiva, comunitaria, social, no subordinada a vínculos de sangre."⁷⁸⁸ Hoy día, los y las "canguros",

⁷⁸⁴Menéndez, Susana, "La evaluación de varones y mujeres de sus papeles como cónyuges y como padres y madres: análisis de las relaciones entre ambos roles", *Anuario de Psicología*, 34, 1 (2003), pág. 97.

⁷⁸⁵Everingham, Christine, *op. cit.*, pág. 154. La cursiva es de la autora.

⁷⁸⁶González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 85.

⁷⁸⁷Cuenca Aguilar, Inés, *art. cit.*, pág. 130.

⁷⁸⁸Fernández Menicucci, Amaya, *art. cit.*, pág. 245.

sean remunerados o familiares, cubren a los padres para momentos de ocio, las guarderías custodian a los hijos durante la jornada laboral y las niñeras ejercen un papel más continuo. Mientras Aguinaga apunta a "la comercialización de los afectos"⁷⁸⁹ desde nuestra perspectiva, en una sociedad marcada por el tictac del reloj, se trata de la adquisición de tiempo propio, ajeno o compartido. Tiempo social y vital que hay que aprovechar, exprimir, sacrificar y dividir. Tiempo que solo se detiene ante el gesto de una pequeña persona que marca el rumbo de esas otras que se encargan de su cuidado, su atención, su educación y su crianza. De acuerdo con el proverbio africano, "cuando el bebé está en el vientre, pertenece a la madre. Cuando nace, nos pertenece a todos."⁷⁹⁰

789Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 302.

790Abouet, Marguerite y Oubrierie, Clément, *Aya de Yopougon 2*, Norma, Barcelona, 2008, s. pág.

VII. Realidades de la maternidad hoy y siempre

1. Embarazo y parto

"Todos los embarazos y partos tienen hechos en común en cuanto a su desarrollo y mecanismos de producción. Pero cada uno de ellos tienen su singularidad ya que acontecen en el cuerpo de cada mujer, que es único biológica, fisiológica y psicológicamente hablando."⁷⁹¹

Sirva de introducción al tema en que emprendemos el estudio de la porción más carnal de la experiencia ideal de la maternidad esta reflexión acerca de la singularidad física que acontece.

1.1. Idealidad de la bendición carnal

El motor de la maternidad, iniciado por el acto físico de la concepción, permanece ubicado en una imagen, en un ideal, en un oasis de paz con la cara de un ser nacido de dos seres, los rasgos de una persona, el carácter de otra, el perfecto enlace entre ambos, el engranaje que aportará el sentido a dos vidas a través de una tercera. "Las fantasías, deseos, temores, expectativas, respecto al futuro hijo [...] van configurando el denominado 'nido psicoafectivo'."⁷⁹² Dentro de este nido se halla la protagonista de la obra *Tú eres la paz*, pues el amor que todavía emerge en Ana María por Agustín tiene su mayor reflejo en los pensamientos que le embargan al conocer su condición de padre:

"Todo el dolor de Ana María se alza en una ola hinchada y tremenda. ¡Un hijo!, la dicha grande, el don escogido, la tan maravillosa corona que apenas en sus sueños de novia feliz se había atrevido ella a imaginarla para remate de su dicha. ¡Un hijo! [...] Y toda esta bendición, toda esta ofrenda de su propia carne que la esposa hace al amado, santificado con amor y dolor."⁷⁹³

En apenas cinco líneas, María Martínez Sierra vierte el flujo ideológico que acompaña la reproducción, a través de esa metáfora de la ola que nos alcanza, superando en altura y

⁷⁹¹Andrés Domingo, Almudena, art. cit., pág. 77.

⁷⁹²Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 72.

⁷⁹³Martínez Sierra, Gregorio, *Tú eres...*, *op. cit.*, pág. 42.

potencia cualquier otra porción de nuestra conciencia y arrastrando nuestras mentes hacia la capacidad de tener un hijo. Queda excusada Ana María por su dulce ingenuidad, solo tiene 23 años, y su desconocimiento del mundo, ya que apenas ha salido del hogar, más allá de su imaginación donde ha ensalzado la relación entre la maternidad y su hermoso resultado. Los sinónimos se encadenan para elevar a la máxima potencia ese portento humano, ese don biológico acerca del cual subraya nuestra autora la necesidad de su elección para que esa corona, imaginamos de flores, no se deshaga al prenderse a los cabellos de esa novia que no esconde su sueño.

La vertiente religiosa aparece a través de la aprobación divina, al tiempo que la carnalidad toma su lugar sobre la tierra. Del cielo a la tierra será la mujer quien ofrezca su fruto a aquel que comparte su vida, fruto de una semilla nacida del amor y que solo germinará mediante el dolor. Dolor en forma de gritos, llantos y riesgos humanos, femeninos para ser exactos. Excusad la longitud de la cita de Victoria Sau, tan esclarecedora del reto que supone el alumbramiento:

"¿Cómo era posible que dar la Vida no fuera un riesgo; un riesgo, además trascendental? Riesgo de muerte, por supuesto, como está demostrado a través de toda la historia de la humanidad. Riesgo de enfermedades asociadas; riesgo de secuelas físicas a corto, medio y largo plazo. Pero, sobre todo, riesgo por establecer un compromiso tan fuerte, el más fuerte, con otra persona por mor de esa donación significativa. Riesgo por el paso de un ser solo, aislado, solitario, que no tiene que rendir cuentas más que a sí mismo, a un estado relacional, comunicante, cuajado de responsabilidades."⁷⁹⁴

Cada parturienta expone su vida al límite, cada madre arrastrará consigo los daños colaterales que haya acumulado durante el embarazo y el parto, cada mujer se negará a sí misma parte de su independencia por ese contrato que signa al concebir. Basta ya de idealizar la maternidad, basta ya de envolver en mantos dorados la realidad maternal y el procedimiento por el cual se alcanza esa experiencia. Empecemos a valorar la capacidad del cuerpo femenino y su "particularidad de tolerar el crecimiento del otro dentro de sí, sin enfermedad, rechazo o muerte para uno de los dos organismos vivos."⁷⁹⁵ He ahí la maravilla de la biología, he ahí la posibilidad que una mujer puede tomar, por sí misma, asumiendo el impedimento u obstáculo

⁷⁹⁴Sau, Victoria, *op. cit.*, pág. 8.

⁷⁹⁵Irigaray, Luce, *op. cit.*, pág. 43.

que supone el embarazo en primera instancia.⁷⁹⁶

1.2. El cuerpo embarazado

El cuerpo femenino concibe una posible transformación mediante el embarazo. Pero, antes de llegar a ese estado de gestación, cada mujer visualiza su físico a diario, lo juzga y le indigna, lo aplaude y le agrada o lo oculta y le avergüenza. Entre estas posibles situaciones, el periodo menstrual impera. Beauvoir describe de manera truculenta la ambivalencia en torno al cuerpo de la mujer:

"Es un fardo: devorado por la especie, sangrando cada mes, proliferando pasivamente, no es para ella el instrumento puro de su poder sobre el mundo, sino una presencia opaca; no tiene seguridad de procurarle placer y crea dolores que lo desgarran; encierra amenazas: se siente en peligro en sus 'interiores'."⁷⁹⁷

La carga del sexo con el que nace una mujer queda plasmada en su físico, sin posibilidad de evasión. El propio cuerpo femenino rememora nuestra maldición, cuando la sangre fluye sin parar, cuando ni siquiera sacia nuestra sed sexual ni tampoco otorga mando ni posición real, más allá de las tinieblas. Esas mismas tinieblas en las que la sociedad se empeña en ocultar los dolores que traerán los embarazos, a pesar de las medidas médicas actuales para poner remedio. Los misterios que arrastraron durante siglos nuestros órganos internos siguen permaneciendo en la oscura leyenda en torno al vínculo materno-filial que se origina en la oscuridad de nuestro interior, un interior "okupado."⁷⁹⁸

Lejos de esa legendaria opacidad femenina, las felicitaciones ante la visión de una mujer preñada, encinta, gestante o grávida se suceden sin descanso. Aunque su cara refleje la fátiga del primer trimestre, por náuseas y/o vómitos; aunque su cuerpo adolezca el peso que se acumula en su interior durante el segundo trimestre; y/o aunque arrastre su propio estado como si llevara la mayor carga que hubiera podido acumular durante el tercer y último trimestre, periodo en que ni siquiera se reconoce en el espejo, en que no puede tocar sus pies ni mirar más allá de lo que oculta la curva de su vientre hinchado. Durante esa última etapa, la capacidad del vientre materno se expande y, sin embargo, alcanza un límite, en el que el feto queda constreñido en su interior, sin apenas espacio para moverse. En ese estado, empiezan a ser

⁷⁹⁶Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 41.

⁷⁹⁷Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 778.

⁷⁹⁸Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 179.

visibles desde el exterior las patadas, "algunas acogen maravilladas esta señal que anuncia la presencia de una vida autónoma; otras se ven con repugnancia como el receptáculo de un individuo extraño."⁷⁹⁹ El desconcierto femenino entra dentro de la coherencia ya que empieza a vislumbrar el empleo de su propio espacio corporal por parte de otro ser. Sí, un ser concebido por ella misma. Sí, un ser con el que ha compartido más de seis meses sin grandes aspavientos. Sí, un ser que tendrá su sangre. Sí, otro ser dentro de su propio ser. Una persona extraña, sin más, a la que hasta ahora solo había vislumbrado a través de fotografías. Decimos fotografías y no ecografías, pues hoy día las ecografías parecen haber sido tomadas en estudios fotográficos, bajo petición, incluso con vídeo incluido. Esa imagen inicia la escisión, "la ecografía muestra a un ser individual, dependiente de la mujer portadora pero diferente a ella"⁸⁰⁰ mientras las patadas terminan de sesgar la unión corporal de la madre y el feto.

Ese cuerpo no les pertenece más, pues "no tienen en realidad el control real sobre su embarazo, puesto que la importancia social de su identidad se desplaza a favor del hijo."⁸⁰¹ El hijo constituye el eje de las cuestiones en torno a la preñada, el sexo que tendrá, el tiempo que resta para el nacimiento, el nombre que llevará. Luego, si queda un ápice de interés, preguntarán por el estado de la madre, de esa mujer que cuece en su interior ese ser, que lo engorda, le nutre, le alimenta a su propia costa, bajo una relación de parasitación o simbiosis.⁸⁰² La madre aparece en calidad de recipiente, bajo la condición de guarida, de soporte vital interno, de casa de huéspedes.⁸⁰³

En contraste con este marco, Cixous cuestiona el tabú en torno a la mujer embarazada, "muy significativo respecto al poder del que parece entonces investida; ya que [...] no solo dobla su valor mercantil, sino, sobre todo, *se* valoriza como *mujer* ante sí misma,"⁸⁰⁴ elevando su orgullo y satisfacción. Sin esta reflexión, nunca nos hubiéramos planteado el poder femenino durante el embarazo, poder en tanto empoderamiento, pues supone el fin de su individualidad y, al mismo tiempo, el inicio de unas aptitudes que se pueden desarrollar a razón de su maternidad. No obstante, ahí aparece el dominio de las mujeres sobre sus cuerpos productores y el aumento de su propia conciencia en el entorno sociopolítico y económico. El tabú implica el miedo ante ese cuerpo cambiante, transformador, generador de vida.

Ese mismo tabú no impide que los hombres ansíen sustituir a la mujer en su procreación activa. Ellos únicamente proporcionan la semilla desde el exterior, siendo las mujeres quienes

⁷⁹⁹Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 657.

⁸⁰⁰Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 161.

⁸⁰¹Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 226.

⁸⁰²Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, págs. 186-188.

⁸⁰³Ramírez Olivares, Alicia V., art. cit., pág. 85.

⁸⁰⁴Cixous, Hélène, *op. cit.*, págs. 51-52. La cursiva es de la autora.

regamos, damos luz y fortalecemos la semilla desde nuestro interior. Exterior e interior. En clave de ciencia ficción, Carme Riera apostilla: "los hombres jamás podrán sentir la metamorfosis que nosotras experimentamos, la explosión de vida y su desbordamiento... O quizá sí, algún día seremos biológicamente intercambiables."⁸⁰⁵ Hasta que ese suceso fantástico acontezca, la mujer encabezará la procreación, siempre y cuando la medicina y su androcentrismo dé licencia a ello. La mujer sufrirá en sus carnes las dificultades de las que no habla nadie para no ensuciar el bello rostro superficial de los hechos físicos de la maternidad: "abortos, fiebres pauperales, mastitis, cesáreas, muertes, infertilidad, eclampsia, depresión post-parto y otras mil complicaciones o consecuencia de los embarazos, los partos y las lactancias."⁸⁰⁶

Al otro lado, la amenaza psicológica no se esconde, sino que da la cara cada mañana cuando la mujer se asoma ante un espejo. Beauvoir expone el embarazo en calidad de drama que sufre el sexo femenino, poseído por un parásito, aniquilada por sí misma o lo que tiene en su interior.⁸⁰⁷ El aumento de tamaño de su propio cuerpo expone su disminución como persona, que provoca "un descenso de la autoestima, un sentimiento de despersonalización que las lleva a preguntarse '¿quién soy yo?', sin poder dar ninguna respuesta convincente."⁸⁰⁸ Ante esa duda, deberá recordarse las motivaciones que le llevaron a ese estado físico, las ventajas e inconvenientes que ha de reconocer y la lucha consigo misma que iniciará en cuanto el parto suceda. Recién convertida en madre, al menos físicamente, cada fémica recurrirá a toda su fortaleza para enfrentar el temido desgarramiento corporal que provoca el alumbramiento. Esa fase se postergará indefinidamente hasta un día en que "debe mirar a su cuerpo como el producto de una deseable maduración evolutiva, el cuerpo que ha albergado una hija o un hijo y que la ha convertido en madre, el cuerpo de una mujer madura."⁸⁰⁹

1.3. Supuesta comodidad

Tras nueve meses de concepción, se alcanza el momento esperado, la dicha insuperable que experimentará una madre al ver a su retoño. Pero desde el instante en que el cuerpo anuncia la llegada hasta que esta se produce realmente, segundos, minutos, horas, incluso días parecen ralentizarse para complicar el proceso físico a superar por cada mujer. Y sí, decimos mujer, no pareja, ni familia, pues ella toma el absoluto protagonismo, ella, como cuerpo físico,

⁸⁰⁵Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 148.

⁸⁰⁶VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 12.

⁸⁰⁷Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 648.

⁸⁰⁸Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 102.

⁸⁰⁹*Ibidem*, pág. 107.

se enfrentará a una complicada prueba de estrés, esfuerzo y sacrificio. Una vez más, la palabra sacrificio domina la escena del destino femenino; una vez más, la fémica en soledad afronta su hado, una vez más de ella depende el futuro de la humanidad.

No obstante, y a pesar de esta ingente problemática, a su alrededor, las voces se multiplican para restar relevancia al hecho por su cotidianeidad, la cercanía de casos similares, repetidos sin cesar para aumentar la demografía mundial. Hasta tal punto se populariza la facilidad del parto que María Martínez Sierra ironiza al respecto en la obra teatral *Canción de cuna*. La crítica aumenta exponencialmente por el entorno en el que nos situamos, un convento, cuyas habitantes desconocen personalmente el asunto, y más aún por la autoridad masculina que niega la supuesta simplicidad de traer al mundo descendencia:

"Vicaria.- Nos lo figuramos: es muy cómodo echar hijos al mundo y que cargue con ellos el prójimo.

Médico.- Eso de la comodidad, cabría discutirlo. Hay trances que no son nunca cómodos."⁸¹⁰

El doctor plantea la diversidad de circunstancias que pueden producirse durante un parto y las amplias posibilidades de un procedimiento complicado. Nos impresiona la incapacidad de empatizar de la Vicaria con otra mujer. A pesar de no haber experimentado en sí misma el suceso, debiera conocer el sufrimiento que suscita, más a la luz de la consideración que nos proporciona González Almenara:

"Jenofonte nos informa que la sociedad griega conocía el padecimiento físico de las mujeres durante la gestación y el parto, por lo que la honra y el respeto de las esposas tras el alumbramiento era perfectamente comprensible."⁸¹¹

Por otra parte, la discusión que plantea el personaje del doctor ("cabría discutirlo") abre un frente dialéctico que nos parece solo disponible para personal de medicina y las propias pacientes que se ven inmersas en el parto. Discusión que se mantenía en pequeños grupos o bajo una intimidad muy estricta, hasta que sucedió el *baby boom*, que "hizo que el parto saliera definitivamente del marco de la vida privada."⁸¹² El parto en tanto en cuanto suceso que requería cierta hospitalización y cuidados, era hecho que alumbraba la felicidad familiar, en

⁸¹⁰Martínez Sierra, Gregorio, *Canción...*, *op. cit.*, pág. 58.

⁸¹¹González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 335.

⁸¹²Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 94.

contraposición el parto como reto físico y psicológico suponía un verdadero escollo femenino en soledad.

A diferencia de las vivencias maternas durante las edades infantiles y juveniles de los hijos que se publican por doquier ante quien muestre el mínimo interés, las madres permanecen en silencio sobre los entresijos que tuvieron que soportar durante el alumbramiento. Las excepciones vienen dadas por aquellas mujeres que contemplaron atónitas cómo, sin apenas trabajo, tuvieron a su prole en brazos. Ellas marcan el sueño del resto de las matronas, idealizan el desarrollo del curso de la parturienta, adornan de detalles extraordinarios el tratamiento excelente que recibieron, provocando la envidia de las que callan tras haber pasado un auténtico calvario.

Ese calvario lo comparte la mayor parte de la población femenina que ha sobrevivido al parto. Calvario que pondrán en conocimiento de otras mujeres ante cualquier mínima duda de aquellas, para intentar calmarlas, consiguiendo el efecto contrario; para intentar animarlas, logrando atemorizarlas; para intentar mostrarles que el resultado optimiza todos los recursos empleados, obteniendo el desánimo de quienes están por enfrentarse al trance. "Parece existir un consenso social dirigido a mantener las definiciones dominantes hasta cuando no coinciden con la realidad, y aunque planteen contradicciones."⁸¹³ Las mujeres formarán el colectivo de las madres, aceptadas socialmente por su reproducción, porque han cumplido su parte del trato que les propone la ideología patriarcal durante su educación: tú eres mujer, tú te reproduces; si te reproduces, serás bienvenida. En caso contrario, atente a las consecuencias. Este diálogo metafórico nos inspira la idea de Irigaray:

"[...] la sociedad concede el derecho a existir a las mujeres que han sufrido el parto. Por parte de las mujeres, esto me parece una prueba sin retorno. Las mujeres no vuelven de ese viaje, al menos la mayoría. Y se lo hacen pagar a las otras, en calidad de entendidas más o menos traumatizadas."⁸¹⁴

Entendemos el viaje a que alude como la concepción, el embarazo y el parto, tres fases para alcanzar el éxito, tres pasos para continuar la mujer inmersa en el bienestar social, tres pruebas para convertirse en el modelo femenino y extender la maldición de las féminas, pues "son frecuentes las recomendaciones entre mujeres relativas al comportamiento adecuado [...] no gritar, mantener la calma, no ponerse nerviosa o histérica son algunas de las alusiones

⁸¹³Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 312.

⁸¹⁴Irigaray, Luce, *op. cit.*, pág. 98.

cotidianas."⁸¹⁵

Por su lado, el personal médico participará en ese estado de nerviosismo, tensión y angustia de las parturientas que atraviesen las puertas del hospital. Lejos quedan en la memoria imágenes en que las mujeres invadían el hogar en el que se iba a producir un parto. Solo mujeres. Sin necesidad de carteles, ni advertencias para evitar la participación masculina. Se sabía que las mujeres tenían los conocimientos, las herramientas y los recursos suficientes para afrontar ese inicio vital, sin que ningún hombre interviniera, más que una vez hubiera acabado todo. De hecho, por cuestiones sociales y religiosas, los hombres se distanciaban de una mujer dando a luz. En la época clásica, se evitaba cualquier estudio de la ginecología por parte de manos masculinas para no atentar contra el estatus social de una casada.⁸¹⁶ Por su parte, la Iglesia impedía la presencia masculina durante los alumbramientos, por temor a una posible posesión demoníaca.⁸¹⁷ Un ejemplo más de la imaginación exacerbada, imaginación masculina que no les permitía ni rozar el inevitable sufrimiento de los dolores del parto. A este respecto, Goñi acata la exclusividad femenina de la maternidad y el papel del hombre como simple espectador.⁸¹⁸

Los hombres no cuadraban dentro del ámbito profesional de las parteras, comadronas o parterazas, oficio legendario que se fue denostando progresivamente desde que empezaran a intervenir de forma activa los cirujanos a partir del siglo XVII.⁸¹⁹ La desaparición definitiva de las parteras vino determinada por el aumento de la asistencia en los hospitales de las parturientas entre los años veinte y setenta del siglo XX. Según apunta Knibiehler, "madres e hijos quedaban en manos de los médicos, para no decir a su merced."⁸²⁰ La supremacía de la ciencia médica sobre la solidaridad femenina se consolidó.

Siglos antes, las parteras habían sido tachadas de brujas por los saberes que guardaban con secretismo, saberes que habían ido sucediéndose a través de las generaciones y que no se exponían bajo miradas indiscretas para evitar que fueran considerados hechizos, sacrilegios o magia negra. La magia aparece en ese entorno femenino para remediar ese vasto conocimiento que atesoraban las comadronas, cuando las mujeres no debían acumular en su mente más enseñanzas que las rudimentarias o las indispensables para uso doméstico.⁸²¹ Durante la Edad Media, la obsesión por enlazar a las parteras con las hechiceras procedía:

⁸¹⁵ Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 210.

⁸¹⁶ González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 327.

⁸¹⁷ Riera, Carme, *op. cit.*, págs. 167-168.

⁸¹⁸ Goñi Zubieta, Carlos, *op. cit.*, pág. 163.

⁸¹⁹ Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 28.

⁸²⁰ Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 86.

⁸²¹ Sobre la magia, la superstición y las leyendas populares *vid.* Oyarzábal, Isabel, *He de tener libertad*, Horas y horas, Madrid, 2010, págs. 136-137, cómo narra su primer parto y las supercherías de las comadronas.

"[...] del temor a que las mujeres pudieran asumir las mismas prerrogativas masculinas en un tiempo en que la medicina docta parecía comenzar su expansión, aunque poseía unos conocimientos que no se diferenciaban del saber popular en una mezcla de encantamientos y rituales."⁸²²

Actualmente, lejos queda esa posible competitividad entre parteras y médicos, mediante la desaparición de las primeras y la hegemonía médica masculina. Las parteras dejaron de intervenir directamente durante el parto para convertirse en matronas, verdaderas guardianas del saber médico que ellas no ponen en marcha, sino que explican, detallan y garantizan haber transmitido a las futuras madres, que terminarán en manos de los médicos doctorados.

En este encuadre profesional médico, el parto "ha quedado sometido a una rígida ritualización de las posturas, los gestos, los tiempos y los actos equipara [la experiencia] en cierta forma a la producción industrial de mercancías."⁸²³ Aunque Vegetti habla de ritualización, en nuestra opinión se trata más bien de un proceso protocolario, con guiones y directrices específicas, determinadas por la higienización y la cuasi deshumanización, obteniendo un producto humano que formará parte de las estadísticas del centro hospitalario primero y luego de la población y su economía. Un número en una gráfica, al igual que los números marcarán el devenir del alumbramiento, sin importar las cuestiones personales que plantee de forma individual cada mujer, o apenas siempre y cuando entren dentro de los baremos. Baremos en los que cada vez aumentan más los casos de cesáreas, método de extracción de mayor eficacia que el parto natural, pues las cesáreas implican menos dolor, menos intervención femenina, menos trabajo médico. El signo de menos viene acompañado por la seguridad que garantiza la entrada en un quirófano, donde el control reina, donde las complicaciones se reducen y la mujer asiste impertérrita a la puesta en su pecho de su retoño. Ese hijo que ha concebido durante nueve meses para que, sin mover apenas un músculo, le den en brazos. Metáforas de máquinas quedan implicadas de nuevo, de ahí que las palabras de Langer impresionen con su descripción del parto inducido:

"[...] primeramente se aplica una enema a la paciente, después una serie de inyecciones, hasta provocar el comienzo del trabajo de parto. Entonces se anestesia a la mujer, para presentarle, horas más tarde, cuando ella despierta medio confusa, dolorida e

⁸²²Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 24.

⁸²³Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 195.

indiferente, su hijo desconocido, bien lavado y vestido con su mejor ropa."⁸²⁴

La cesárea supone la estrategia médica definitiva en el olvido de las parteras y en beneficio de esos otros instrumentos que inventaron los cirujanos médicos para colmo de sus propias vanidades, trayecto de supuesto progreso que tuvo su inicio en el siglo XVII con el fórceps.⁸²⁵ Mecanismos para controlar el proceso, un proceso que responde a directrices, pautas, exámenes temporales. Nada escapa del "control de definición de la medicina y que les sitúa [a las embarazadas] en condiciones de desigualdad, dependencia y supeditación."⁸²⁶

1.4. El dolor: un dígito de control

Romper aguas, calcular el margen de las contracciones, contraerse para aguantar el dolor. Los infinitivos no entienden de sujetos, en la misma medida que el personal sanitario solo se preocupa por conocer los pasos que se han producido hasta el instante en que pasa esa mujer embarazada a estar bajo su cargo y dónde se sitúa su umbral del dolor. Así, este sufrimiento "dejará de vivirse como una pena inevitable, para ser un hecho morboso accidental, de forma que será el médico quien deba comprenderlo y gestionarlo."⁸²⁷ De repente, el doctor pasa a primer término en la escena, ocultando en su sombra a esa mujer que ha de guardar silencio y esperar a que su equipaje sea desalojado de su propio cuerpo, ya que "el obstetra [...] modifica los protagonismos e invierte los roles quedando en su mano la dirección, el control, y en aquella [la mujer] la obediencia."⁸²⁸

La parte física ha de distanciarse de la psicológica. La lógica ha de imperar sobre los sentimientos. Este mensaje lo transmiten los entendidos a la embarazada que acude a la preparación del parto, incluso le narran, por medios subliminales como si fuera una vieja leyenda, "la creencia interesada de que parir con dolor era necesario porque hacía querer más al hijo nacido."⁸²⁹ Insistimos, esta idea le es transmitida a una mujer en estado de buena esperanza, estado que supuestamente trae consigo una sensibilidad aguda y la incapacidad de razonar con su juicio nublado, por lo que se convierte en un objeto fácil de subyugar. "Hay un trasfondo tendente a la infantilización de las mujeres; como si durante la gestación fueran seres menos capaces de razonar o tomar decisiones."⁸³⁰ Por este sutil mensaje, en su mente se aloja

⁸²⁴Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 317.

⁸²⁵Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 38.

⁸²⁶Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 39.

⁸²⁷Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 218.

⁸²⁸Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 210.

⁸²⁹Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 248.

⁸³⁰Montes Muñoz, María Jesús, *op. cit.*, pág. 199.

esta ecuación: más dolor, más amor. Ecuación que se remonta a los tiempos bíblicos con la tortura masoquista para purificar "la carne culpable, la carne pecadora que Eva inaugura y Magdalena confirma, manifiesta en el parto su continuidad."⁸³¹ Ecuación que luego quedará transformada por la frustración y las complicaciones: más dolor, más remordimiento, germinando entonces el egoísmo maternal, la madre mala y la suegra perseguidora. "Algunas mujeres se resienten del vacío que ahora sienten en su cuerpo: les parece que le han robado un tesoro."⁸³² La semilla de la depresión queda así plantada, se desarrolla y da frutos, frutos que recoge la misma sociedad que los provocó, pero que sufre en sus carnes y su mente la mujer.

El trauma psicológico supera al físico en cuanto el parto finaliza, trauma que aumenta al considerar el embarazo como enfermedad a prevenir mediante el aislamiento de la mujer.⁸³³ De ahí a la depresión posparto transcurren segundos. "Que las recién paridas necesitaran un tiempo para adaptarse a esa pequeña criatura que ahora descansaba en su cuna era algo que cabía considerar normal"⁸³⁴ o al menos así debiera ser, y, paulatinamente, nuestra sociedad comprende ese estado de asombro inicial que domina a la mujer tras tener un hijo o una hija que ha salido de su interior, que se ha formado bajo su resguardo, que responderá al nombre que ella escoja. *El empapelado amarillo* de Charlotte Perkins Gilman ha dado paso a cierta permisividad psicológica, lejos del juicio adverso y aún más de "la ceremonia de purificación después del parto. Este rito, heredado del Antiguo Testamento, fue entendido en primer término como una 'purificación' física y moral después del alumbramiento."⁸³⁵ La religión tachaba a las parturientas de impuras, sucias o no buenas religiosas, pues en el fondo permanecía intacta la impresión del parto y los dolores que castigaban a cada mujer, por sus actos físicos sexuales y por herencia directa de Eva. Mientras cada concepción venía dada por gracia divina, cada alumbramiento suponía el reflejo del mancillamiento y la humanidad femeninos, considerando imprescindible devolver a la mujer que había dado a luz su integridad cristiana.

Cabe tomar esa ceremonia purificadora en calidad de anécdota, de leyenda, de creencia a exterminar, al igual que la consideración de la mujer durante el proceso del parto como parte. La parturienta conforma el eje, el inicio y el fin, tiene el papel protagonista, y sus deseos y temores han de ser escuchados, entendidos y remediados para que el feliz acontecimiento de la llegada de una nueva persona venga precedido de un acto físico justificado por su necesidad, asumido como reto y vencido. Para lograr ese fin, las mujeres encintas tienen derecho a

831Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 179.

832Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 660.

833Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 212.

834Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 41.

835Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 38. La cursiva es de la autora.

seleccionar el método puesto en marcha para su parto, la postura en la que se encuentren más cómodas, los tiempos a seguir, determinados por su propio cuerpo, sin peligro de la madre ni de su descendencia. "Es en 1748 cuando por primera vez, el tocólogo de la reina de Francia acuesta a la mujer para el alumbramiento"⁸³⁶ y desde entonces, se convierte en la postura generalizada en la mayoría de los hospitales para mejor acomodo de los médicos asistentes al parto y no de las futuras madres. Y se olvida así el ejemplo de las sabias romanas, cuya "costumbre consistía en sentar a la parturienta en un sillón *ad hoc*. La sostenían tres mujeres: una por detrás y una de cada lado;"⁸³⁷ posición en la que ella pudiera empujar, ayudada de la gravedad, de la fuerza propia y del apoyo con el que contaba. Posición en la que la mujer puede experimentar el acontecimiento del parto consigo misma al frente, abandonando el halo de vulnerabilidad, de ineptitud que le rodea en el sistema medicalizado, así como esa mitificación en torno al alumbramiento estelar y sin mácula, mácula fragmentada por "la máxima de San Agustín: *Inter urinam et faeces nascimur* (nacemos en medio de la orina y las heces),"⁸³⁸ sentencia que pone de relieve el reto físico a superar por cada mujer.

2. Madre – Hogar

El guión que relaciona la madre con el hogar ha sido realizado del metal más pesado, duradero y anquilosador, aquel que también arrastra hacia la equivalencia "maternidad=dependencia=opresión."⁸³⁹ Con cadenas o grilletes, imágenes que rememoran el paso por prisión de una persona, la madre permanece vinculada a ese lugar, aquel que ella ha ayudado a construir, amurallar y enrejar. Ella misma ha creado su fortaleza, le ha dado toques de comodidad, detalles de su personalidad para que su propia condena sea más llevadera. Una condena que no tiene fecha de finalización, cuya fecha de inicio ha quedado en el olvido y cuya posible redención carece de fundamento, pues "de la administración de su hogar nace su justificación social; su tarea es también velar por la alimentación, la ropa, en general por el mantenimiento de la sociedad familiar. Así se realiza."⁸⁴⁰

2.1. Animal doméstico

La domesticidad femenina supone el primer logro de la sociedad androcéntrica.

⁸³⁶Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 210.

⁸³⁷Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 21. La cursiva es de la autora.

⁸³⁸Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 181. La cursiva es de la autora.

⁸³⁹Moreno Hernández, Amparo, art. cit., pág. 2.

⁸⁴⁰Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 576.

Mientras los hombres desarrollan sus mentes y cuerpos en el ámbito laboral, las mujeres han de guardar el hogar de intrusiones ajenas y, de paso, llevar a cabo las tareas domésticas. Ninguna persona limpiará y cocinará mejor que la propia dueña de la casa, esposa y madre de sus habitantes. En *La mujer moderna*, María Martínez Sierra señala cuándo se inicia la domesticidad, al alcanzar la maternidad, tinta que emborrona las posibilidades de la mujer:

"La maternidad es nuestra dicha y nuestro tormento, nuestra emancipación y nuestra cadena [...] Somos madres antes que nada, y los hombres se han aprovechado cobardemente de nuestro amor maternal para hacernos descender a la categoría de animal doméstico."⁸⁴¹

De esta forma queda dictada la sentencia femenina por la jueza de la naturaleza, pero unánimamente respaldada por una sociedad repleta de hombres que se escudan en la infancia para encarcelar a toda mujer hasta animalizarla, por lo que "la gestión familiar del día a día sigue recayendo masivamente sobre la mujer [que asume] estas tareas como algo natural, que forma parte de su misma vida."⁸⁴² Ese provecho cobarde sobre el que enfatiza la autora riojana da cuenta de la incapacidad para dialogar, razonar y acordar que presentan los hombres, tal y como lidera Chesterton cuando asegura que "en su hogar, una mujer [...] más que una profesión, lo que desarrolla son veinte aficiones y todos sus talentos. Por eso no se hace rígida y estrecha de mente, sino creativa y libre."⁸⁴³ Así, ellos inventan una fantasía en torno al fuego y la tranquilidad del lar para ocultar en su interior la certeza de que no hay discurso alguno que justifique que la mitad de la humanidad quede entre cuatro paredes, mientras la otra discurre por espacios abiertos. Y encima esa mitad enclaustrada, en su totalidad, pertenece al sexo femenino, sin excepción, sin examen de aptitud, sin relevo posible puesto que "el orden patriarcal necesita la figura de la Madre fálica como interlocutora silenciosa que nunca asuma la primera persona pronominal."⁸⁴⁴ Ese silencio solo se consigue mediante el convencimiento al prisionero de su suerte, del papel relevante que ha de jugar. En este contexto, y bajo el auspicio de médicos y biólogos,⁸⁴⁵ localizamos históricamente diversas políticas que fraguaron en estados dictatoriales, como el franquista, donde la mujer fue recluida, con el argumento de

⁸⁴¹Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, págs. 36-37.

⁸⁴²Figuerras, Josefina, *op. cit.*, pág. 51.

⁸⁴³Chesterton, Gilbert K., *op. cit.*, pág. 33.

⁸⁴⁴Gámez Fuentes, María José, "El cuerpo materno en la cultura occidental: una aproximación a diferentes enfoques teóricos", *Dossiers Feministes*, 5 (2001), pág. 119.

⁸⁴⁵Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 195.

reubicarla en "su esfera *natural*, en el papel que *le era propio*."⁸⁴⁶ La biología se posiciona sobre la mesa en su condición de pilar incontestable; pilar que tiene "la 'anexión social' del rol de ama de casa (desvalorizado y gratuito) y su consiguiente marginalidad en el mercado de trabajo; hechos que no son, evidentemente, naturales,"⁸⁴⁷ sino más bien ilógicos.

Excusas incoherentes se alzan de forma taimada para justificar ese confinamiento femenino que cuestiona el novelista Ricardo León, en su intervención dentro de *La mujer moderna*: "La debilidad del sexo, el buen orden del hogar, la crianza de los hijos, la misión sagrada de la mujer, cuando no el grosero recurso de la calceta y el fogón: he aquí los argumentos habituales."⁸⁴⁸ Analicemos cada punto, usando el condicional. Si el sexo femenino fuera tan débil, no tendría la fortaleza de traer hijos al mundo. Este argumento sirve para aplicar "la filosofía romántica [que] desarrollará la idea de fragilidad y debilidad femenina, adjudicándole un rol social que la relegará al confinamiento en el hogar, excluida de la educación pública."⁸⁴⁹ Si las mujeres trabajaran y tuvieran un sueldo propio, aumentarían las rentas familiares, pudiendo emplear a personas externas para ocuparse del hogar. Siguiendo con la condición anterior, si el trabajo femenino y el masculino comprendieran el mismo horario, los hijos acudirían a centros para su crianza o serían cuidados por personas contratadas, mientras que en el resto del tiempo libre parental serían los padres quienes afrontarían esa crianza. Si la concepción constituyera la única realización posible de la mujer, el fraude existencial estaría garantizado, y, además, esta misión podría conciliarse con la vida laboral. Si, por último, la costura y la cocina llevan la marca exclusiva de la feminidad, tendrían que dimitir ahora mismo todos los sastres, diseñadores y cocineros que se han dedicado a estas profesiones sin aviso de su equivocación por sexo. En fin, sin caer en el anacronismo, hemos intentado refrendar las palabras de Ricardo León, pues "todas las razones del antifeminismo son de una simplicidad y de una cursilería estupendas."⁸⁵⁰

No obstante, esas razones las argumentan las propias mujeres cuando han de declinar alguna oferta de trabajo, un viaje o una simple salida social. Esta ideología somete al sexo femenino, lo subyuga hacia el discurso patriarcal que se eterniza en ese esquema de madres hacendosas que no cesan un segundo de arreglar, abrillantar y adecentar su hogar, hasta el punto que aparentan que acaban de entrar a servir.⁸⁵¹ Un ejemplo lo encontramos en la obra de

846Palacio Lis, Irene, *op. cit.*, pág. 173. La cursiva es de la autora.

847González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 25.

848Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 78.

849Mellado García, Anna, "Las escritoras del Renacimiento literario", *Tonos Digital: Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 15 (2008), s. pág.

850Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 78.

851Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 159-160.

teatro *La abuela vuelve en sí*, cuando la hija de la protagonista expone la preocupación diaria de las tareas domésticas, que, por la repetición constante, adormecen su juicio: "preocupaciones tampoco las tendría viniendo... Por eso he querido que este año vayamos a un hotel; para no tener que preocuparnos de comidas, ni de limpieza, ni..."⁸⁵² A destacar la alegría de esa domesticada madre ante la cual se presentan días de descanso de la rutina que le preocupa, le marca su reloj, le sume en el sueño de la cotidianidad sin preguntas ni críticas a su propia vida. La hija ejemplifica a las mujeres que se han visto conducidas a anular su pensamiento por el supuesto bienestar familiar y ese orden que rige y reprime su propia condición femenina.⁸⁵³

2.2. Le ha curado el exceso de imaginación

Desde el mismo título de esta pieza breve descubrimos la intención de María Martínez Sierra: *La jaula abierta*. Ante la decisión de una viuda de viajar para conocer mundo y abandonar la cárcel que supone su hogar, por la autorreclusión que sus ropajes negros le han marcado y la vida doméstica con anterioridad justificada, sus cuatro amigas reaccionan de diversa forma, en función de sus propias vidas. Sobre las demás, destaca la típica burguesa casada y con hijos, convencida de que la ausencia de retoños en la vida de su amiga María ha marcado esa loca aventura: "-sí, le habrían hecho falta mi media docena de hijos.- Adela cree firmemente, al afirmar esto, que la maternidad la ha curado el exceso de imaginación que nunca tuvo, y se queda tan satisfecha."⁸⁵⁴ Las irónicas palabras del personaje de Adela describen la lección bien aprendida, desde pequeñas, por parte de las mujeres. En esa lección se nos dice que la mujer no requiere de más fin que su descendencia, orgullo y sentido de su vida, sin más tiempo para cualquier otra tarea, salvo las que comprende el bienestar hogareño, tareas que describe Maier como "prosaicas y embrutecedoras, inherentes a la maternidad [...] un freno para el despliegue de las magníficas alas del pensamiento."⁸⁵⁵

Cabe destacar la profundidad del alcance de esa enseñanza hasta el eje del juicio femenino, por lo que Adela se pone a sí misma de guía en el modelo correcto, sin siquiera dejar volar su imaginación para ponerse en la piel de su amiga, ante la que se abrirán viajes y experiencias que ella ni sería capaz de afrontar. Adela no concibe la cuestión práctica que

⁸⁵²Martínez Sierra, María, *Teatro...*, *op. cit.*, pág. 113.

⁸⁵³Capdevila-Argüelles, Nuria, "Género e historia. Las madres del pensamiento feminista español", en *Imágenes femeninas en la literatura española y las artes escénicas (siglos XX-XXI)*, Francisca Vilches de Frutos y Pilar Nieva de la Paz (coords. y eds.), Society of Spanish and Spanish-American Studies, Philadelphia, 2012, pág. 244.

⁸⁵⁴Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 21.

⁸⁵⁵Maier, Corinne, *op. cit.*, pág. 119.

plantea la ligazón de la tarea maternal a la doméstica, la conveniencia patriarcal de ese anclaje maternal en la morada familiar para cuidar de sus descendientes y la inversión del tiempo restante de esa crianza en la limpieza de los espacios comunes. La naturalidad de la concepción dió paso a la naturalización de la domesticidad hasta convertir este carácter en arquetipo, siempre con rostro de mujer.⁸⁵⁶ El personaje de la burguesa, con su tono aleccionador, rememora "la literatura moralista de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII que [traía una] nueva reforma de las costumbres sociales basada en una restricción de los efectos de la imaginación."⁸⁵⁷

La exageración sirve de instrumento narrativo para exponer la estupidez humana, el egocentrismo y la incapacidad de empatizar, pues tener hijos ata a la mujer, le ancla irremediabilmente al mundo real, le obliga a tener los pies en la tierra para afrontar su día a día con sonrisa y paciencia maternales, olvidando usar su imaginación. Si hubiera empleado su raciocinio, hubiera encontrado muy frágil el discurso del doctor que le aseguraba su condición hogareña por los indicios físicos que le atosigaban cada mes y la capacidad de embarazarse, ambos testimonios de la exclusión positiva de ese cruel exterior que le amenazaba desde las jambas de la puerta de su fortaleza doméstica.⁸⁵⁸

2.3. Extender el radio de sus amores

Nuestra autora cree en una maternidad más allá de los límites que marca una dirección postal, que impone un portal o el nombre de la familia en el buzón. En *La mujer moderna* María Martínez Sierra reflexiona acerca de la necesidad femenina de ampliar sus miras, con un objetivo de mejorar el hogar propio:

"El aire libre es sano, y el encierro, dañino. No teman ustedes que por extender el radio de sus amores y hacerlos calidad, vayan a perder fuerza ni eficacia los lazos familiares, y los deberes que dentro del hogar están ustedes obligadas a cumplir. Mucho más madres de los propios hijos sabrán ser ustedes si han contrastado ustedes y fortalecido su virtud maternal en los ejercicios de 'maternidad humana' a que les haya obligado, fuera del hogar, su condición de mujeres libres, responsables y patriotas. Mejor educación recibirán los hijos de la madre que sabe de la vida y trabaja por mejorarla, que de la encerrada y enclaustrada sombra que consoló con un amor apasionado,

⁸⁵⁶Suárez Lafuente, Socorro, art. cit., pág. 31.

⁸⁵⁷Moscoso, Javier, art. cit., pág. 168.

⁸⁵⁸Cuenca Aguilar, Inés, art. cit., pág. 48.

enfermizo y depositó sus amarguras de inútil y sus tedios de irresponsable."⁸⁵⁹

La riojana advierte de las consecuencias de desoír su consejo, con la imagen real y palpable de la figura maternal negativa, por los resultados nefastos de una madre limitada al encierro de su propio dominio, sin contemplar la posibilidad de salir al exterior para ejercer una colaboración satisfactoria, gratificante y útil, a partes iguales. La felicidad hogareña ideal desaparece en pos de la aparición de frustraciones y depresiones,⁸⁶⁰ a combatir mediante el escape. La sociabilidad de cada mujer en su entorno más próximo, la solidaridad para con otras personas a las que socorrer y la empatía ante situaciones adversas enriquecerán a esa madre y le proporcionarán herramientas para lidiar con los problemas de su ámbito doméstico. En caso contrario, subraya Cánovas Sau, "si la madre está frenada, disfruta menos de su maternidad."⁸⁶¹ María Martínez Sierra incide en la carencia de peligro de desestabilizar la balanza familiar, que se verá claramente mejorada por las ganancias personales de esa salida al exterior, a la luz y la acción, evidenciando el planteamiento ideológico de que "la mujer tiene el derecho de buscar la felicidad pero no a costa de romper su matrimonio, de engañar al marido, o de desatender a los hijos."⁸⁶²

Sin abogar claramente por el trabajo femenino, nuestra autora abre las puertas a esa posibilidad al estampar otra puerta ante esas mujeres que deciden recluirse por propia voluntad, arrastrándose a sí mismas al soberano aburrimiento con tal de no tomar las riendas de responsabilidad alguna. La crítica encubierta hacia esas mujeres que se acostumbran a la inactividad aparece en Beauvoir: "encierran a la mujer en una cocina o un tocador y se asombran de que su horizonte esté limitado, le cortan las alas y deploran que no sepa volar."⁸⁶³ Beauvoir concede el sujeto al hombre, mientras María Martínez Sierra centra su voz sobre la mujer, pero ambas escritoras quedan consternadas ante la limitación del hogar y la imposibilidad de su huida, dando una ventana y unas nuevas alas para liberarse a las mujeres.

En las antípodas de la opinión de nuestra autora, Carmen Rojo arguye, en *La mujer moderna*, que su tolerancia hacia la participación femenina en pequeñas industrias y profesiones médicas que responde al ideal femenino debe estar limitada a mujeres que presentan cierta situación familiar, mientras "a la mujer casada se le debe prohibir toda ocupación que la separe del hogar y que sea incompatible con los sagrados deberes de la

⁸⁵⁹Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 150.

⁸⁶⁰Capdevila-Argüelles, Nuria, *art. cit.*, pág. 235.

⁸⁶¹Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 36.

⁸⁶²Sánchez Álvarez-Insúa, Alberto, "Luisa Alberca y la generación de señas de identidad en el primer franquismo", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 720 (2006), pág. 474.

⁸⁶³Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 765.

maternidad."⁸⁶⁴ Carmen Rojo parece advertir acerca del matrimonio como si de una enfermedad se tratara. Poseer un esposo supone entrar en cuarentena, período durante el cual queda construido un muro o un dique en torno a la mujer, imposibilitada ante el resto del mundo, cuyos límites exceden el dulce habitáculo donde reside su reino. En ese reino la ley entre sexos existe, "pero los hombres fueran de casa y las mujeres dentro de ella."⁸⁶⁵ La mujer es una esclava que debe cumplir como esposa, ama de casa y madre o ser desterrada de su reino ficticio. Carmen Rojo interviene a favor de la perenne situación femenina que mantiene el poder en manos masculinas, esas mismas manos que temblarían por la alteración de la maternidad, la cual iniciaría un cambio radical de todo lo que se mantiene en calma por el control doméstico.⁸⁶⁶

El personaje de Marianita de la obra *Juventud, divino tesoro* representa a esa mujer consagrada a los demás, ya sea a su hija Clara, de 18 años, o a su hermano Emilio, de 50 años. Viuda tras perder a su amado marido, dedica su día a día a tapar las peticiones de aquellas fémimas con las que su hermano tuvo relaciones. Marianita se corresponde con las madres dadivosas a las que alude Martín Garzo: "pertenecían a esa clase especial de seres que sólo saben disfrutar de las cosas a través de los demás."⁸⁶⁷ Al final de la comedia, cuando su "niño", que no es otro que su hermano, sufre el revés de no ser correspondido por su verdadero amor, también le consuela haciendo alusión a su posible actuación sobre el pueblo que necesita de una figura masculina, labor sobresaliente en comparación con su vida limitada al típico rol femenino:

"Yo he podido vivir, porque he vivido para tí y para mi hija, gozando con vuestras alegrías, soñando en complaceros, haciendo en casa y alrededor de casa el poco bien que está al alcance de una pobre mujer."⁸⁶⁸

La intervención de Marianita posee tanta profundidad que impresiona, como mujer que "encuentra su plenitud, no en sí misma y en su desarrollo personal y comunitario, sino en el OTRO, en los OTROS."⁸⁶⁹ Su existencia viene dada por su hija y su hermano, que le han concedido vivir, que le han procurado un objetivo diario, un motivo de dicha, de esperanza en servir de algo, además del hogar, ámbito en el que cualquier trabajo constituye un ejercicio

⁸⁶⁴Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 154.

⁸⁶⁵Amara, Fadela, *op. cit.*, pág. 29.

⁸⁶⁶Capdevila-Argüelles, Nuria, art. cit., pág. 238.

⁸⁶⁷Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 48.

⁸⁶⁸Martínez Sierra, Gregorio, *Juventud, divino tesoro*, Prensa Moderna, Madrid, 1926, pág. 57.

⁸⁶⁹Andrés Domingo, Almudena, art. cit., pág. 75. Las mayúsculas son de la autora.

fútil, vano, sin mérito, por su escasa duración, vanagloria o atracción. "El trabajo que ejecuta la mujer en el interior del hogar no le confiere una autonomía, no es directamente útil a la sociedad, no tiene salida al futuro, no produce nada."⁸⁷⁰ Sin un resultado visible, sin embargo, habría de visibilizarse ese esfuerzo, precisamente por su repetición continua, que merma y frustra la identidad propia, y por esa volatibilidad, que arrastra consigo cualquier indicio de provecho. "La gratuidad de este trabajo supone la explotación prácticamente oculta de las mujeres."⁸⁷¹ Las tareas de la esfera doméstica debieran referirse en calidad de labor, merecedora de sueldo, sea este cobrado o no, por una persona ajena al hogar o perteneciente al mismo, pues si se llevara a cabo el cómputo de las horas invertidas, no habría salario que compensara tal esfuerzo. Sea como fuere, hay que abandonar esa "imagen de la madre-sirvienta-de-la-familia [que] se les ofrece a los niños como natural y perfectamente aceptable."⁸⁷²

La pasividad de una vivencia continua en pos de otros, aunque sean sus seres más queridos, resquebraja la realización femenina, no quedando nada para sí misma, desplazándose el eje de gravedad del sentido del levantarse cada día al ajeno e incluso degradando su pobre actividad a lo mínimo. El masoquismo aparece en esta perspectiva materna, perversión incluida en los patrones para garantizar la propia construcción social.⁸⁷³

Emprendamos la continuación de ese cambio iniciado con la conciliación laboral y familiar, en la que la mujer abandona el nido para ocupar un puesto con salario y satisfacciones, "porque el modelo de la *madre-de-familia-que-se-pasa-toda-la-vida-en-casa* no es muy enriquecedor"⁸⁷⁴ y el hombre participa en los mismos términos que su pareja en el hogar. Atrás quedaron esas "posibles rupturas a la domesticación de la mujer [...] intuidas como amenazas al orden deseado."⁸⁷⁵ Hemos iniciado un nuevo orden donde la igualdad empieza a intuirse, donde no hay amas de casa, sino empresarios del hogar con la razón marcando las tareas y los tiempos que una familia necesita.⁸⁷⁶

En esta perspectiva de futuro, nos asombra encontrar a mujeres de hoy día que escojan el trabajo doméstico. Ante nuestro mutismo por la sorpresa, y confiando en su paulatina extinción, Lozano Estivalis expone esta realidad actual:

⁸⁷⁰Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 590.

⁸⁷¹Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 94.

⁸⁷²Turin, Adela, *op. cit.*, pág. 19.

⁸⁷³Gámez Fuentes, María José, art. cit., pág. 118.

⁸⁷⁴Maier, Corinne, *op. cit.*, pág. 78. La cursiva es de la autora.

⁸⁷⁵Herrera, Gioconda y Prieto, Mercedes, art. cit., pág. 32.

⁸⁷⁶Martín Criado, Enrique, art. cit., pág. 100.

"En definitiva, aquella que todavía lleva en sus anchas espaldas el peso de las múltiples contradicciones que evidencian la incapacidad de los actuales sistemas políticos, económicos y culturales de afrontar sin ambages la división sexual del trabajo."⁸⁷⁷

Las mujeres cargan, una vez más, con las consecuencias de la incapacidad para solucionar problemas del gobierno. La imposibilidad de desarrollarse en el ámbito laboral sin enfrentarse con desigualdades a diario hace retroceder a muchas mujeres a la seguridad aparente del ámbito doméstico, hasta el punto de congratularse por esa decisión que creen propia. El engaño está servido, así como el peligro a permanecer eternamente "apegadas al suelo de la domesticidad, que no pueden bordearlo sin quedar atrapadas en él. Cuando lo intentan soslayar, alguien en su entorno no se lo pone fácil, la intercepta [...] o se opone."⁸⁷⁸ Mediante esta salida, tampoco consiguen evitar el aislamiento de la condena, plasmada en una fotografía donde "la familia moderna es una cárcel replegada sobre sí misma y centrada en el niño."⁸⁷⁹

3. Control reproductivo

"La maternidad convierte a la mujer en objeto de un discurso público, en víctima de la violación de su intimidad por parte de vecinos, parientes, conocidos o extraños, que ejercen sobre ella el control disciplinario."⁸⁸⁰

Un examen vital que marca la sociedad y cuyo fin supone la subyugación hacia la misión esencial femenina: la reproducción. "La toma de poder en torno a la fecundidad por parte del varón es absoluta y la mujer se ve despojada del control de la maternidad, se secuestra su voluntad."⁸⁸¹ El padre define el proceso por sus apetencias, mientras la madre lidia con las consecuencias, en condición de marioneta patriarcal, inánime sierva bajo el yugo del falo. De acuerdo con esa imagen, Platón asevera que "la hembra alumbró y el macho procrea."⁸⁸² Máxima de la que se interpreta la función biológica femenina y su inferioridad ante el poderío masculino de cara a la civilización.

⁸⁷⁷Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 280.

⁸⁷⁸Simón Rodríguez, María Elena, *op. cit.*, págs. 101-102.

⁸⁷⁹Maier, Corinne, *op. cit.*, pág. 88.

⁸⁸⁰Caporale Bizzini, Silvia, *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 12.

⁸⁸¹Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 74.

⁸⁸²González Suárez, Amalia, *op. cit.*, pág. 143.

3.1. El instinto natural vigila

Emilia Pardo Bazán esgrime, en sus respuestas incluidas en *La mujer moderna*, la posibilidad real de que las mujeres tengan similares derechos a los hombres, a costa de cierto retroceso numérico de la maternidad:

"Argumentar suponiendo la supresión de ninguna de las grandes funciones fisiológicas es una miseria tal, que aflige el ánimo pensando que hay espíritus sencillos que se alarman y ven un mundo que se extingue por falta de mamás y de niños. ¡No tengan miedo! Tan necesario es para la humanidad reproducirse como respirar y nutrirse, con la diferencia de que parte de la humanidad femenina, de tiempo atrás, evita las funciones reproductoras y sus consecuencias, unas veces de buen grado, y generalmente de mal talante. El instinto natural vigila."⁸⁸³

Mientras la última sentencia legitima la razón biológica que acaba con cualquier amago de suprimir la tradicional función fisiológica femenina, la condesa incide sobre la alarma social que resuena por la decisión de futuribles madres que posponen su función reproductora, rebato que difuminan las voces sencillas o más subyugadas por las directrices patriarcales y que, según Pardo Bazán, deben ser apaciguadas ante la vigilancia permanente de la madre naturaleza, dictadora de nuestros tiempos vitales. El encuadre temporal "de tiempo atrás" señala que ese deseo de las mujeres de evadir la maternidad no corresponde a la época de esta opinión, sino al pasado, pues la carga maternal se remonta hacia atrás, en la misma medida que los escudos de detención, a veces por la imposición del matrimonio y sus obligaciones contractuales, y otras, las de menos, por la unión consentida con sus parejas. Esa advertencia de calma contra el miedo más inmediato se sustenta sobre el férreo peso del control reproductivo. Un ejemplo lo hallamos en la tradición literaria griega, sirviéndose los hombres de la ley para mantener atadas a las mujeres y a su posible maternidad.⁸⁸⁴

Ese dominio sobre la misión esencial femenina lo expone Pardo Bazán a continuación, aludiendo a esas causas reales que no conducen a la reproducción y cómo es posible compaginarla, dejando atrás la teoría para aplicar la práctica, claro que en su caso personal resulta la mar de sencillo por su estatus social:

⁸⁸³Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, págs. 82-83.

⁸⁸⁴González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 328.

"Así, tratándose de la mujer no pocas, y más cada día, no por feminismo, sino por circunstancias económicas o de otra naturaleza social, ni se casan ni son madres. Y, en cambio, bastantes que se han dedicado al estudio, al arte, la ciencia, cumplieron los deberes de la maternidad, sin hallar la más mínima oposición entre sus diversas aptitudes. Bien pudiera citarme a mí misma como ejemplo, pues he criado a mis hijos, y ni un momento se enzarzaron en pelea mi feminismo y mi feminidad."⁸⁸⁵

Referimos la condición social de la condesa por su limitada empatía. El panorama que percibe acota su campo a mujeres afortunadas que pudieron ampliar sus miras más allá del trabajo como necesidad y la maternidad como imposición. La idea acertadísima de ser madre en tanto una aptitud más desprende, no obstante, cierto halo de ventaja económica que crea un abismo con la mayor parte de la población femenina española de su contexto. Recuperamos, sin embargo, el dato inicial acerca del aumento proporcional de mujeres que ni toman maridos, ni hijos a su cargo, y la ausencia de juicio de valor negativo que tiene este hecho.

A veces, en nuestros días, la aptitud maternal debe esperar demasiado, el control sobre el propio cuerpo supone una frustración ante un anhelo, por lo que es habitual que muchas mujeres "sientan la vivencia de un conflicto al tener que aplazar o negar la potencialidad de ser madre."⁸⁸⁶

3.2. Quién les manda tener hijos

Esta aseveración surge en cualquier contexto de queja por la reproducción, por la ausencia de recursos o falta de tiempo para afrontar la responsabilidad de descendencia. Las causas variarán de acuerdo con el encuadre en que se produzca, ciertamente. Martín Garzo nos habla sobre la incoherencia de esas mujeres carentes de medios y la extrañeza que ocasiona "que se empeñaran en seguir trayendo niños al mundo sin parar. Solía decirse que era debido a su ignorancia y a las penosas condiciones en que vivían, pero no era del todo cierto. [...] Los niños eran para ellas una fuente de placer y de dignidad."⁸⁸⁷

Entre esas mujeres se cuenta la madre que acude a la casa de empeños donde se sitúa el drama *Buena gente* para pedir doce pesetas a cambio de un pañuelo:

"Mujer.- ¡Si lo pido para mis hijos!

⁸⁸⁵Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 83.

⁸⁸⁶Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 105.

⁸⁸⁷Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, págs. 103-104.

Señor Bautista.- Ya me lo figuro. Todas las madres que vienen piden para lo mismo. Y que no son pocas. Pero una cosa son los hijos, y otra cosa es el negocio. A mí me gusta hacer favores, pero no aquí.

Mujer.- ¡Pues hágame usted éste, señor!

Señor Bautista.- Aquí estamos al negocio.

Mujer.- Por aquellos angelitos.

Señor Bautista.- ¡Dale con los angelitos! ¿Cuántos angelitos tiene usted?

Mujer.- Cuatro vivos y uno que se murió.

Señor Bautista.- ¿Y qué jornal ganan ustedes?

Mujer.- Mi hombre cuatro duros a la semana. Pero ahora hace dos meses que está en cama, y, ¡claro!, una se empeña.

Señor Bautista.- ¿Y quién les manda tener tantos hijos, siendo pobres?

Mujer.- Ya ve usted. El cariño, que es el único consuelo que tenemos los pobres.

Señor Bautista.- Y luego... venga pedir."⁸⁸⁸

Pese al desconsuelo y las lágrimas que arroja esa madre desesperada, solo le concede diez pesetas y de propina, una reprimenda por tener tantos hijos cuando no se tienen medios. La denuncia de María Martínez Sierra dirige sus dardos hacia varios frentes: la ausencia de consciencia ante la maternidad y sus consecuencias, la carencia de servicios sociales a los que solicitar ayuda y la no empatía social para con las familias numerosas, idea acorde con la teoría malthusiana del siglo XVIII francés, que postula el adecuamiento del tamaño de las familias en función de sus recursos⁸⁸⁹ y no a la inversa, en un intento vano, como acabamos de vislumbrar en *Buena gente*.

Varias cuestiones se lanzan sobre estas páginas con denuedo. Si los medios económicos han de determinar el tamaño de una unidad familiar, la reducción de miembros entre las clases bajas sería tal que las clases más altas debieran multiplicar su número para alcanzar la igualdad. Si los servicios sociales no desarrollan medidas para que los alimentos alcancen a las familias más desfavorecidas, la acción humanitaria en forma de solidaridad ciudadana debiera ampliarse para este fin. Esa solidaridad que, bajo un prisma ideal y en nuestros días, erradicaría respuestas de tono hiriente acerca de la elección de la maternidad: "tú los has querido, tú te encargas de ellos."

A destacar ese argumento de la pieza teatral que emplea la madre de esos cuatro hijos y

⁸⁸⁸Martínez Sierra, Gregorio, *Buena...*, *op. cit.*, pág. 6.

⁸⁸⁹Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 197.

esposa de un marido sin empleo acerca del cariño como medida de consuelo para la pobreza, medida que se esfuma ante el discurso económico del comerciante que no concibe los favores entre esas paredes de su casa de empeños porque, de lo contrario, iría a la ruina y pasaría a engrosar esa clase desfavorecida, en la cual las medidas de contención para la concepción no se alimentan, sino que se olvidan por completo.

En la misma proporción que el Estado exhorta a las clases medias y altas para que aumenten la ratio poblacional, insiste sobre las clases bajas para que disminuyan su densidad. Las estadísticas se suceden cada cierto tiempo en los medios de comunicación, en función de avisos de la baja natalidad que nos conducirá a un desastre financiero, titulares similares a este: "nuestra pirámide poblacional es cada vez más estrecha en su base y más ancha en su cúspide."⁸⁹⁰ Titulares que se olvidan ante madres de familias numerosas, "algunas de las que tienen un número mayor se lamentan al oír comentarios peyorativos, compasivos, y pueden llegar a sentir que han roto algún parámetro estándar."⁸⁹¹ La crítica acompaña a la envidia en ese continuo juicio por el número de miembros que posee cada familia. Si se trata de un dato bajo, hablaremos de egoísmo y egocentrismo, en cambio un número alto provocará sospechas acerca del alto nivel económico que permite esa cantidad o de la insensatez por no remediar esa incontenible fuente de vida. Las encuestas de fecundidad abandonan su envoltorio objetivo y vuelven sus miras hacia las mujeres para culpabilizarlas de esa natalidad bajo mínimos, pese a que "no podemos entender nada de todo esto si nos limitamos a considerar solo la variable mujer, como si fuera ella la que tomara, de una forma exclusiva, tal decisión al margen del hombre."⁸⁹² De forma sucinta, recogemos un dato real de la economía en torno a esas tasas de fecundidad, con sus términos específicos: "la probabilidad de que una mujer no soltera permanezca en la población activa está inversamente relacionado con el salario de su pareja o cónyuge."⁸⁹³ He ahí una conclusión objetiva a partir de unos números, los pertenecientes a un salario o a dos, que abrirán las posibilidades a una maternidad, sin abandono profesional.

La compensación resulta clave para comprender estas directrices, en las que interesa que la economía se mueva y no se estanque por la falta de descendencia en unos y la multiplicación en otros. Un factor puramente monetario determina, en nuestra opinión, y a la luz de esta obra teatral de la autora riojana, la cuestión reproductiva, a la luz de una maternidad consciente, con la prevención del embarazo, cuestión planteada por las feministas hacia 1900.⁸⁹⁴ Excusándonos en este imperio de la moneda, y de forma hipotética, proponemos una

⁸⁹⁰Marín Muñoz, María del Rosario, art. cit., pág. 26.

⁸⁹¹Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 26.

⁸⁹²Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 31.

⁸⁹³Marín Muñoz, María del Rosario, art. cit., pág. 24.

⁸⁹⁴VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 90.

reflexión: qué sucedería si siguiéramos el ejemplo romano, "según las leyes de natalidad de Augusto, un ciudadano debía tener al menos tres hijos para poder entrar en posesión de una herencia."⁸⁹⁵ Precisamente tres retoños especificaban los médicos durante la dictadura franquista para no acometer un delito de carácter social,⁸⁹⁶ dentro del alegato a favor de la natalidad para una demografía con cifras perfectas. La perfección de acuerdo a quien dirigía, no a quien lidiaba con esas cifras que representaban a personas de carne y hueso.

3.3. No la deja la urgencia maternal de sus entrañas

Los cronómetros se ponen en marcha desde que una niña nace. Estos carecen de las agujas del reloj, pero cuentan hasta el más mínimo nanosegundo que va quedando atrás. Muestra de esta cuenta atrás encontramos en la breve pieza de *Eva curiosa: Querella entre la Tierra madre y la Ciudad tentacular* o cómo la tierra tiene en la mujer a su mejor aliada frente a la atractiva ciudad debido a ese instinto natural de reproducción y crianza: "la mujer, depositaria de la vida, aunque quiera, no puede renegar de la vida. No la deja la urgencia maternal de sus entrañas."⁸⁹⁷ En palabras de una tierra personificada, toda mujer se ve abocada a tener hijos, sin elección alguna, sin poder girar su cabeza ante la verdad que viene dictada por sí misma por su estatus de ser biológico femenino. Hemos hablado de esta verdad irremediable en otros temas, si bien ahora queremos incidir en la cuestión temporal, en esa urgencia que, de repente, sin previo aviso, salta a la palestra, choca contra la cotidianeidad de una mujer y la secuestra hasta que en su mente no resta nada más que esa obsesión. Quizás emplear la palabra obsesión resulte una exageración, pero cuando llega cierta franja de edad y parece que empieza a atropellarte el tema de la maternidad, solo queda ese término para describir a la perfección ese sentimiento encontrado.

Irrumpe en su vida, pues la mujer, como aliada inconsciente de la tierra, en su necesidad de ser madre regresará al campo, a la tranquilidad y el sosiego que permiten mecer a un niño en su cuna, y el hombre le seguirá. Si extrapolamos esta idea de la pieza narrativa a nuestros tiempos, la mujer abandona las costumbres más acorde con ciertos grupos sociales para adherirse a otros en que los planes de futuro dirigen todas las conversaciones. En esos planes, eludirá cualquier actividad que no concuerde con la crianza y, por supuesto, que la ponga en peligro:

⁸⁹⁵Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 21.

⁸⁹⁶Manrique Arribas, Juan Carlos, art. cit., s. pág.

⁸⁹⁷Martínez Sierra, Gregorio, *Eva...*, *op. cit.*, pág. 9.

"Tarde o temprano, tiene que renunciar a ser madre de hombre, porque con sol escatimado, aire enrarecido y leche adulterada es muy difícil criar a un niño. Y fuerte y seductora es la atracción de un dancing, que enciende la sangre con su ritmo informal; mas, precisamente, el corazón – como el mecerse de las frondas y el ondular de las espigas – marca el ritmo pausado del vaivén de una cuna."⁸⁹⁸

En la vida urbana, la atracción superficial de los bailes, o dancings a los que alude el texto, deja su lugar a lo que marca nuestro propio interior femenino, por la caída de los granos de arena de una clepsidra que amenaza en la actualidad a toda mujer del siglo XXI, arena que volaría si escapara de ese reloj y que no comprende de la realización personal y laboral actual. El sol, el aire y la leche, tres elementos a consagrar para la vida, tres elementos para resguardar de los excesos que nos acechan lejos del hogar, tres elementos a encontrar en el refugio de una maternidad que responda a los cánones.

María Martínez Sierra reflexiona sobre el anhelo femenino de salvar lo que parece perecedero. En los mismos términos que en este relato de *Eva curiosa*, la autora riojana habla de sus hijos, sus libros, entre los que ama, en mayor medida, a ese más débil, reflejo de ese sentimiento maternal hacia el abandonado, incluso de forma absurda, ridícula y loca desde una visión externa y masculina de esos actos que en la voz de la tierra alcanza sentido: "hasta sus pecados son sencillamente exaltaciones o deformaciones de su instinto esencial: salvar lo que está en riesgo de perecer. ¿No corre a la herida, no se acerca a la llaga, inevitablemente?"⁸⁹⁹ Esos pecados pueden estar correlacionados con la maternidad intensiva, aquella sobreprotección que conduce al egoísmo maternal o a una madre demasiado impositiva, tendencias negativas de una inevitable maternidad.

Las mujeres rompen los esquemas de esa inspección social en torno a su cumplimiento en el campo maternal, pues cada día aumenta la edad media para el embarazo, gracias a la mejora de la calidad de vida. Sin entrar en el papel de las nuevas tecnologías de reproducción, factores como la promoción laboral o la dificultad de encontrar a la persona adecuada para fundar familias que cumplan con las expectativas de cada mujer conducen al retraso de esa concepción. Apunta Cánovas Sau: "las clásicamente denominadas primíparas 'añosas' por la clase médica son ahora el pan nuestro de cada día."⁹⁰⁰ Sobre ellas recaen opiniones, no pedidas, sobre las desventajas de esa elección tardía: la falta de energías, los achaques de la edad, la imposibilidad de aguantar el ritmo... Requerirán oídos sordos y mucha paciencia las mujeres

⁸⁹⁸*Ibidem*, pág. 10.

⁸⁹⁹*Ibidem*, págs. 9-10.

⁹⁰⁰Cánovas Sau, Gemma, *op. cit.*, pág. 171.

que acometan la aventura de la maternidad más allá de los recomendables veinte o treinta años.

En oposición a esas ancianas madres, aparecen las madres adolescentes. O las adolescentes que se dejan llevar por sus adultos en la adecuada solución de ese embarazo no deseado, aquellos mismos adultos que no les dieron enseñanza alguna sobre los métodos para frenar la concepción que traía consigo la sexualidad. Pitch asevera que "el acontecimiento de la concepción (e incluso el eventual deseo de concebir) no implica necesariamente un proyecto y menos aún un deseo de maternidad."⁹⁰¹ Por esta razón, la etapa adolescente requiere una información mínima y que una niña de catorce, quince o dieciséis años no desee un retoño a esa edad temprana. En tiempos pasados, "un hecho biológico, la menstruación, fijaba el momento a partir del cual la mujer debía ser vigilada para evitar efectos no deseados"⁹⁰² consecuencias irreversibles contra el honor familiar y la tranquilidad de esa sociedad en armonía.

La menstruación y su contundente vigilancia para evitar el mancillamiento del honor familiar en anteriores siglos contrasta con el olvido actual de las lecciones mínimas y pone de relieve la transformación que se ha desarrollado para obtener la libre disposición del propio cuerpo por parte de la mujer: "este objetivo postula la disociación entre sexualidad y procreación."⁹⁰³

Antes de lograr esta victoria para la mujer, Beauvoir afirma que el uso por parte de las mujeres de anticonceptivos se remonta a la Antigüedad.⁹⁰⁴ En cambio, Lozano Estivalis los data más tardíamente: 1918, fecha en que se preconizaron la reducción de los nacimientos por cuestiones económicas. A posteriori, las guerras y las pérdidas de población limitaron ese avance a favor de la anticoncepción, pero las piedras fundacionales quedaban establecidas.⁹⁰⁵

En estas lides, se establecen opiniones encontradas sobre el papel de la píldora. A favor, Felitti y Puppo hablan de "experiencia emancipatoria"⁹⁰⁶ mientras Gilaberte recupera la importancia personal de esa pastilla diaria a tomar, que "liberó a las mujeres de mi generación de la esclavitud de vivir la sexualidad unida a la procreación [...] uno de los cimientos que nos ha aupado a este lugar social que hemos conquistado."⁹⁰⁷ Esa conquista femenina que ha de abandonar el aborto como único medio de elección contra el embarazo y prevenir la llegada de ese estado de supuesta buena esperanza mediante otros instrumentos efectivos. En contra,

901Pitch, Tamar, *op. cit.*, pág. 83.

902Las edades..., *op. cit.*, pág. X.

903Bel Bravo, M^a Antonia, *op. cit.*, pág. 57.

904Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 197.

905Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 211.

906Felitti, Karina A. y Puppo, María Lucía, art. cit., s. pág.

907Gilaberte Asín, Inmaculada, *op. cit.*, pág. 16.

Knibiehler subraya que "la píldora liberaba más al hombre que a la mujer. Ya no tenía que contenerse y seguía indemne, mientras ella tomaba todos los días una droga que, a veces, traía complicaciones."⁹⁰⁸ La eyaculación masculina abandonaba su cariz peligroso para convertirse en una dosis de libertad masculina, mientras sobre la mujer recaía la preocupación y las consecuencias físicas y psicológicas. Si en la actualidad, las contraindicaciones superan la mitad del prospecto, en sus principios ni siquiera vendrían recogidas en papel alguno. Pongamos un ejemplo sólido y demostrado, la influencia de su toma en las dificultades para quedar embarazadas a largo plazo. Además, continua Knibiehler con un argumento tan sólido que resulta irrefutable: "la píldora no era una protección contra las enfermedades venéreas y la epidemia del SIDA."⁹⁰⁹

Hasta la década de los cincuenta y los sesenta del siglo pasado, no existía un método fácil y rápido que las mujeres pudieran emplear sin pedir ayuda alguna a ningún hombre: la píldora supuso un cambio radical. Con anterioridad, la anticoncepción es "un tema que genera demasiado rechazo porque atenta contra la concepción tradicional de la mujer madre que tendrá los hijos 'que vengan'"⁹¹⁰ o que Dios quiera o que el marido insemine, liberando su poder e imponiendo su deseo ante la inapetencia sexual femenina, puesto que "la institución de la maternidad es un poder que manejan los hombres en nombre de Dios."⁹¹¹ La sexualidad y la maternidad unificaban sus vías entonces, bajo el mandato androcéntrico, que imperaba y mandaba a la mujer aguantar, aguantar y aguantar, tanto en el lecho conyugal como en el hogar. Carne Riera retrata impecablemente este lienzo angustioso: "si a la falta de deseo añadimos la violencia de una relación impuesta en una noche de terror, la maternidad puede llegar a convertirse en el peor de los castigos."⁹¹²

Hoy, las medidas anticonceptivas no solo permiten posponer la llegada de los hijos, sino programarlos en el tiempo, casi pronosticar el propio futuro. Pese a la modernidad que promete el siglo XXI, las etapas a alcanzar en la madurez siguen vigentes: la compra de un vehículo propio que permita la independencia, la adquisición de una casa a nuestra disposición, el hallazgo de una pareja a nuestra medida y, por supuesto, en lo más alto de la pirámide, el culmen: la descendencia. Así, "la maternidad, un destino durante milenios, es ahora una elección [...] una intencionalidad reflexiva."⁹¹³ Una oportunidad más a deliberar, con sus pros y sus contras.

⁹⁰⁸Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, págs. 98-99.

⁹⁰⁹Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 99. La mayúscula es de la autora.

⁹¹⁰Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 85.

⁹¹¹Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 150.

⁹¹²Riera, Carne, *op. cit.*, pág. 126.

⁹¹³Vegetti Finzi, Silvia, *op. cit.*, pág. 206.

A lo largo de estas páginas han aparecido de forma reiterada dos términos tan marcados negativamente como la esclavitud o la violación, que forman parte del vocabulario de las mujeres, términos que adjudican el poder a los hombres, términos que producen la sumisión femenina, términos a combatir en la batalla por la liberación reproductora, cuya idea básica recoge Irigaray: "la mujer debe ser madre y el hombre padre [...], pero carecemos de valores positivos y éticos que permitan a los dos sexos de una misma generación formar una pareja humana creadora."⁹¹⁴ Propongamos la búsqueda de esos valores para crear vidas, no reproducirnos sin más.

El primero de ellos debiera contemplar el papel de nuestros cuerpos ya que "nuestra interpretación de nuestros cuerpos, nuestro sentido de control sobre nuestros cuerpos son centrales en relación a nuestra dignidad e identidad personal."⁹¹⁵ Mirémonos e identifiquémonos.

El segundo debiera aclamar la separación del acto sexual y la procreación. Tomar conciencia del avance que hoy disfrutamos tras generaciones de mujeres vilipendiadas en la cama, objeto que dejaba de ser fruto de su reposo y se convertía en alimento de sueños horribles. Marie Langer espolea nuestras mentes para reconocer el paso gigante que hemos dado, pues "durante milenios la mujer dependía del hombre, sostén de la familia, cuyo crecimiento constante absorbía por entero su vida biológicamente útil."⁹¹⁶ La vida ha dejado de estar marcada por un reloj, nosotras damos cuerda a nuestro propio ritmo, para marcar nuestro compás y componer sintonías únicas.

4. Aborto

"Abortamos no en virtud de un derecho que nos ha sido concedido o que hemos conquistado, sino en virtud de un poder generativo que nos compete, a pesar de no ser reconocido por el derecho."⁹¹⁷

Sobre la maternidad planea uno de los métodos más empleados para finalizar el embarazo no deseado. Un mecanismo de destrucción que, al mismo tiempo, constituye una herramienta de dominio sobre el propio cuerpo femenino. Una acción polémica que exalta las

⁹¹⁴Irigaray, Luce, *op. cit.*, pág. 10.

⁹¹⁵Pitch, Tamar, *op. cit.*, pág. 109.

⁹¹⁶Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 384.

⁹¹⁷Pitch, Tamar, *op. cit.*, pág. 111.

mentes, pues hubiera supuesto la no existencia de esas mismas mentes, cuyas voces se elevan para vetarlo en favor de la vida y también se exaltan ante la desconsideración de la validez de la elección que conlleva el aborto.

Reflexionaremos a continuación acerca de este tema candente, a pesar de que María Martínez Sierra no se declaró a favor ni en contra en ninguna de las obras que venimos analizando. Sin embargo, nos resulta apropiado darle cuerpo a las autoridades que recoge nuestra bibliografía en torno a la experiencia maternal, desde una visión parcial. El aborto también forma parte de ese mundo vetado de las madres, pues, al fin y al cabo, corresponde a la otra alternativa: las no madres.

4.1. Alternativas

"A causa de que su cuerpo le pertenece, no puede ser violada. A causa de que su cuerpo le pertenece, no puede ser forzada a llevar a cabo embarazos que no desea. A causa de que su cuerpo le pertenece, no puede ser obligada a abortar embarazos que quiera llevar a término."⁹¹⁸

Lozano marca las pautas que debieran consagrar la autonomía del cuerpo femenino. Estas alternativas carecen de fundamento sin el respaldo de la sociedad. Por lo que, en primer lugar, contemplaremos la dura sanción que recibe la práctica del aborto para, en segundo lugar, contemplar los resquicios que perduran entre ese juicio negativo y universal.

Viajamos a la Antigüedad clásica para revisar su opinión acerca del aborto. El impacto nos aturde cuando se nos revela la aceptación de esta práctica habitual, de acuerdo con la lingüística. En Grecia, había "un término especial para el aborto, [...] es una prueba suficientemente fiable de su práctica en el mundo griego; el hecho era relativamente frecuente."⁹¹⁹ Mientras, en Roma, "el término 'aborto' que se conoce en la literatura latina aplicado como 'ocaso de los astros' se empleó después para significar la muerte o la desaparición prenatal."⁹²⁰ La desaparición no respondía a los deseos de las divinidades, sino de los mortales que la asimilaban al infanticidio:

"El derecho romano no otorgaba una protección especial a la vida embrionaria, no

⁹¹⁸Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 225.

⁹¹⁹González Suárez, Amalia, *op. cit.*, pág. 333.

⁹²⁰Figueras, Josefina, *op. cit.*, pág. 70.

consideraba el *nasciturus* como un ser humano, sino como una parte del cuerpo humano. *Partus antequam edatur mulieris portio est vel viscerum* [El niño antes de nacer sólo es una porción de la mujer, como una víscera.]⁹²¹

No obstante, el juramento hipocrático y el quinto mandamiento católico ("no matarás") aparecerían para imponer la ley patriarcal y acabar con ese sacrificio de vidas humanas, anteponiendo el bien de la ciudad y de la patria potestad.

Traspasadas Grecia y Roma, se inicia la época de la represión: monjes y sacerdotes denunciaban las prácticas de mujeres durante la Edad Media, "por el advenimiento de una 'subcultura femenina' relacionada con la práctica del aborto."⁹²² Esa subcultura propulsaría la sororidad, la empatía absoluta entre féminas, posibilidad que atemorizaba a los hombres de la Iglesia, principales directores de la mentalidad de la época.

Acelerando en este viaje temporal, subrayamos la realidad paralela que se sufrió a principios del siglo XX con "sanciones severas [que] castigaban el aborto (salvo en Alemania, donde se impulsaba el aborto eugenésico)."⁹²³ La severidad que ahuyentaba el fantasma del aborto en la mayoría de las familias contrasta con los procedimientos, medidos al milímetro, en la nación germana para conseguir el perfeccionamiento de la raza. Ambos casos reflejan la discordancia de la racionalidad humana, ambos destruyen la individualidad y la elección mediante un juicio crítico, y ambos, por supuesto, acaban con la voz femenina para mandar sobre su cuerpo.

A continuación, evadimos el marco espacio-temporal de esta persecución inquisitorial, que provoca hasta penas de cárcel, pues podría corresponder a cualquier época y gobierno de la larga historia que se ha desarrollado para evitar el control femenino de su reproducción: "como disposición sancionadora destaca la penalización del aborto y de los anticonceptivos, que se elevó a crimen de Estado, en el marco de una fuerte intervención del poder público en la vida privada."⁹²⁴ No sorprenderá si situamos esta invasión de la vida privada durante el régimen franquista, que auspiciaba una política de natalidad bajo el manto protector de la Sección Femenina. El imperialismo de la Iglesia católica en nuestro país no permite fraguar una oposición firme a favor del aborto hasta pasados los años 80, bajo grandes tensiones entre dos frentes bien separados que continúan vigentes a día de hoy: el frente pro vida entiende la vida femenina bajo el mandato biológico, mientras el frente a favor del aborto entiende la

⁹²¹Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 198. La cursiva es de la autora.

⁹²²Lozano Estivalis, María, *La maternidad...*, *op. cit.*, pág. 166.

⁹²³Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 83.

⁹²⁴Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, *art. cit.*, pág. 36.

maternidad en tanto otra posibilidad vital más.⁹²⁵ Desconocemos de la existencia de una posición intermedia que enlazara estos dos frentes y diera sentido al aborto *per se*.

Frente a los diversos métodos anticonceptivos "a disposición" de la mujer para no abocar su vida hacia la maternidad, el aborto garantiza la efectividad completa, "es considerado el método sin fallos, o la opción última en el control de la natalidad."⁹²⁶ Se recurre a él en función de última vía de remedio, cuando el DIU, los preservativos o la píldora han fallado, cuando la magia de las barreras que se levantan para que la sexualidad no interceda en la reproducción se evapora. Entonces, empieza la pesadilla, el cuento de hadas que permite disfrutar del goce corporal se acaba abruptamente para envolver a la mujer en las tinieblas, rodeada de todos los miedos que provoca la falta de la hemorragia mensual, perfecta compañera cuando no se desea el embarazo, "cada mes un niño se prepara para nacer y aborta con el desprendimiento de los velos rojos."⁹²⁷ Esos miedos femeninos se visualizan mediante un dedo en alto, que acusa, que juzga, que condena el asesinato premeditado: "te permitimos abortar, no sin antes someterte a la humillación."⁹²⁸ Aquí se localiza la contrariedad de nuestra época actual, la razón por la que una mujer que practica el aborto "buscará y encontrará siempre el medio de castigarse a sí misma, y a menudo también a su compañero, sentido como un cómplice del crimen que pretende quedar impune."⁹²⁹ He ahí el motivo por el que el aborto sigue estando a la orden del día pese a su realización a diario.

Desarrollar el embarazo y regalar a ese feto no deseado existe como opción, mas "por algo dar a un niño en adopción está considerada como una de las alternativas más válidas al aborto."⁹³⁰ Sin embargo, por algo no se desarrolla en mayor número esta posibilidad de generosidad: la recriminación social para con esa madre que tras llevar nueve meses a su retoño consigo es capaz de separarse de él, la inestabilidad económica para afrontar un embarazo, las dificultades físicas que no puedan encararse... Al igual que hemos argumentado la existencia de un abanico de experiencias maternas pues cada madre es única, en la misma línea hemos de considerar las disyuntivas del embarazo en aras de una futura adopción.

4.2. Razones

Damos voz, que no voto, a la entidad eclesiástica para comprender los motivos que le

925Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, págs. 240-241.

926Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 145.

927Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 91.

928Pitch, Tamar, *op. cit.*, pág. 116.

929Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 232.

930Figueras, Josefina, *op. cit.*, pág. 86.

llevan a defender a capa y espada la prohibición del aborto. Tomamos de Aguinaga la transformación del discurso de la Iglesia, que, primero, no consideraba el aborto como pecado cuando no había llegado el día 80 de la concepción si el feto era femenino, reduciendo el tiempo a la mitad, 40 días, si pertenecía al sexo masculino, de acuerdo con santo Tomás y sus escritos del año 1234. A posteriori, rompe con esta teoría descabellada para oponerse por completo hasta esgrimir el convencimiento de que toda vida merece protección, desde el instante mismo de su concepción.⁹³¹ Si ridícula era la distinción del tiempo transcurrido en función del sexo del feto, no digamos ya iniciar la cuenta desde el segundo en que la cabeza de un espermatozoide atraviesa la pared de un óvulo y empezar la inquisición por "el asesinato de un 'potencial ser humano'".⁹³² Carme Riera extiende esta historia que vincula a la Iglesia con el aborto, aclarando que la diferencia de días en la consideración del feto respondía al alma y su introducción en el cuerpo. Además, señala la pena de excomunión que impuso el papa Sixto para quien ejecutará el aborto, pena que apenas estuvo vigente cuatro años,⁹³³ duración breve que sintetiza la imposibilidad de prohibir a la cristiandad bajo posible excomunión, pena que hubiera dejado sin fieles a una de las tres grandes religiones.

Paterna y Martínez nos desvelan un razonamiento de peso para entender a la perfección ese miedo hacia el aborto, que lleva a emplear todas las armas a disposición del patriarcado en su contra: "el aborto supone algo más que la pérdida de una vida, es la pérdida de una representación básica para nuestra organización social. Es el miedo a la destrucción del modelo patriarcal"⁹³⁴ donde el hombre gobierna y la mujer obedece, donde el hombre procede a depositar su simiente, que debe desarrollarse en el cuerpo femenino, provocando la pérdida de esa semilla que se marchitará sin el riego de la vida materna. "No había espectáculo más lamentable que el de esos obispos, el de esos periodistas atrabilarios o esas organizaciones turbias, amenazando a las pobres mujeres."⁹³⁵ Imagen descrita por Martín Garzo de modo tan fidedigno que no requiere de más palabras.

Asimismo, esa imagen provoca que el aborto no pueda admitirse dentro del marco legal, salvo bajo condiciones muy estrictas. "Una cosa es que el aborto no esté penalizado, y otra que apareciera por escrito que una mujer tiene derecho a deshacerse de un embrión."⁹³⁶ La elección forma parte del derecho de la mujer en tanto tiene capacidad reproductiva, tal y como asegura Tamar Pitch en la cita con la que abríamos este tema.

931 Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 137.

932 Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 96.

933 Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 141.

934 Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 216.

935 Martín Garzo, Gustavo, *op. cit.*, pág. 100.

936 Estada, María-Cruz, "Madre adentro", *Trama y Fondo: Revista de Cultura*, 19 (2005), págs. 28-29.

El aborto ha de abandonar sus connotaciones habituales que dibujan a dos tipos de mujer, opuestos e irreconciliables: la mujer víctima o la mujer ligera. Ha de erradicarse "la lectura del aborto como (siempre y necesariamente) drama personal, como derrota"⁹³⁷ o aquella otra que retrata una aventura egoísta y sin responsabilidad. En definitiva, "la condena del aborto constituiría, pues, uno de los modos privilegiados en que se expresa la necesidad de controlar el cuerpo y el psiquismo [...] de las mujeres, es decir, de las/sus madres."⁹³⁸ Las madres de esos hombres que quieren manejar al sexo femenino.

4.3. Riesgos

Hasta hace poco, cabía destacar la intervención mayoritaria de voces masculinas en el debate a favor o en contra de la práctica abortiva, signo evidente del poderío masculino en decisiones de relevancia que afectan al porvenir de la humanidad, a excepción de pequeños grupos feministas que eran tachados de insurgentes. Los hombres portaban el estandarte para garantizar la pervivencia de su casta, de su descendencia, de su nombre; mientras ellas aguardan la resolución del asunto, o bien de forma pasiva hasta consentir no interrumpir el embarazo, para seguir los cauces habituales, o bien recurriendo a técnicas caseras que traían peligros para su propia salud:

"De hecho, muchas mujeres de las que accedían a los abortos clandestinos se 'autoestigmatizaban' para toda su vida, y esto cuando no suponía la muerte por complicaciones, al haberse producido el aborto en condiciones sanitarias e higiénicas que dejaban mucho que desear."⁹³⁹

Si el riesgo era tan elevado, cuántas mujeres seguirían adelante con el embarazo por no enfrentarse a la misma muerte bajo un procedimiento ocultista. Desde Grecia, los saberes femeninos para el aborto provocan nuestra sorpresa, "como la absorción de sustancias tóxicas por vía vaginal, gimnasia violenta o ingestión de brebajes."⁹⁴⁰ El ocultismo se mantuvo en el transcurrir de los siglos, a pesar de que "un mejor conocimiento de la anatomía y de la fisiología femeninas permitió emplear métodos menos traumáticos que las drogas y las caídas de antaño."⁹⁴¹ Estas pruebas físicas repercutirían proporcionalmente en la psique femenina que

⁹³⁷Pitch, Tamar, *op. cit.*, pág. 83.

⁹³⁸González de Chávez Fernández, María Asunción, *op. cit.*, pág. 48.

⁹³⁹Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 146.

⁹⁴⁰González Suárez, Amalia, *op. cit.*, pág. 334.

⁹⁴¹Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 73.

evoca las enseñanzas acerca del pecado que comete e intenta arreglar el mal irremediable. Ni siquiera hoy, la medicina moderna logra que el aborto no tenga consecuencias nefastas en la identidad de la mujer, si bien el factor de riesgo ha disminuido, en tanto en cuanto ha crecido la crítica social.

Esas mujeres valientes de antaño, que se sumergían en el peligro de actuar lejos de la medicina bajo control, son consideradas por Aguinaga "mujeres más atrevidas [que] han logrado deshacerse de su embarazo a pesar de las restricciones sociales"⁹⁴² o a causa de esas mismas restricciones, añadiríamos nosotros. Aunque podamos pecar de ingenuidad, e incluso de cierto tono frívolo, lo cierto es que la negativa para llevar a cabo una acción, la vuelve más atractiva y la convierte en el fin más empleado. Para apoyar este disparatado planteamiento recurrimos a Knibiehler que recoge la evidencia histórica de las feministas que "creyeron de buena fe que una contracepción libre permitiría eliminar el aborto. Por el contrario, enseguida se observó que el aborto era el complemento indispensable de la contracepción."⁹⁴³ La rueda sigue girando, la práctica de la sexualidad sin contenciones aumenta, mientras el aborto deslumbra como recurso de última hora, a evitar, pero siempre presente.

4.4. Un aborto no deseado

Desgraciadamente, la terminología médica, bajo una mirada androcéntrica, no ha distinguido el aborto que se realiza tras una decisión reflexiva y juiciosa de aquel otro que provoca la ruptura de una esperanzada madre, salvo por un pequeño término añadido: terapéutico. Los abortos no provocados, los abortos que sorprenden por su repentina producción, los abortos que finalizan con una dicha maternal se suceden en mujeres que se atormentan mientras ven alejarse su sueño de criar a una familia propia.

Reproducimos la visión rural en torno a este suceso y las convicciones que intentaban reducir el sufrimiento materno en su pérdida:

"Si se producía un aborto, los parientes y los amigos consolaban a la mujer: se hablaba de accidente; se creía que estaba implicada la voluntad divina, siempre impenetrable; se aseguraba que si el ser que se había perdido no había empezado a moverse, todavía no era un niño."⁹⁴⁴

⁹⁴²Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 231.

⁹⁴³Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 97.

⁹⁴⁴*Ibidem*, pág. 36.

El consuelo se generaliza en el campo, donde no se percibe la busca premeditada de ese acontecimiento por parte de la mujer, que se muestra desconsolada. Los ecos de las campanas de la Iglesia entonan su mandato que no requiere de explicaciones, mientras se busca una razón palpable para evitar que esa muerte haya sido la de un ser que respiraba, se alimentaba o se movía, aunque fuera dentro del cuerpo materno.

Bajo una perspectiva más actual, Hunt nos expone esta cruda realidad de ciertas mujeres "capaces de procrear pero que abortan una y otra vez [y] también padecen estos altibajos emocionales. Cada nuevo embarazo les trae la esperanza [...] y cada aborto, una nueva desilusión."⁹⁴⁵ De forma similar a la creencia arraigada de que nadie sabe lo que es ser madre hasta que se convierte en una surge la convicción de que nadie sabe lo que es perder un embarazo hasta que le sucede. Y solo las mujeres podrán compartir esas vivencias físicas, la biología nos distingue así de los hombres, para bien y para mal.

5. Mujer sin hijos

Entre las obras analizadas de María Martínez Sierra que hemos estudiado hasta ahora, las madres han hecho gala de su presencia en innumerables ocasiones, caso de *Mamá*. Asimismo, también hemos conocido a mujeres que sin dar a luz ejercieron la experiencia maternal, la acunaron y le dieron forma, por las circunstancias, por elección propia o por deseo inconsciente, como en *Canción de cuna*. Y, por último, otras que no tuvieron hijos sin más, como en *La jaula abierta*. Este último tema sirve de testimonio de esas otras mujeres en cuyo panorama vital los hijos quedan difuminados en sombras, en borradores sin terminar o en bocetos de juventud de esa "no-madre, que es socialmente perversa, yerma o egoísta."⁹⁴⁶ Al menos, hasta ahora.

5.1. Ni todas las mujeres son madres

Que la biología obliga ha quedado en evidencia, al igual que el sello que imprime la sociedad desde la infancia para que la estampa maternal reluzca en cierta etapa temporal de la mujer. Contra estas dos imposiciones constantes a la mujer surgen los argumentos de nuestra autora que venimos escudando, a los que se une Blanca de los Ríos de Lampérez en *La mujer moderna*:

⁹⁴⁵Hunt Anton, Lidia, *op. cit.*, pág. 32.

⁹⁴⁶Suárez Lafuente, Socorro, art. cit., pág. 34.

"Claro es que la mujer ante todo ha de ser madre; pero ni los deberes de la maternidad absorben entera la vida de la mujer, ni excluyen, antes exigen el mayor cultivo del espíritu, ni todas las mujeres son madres."⁹⁴⁷

Así se ejemplifica, mediante la lógica, el imperio femenino ante el mundo por su posible maternidad. Más allá de la evidencia física, hay mente a desarrollar, hay realidad sin hijos, hay mujeres que no llevan a cabo su rol materno. Partiendo de la claridad de la convención patriarcal, Blanca de los Ríos atestigua la longevidad de los años y el jugo que de ellos se puede obtener, sin limitaciones maternas y hogareñas, además de la necesidad de contrarrestar estas dedicaciones que pueden acabar con el espíritu. El añadido final ("ni todas las mujeres son madres") trae consigo la polémica de la verdad que suena estridente para aquellos y aquellas que se rigen por las expectativas sociales.

El posible rechazo actual por la maternidad responde a las prioridades que se conceden a los proyectos vitales. Curiosamente, esta idea se enlaza con la convicción de las trovadoras medievales que estudia Cabanés: "el rechazo a la maternidad implica la conciencia de la valía de la mujer en sí misma, no supeditada a la procreación."⁹⁴⁸ Una vez que la mujer ha demostrado su capacidad en el ámbito laboral y/o personal, abrirá la veda a la concepción, sin tener que renunciar a una parte de sí misma por participar de la emancipación femenina.⁹⁴⁹ Ni siquiera se requiere el reconocimiento exterior, sino la satisfacción propia para con sus actos. Otra diferencia fundamental con el sexo masculino, otra aptitud que debería extrapolarse de la feminidad a la sociedad. Intentemos responder a estas cuestiones:

"¿Cómo aceptar que una mujer no quiere ser madre? ¿Cómo aceptar que, si ella no quiere, alguien más debe asumir esa responsabilidad? Hacerlo sería aceptar que, finalmente, la maternidad es una función que debe asumirse por la colectividad y no individualmente."⁹⁵⁰

El debate se eternalizará por la oposición absoluta de los directores de la orquesta que dominan la partitura de la demografía, los instrumentos o las mujeres, y la música definitiva o esa descendencia cuyo número no debe decrecer de ningún modo, sin responsabilidad alguna en la comunidad, con las cargas sobre hombros femeninos, que seguirán asumiendo esa tarea

⁹⁴⁷Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer...*, *op. cit.*, pág. 168.

⁹⁴⁸Cabanés Jiménez, Pilar, *art. cit.*, s. pág.

⁹⁴⁹Lacalzada de Mateo, María José, *art. cit.*, pág. 95.

⁹⁵⁰Suárez de Garay, María Eugenia y Palomar Vereá, Cristina, *art. cit.*, pág. 335.

siempre y cuando su biología no yerre, circunstancia adversa que no les arrebatará su condición de mujeres ni les hará menos mujeres que aquellas que no tengan hijos.

5.2. Fecundidad relevante

Al revisar la historia, siempre aparecen unos parámetros de las características que eran adecuadas al carácter de una mujer, a su educación mínima y a sus requerimientos sociales. Véase este ejemplo dieciochesco: "la buena esposa debía ser buena, sumisa, silenciosa, virtuosa, amable, sobria, económica y fecunda."⁹⁵¹ Además de enfatizar sobre nuestra sorpresa ante la inclusión del vocablo 'económica', señalamos la posición última que ocupa la fecundidad, por detrás de la bondad, la sumisión, el silencio, el virtuosísimo, la amabilidad y la sobriedad. Ahora bien, sin fecundidad la mujer queda sin destino, sin fecundidad queda sin descendencia, sin fecundidad queda sin nada. Por ello, consideramos que la última posición remite a la sublime importancia de esa capacidad de germinar, de desarrollar el semen masculino para convertirlo en un varón que siga aumentando las ramas de ese árbol genealógico, sin perder el apellido, el verdadero peso de esa familia:

"A una mujer que no tiene hijos se la percibe como una mujer estéril. Y no me refiero a la literalidad biológica de la expresión, sino a su sentido práctico, a la utilidad que para la sociedad puede tener una mujer."⁹⁵²

Ante este deseo impuesto de forma subrepticia a lo largo de los siglos, se recrudece la persecución de mujeres fecundas, en contra de aquellas otras cuya biología no responde, pues siempre son las mujeres quienes cargan con la maldición de la infecundidad, de ser yermas, aunque el hombre intervenga de forma directa e imprecisa, y los resultados apunten a que es él el responsable de esa no descendencia. Las mujeres con dificultades para la procreación se enfrentarían con las críticas externas, con las miradas de compasión, incluso con la carga de la deshonra y la suciedad. "En la simbología fascista, la mujer que no era madre representaba una figura negativa, confusa y desordenada, que sólo podía purificarse a través de la maternidad."⁹⁵³ Esta ideología extrema no contemplaba la posibilidad de la imposibilidad, la opción de que una mujer no pudiera tener sus propios retoños, por más que se empeñara, pues, entonces al igual que ahora "la imagen de la infertilidad de la mujer se cataloga como una construcción

⁹⁵¹Moscoso, Javier, art. cit., pág. 169.

⁹⁵²Rahola, Pilar, *op. cit.*, pág. 155.

⁹⁵³Coronado Ruiz, Carlota, art. cit., pág. 10.

inadecuada."⁹⁵⁴ Por este motivo, se la excluía mediante su inclusión en una tipología que solo estaba compuesta por dos opciones: o madre o crisis. La crisis se correspondía con:

"La mujer urbana, un poco andrógina, delgada, histérica, decadente y estéril, la denominada donna-crisi [...] símbolo de la esterilidad, de la emancipación y, por tanto, un peligro para el régimen, un tumor que había que extirpar."⁹⁵⁵

Esta enemiga de la raza que se rebelaba contra el bien mayor no cabía en el Estado ideal que construyó el fascismo. En aquel entonces, las nuevas tecnologías de la reproducción todavía formaban parte de un futuro no palpable, de un futuro de efectos especiales que no alcanzarían esas mujeres desterradas por su ausencia de maternidad biológica. En aquel entonces, los médicos argüían la detención preventiva de las enseñanzas a las mujeres para que no perdieran su capacidad reproductiva.⁹⁵⁶

Para conocer el motivo original por el que recae sobre la mujer el castigo de la infertilidad,⁹⁵⁷ sin ningún hombre por en medio, debemos preguntarnos dónde se sitúa la reproducción: en el cuerpo femenino:

"El hecho de que sea la mujer la que se quede embarazada también comporta que sea ella la que signifique la esterilidad. Es a través de su cuerpo que se muestran las huellas de la fecundación o del vacío."⁹⁵⁸

Esta explicación excusa la negatividad de la biología femenina por más que, en numerosas ocasiones, tal negatividad sea consecuencia de la masculina. Al igual que se celebra la reproducción en torno a la hinchazón del vientre femenino, se provoca la decepción a su alrededor.

5.3. Causas de la infertilidad

"En una estructura de significado donde la maternidad es la norma, lo positivo, el eje de

⁹⁵⁴ Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *op. cit.*, pág. 154.

⁹⁵⁵ Coronado Ruiz, Carlota, art. cit., pág. 21.

⁹⁵⁶ Simón Palmer, María del Carmen, "Escritoras...", art. cit., pág. 485.

⁹⁵⁷ Con esta línea reprobatoria, *vid.* la denostada imagen de la solterona, aquella que, entre otros defectos, no había sido madre en Quiles Faz, Amparo, art. cit.

⁹⁵⁸ Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 186.

la identidad sexual femenina, cualquier oposición o imposibilidad es calificada como una disfunción y evaluada en términos de marginalidad, rebeldía o, en el mejor de los casos, de enfermedad."⁹⁵⁹

En torno a esta no maternidad reuniremos algunas opiniones extraordinarias sobre las razones que impiden a una mujer concebir, no a un hombre, pues esta segunda opción es previsiblemente pasada por alto hasta el siglo XX. De lo divino a lo terreno, de lo físico a lo psicológico, los ámbitos que ocupan estas ideas amplían, al tiempo que limitan, la mente humana, su juicio crítico, siempre bajo el mazo patriarcal.

Dios. Él se configura como el primer causante o responsable o poder que determina la buenaventura de la reproducción o la maldición de la esterilidad. Desde las páginas de la *Biblia*, Sara, Rebeca y Raquel protagonizaron los primeros casos de mujeres incapaces de cumplir con su misión. No lo lograron con inmediatez porque no encajaban en el esquema, por su extranjería, su insubordinación o por aguardar secretos en su interior que ponían en duda a ese Todopoderoso, "sabemos por las Escrituras que el único remedio que finalmente les quedó fue 'pedirle' el hijo a Dios."⁹⁶⁰ Desde esa primera petición, esta se ha multiplicado por millones de creyentes que elevan sus manos hacia ese Jehová dotador de la vida:

"Sólo revocando la experiencia acumulada de las mujeres, quitando todo valor al conocimiento femenino, al otorgar un hijo a una mujer vieja y estéril, en tanto deja que una mujer joven y sana permanezca estéril, Jehová puede probar que ahora el poder de la fertilidad se encuentra en sus manos."⁹⁶¹

En contra de su propio Padre, Jesús elimina la maldición de la esterilidad que pesa sobre las mujeres, acercándose a aquellas que nunca concibieron, como recoge Lozano y de acuerdo a las *Escrituras*, al *Evangelio de Lucas*: "dichosas las estériles y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron."⁹⁶² Sorprendentemente, esta alabanza hacia las mujeres áridas nunca se difundió con insistencia similar a la pontificación de la maternidad virginal de María.

Knibiehler da cuenta de la creencia que se infundía en el ámbito rural "si el embarazo tardaba, se consideraba que la esposa era la única responsable: su vientre, terreno demasiado

⁹⁵⁹Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 128.

⁹⁶⁰Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *op. cit.*, pág. 28.

⁹⁶¹Goldman-Amirav, Anna, "'Mira, Yahveh me ha hecho estéril'", en *Figuras...*, *op. cit.*, pág. 50.

⁹⁶²Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 167.

pobre, no podía nutrir el grano."⁹⁶³ Los términos de la tierra y su cultivo no distan demasiado de la realidad fehaciente que señala de forma unívoca la culpa en el rostro femenino.

Más adelante, fue la propia mente femenina la que jugó con la mujer hasta volcarla en la psicosis de su condición yerma: "hay mujeres que atribuyen a su frigidez, es decir, a su incapacidad de amor y entrega, su falta de descendencia."⁹⁶⁴ El sexo y la incapacidad para responder al impulso masculino condenan a la fémica al destierro de la maternidad, a desperdiciar su propio cuerpo. En la Grecia clásica, tal desperdicio tenía su consecuencia directa en el enlace matrimonial cuando "la esterilidad se convertía en una de las principales causas de divorcio porque suponía un gran obstáculo para el hombre que quería perpetuar su herencia."⁹⁶⁵

El propio lenguaje convierte el campo de la infecundidad en una estrategia nociva para impulsar a sus sujetos a ponerle remedio o escapar antes de que sea demasiado tarde y su esterilidad refleje "un castigo divino, casi siempre contraído por un mal deambular por la vida."⁹⁶⁶ El ataque discriminado contra las dificultades que presentan los órganos femeninos ante la concepción provocan mayor frustración para las mujeres, mientras los hombres apenas reciben: "además de reducir la subjetividad femenina a uno de los órganos de su cuerpo, este órgano es juzgado no sólo por su disfunción, sino también moralmente."⁹⁶⁷ Obviamente, no recibe el juicio moral ese órgano, sino su propietaria, que se siente cada vez más lejos del vórtice óptimo de su existencia femenina: la misión maternal. La lingüística no deja lugar a dudas, tal y como determina "la palabra hebrea para designar la infertilidad -*akara*- no guarda ninguna relación con fertilidad, sino con su antítesis. El significado del término es arrancar, cortar, exterminar."⁹⁶⁸ Estas acciones se realizan simbólicamente sobre el cuerpo femenino y la persona que vive con él, se arrancan sus esperanzas, se cortan sus vínculos familiares o aquellos que pudieron crearse y se extermina ese futuro en proyección que ha de adaptarse irremediabilmente hasta encontrar alternativas.

5.4. Las nuevas tecnologías de la reproducción

De acuerdo con Beauvoir, "desde hace un siglo, la función reproductiva no está exclusivamente controlada por el azar biológico, está controlada por voluntades."⁹⁶⁹ Esas

⁹⁶³Knibiehler, Yvonne, *op. cit.*, pág. 35.

⁹⁶⁴Langer, Marie, *op. cit.*, pág. 209.

⁹⁶⁵González Almenara, Guillermina, *op. cit.*, pág. 361.

⁹⁶⁶VV. AA., *Madre...*, *op. cit.*, pág. 13.

⁹⁶⁷Lozano Estivalis, María, *La construcción...*, *op. cit.*, pág. 411.

⁹⁶⁸Goldman-Amirav, Anna, art. cit., pág. 41.

⁹⁶⁹Beauvoir, Simone de, *op. cit.*, pág. 633.

voluntades se pueden corresponder con las femeninas, por los medios anticonceptivos, con el Estado, en tanto desarrolla políticas de natalidad, y, del mismo modo, con la ciencia, a través de estas nuevas tecnologías de la reproducción.

Nuestro estudio de la maternidad quedaría incompleto sin una reflexión acerca del cambio que supusieron los avances en el ámbito de la reproducción científica. La ciencia interactúa con el cuerpo femenino para concederle, cual genio de lámpara mágica, su mayor deseo. Sin embargo, la obtención de ese sueño hace olvidar el largo proceso con sus dificultades físicas y psicológicas, el procedimiento y la cercana deshumanización que alcanzan las parejas que deciden someterse a tales extremos se esconden en la memoria, una vez conseguido el resultado. Desafortunadamente, la ciencia deja de ser tan exacta como las matemáticas y las estadísticas arrojan parejas sin premio.

El desarrollo de la biotecnología implica la visión de la mujer infructuosa en calidad de enferma, necesitando con urgencia de la pericia médica para subsanar su propio error físico: "la consideración de ENFERMAS que se da a las mujeres estériles que no tienen hijos biológicos,"⁹⁷⁰ correspondiendo esta supuesta enfermedad a la más pura negatividad de aquella directriz impuesta por todos los medios, la maternidad. Compartimos la convicción de Lianas cuando no se imagina "a hombres dispuestos a someterse a tratamientos agresivos para poder tener descendencia [...] ellos no sufren los procedimientos coercitivos de la sociedad."⁹⁷¹ Desde la perspectiva patriarcal que las mujeres tenemos inculcada no habrá otro fin que justifique más el empleo de todos los recursos disponibles que el bebé ansiado. Esta convicción engendra el sistema de las nuevas tecnologías de la reproducción, donde el estatus monetario impera y el entorno deja de ser familiar para asemejarse a la robótica.

La principal contradicción ante este sistema eficaz de paliar la enfermedad a la estéril derroca cualquier duda: si se trata de terminar con una disfunción, debería servir no solo en una ocasión, sino para siempre. En otras palabras, si se pretende acabar con la infecundidad, la medicina debiera encontrar el mecanismo para convertirla en fecundidad, no efectuar una sola apuesta que pueda ganar. Ahora bien, si llevaran a término esta propuesta, el beneficio económico finalizaría y el negocio dejaría de ser rentable. Dentro de este juego irónico, hay parejas que acuden en busca de esta asistencia tras cierto tiempo en busca de descendencia. Parejas jóvenes que bajo la insistencia general dudan de sus propias capacidades reproductoras hasta el punto de estar dispuestos a examinarse de cualquier pequeño defecto que les impide cumplir con las expectativas comunes. Ese fin les aguarda gracias al último recurso

⁹⁷⁰Andrés Domingo, Almudena, art. cit., pág. 76. Las mayúsculas son de la autora.

⁹⁷¹Lianas, Gemma, *op. cit.*, pág. 93.

proporcionado por las ventajas científicas que, con la voz de Carme Riera, "suponen, claro está, una esperanza extraordinaria pero a la vez un riesgo manipulador terrible."⁹⁷² La medicina toma las riendas de un acto anteriormente guiado por la naturaleza para manejarlo y convertir a las parejas en elementos de un experimento que avanza frente a su expectación y desconcierto, sin posibilidad de intervenir ni producir nada más que líquidos que se transformarán en la anhelada concepción.

En definitiva, será "estigmatizada y repudiada"⁹⁷³ cada mujer que no elija, pueda, desee tener frutos de sus entrañas. La tradición rústica sacude la ideología actual hasta retroceder en busca de misteriosos ritos bajo el manto científico o las plegarias religiosas más exacerbadas en un bando. Mientras en el otro, mujeres ocultan sus deseos no coordinados con las perspectivas tradicionales para evadir la condena social o se ven obligadas a justificarse ante juicios implacables que las tachan de culpables del egoísmo más extremo y víctimas futuras del peor de los castigos: la soledad eterna. El abismo separa un bando de otro:

"Las mujeres que eligen no ser madres experimentan la ausencia de hijos de una manera por completo diferente de las que sí desearon tenerlos. Las primeras tienen la vida que han elegido (al menos, en ese aspecto) y pueden valorar las ventajas de una vida *libre de hijos*, pero las últimas tienen que habérselas con la segunda opción: no ser madre jamás."⁹⁷⁴

Jamás se corresponde con demasiado tiempo para recordar, soñar y anhelar, incluso autoinculpar, entrando en el vórtice peligroso de la conciencia de la propia enfermedad, de la naturaleza fallida que se esconde en el interior y que requeriría curación. La curación solo reside en la construcción de una identidad sólida donde la maternidad, incidimos una vez más, ejerza de posibilidad vital, no eje absoluto.

972Riera, Carme, *op. cit.*, pág. 162.

973Aguinaga, Josune, *op. cit.*, pág. 125.

974Hunt Anton, Linda, *op. cit.*, pág. 25. La cursiva es de la autora.

Conclusiones

La relevancia de María Martínez Sierra como fuente de análisis para un tema tan relevante como es el de la maternidad ha quedado patente a lo largo de este trabajo. Y ello ha sido así por su capacidad de adelantarse a los prejuicios de su época, por sus intentos de motivar a las mujeres desde su escaño socialista para mejorar el porvenir de sus hijos y por su radiografía de personajes femeninos que responden a los cánones esperados, al tiempo que los reinventa con múltiples matices. La riqueza del tema de la maternidad en la obra literaria de la escritora riojana alcanza tal nivel de conceptualización que puede resultar difícil condensarla en estas conclusiones.

En un primer bloque de contenido, con el título de "El dictamen de la biología", hemos revisado la fusión de la imagen femenina con la Naturaleza y que responde en María Martínez Sierra a un discurso acerca de la necesidad de acabar con la destrucción de ambas, poniendo fin a ese maltrato que la sociedad ejerce impunemente contra las féminas y contra esa madre Naturaleza, ambas fuentes posibles de vida. La vuelta a ese mundo natural, tras el abandono de la civilización, conlleva también el fin de la corrupción contra el cuerpo femenino. Para nuestra escritora, la mujer está unida a su naturaleza maternal y, por ello, deja un resquicio para contemplar esa llamada de la naturaleza hacia la reproducción como una artimaña que las mujeres pueden rehusar, diferenciando entre la maternidad biológica y aquella otra que viene determinada por la sociedad.

Además, hemos analizado la presencia del instinto maternal en su trayectoria literaria. La escritora refleja la existencia del impulso de amar, amparar y criar que está presente desde que una mujer nace. Ahora bien, ese sentimiento no recibe el nombre de instinto maternal, ni requiere una maternidad física, ni siquiera que el objeto de ese sentimiento sea un menor de edad, pues cualquier persona necesitada se convertirá en receptor. Esa tendencia femenina a proteger a los demás responde más a una enseñanza que a un instinto y necesita de una práctica, así como de unos receptores abiertos a ella, para no provocar la máxima frustración femenina.

"La maternidad en el ámbito literario" es el título del segundo bloque de nuestro estudio, donde el sueño de María Martínez Sierra de concebir hijos literarios sin intervención masculina descubre la única explicación lógica del uso del nombre de su marido Gregorio para publicar. He ahí donde radica la maternidad que ejerció durante toda su vida la escritora riojana, y he ahí también una de las escasas notas de resentimiento hallado en su producción,

como a su vez, el origen de la creencia en una literatura hecha por mujeres, para mujeres y protagonizada por mujeres, sin hombres en el panorama. En esta predominancia femenina localizamos el feminismo de nuestra autora.

A continuación, en los dos siguientes bloques, hemos revisado el álbum maternal de fotos. En una primera parte, vislumbramos "Imágenes positivas de la maternidad": la maternidad ideal, con sus actitudes primordiales, la lactancia, ese afán maternal protector, la ensoñación por la madre ausente, sus sustitutos y la madre patria. En contrapartida, enjuiciaremos las "Imágenes negativas de la maternidad" en una segunda parte: la maldad, la desnaturalización, el incomprensible egoísmo y la dependencia subyacente, incluso ese enfrentamiento entre madre y futura hija política.

La escritora riojana desecha la idealidad en la mayor parte de sus obras, aunque, en un primer instante, nos sitúa en un ámbito ideal para luego conducirnos hacia el estrépito maternal más escandaloso. A través de esa contraposición destaca la difícil tarea a asumir por las madres de carne y hueso, que emplean la risa como arma de distracción. El moderno pensamiento de María Martínez Sierra brilla al evidenciar la condición de una pareja en igualdad para lograr cierta felicidad, compartiendo las penurias diarias, pasaporte hacia una idealidad más cercana a la realidad.

A su vez, hemos rastreado en el conjunto de su creación las actitudes maternas. Entendamos por actitudes maternas aquellas que supuestamente vienen "de fábrica" con la procreación: la ternura, la sapiencia, la atención, ciertos gestos ... El resultado ha sido de lo más dispar, pues aunque la ternura y la preocupación continuas parecen responder a la biología femenina por su inmediatez, esos supuestos conocimientos y gestos innatos surgen, en cambio, a través de la práctica. En general, sus protagonistas responden al molde de la maternidad intensiva, modelo que se empaña, sin embargo, de cierta ironía, cuando se aventuran algunas de ellas a cuestionarse a sí mismas su lucidez en tales actitudes.

María Martínez Sierra pone en jaque dos cuestiones en torno a la lactancia: la inmejorable calidad de la leche materna, al plantear, en alguno de sus textos, alternativas prácticas; y la capacidad de la lactancia como ejercicio irreplicable entre una madre y su retoño, al desconocer este último la procedencia de la leche que le alimenta. Lejos de la presión social, del egoísmo femenino, de la obligatoriedad de ese momento culmen de generosidad femenina, el hambre de una persona recién nacida impera.

La imagen de la mujer como seno o fuente de protección está fuertemente intrincada en nuestra autora. Pudiera ser por la estrecha relación de Gregorio Martínez Sierra con su madre, convirtiendo a su esposa en la perfecta sustituta y no quedándole más remedio a la escritora

riojana que asumir ese rol. Aunque esa relación de pareja quede reflejada en numerosas obras, con ciertos detalles casi autobiográficos, en una de sus últimas obras teatrales radiografiamos el cansancio de María Martínez Sierra por esta vinculación, solicitando a través de la protagonista femenina de la pieza un amor pasional, lejos de las atenciones típicas de una madre.

En contraste, un buen número de sus personajes femeninos centran todas sus prioridades en atender a los demás por impulso propio, por un sentimiento de compasión, que también puede motivar el comportamiento masculino. Una idea resulta cuanto menos rompedora, a principios del siglo XX.

A lo largo de las obras analizadas, la madre constituye uno de los principales ejes para todos los personajes, por lo que su ausencia supone un terrible revés. Lo más destacable de las ideas que vierte María Martínez Sierra se concentra en dos aspectos muy diversos: la ausencia de juicio contra aquellas madres que abandonan a sus hijos con la finalidad de mejorar su porvenir y cómo la ausencia paterna no supone ningún inconveniente para la crianza adecuada de sus hijos. En cambio, la no presencia de la figura maternal tiene como consecuencia directa su ensalzamiento, con una añoranza que apabulla por la lucha en soledad contra la dureza del mundo. Ante la falta materna se recurre a variados instrumentos en tres obras de la escritora riojana, donde se contempla el resultado positivo en las huérfanas por la buena disposición de los sustitutos.

La experiencia de María Martínez Sierra como diputada socialista marcó sus convicciones, aquellas que destacaban la imagen de España como una nación a cuidar, proteger y educar por cada una de las mujeres que poblaban su territorio, y como una madre a cuidar y proteger por los hombres que tomaban sus alimentos. Una nación que, al tiempo, que se aparecía como una chiquilla necesitada de atenciones, descubría su rol materno al ver nacer a sus retoños. Claramente, la responsabilidad más dura recaía sobre hombros femeninos, al contemplar, desde la retaguardia, cómo marchaban hacia la guerra hijos y esposos para no retornar más.

Tras esta primera parte de imágenes eficientes del rostro materno, decidimos afrontar su antítesis. La escritora riojana no guarda ni un ápice de comprensión para esas madres malas por fanatismo, aquellas que custodiaban en sus hogares a la prole, cual presos sin libertad. La supervisión puede ser nefasta por su ausencia, pero se convertirá en pesadilla por su exceso. En el extremo totalmente opuesto, la madre que, por determinadas circunstancias, no parece cumplir con todos los preceptos determinados por la sociedad cuenta con las simpatías de la autora. Entre ambos juicios, queda la figura de la madrastra, despreciada siempre por la

tradicional competencia entre las féminas dentro de un hogar. Ahora bien dependerá de su comportamiento que sean salvadas o condenadas bajo la firma de María Martínez Sierra.

La madre desnaturalizada o aquella que se evade del canon que dicta la Naturaleza solo aparece retratada en una ocasión. El mecanismo de la riojana consiste en plantear, primero, el extrañamiento que siente la protagonista cuando no se anega de emoción ante su hijo para, luego, acabar con esa angustia al desbordarse su alegría ante el fruto de sus entrañas. De esta forma, nuestra autora ejemplifica el encierro de la mujer ante sus sentimientos, quedándole solo una opción para la tranquilidad, al tiempo que deja abierta la duda de qué pasaría si finalmente no respondiera a ese rol.

Que una madre sea egoísta, dentro del sistema patriarcal, supone casi una aberración, pues las figuras maternas han sido educadas para imponer por delante de sí mismas cualquier cosa, empezando por sus familias. Para María Martínez Sierra, el egoísmo es un sentimiento natural, justificable ante el tiempo y el esfuerzo que invierten esas mujeres en los miembros de sus hogares, salvo cuando se alcanzan cotas demasiado altas, que conllevan el desequilibrio emocional de la prole.

Ciertamente, la mujer ha de envidiar al hombre por sus posibilidades infinitas y, sin embargo, esa mujer comete un error cuando, en lugar de alzar la voz para intentar alcanzar alguna posibilidad para sí misma, prefiere usar al instrumento que tiene más cercano, su propio hijo, en su beneficio. A través de él, logrará más de lo que hubiera podido imaginar. La escritora nos advierte desde su posición omnisciente del peligro de que la dependencia acecha tras ese fantasma de plenitud maternal.

En la batalla entre la pareja y la suegra, o la esposa y la madre, según la perspectiva del árbol genealógico, la riojana plasma la ideología de su época en la rivalidad femenina, más aún cuando hay un premio por ganar, premio que consiste en un hombre. No importa que ese hombre responda al título de hijo o de marido, solo es necesaria la relevancia de su presencia, y los celos que surgen entre las féminas por no concentrar todas sus atenciones. Sin embargo, también María Martínez Sierra desvirtúa esta rivalidad para darle su toque personal, cuando ese combate es abandonado por una esposa para buscar un futuro mejor o cuando una suegra intenta establecer una relación con su futura nuera, movida por la sororidad.

En el quinto bloque temático, de nombre "Esquema femenino vital por cumplir", recorreremos la trayectoria que toda fémina ha de trazar: su condición de madre impuesta por ese sino irremediable, la educación mínima que debiera recibir para transmitirla a su prole, incluso planeando una suerte mejor para sus herederas, y a pesar de esa maternidad idealizada, con la alternativa de la adopción y de una senectud de calidad.

Es un hecho que la mujer está hecha para ser madre. Nada ni nadie puede contradecir esa realidad. Pero, a partir de ella, hay grados, matices o sutilezas que puntualizar, y ahí reside la grandeza de María Martínez Sierra: sin salir del sistema, anota la controversia. Las mujeres pueden ser madres y no serlo, por diferentes razones. A través de sus personajes, la autora propone la realidad reproductora de la mujer, la posibilidad de acatar el rol diseñado y, al tiempo, parece rebelarse contra la imposición que impide una maternidad individual.

Ahora bien, el destino de la mujer consiste en responder al papel de madre y dueña de su hogar. La escritora riojana no combate contra él, sino que alienta a las mujeres a afrontarlo para manejarlo y poder disponer las fichas en su conveniencia, mejorando generación tras generación, sin dejarse ganar por el pesimismo, que pasará, de lo contrario e irremediablemente, de madres a hijas.

La imperiosa necesidad de educación femenina es subrayada, en repetidas ocasiones, en la obra de María Martínez Sierra. Se asocia al motivo argumentado por la sociedad patriarcal: su papel como educadoras de la prole, que acometen las protagonistas con orgullo, motivadas por mejorar la proyección de sus vástagos. Ese mismo argumento le sirve a nuestra autora para esgrimir la imposibilidad femenina de transmitir todas las facetas para el desarrollo físico e intelectual de sus retoños, si ni siquiera ellas tienen una leve idea.

Lejos del egoísmo maternal, María Martínez Sierra apuesta por un porvenir más fructífero para las mujeres, a través de los logros de sus hijas. Ellas serán la luz de esas madres que permanecen atadas a los hogares, ellas serán las que se liberarán de la esclavitud de sus madres y alcanzarán la felicidad que reflejará la mirada materna.

La maternidad idealizada se forma mediante la fusión de la mujer con su papel natural de la maternidad. La dificultad de alcanzar la idealidad permanente puede conducir a cualquier madre hacia el abismo, la depresión y la culpabilidad. Nuestra propuesta consiste en batallar contra ese espejo que nos somete a juicio para ir alcanzando objetivos pequeños, diarios e invisibles. La idealidad quedará sustituida entonces por la satisfacción paulatina, y, quizás con el tiempo, por la felicidad, esa misma de la que habla la escritora riojana como objetivo vital.

La alternativa más extrema a la maternidad se esboza en un par de piezas teatrales de María Martínez Sierra: la adopción legal o práctica como fuente de alegrías para los padres y de nuevas oportunidades para la persona adoptada. Mientras, en otro tramo vital, una mujer contempla nuevas perspectivas al alcanzar la senectud. Las prisas, el cansancio y la carga de la familia quedan atrás para asumir ahora un rol más pasivo y, aunque parezca contradictorio, más satisfactorio. Nuestra autora trata el aspecto más negativo de la tercera edad con cierta sorna, pues la preocupación por el detrimento corporal de una de sus protagonistas femeninas denota

una evidente ironía. En contra, y muy seriamente, se expone la doble opción que se puede producir en la vida de una mujer en sus últimos años: el olvido familiar por haber dejado atrás su papel activo o la obligatoriedad de cargar con la responsabilidad de los hijos de los hijos, es decir, los nietos. Ambas perspectivas omiten la soñada e idealizada estampa de tranquilidad y sosiego femeninos.

En "Más allá de la maternidad" se ejemplifican los campos en los que las mujeres podemos crecer, en pro de ese hogar al que la sociedad se empeña a anclarnos. En este sexto bloque de contenidos descubrimos la propuesta de la escritora riojana por la implicación femenina en los ámbitos laborales y políticos.

Así, la apuesta de María Martínez Sierra por el desembarco femenino dentro del mundo laboral es absoluta. Más allá de esos oficios determinados "de fábrica" para la mujer (maestra, actriz o prostituta), esta debe abandonar las reticencias que le insertaron en su inconsciente sobre el abandono del hogar. Y ha de ser de este modo para, precisamente, beneficiar a ese reducido ámbito saliendo al exterior en busca de otro, sin, por ello, perder su femineidad, coto de protección, alentada por la motivación del logro personal que le permitirá mejorar su condición primordial de madre. La ironía vuelve a presidir las palabras de nuestra autora para sacudir los cimientos ideológicos de las enseñanzas patriarcales.

María Martínez Sierra se muestra rotunda ante la participación femenina en el mundo político: se hace imprescindible esta nueva tarea para la mujer, aquella que ha de movilizarse para acabar con las condiciones nefastas de la educación, de la medicina y de la guerra. Se posiciona frente a las condiciones perjudiciales para sus retoños, principal resorte de acción para esas matronas, tan pasivas hasta ahora, que han de ponerse en marcha, abandonar esa tranquilidad bovina, esos llantos lastimeros sin fin para ejecutar las mejoras que proveerán a sus hijos de un futuro alentador. Las guerras deberían erradicarse por las mismas manos que producen sus participantes: unas manos maternas, que se llenan de sangre, las mismas manos que han tomar ahora la batuta del poder para imponer sus criterios, basados en las necesidades diarias de un hogar, aumentando el radio de su acción, de un hogar a una nación. Además, nuestra autora hace hincapié en las ventajas psicológicas que supone ampliar ese panorama de actividad femenina, de las cuatro paredes de una casa a la totalidad nacional, con la excusa de evitar el desarrollo de sentimientos negativos hacia esos familiares que volaron del hogar para crear sus propias vidas. Una vez su círculo vital se reduce, la mujer abrirá paulatinamente sus miras.

Un ejemplo práctico de esa apuesta por el trabajo femenino de la escritora riojana se rastrea en la labor de las niñeras, percibidas en tanto en cuanto auténticas sustitutas de las

madres. María Martínez Sierra reconoce la opción de una maternidad no biológica, que se desarrolla a través de la cercanía diaria, mientras la maternidad biológica queda postergada en un segundo plano, hasta convertirse en algo excepcional por los quehaceres profesionales de esas mujeres que, en su día, dieron a luz a su prole, pero luego quisieron seguir ejerciendo, buscando la solución en otras figuras femeninas que les apoyen y críen a sus hijos.

En el séptimo y último apartado de temas reunimos las "Realidades de la maternidad hoy y siempre", abandonando la cámara fotográfica para acercarnos a las mujeres de verdad, que viven y sufren la maternidad.

La idealidad de la buena nueva que anuncia una descendencia debe traer consigo una decisión previa y este es el mensaje que nos transmite en sus obras la escritora riojana. De nada sirven todas las bendiciones populares, la dicha a celebrar, si una mujer no ha deseado ese fruto, pero su crítica aún va más allá, pues esa normalidad que llega a rodear el proceso del embarazo y del parto provoca la opinión generalizada de su facilidad. Es decir, aunque se celebre la llegada individual de cada nuevo ser, al mismo tiempo se entiende que nada tiene de particular, ya que la multiplicación de casos convierte este momento en otro más. La singularidad deja paso a la generalidad, de igual modo que las mujeres como grupo o la mujer como caso general prohíben esa personalización del embarazo y/o parto.

María Martínez Sierra evidencia la realidad acerca de la exclusión femenina por su capacidad procreadora. Esa misma maternidad posible la esclaviza dentro de ese hogar de sus ensoñaciones, mientras el hombre ha de salir al exterior, sin más remedio, para buscar el sustento. Esta imagen prototípica, que bien podría pertenecer al Neolítico, ha perdurado hasta nuestros días, con pequeñas variantes, gracias a la lucha feminista. Esas variaciones se perciben en aquellas mujeres que deciden quitarse las esposas para volar alto, recibiendo por activa y por pasiva las críticas y las envidias de otras féminas que, en su fuero interior, siguen convencidas de que ellas mismas han decidido su propio destino, que ningún planteamiento externo y dictado por mentes masculinas les ha influido.

Respecto al control reproductivo, nuestra autora respalda dos planteamientos: la consciencia por los actos reproductivos y la necesidad de un respaldo gubernamental. Cada mujer, y también (aunque se olvide su participación) cada hombre, ha de ser consecuente con el número de hijos que formarán su descendencia, de acuerdo con sus medios económicos, aunque bien es cierto que el Estado debiera establecer unas ayudas mínimas para la crianza. En nuestro siglo, la teoría malthusiana dieciochesca preside la programación vital de cada fémina: tantos ingresos, tantos hijos; tanto bienestar, tanta prole. Y esto a pesar del incesante tictac del reloj biológico que la sociedad se encarga de acelerar de manera perjudicial para las mujeres

trabajadoras, al contar con su reproducción para aumentar el dato estadístico de la demografía.

Los números pierden su sentido ante un tema que hemos desarrollado, a pesar de no aparecer en ninguna de las obras de María Martínez Sierra, por su vital relevancia en el ámbito conjunto de la maternidad. La anticoncepción existe desde tiempos inmemoriales, mejorando paulatinamente para reducir los riesgos vitales de esas mujeres que decidían no seguir adelante con sus embarazos. He ahí el punto esencial que hemos perfilado en este tema: la elección individual, sin juicios de opinión, ni condenas multitudinarias, sin necesidad de esgrimir explicaciones, cargando cada mujer que decide llegar a este término con riesgos que ni calcula. También hemos recogido una realidad desalentadora: la incapacidad corporal de mujeres que quieren ser madres y que, pese a ese deseo, nunca alcanzan su objetivo. En ellas, pierde todo su peso el argumento patriarcal por antonomasia de la naturaleza biológica de la mujer, hecha por y para concebir.

Por último, retomamos las matemáticas para evidenciar la inconsistencia del discurso social: no todas las mujeres son madres. De lo contrario, y literalmente, no cabríamos en este planeta. Dejando a su lado la ironía, y volviendo la vista atrás hacia la historia, esa capacidad física femenina era, es y será la mejor y mayor oportunidad de la mujer para conseguir un marido. La posible maternidad era, es y será la moneda de cambio de un hombre, en su condición de padre, a otro, como futuro marido, mirando la mujer hacia uno y otro, o agachando la cabeza para asumir su destino. Y se han de erradicar estos sucesos, al igual que el tabú de la infertilidad, causante de la aparición de las nuevas tecnologías de la reproducción, píldoras envueltas en papel de caramelo, que tratan a las mujeres como víctimas de sí mismas, enfermas que requieren de la intervención médica, sujetos de laboratorio.

A lo largo de estas páginas, hemos intentado transmitir nuestra convicción más absoluta en torno a la figura literaria de la escritora riojana María Martínez Sierra: la permanencia de su discurso acerca de la maternidad, tras haber pasado casi un siglo desde que lo vertiera en obras teatrales, conferencias y novelas, y a pesar de la ausencia de una maternidad biológica en su persona, porque, como ella misma afirma:

"Mi cariño a esta olímpida tragedia puede compararse al que sentiría una madre que hubiese concebido y dado a luz un hijo... en sueños [...] un hijo que no le ha costado un dolor, un hijo suyo, suyo, suyo exclusivamente, ¡hossana tres veces!, puesto que no tiene padre conocido... ni desconocido. ¡Oh, sabrosa indolora partenogénesis!

¡Oh, triunfo supremo de su femineidad!"⁹⁷⁵

Esta ha sido nuestra intención y este ha sido el resultado.

Bibliografía

***Obra literaria de María Martínez Sierra**

Martínez Sierra, Gregorio, *El amor catedrático*, Eduardo Domenech, Barcelona, 1910.

---, *Hechizo de amor*, Renacimiento, Madrid, 1911.

---, *La sombra del padre*, Renacimiento, Madrid, 1911.

---, *El ama de la casa*, [s. n.], Madrid, 1916.

---, *Feminismo, feminidad, españolismo*, Saturnino Calleja, Madrid, 1920.

---, *Abril melancólico*, Saturnino Calleja, Madrid, 1921.

---, *Diálogos fantásticos*, Saturnino Calleja, Madrid, 1921.

---, *El poema del trabajo*, Saturnino Calleja, Madrid, 1921.

---, *Juventud, divino tesoro*, Prensa Moderna, Madrid, 1926.

---, *Mujer*, Siglo XX, Madrid, 1926.

---, *Para hacerse amar locamente*, Prensa Moderna, Madrid, 1926.

---, *Buena gente*, Prensa Moderna, Madrid, 1927.

---, *Lirio entre espinas*, Prensa Moderna, Madrid, 1927.

---, *Mamá*, Prensa Moderna, Madrid, 1927.

---, *La mujer moderna*, Renacimiento, Madrid, 1930.

---, *Eva curiosa*, Revista Literaria, Madrid, 1945.

---, *Canción de cuna*, Espasa-Calpe, Barcelona, 1954.

---, *Tú eres la paz*, Espasa-Calpe, Madrid, 1965.

Martínez Sierra, María, *Una mujer por caminos de España*, introducción de Alda Blanco, Castalia, Madrid, 1989.

---, *Teatro escogido*, edición de Eduardo Pérez- Rasilla, Asociación de Directores de Escena de España, Madrid, 1996.

---, *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, edición de Alda Blanco, Pre-Textos, Valencia, 2000.

---, *Ante la República: Conferencias y entrevistas (1931-1932)*, estudio introductorio, edición y notas de Juan Aguilera Sastre, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2006.

Bibliografía general

- Abouet, Marguerite y Oubrierie, Clément, *Aya de Yopougon 2*, Norma, Barcelona, 2008.
- Aguinaga, Josune, *El precio de un hijo. Los dilemas de la maternidad en una sociedad desigual*, Debate, Madrid, 2004.
- Aksenchuk, Rosa, "Las mujeres en el cuerpo del arte: iconografías, idearios y vicisitudes de la sexuación",
http://www.psykeba.com.ar/articulos/RA_Mujeres_en_el_cuerpo_del_arte_iconografias_y_sexuacion.htm (Consultado: 13/09/2015)
- Altisent, Marta E., "Unamuno y la metáfora organicista de la creación literaria" en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Doelphin Books, Birmingham, 1998, 4, págs. 26-40.
- Amara, Fadela, *Ni putas ni sumisas*, Cátedra, Madrid, 2004.
- Amícola, José, "Otras voces, otros cánones", *Orbis Tertius: revista de teoría y crítica literaria*, 12 (2006), s. pág.
- Amritanandamayi Devi, Sri Mata, "El despertar de la maternidad universal", *Polis: Revista Académica de la Universidad Bolivariana*, 14 (2006), s. pág.
- Andrés Domingo, Almudena, "La maternidad y las nuevas tecnologías reproductivas", en *Las representaciones de la maternidad. Debates teóricos y repercusiones sociales*, Carmen Fernández-Montraveta et al. (ed.), Universidad Autónoma, Madrid, 2000, págs. 75-86.
- Arias Doblás, Rosario, *Madres e hijas en la narrativa de Lessing, Atwood y Mantel*, Universidad, Málaga, 2000.
- Arriaga Flórez, Mercedes, "Teorías feministas 'ante literam': las mujeres que escriben tratados en los siglos XV y XVI en Italia", en *Feminismos, cuerpos, escrituras*, Iris M. Zavala (ed.), La Página, Santa Cruz de Tenerife, 2000.
- Arroyo Almaraz, Antonio, "Literatura y libros: editoras en el siglo XVIII", *Tonos digital: Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 16 (2008), s. pág.
- Balcells, José María, "Del género de las antologías 'de género'", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, n.º 721 (2006), págs. 635-649.
- Ballester, Rosa, "Edades de las mujeres/Edades de la vida del hombre. Tópicos y lugares comunes en la ciencia médica antigua y tradicional", en *Las edades de las mujeres*, Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), Universidad de Madrid,

2002, págs. 3-20.

- Banchs Rodríguez, María Auxiliadora, "Género masculino: buscando al padre en la literatura",
http://pmayobre.webs.uvigo.es/textos/maria_banchs/genero_masculino_buscando_al_padre.pdf (Consultado: 13/09/2015)
- Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005.
- Belaïchi, Abderrahmane, "Didáctica del análisis semiótico del texto literario", *Espiral. Cuadernos del Profesorado*, 1, 2 (2008), s. pág.
- Bel Bravo, M^a Antonia, *La mujer en la historia*, Encuentro, Madrid, 1998.
- Bennardo, Filippo Giuseppe di, *La insurrección de Lilith*, Arcibel, Sevilla, 2009.
- Berbel Sánchez, Sara y Pi-Sunyer Peyrí, María Teresa, *El cuerpo silenciado. Una aproximación a la identidad femenina*, Viena, Barcelona, 2001.
- Berg, Mary G., "Escritoras hispanoamericanas del XIX y su importancia hoy", en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Antonio Vilanova (ed.), PPU, Barcelona, 1992, 3, págs. 449-457.
- Bieder, Maryellen, "Emilia Pardo Bazán y las literatas: las escritoras españolas del XIX y su literatura", en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Antonio Vilanova (ed.), PPU, Barcelona, 1992, 2, págs. 1203-1212.
- Blanco, Alda, *María Martínez Sierra (1874-1974)*, Ediciones del Orto, Madrid, 1999.
---, "María Martínez Sierra: hacia una lectura de su vida y obra", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 719 (2006), págs. 337-345.
- Bolaños Mejías, Carmen, "La imagen de la mujer española durante el sexenio: entre el cambio social y el reconocimiento jurídico", *Feminismo/s: Revista del Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante*, 2 (2003), págs. 25-40.
- Bornay, Erika, *Las hijas de Lilith*, Cátedra, Madrid, 2004.
- Briffault, Robert, *Las madres*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1974.
- Cabanes Jiménez, Pilar, "El deseo femenino a la luz de algunas composiciones literarias medievales", *Lemir: Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 9 (2005), s. pág.
---, "Escritoras en la Edad Media",
<https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero33/escrimed.html>
(Consultado: 13/09/2015)
- Cabanilles Sanchís, Antonia, "Crítica literaria feminista", *1616: Anuario de la Sociedad*

- Española de Literatura General y Comparada*, 6-7 (1988), págs. 79-85.
- Camps, Victoria, *El siglo de las mujeres*, Cátedra, Madrid, 2003.
 - Cánovas Sau, Gemma, *El oficio de ser madre. La construcción de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 2010.
 - Capdevila-Argüelles, Nuria, "Género e historia. Las madres del pensamiento feminista español", en *Imágenes femeninas en la literatura española y las artes escénicas (siglos XX-XXI)*, Francisca Vilches de Frutos y Pilar Nieva de la Paz (coords. y eds.), Society of Spanish and Spanish-American Studies, Philadelphia, 2012, págs. 235-248.
 - Carmentate, Margarita y Prado, Consuelo, "Las edades biológicas de la mujer", en *Las edades de las mujeres*, Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), Universidad, Madrid, 2002, págs. 443-452.
 - Carporales Bizzini, Silvia, "La teoría crítica feminista anglosajona contemporánea en torno a la maternidad: una historia de luces y sombras", en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Entinema, Madrid, 2005, págs. 199-222.
 - Castilla, María Victoria, "La ausencia del amamantamiento en la construcción de la buena maternidad", *La Ventana*, 22 (2005), págs. 189-218.
 - Chambers, Shara C., "Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX", *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 13 (2005), s. pág.
 - Chesterton, Gilbert K., *La mujer y la familia*, Styria, Barcelona, 2006.
 - Cixous, Hélène, *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*, Anthropos, Barcelona, 2001.
 - Cleary Nichols, Geraldine, "Això era i no era: mito y memoria en Montserrat Roig", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 720 (2006), págs. 547-551.
 - Colina Olabarria, Itsaso, *Atenea o la niña que perdió el ombligo. Reencuentro con la madre y la identidad femenina*, Nossa y J. Editores, Madrid, 1995.
 - Corleto, Ricardo W., "La mujer en la Edad Media", *Teología: Revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina*, 91 (2006), págs. 655-670.
 - Coronado Ruiz, Carlota, "Esposa y madre ejemplar: la maternidad en los noticieros Luce durante el fascismo (1928-1945)", *Historia y Comunicación Social*, 13 (2008), págs. 5-31.
 - Cortés Ibañez, Emilia, "La niña de luto de Manuel Summers: fresco social de la España

- de los 60", en *En el espejo de la cultura: mujeres e iconos femeninos*, Mercedes Arriaga Flórez et al. (ed.), Arcibel, Sevilla, 2004, págs. 24-30.
- Cortijo Talavera, Adela, "La escritura de la maternidad en la novela contemporánea", <http://www.yumpu.com/es/document/view/14664485/la-escritura-de-la-maternidad-en-la-novela-site-marie-darrieussecc> (Consultado: 13/09/2015)
 - Cruz, Anne J., "La búsqueda de la madre: psicoanálisis y feminismo en la literatura del Siglo de Oro" en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Doelphin Books, Birmingham, 1998, 2, págs. 137-144.
 - Cuenca Aguilar, Inés, "'Buenas noches, Madre': la imagen teatral de la responsabilidad materna", en *El vínculo poderoso: madres e hijas en la literatura norteamericana*, Bárbara Ozieblo (ed.), Universidad, Granada, 1998, págs. 45-70.
 - , "La maternidad desde el teatro del absurdo: *Birth and Afterbirth* de Tina Hawe", en *El vínculo poderoso: madres e hijas en la literatura norteamericana*, Bárbara Ozieblo (ed.), Universidad, Granada, 1998, págs. 119-130.
 - Cruz, Vanessa de, "Manos que escriben cartas: Ana de Dietrichstein y el género epistolar en el siglo XVI", *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita*, 3-4 (2003-04), págs. 161-185.
 - Díaz Martínez, Miguel Ángel, *Presencia del tema de la muerte en la obra narrativa de Marguerite Yourcenar*, Universidad, Murcia, 1999.
 - Díaz Martínez-Falero, Miguel Ángel, "Marguerite Yourcenar, la maternidad repudiada" en *Anales de Filología Francesa*, Universidad, Murcia, 11 (2003), págs. 177-190.
 - Domínguez, Carmen, "*Hola, ¿estás sola?* de Iciar Bollain: desechando la idea hegemónica de 'maternidad'", en *Construcciones culturales de la maternidad en España: la madre y la relación madre-hija en la literatura y el cine contemporáneos*, María de la Cinta Ramblado Minero (coord.), Universidad, Alicante, 2006, págs. 79-90.
 - Dupláa, Christina, "El recuerdo de los inicios. Una breve reflexión sobre hispanismo y feminismo en Estados Unidos y España", en *Feminismos, cuerpos, escrituras*, Iris M. Zavala (ed.), La Página, Santa Cruz de Tenerife, 2000, págs. 133-142.
 - Establier Pérez, Helena, "La teoría de la maternidad en el contexto crítico español", en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Entinema, Madrid, 2005, págs. 167-198.
 - Estada, María-Cruz, "Madre adentro", *Trama y Fondo: Revista de Cultura*, 19 (2005), págs. 21-30.

- Everingham, Christine, *Maternidad: autonomía y dependencia. Un estudio desde la psicología*, Narcea, Madrid, 1997.
- Felitti, Karina A. y Puppo, María Lucía, "Esa relación tan delicada: itinerarios de una madre y una hija en *Una muerte muy dulce* (1964) de Simone de Beauvoir", <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero28/unamuert.html> (Consultado: 13/09/2015)
- Fernández Menicucci, Amaya, "La maternidad como frontera: el concepto de maternidad en el marco teórico poscolonial anglófono", en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Entinema, Madrid, 2005, págs. 223-250.
- Fernández-Montraveta, Carmen, "Mitos, realidades y la biología de la maternidad", en *Las representaciones de la maternidad. Debates teóricos y repercusiones sociales*, Carmen Fernández-Montraveta et al. (ed.), Universidad Autónoma, Madrid, 2000, págs. 13-30.
- Ferrús Antón, Beatriz, *Heredar la palabra: vida, escritura y cuerpo en América Latina*, Universidad, Valencia, 2005.
 ---, "Máscaras de cera: vida, autobiografía y retrato en el mundo conventual", *Extravío: Revista Electrónica de Literatura Comparada*, 2, (2007), págs. 104-115.
- Figueras, Josefina, *El feminismo ha muerto ¡viva la mujer! Los desafíos de un siglo*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2000.
- Futoransky, Luisa, "Mi madre, mi espejo", <http://unesdoc.unesco.org/images/0012/001219/121920s.pdf> (Consultado: 13/09/2015)
- Gámez Fuentes, María José, "El cuerpo materno en la cultura occidental: una aproximación a diferentes enfoques teóricos" en *Dossiers Feministes*, 5 (2001), págs. 113-122.
- Garbí, Teresa, *Mujer y literatura*, Episteme, Valencia, 1997.
- Garro Baca, Eleonora y García, Ethel, "Construcción del erotismo y la feminidad desde un punto de vista evolutivo", *Fundamentos en Humanidades*, 1 (2005), págs. 185-191.
- Gilaberte Asín, Inmaculada, *Equilibristas. Entre la maternidad y la profesión*, Alienta, Barcelona, 2009.
- Gilchrist, Roberta, "Cuidando a los muertos: las mujeres medievales en las pompas fúnebres familiares", *Treballs d'Arqueologia*, 11 (2005), págs. 51-72.

- Goldman-Amirav, Anna, "Mira, Yahveh me ha hecho estéril", en *Figuras de la madre*, Silvia Tubert (ed.), Cátedra, Madrid, 1996, págs. 41-51.
- González Almenara, Guillermina, *La presencia femenina en el ámbito privado. Estudio sobre textos griegos de época clásica (Heródoto, Tucídides, Jenofonte)*, Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 2003.
- González Arias, Luz Mar, "Madres que no envejecen: mitos de soberanía y recuperación de Deméter/Ceres en la literatura irlandesa reciente", en *Maternidades. (De)construcciones feministas*, Carmen Suárez Suárez (ed.), KRK, Oviedo, 2009, págs. 39-58.
- González de Chávez Fernández, María Asunción, *Familia: maternidad, paternidad*, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Madrid, 1996.
- González Suárez, Amalia, *Lo femenino en Platón*, Universidad Complutense, Madrid, 1992.
- Goñi Zubieta, Carlos, *Alma femenina. La mujer en la mitología*, Espasa Calpe, Madrid, 2005.
- Gragnani, Cristina, "El ser narrado (y leído) por las mujeres: escritoras (y lectoras) en la Italia Postunitaria", *Intramuros: Biografías, Autobiografías y Memorias*, 20 (2004), págs. 26-27.
- Guerra Cunningham, Lucía, "Estrategias discursivas en la narrativa de la mujer latinoamericana", en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Antonio Vilanova (ed.), PPU, Barcelona, 1992, 3, págs. 683-690.
- Hays, Sharon, *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Herrera, Gioconda y Prieto, Mercedes, "Género y nación en América Latina", *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 28 (2007), págs. 31-34.
- Hunt Anton, Linda, *La decisión de ser madre para la mujer de hoy. ¿Realización y libertad personal o dolor y frustración?*, Gedisa, Barcelona, 1993.
- Hüttinger, Christine, "La identidad femenina - ¿la historia de un fracaso? La imagen de la mujer en cinco novelas de escritoras austriacas", <http://relinguistica.azc.uam.mx/no004/> (Consultado: 13/09/2015)
- Ibáñez Moreno, Ana, "Análisis del mito de la madre terrible mediante un estudio comparado de *La casa de Bernarda Alba* y *Como agua para chocolate*", <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero32/mitomad.html>

(Consultado: 13/09/2015)

- Iriarte, Ana, "Ser madre en la cuna de la democracia o el valor de la paternidad", en *Figuras de la madre*, Silvia Tubert (ed.), Cátedra, Madrid, 1996, págs. 73-93.
- Irigaray, Luce, *Yo, tú, nosotras*, Cátedra, Madrid, 1992.
- Jones, Constance, *Las 1001 historias de la historia de las mujeres*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 2000.
- Keefe Ugalde, Sharon, "Poesía española en castellano escrita por mujeres (1970-2000): bosquejo a grandes pinceladas", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 721 (2006), págs. 651-659.
- Knibiehler, Yvonne, "Madres y nodrizas", en *Figuras de la madre*, Silvia Tubert (ed.), Cátedra, Madrid, 1996, págs. 95-118.
 ---, *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001.
- Lacalzada de Mateo, María José, "Mujeres ¿madres y también ciudadanas? (Una perspectiva a partir de la Ilustración)", *Medicina Naturista*, 10 (2006), págs. 94-99.
- Lado Delgado, Itziar, "La edad del matrimonio: *perfectas casadas* del siglo XVIII", en *Las edades de las mujeres*, Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), Universidad, Madrid, 2002, pág. 265-276.
- Lamb, Ruth S., "Papel de la mujer en la obra teatral de seis escritoras mexicanas", en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, Alan M. Gordon y Evelyn Rugg (eds.), University of Toronto, Toronto, 1980, págs. 443-445.
- Langer, Marie, *Maternidad y sexo. Estudio psicoanalítico y psicosomático*, Paidós, Buenos Aires, 1976.
- León, Patricia, "El vuelo entre feminidad y maternidad", *Desde el jardín de Freud: Revista de Psicoanálisis*, 6 (2006), págs. 112-121.
- Lienas, Gemma, *Ni putas ni sumisas*, Península, Barcelona, 2005.
- Lionetti, Lucia, "Las imágenes de la mujer en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX: los puntos de encuentro y desencuentro en la construcción de la feminidad", en *Las edades de las mujeres*, Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), Universidad, Madrid, 2002, págs. 325-340.
- Lizarraga Vizcarra, Isabel, *María Lejárraga, pedagoga: cuentos breves y otros textos*, Ediciones Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2004.
- López Alonso, Adelaida, "Mujer, maternidad y salud", en *Las representaciones de la*

maternidad. Debates teóricos y repercusiones sociales, Carmen Fernández-Montraveta et al. (ed.), Universidad Autónoma, Madrid, 2000, págs. 63-74.

- López Fonseca, Antonio, "Ilia/Rea Silvia. La leyenda de la madre del fundador de Roma", *Estudios Clásicos*, 33, 100 (1991), págs. 43-54.
- Lozano Estivalis, María, *La construcción del imaginario de la maternidad en Occidente. Manifestaciones del imaginario sobre la maternidad en los discursos sobre las nuevas tecnologías de reproducción*, Universidad Autónoma, Barcelona, 2002.
---, *La maternidad en escena. Mujeres, reproducción y representación cultural*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 2006.
- Luongo, Gilda y Salomone, Alicia, "Crítica literaria y discurso social: feminidad y escritura de mujeres", *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 28 (2007), págs. 59-70.
- Madrid Moctezuma, Paola del Socorro, "Una aproximación a la ficción narrativa de escritoras mexicanas contemporáneas: de los ecos del pasado a las voces del presente", *Anales de Literatura Española*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 16 (2003), págs. 153-183.
- Maire, Corinne, *No kid. Cuarenta buenas razones para no tener hijos*, Península, Barcelona, 2008.
- Manrique Arribas, Juan Carlos, "La familia como medio de inclusión de la mujer en la sociedad franquista", *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), s. pág.
- Manzano Espinosa, Cristina, "Relaciones entre heroínas y brujas. Relatos infantiles y juveniles en la literatura y el cine", http://www.baiona.org/c/document_library/get_file?uuid=7c5df5ca-e9d9-46bb-8251-18d325978b6a&groupId=10904 (Consultado: 13/09/2015)
- Mañas Viejo, Carmen, "Identidad y construcción de la maternidad. Una mirada desde la psicología evolutiva", en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Entinema, Madrid, 2005, págs. 103-132.
- Marín Muñoz, María del Rosario, "Tasa de actividad femenina y fecundidad ¿ser madre o ser activa?", *Boletín Económico de ICE, Información Comercial Española*, 2723 (2002), págs. 21-28.
- Martín Criado, Enrique, "El valor de la buena madre. Oficio de ama de casa, alimentación y salud entre las mujeres de clases populares", *RES. Revista Española de Sociología*, 4 (2004), págs. 93-118.

- Martín Gaité, Carmen, *Desde la ventana*, Espasa Calpe, Madrid, 1999.
- Martín Garzo, Gustavo, *Pequeño manual de las madres del mundo*, RqueR, Barcelona, 2003.
- Martínez Mellado, Asunción, "Filosofía y género", *Revista de Filosofía*, 14 (1997), págs. 135-142.
- Mellado García, Anna, "Las escritoras del Renacimiento literario", *Tonos Digital: Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 15 (2008), s. pág.
- Menéndez, Susana, "La evaluación de varones y mujeres de sus papeles como cónyuges y como padres y madres: análisis de las relaciones entre ambos roles", *Anuario de Psicología*, 34, 1 (2003), págs. 81-99.
- Monreal Requena, Pilar, "Las madres se hacen, no nacen. Perspectivas desde la antropología social", en *Las representaciones de la maternidad. Debates teóricos y repercusiones sociales*, Carmen Fernández-Montraveta *et al.* (ed.), Universidad Autónoma, Madrid, 2000, págs. 49-60.
- Montero, Rosa, *La loca de la casa*, Punto de lectura, Madrid, 2006.
---, *El amor de mi vida*, Santillana, Madrid, 2012.
- Montes Muñoz, María Jesús, *Las culturas del nacimiento. Representaciones y prácticas de las mujeres gestantes, comadronas y médicos*, Universidad Rovira i Virgili, Tarragona, 2007.
- Moreno Hernández, Amparo, "Los debates sobre la maternidad", en *Las representaciones de la maternidad. Debates teóricos y repercusiones sociales*, Carmen Fernández-Montraveta *et al.* (ed.), Universidad Autónoma, Madrid, 2000, págs. 1-9.
- Moreno Mitjana, Blanca, "La relación madre-hija: el enfoque freudiano", en *El vínculo poderoso: madres e hijas en la literatura norteamericana*, Bárbara Ozieblo (ed.), Universidad, Granada, 1998, pág. 29-44.
- Moreno Seco, Mónica y Mira Abad, Alicia, "Maternidades y madres: un enfoque historiográfico", en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Entinema, Madrid, 2005, págs. 19-62.
- Moscoso, Javier, "Los efectos de la imaginación: medicina, ciencia y sociedad en el siglo XVIII", *Asclepio: Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 53 (2001), págs. 141-172.
- Muñoz Vila, Cecilia, "La complejidad de lo femenino (Una mirada neo-kleiniana)", *Desde el jardín de Freud: Revista de Psicoanálisis*, 6 (2006), págs. 146-159.

- Muraro, Luisa, *El dios de las mujeres*, Horas y horas, Madrid, 2006.
- Negrón, Mara, "Otros géneros en ensayo", *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 16 (2006), págs. 212-225.
- Nogal Fernández, Rocío de la, "Mujer y maternidad: asociación perfecta de la Ilustración", en *Las edades de las mujeres*, Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), Universidad, Madrid, 2002, págs. 291-308.
- O'Byrne, Pat, "Representaciones de la maternidad en la novela española (1940-1960)", en *Construcciones culturales de la maternidad en España: la madre y la relación madre-hija en la literatura y el cine contemporáneos*, María de la Cinta Ramblado Minero (coord.), Universidad, Alicante, 2006, págs. 31-44.
- Ortega, Marie Linda, "Formas de rasgar la racionalidad o la escritura intranquila de Menchu Gutiérrez", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 721 (2006), págs. 613-621.
- Oyarzábal, Isabel, *He de tener libertad*, Horas y horas, Madrid, 2010.
- Palacio Lis, Irene, *Mujeres ignorantes: madres culpables. Adoctrinamiento y divulgación materno-infantil en la primera mitad del siglo XX*, Universidad, Valencia, 2003.
 - , "Mujeres aleccionando a mujeres. Discursos sobre la maternidad en el siglo XIX" en *Historia de la Educación: Revista Interuniversitaria*, 26 (2007), págs. 111-142.
- Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen, *La maternidad hoy: claves y encrucijada*, Minerva, Madrid, 2005.
- Percovich, Luciana, "Posiciones amorales y relaciones éticas", en *Figuras de la madre*, Silvia Tubert (ed.), Cátedra, Madrid, 1996, págs. 225-258.
- Pitch, Tamar, *Un derecho para dos. La construcción jurídica de género, sexo y sexualidad*, Trotta, Madrid, 2003.
- Prado Mas, María, "La presencia de la madre muerta en el drama romántico español", *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica*, 21 (2003), págs. 253-279.
- Purves, Libby, *Como no ser una madre perfecta*, Paidós, Barcelona, 2000.
- Quiles Faz, Amparo, "Soltera tenía que ser: ¿una imagen invisible en la literatura?", en *Imágenes femeninas en la literatura española y las artes escénicas (siglos XX-XXI)*, Francisca Vilches de Frutos y Pilar Nieva de la Paz (eds.), Society of Spanish and Spanish-American Studies, Philadelphia, 2012, págs. 185-202.

- Rahola, Pilar, *Mujer liberada, hombre cabreado*, Planeta, Barcelona, 2000.
- Ramblado Minero, María de la Cinta, "Madres de España / Madres de la anti-España: la mujer republicana y la transmisión de la memoria republicana", *Entelequia: Revista Interdisciplinar*, 7 (2008), págs. 129-137.
- Ramírez Olivares, Alicia V., "La maternidad en Gabriela Mistral y Rosario Castellanos", *Graffylia: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 3 (2004), págs. 82-87.
- Regazzoni, Susanna, "La pasión americana de Nuria Amat", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 720 (2006), págs. 553-561.
- Riera, Carme, *Tiempo de espera*, Debolsillo, Barcelona, 1998.
- Rodrigo, Antonina, *María Lejárraga. Una mujer en la sombra*, Algaba, Madrid, 2005.
- Rodríguez López, Sofía, "Las edades de las mujeres en la prensa almeriense de la Guerra Civil", en *Las edades de las mujeres*, Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), Universidad, Madrid, 2002, págs. 351-376.
- Russell, Elisabeth, "María Belén Martín Lucas 1999: Género literario/ género femenino: veinte años del ciclo de cuentos en Canadá", *BELLS: Barcelona English Language And Literature Studies*, 13 (2004), s. pág.
- Ryan, Lorraine, "Nada más que un espejismo: la inquieta realidad de la modernidad española a través de los relatos 'La buena hija' de Almudena Grandes y 'La hija predilecta' de Soledad Puertólas", en *Construcciones culturales de la maternidad en España: la madre y la relación madre-hija en la literatura y el cine contemporáneos*, María de la Cinta Ramblado Minero (coord.), Universidad, Alicante, 2006, págs. 45-62.
- Sánchez Alvarez-Insúa, Alberto, "Luisa Alberca y la generación de señas de identidad en el primer franquismo", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 720 (2006), págs. 469-487.
- Saona, Margarita, "Como una buena-o suficientemente buena-madre: la maternidad entre la vigilancia y el deseo en dos textos de Ana María Shua", *Destiempos.com*, 19 (2009), pág. 585-594.
- Sarasúa, Carmen, *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868, Siglo XXI*, Madrid, 1994.
- Sau, Victoria, *El vacío de la maternidad: madre no hay más que ninguna*, Icaria, Barcelona, 1995.
- Sauret Guerrero, Teresa, "Contigo, pero sin ti. Introducción al análisis de una situación

- femenina finisecular“, en *Prototipos e imágenes de la mujer en los siglos XIX y XX*, Amparo Quiles Faz y Teresa Sauret Guerrero (coords.), Universidad, Málaga, 2002, págs. 7-15.
- Schuck, Naiara Cristina, "Literatura de escritura femenina", *Revista Borradores*, VIII-IX, 1851-4383 (2008), s. pág.
 - Slautina, Yevgeniya, "Pinceladas y palabras en la paleta de imágenes de la Malinche", *Extravío: Revista Electrónica de Literatura Comparada*, 2 (2007), págs. 36-50.
 - Simón Palmer, María del Carmen, "Escritoras españolas del siglo XIX o el miedo a la marginación", *Anales de Literatura Española*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2 (1983), págs. 477-490.
 - , "La ocultación de la propia personalidad en las escritoras del siglo XI" en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Sebastian Neumeister (ed.), Vervuert, Frankfurt am Main, 1989, 2, págs. 91-100.
 - , "Prólogos masculinos en libros de escritoras del siglo XI", en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Antonio Vilanova (ed.), PPU, Barcelona, 1992, 2, págs. 1475-1484.
 - Simón Rodríguez, María Elena, *Hijas de la igualdad, herederas de injusticias*, Narcea, Madrid, 2008.
 - Solorza, Paola Susana, "Género, cuerpo y escritura: la contingencia de las prácticas", <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero39/gencuer.html> (Consultado: 13/09/2015)
 - Suárez Briones, Beatriz, "Feminismos: Qué son y para qué sirven", en *Feminismos, cuerpos, escrituras*, Iris M. Zavala (ed.), La Página, Santa Cruz de Tenerife, 2000, págs. 3-9.
 - Suárez de Garay, María Eugenia y Palomar Vereja, Cristina, "Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas", *Estudios Sociológicos*, 25, 2 (2007), págs. 309-340.
 - Suárez Lafuente, María Socorro, "La literatura australiana de principios de siglo: "so far an Tho' so close", *Cuadernos de Filología Inglesa*, 6, 1 (1997), págs. 137-152.
 - , "Maternidades ex/céntricas en la literatura de lengua inglesa", en *Maternidades. (De)construcciones feministas*, Carmen Suárez Suárez (ed.), KRK, Oviedo, 2009, págs. 29-38.
 - Suárez Suárez, Carmen, "Las maternidades de ficción y de realidad en las escritoras

- latinas”, en *Maternidades. (De)construcciones feministas*, Carmen Suárez Suárez (ed.), KRK, Oviedo, 2009, págs. 73-90.
- Téllez Infantes, Anastasia y Heras González, Purificación, "Representaciones de género y maternidad: una aproximación desde la Antropología sociocultural", en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Entinema, Madrid, 2005, págs. 63-100.
 - Torres Vilar, Natalia, "Reflexiones acerca del desarrollo emocional de la madre, a partir de la obra de Winnicott", *Persona: Revista de la Facultad de Psicología*, 9 (2006), págs. 203-215.
 - Turin, Adela, *Los cuentos siguen contando... Algunas reflexiones sobre los estereotipos*, Horas y horas, Madrid, 1995.
 - Usandizaga Sáinz, María Aránzazu, "Escritoras extranjeras en la guerra civil", *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, 3 (1997), págs. 157-176.
 - Valladares Mendoza, Blanca, "La maternidad y los medios masivos de comunicación. Un análisis de artículos periodísticos y de propaganda comercial en Costa Rica", *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, 5, 1-2 (2004), págs. 32-47.
 - Vegetti Finzi, Silvia, *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*, Cátedra, Madrid, 1992.
 - , "El mito de los orígenes", en *Figuras de la madre*, Silvia Tubert (ed.), Cátedra, Madrid, 1996, págs. 121-154.
 - Velasco Arias, Sara, "La maternidad en el psicoanálisis: encuentros y desencuentros", en *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*, Entinema, Madrid, 2005, págs. 133-166.
 - Viñuela, María Cristina, "Delfina Bunge. Victoria Ocampo hacedoras de un espacio literario 1920-1940", *Revista de Literaturas Modernas*, 34 (2004), págs. 183-204.
 - VV. AA., *Homenaje del Ateneo Riojano a María de la O Lejárraga*, Herreros, Rosa y Aguilera, Juan (eds.), Ateneo Riojano, La Rioja, 1995.
 - VV. AA., *La mujer del texto al contexto*, Laura P. Alonso Gallo, Pilar Cuder Domínguez y Zenón Luis Martínez (eds.), Instituto Andaluz de la Mujer, Huelva, 1996.
 - VV. AA., *La mujer en la literatura de habla inglesa*, María del Rosario García-Doncel Hernández (ed.), Universidad, Cádiz, 1996.
 - VV. AA., *En el espejo de la cultura: mujeres e iconos femeninos*, Mercedes Arriaga Flórez et al. (ed.), Arcibel, Sevilla, 2004.

- VV. AA., *Libro de las madres*, Laura Freixas (ed.), 451, Zaragoza, 2009.
- VV. AA., *Madre, sólo una. Conceptualizaciones sobre la maternidad*, Ayuntamiento, Málaga, 2009.
- Zecchi, Barbara, "Inconsciente genérico, feminismo y *Nubosidad variable* de Carmen Martín Gaité", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 720 (2006), págs. 527-535.
- Zerrouki, Saliha, "Assia Djebar y Ana María Matute: dos figuras relevantes de la literatura femenina y mediterránea", *Quaderns de la Mediterrània = Cuadernos del Mediterráneo*, 6 (2006), págs. 173-178.
- Zulueta, Carmen de y Moreno, Alicia, *Ni convento ni college. La Residencia de Señoritas*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1993.